

PABLO^{EN} AHORA

PABLO
EN AHORA
TOMO I

Prólogo, compilación y notas
Leonardo Depestre Catony



Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana, 2016

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*

Ediciones *La Memoria*

Director: Víctor Casaus

Coordinadora: María Marñía Santucho

Editora jefa: Isamary Aldama Pando

Edición y corrección: Mayra Fernández Perón

Diseño de cubierta: Roberto Armando Moroño Vena

Emplante computarizado: Roberto Armando Moroño Vena

Fotografías: Lynet Pujol y Leonardo Depestre Catony

© Sobre la presente edición:

Leonardo Depestre Catony (prologuista y compilador)

Ediciones *La Memoria*

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2016

Ediciones *La Memoria*

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*

Calle de la Muralla N° 63, Habana Vieja

La Habana, Cuba

Correo electrónico: centropablo@cubarte.cult.cu

ISBN 978-959-7218-53-1 Obra completa

ISBN 978-959-7218-56-2 Tomo I

CENTRO CULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

Por la colaboración prestada en la realización
de este libro, nuestro agradecimiento
a los licenciados Abel Molina Macías, María
de Lourdes (*Lula*) Pérez Blanco y Alaina Solernou
Ferrer, así como a los demás técnicos
y especialistas de la Biblioteca Histórica Cubana
y Americana *Francisco González del Valle*,
de la Oficina del Historiador de la Ciudad.

PABLO, REPORTERO DEL PERIÓDICO *AHORA*

Una ojeada a la prensa de los años 30

Por los años 30 circulaban en Cuba una cantidad de publicaciones nacionales, provinciales y locales que seguramente apresarían el interés del lector de hoy. Tres periódicos de circulación nacional que se publicaban al instaurarse la República en 1902 sobrevivían aún:

- *Diario de la Marina*, establecido desde la primera mitad del siglo XIX, que se conservó siempre en manos de la familia de Nicolás Rivero, su fundador. Aunque no disimulaba su conservadurismo político y españolismo a ultranza, gozó de prestigio, prestó valiosos servicios a la cultura desde su suplemento literario y fue hasta su clausura el decano de la prensa cubana.
- *The Havana Post*, fundado en 1899, órgano de la colonia norteamericana, que también publicaba una edición en español.
- *El Mundo*, establecido en abril de 1901, considerado el primer periódico de empresa de tipo moderno, que introdujo los grabados y la crónica social, a ocho columnas.

Otros más, sin agotar la relación, eran *La Lucha*, *El País*, *El Herald*, *El Crisol*, *Heraldo de Cuba*, *La Nación*, *La Discusión*, *Excelsior*, *Información...*; también revistas como *El Fígaro*, *Bohemia*, *Carteles*, *Social*, *Cuba Contemporánea*, *Revista Martiniana*, *Archivos del Folklore Cubano*, *Gráfico*, *La Semana*, *Orto...*

Considérese además que la industria tipográfica estaba dotada de significativos avances tecnológicos, algo que ha permitido, al menos en cierta medida, la conservación hasta nuestros días de una prensa que es hoy de incalculable valor para los estudiosos de los sucesos de a diario de la historia de Cuba.

Diversas tendencias representaban los periódicos, como suele ocurrir, pese a lo cual prevalecía su sentido informativo, la búsqueda de la noticia y la inmediatez como premisa. Por supuesto que también revelaban el calidoscopio de la actividad comercial y la publicidad de la época. Leída hoy, al cabo de tantos años, resulta sorprendente y reveladora, y con el debido conocimiento de causa, la asumimos como si ante nuestros ojos corriera una sucesión de imágenes del ayer.

Dentro de tan variopinto panorama se inserta el periódico *Ahora*, organizado por obreros gráficos y periodistas a la manera de una cooperativa. Se fundó en enero de 1931, si bien entonces salieron unas pocas ediciones: diez en total. El investigador Abel Molina, en acucioso estudio, expone que “la clausura [por el gobierno de Machado] de varias publicaciones seriadas, al considerar que habían violado la Ley de Imprenta del Gobierno colonial español de 1886, la cual había sido derogada en 1914 por el Congreso de la República”,¹ entre las que aparecía el diario *El Mundo*, llevó a sus redactores, reporteros y trabajadores, una vez perdido su trabajo, a establecer la Sociedad Civil Empresa Periodística *Ahora*, que sacó a la luz el periódico de igual nombre.

¹ Abel Molina Macías: “*Ahora*, memoria viva de su tiempo” (primera parte), en *Librinsula*, no. 341.

El director de *Ahora* fue siempre el doctor Guillermo Martínez Márquez, la impresión se realizaba en los talleres de *El Mundo* y una vez levantada la censura el día 30 de enero de 1931, cuando volvió a circular *El Mundo*, cesó la salida de *Ahora*, que cerró así su primera, efímera y poco recordada etapa de publicación, hoy apenas un recuerdo (o, tal vez mejor, una curiosidad) dentro de los anales del periodismo cubano.

Una segunda etapa abre el 10 de octubre de 1933, fecha coincidente con el inicio de la Guerra de los Diez Años en 1868, y, aunque no de inmediato, tiene en la de Pablo de la Torriente Brau una de sus firmas asiduas, primero como colaborador, después como miembro de la nómina. Siquiera someramente es necesario esbozar el panorama político que vivía Cuba en tales momentos.

La caída de Machado

Tal ha sido la expresión acuñada, y no la objetamos, con que los cubanos nos hemos referido a lo largo del tiempo al derrocamiento del gobierno de Gerardo Machado, hecho que representó un hito en la historia de la nación.

Machado ascendió a la primera magistratura el 20 de mayo de 1925 y bien pronto proclamó que, con él en el poder, ninguna huelga sobreviviría las veinticuatro horas. Quienes lo tomaron como un mal presagio no se equivocaron. A veces se le recuerda más por su hacer constructivo —la Carretera Central y el Capitolio Nacional con su entorno urbanístico, a manera de ejemplos, aunque también el Presidio Modelo de Isla de Pinos fue obra de él— que por lo mucho que defraudó.

Persiguió sin tregua a la oposición política, a los sindicatos, al movimiento obrero y a los comunistas; contribuyó al mayor endeudamiento del país con nuevos empréstitos; ordenó la ejecución de asesinatos políticos; restringió la producción azucarera; empobreció a la población como resultado de los efectos de la crisis económica mundial de 1929; clausuró la universidad; hostigó con saña el movimiento de protestas estudiantiles; reprimió las huelgas; llenó de jóvenes las cárceles; utilizó la tortura como práctica, al igual que el plan de machete, para reprimir a la ciudadanía... El mismo hombre que fuera general del glorioso Ejército Libertador se convirtió años después en un sátrapa aborrecido por el pueblo.

El movimiento de oposición a Machado terminó por involucrar a sectores cada vez mayores de la población, en especial a partir de la fecha en que el Senado de la República aprobó la ley que modificaba la Constitución de 1901 y prorrogó el segundo mandato presidencial de Machado —que ya había sido relegido— hasta seis años, es decir, hasta 1935, lo cual haría un total de diez años de mandato. Esta reforma constitucional legalizaba la dictadura de Machado y dejaba en claro sus propósitos de entronización en la primera magistratura.

Sus asesinatos políticos más “escandalosos” fueron los del antiguo oficial del Ejército Libertador y periodista opositor Armando André; el de Julio Antonio Mella, en México; el de los obreros Claudio Brouzón y Noske Yalob, cuyos restos fueron hallados dentro de un tiburón pescado en la bahía; los de Alfredo López, dirigente de los obreros tipógrafos; Margarito Iglesias, de los portuarios; Félix Ernesto Alpízar y un sinnúmero de ejecuciones realizadas

dentro de los confines del Presido Modelo, en la Isla de Pinos. La temida porra machadista sembró el terror entre los cubanos, tanto en la capital como en otras ciudades y los campos.

Proliferaron los atentados ejecutados por la oposición (los más espectaculares, los de Clemente Vázquez Bello, presidente del Senado y amigo personal de Machado, así como el del capitán Miguel Calvo, jefe de la sección de “expertos” de la Policía Nacional), sabotajes y colocación de bombas.

El país había caído en un estado de ingobernabilidad tal que preocupaba a los intereses de Estados Unidos. Entonces designaron como enviado especial del presidente Franklin Delano Roosevelt en La Habana a Benjamín Sumner Welles para negociar con Machado una salida pacífica del poder, que sería entregado a algún político contemporizador con ambas partes.

Este fragmento de la historia de Cuba se conoce como “la mediación de Sumner Welles”, quien no obstante sus niveles de presión sobre Machado, fracasó en el intento de convencerlo en abandonar el gobierno, pues el mandatario se obstinaba en permanecer en el cargo hasta el cumplimiento de su término presidencial en 1935.

Después de esto, se sucedieron las huelgas, abarcadoras cada vez de mayores sectores, se agudizaron los enfrentamientos entre la población y el ejército, y el 7 de agosto tuvo lugar en La Habana una masacre en que murieron ametralladas veinte personas. Se generalizó la huelga popular, que paralizó el país, finalmente una parte del ejército se sublevó, y Machado, acorralado, abandonó el Palacio Presidencial para refugiarse en el Campamento Militar de Columbia, donde se le dio un ultimátum.

Sin apoyo, finalmente huyó en avión hacia Nassau, en Bahamas.

Pablo resume así, modesta y muy sucintamente, su hacer en este período de enfrentamientos: “Luchas contra el gobierno de Machado. Herido en la calle en el primer choque entre estudiantes y policía, en La Habana.² Persecuciones. Prisiones por más de dos años, en las fortalezas de La Cabaña, el Príncipe, la cárcel de Nueva Gerona y el Presidio Modelo de la Isla de Pinos...”.

Y después, ¿qué?

El 12 de agosto de 1933 el presidente Gerardo Machado huyó de Cuba, derrocado por un movimiento popular. Pasa el poder interina y muy brevemente (del 12 al 13 de agosto) al general Alberto Herrera Franchi. Desde esa fecha hasta el mes de marzo de 1935 vivió el país los avatares de una revolución, un golpe de estado, una contrarrevolución de los sectores militar y conservador, escenas de persecución, asesinatos, atentados, huelgas, manifestaciones, protestas estudiantiles y obreras. En tan breve lapso transitaron por la presidencia del país varios mandatarios, algunos con tanta “prisa” que la población no tuvo tiempo para enterarse ni llegó a memorizar sus nombres, y hoy apenas los historiadores los recuerdan.

Cuando intentamos seguir el curso de este segmento intenso de la historia de Cuba, de esperanzas y frustraciones, de personajes y personajillos,

² Alude a la manifestación del 30 de septiembre de 1930, en que fue herido de muerte el estudiante de Derecho Rafael Trejo.

de sucesos cotidianos relevantes, uno tras otro, nos parece estar en presencia de una película de acción.

Tras la caída de Machado y el día presidencial del general Herrera, ocupó la presidencia Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, derrocado por el movimiento militar del 4 de septiembre. Asumió entonces una Comisión Ejecutiva o Pentarquía, así denominada por el número de sus miembros: Guillermo Portela, Sergio Carbó, Porfirio Franca, José Miguel Irisarri y Ramón Grau San Martín.

La pentarquía no fue reconocida por el gobierno norteamericano, además estuvo asediada por disensiones internas y por la crisis política y económica que vivía el país. Esta Comisión Ejecutiva no consiguió sobrevivir en el poder y para colmo uno de sus miembros ascendió unilateralmente al grado de coronel a Fulgencio Batista, ya por entonces jefe de las Fuerzas Armadas y una de las figuras claves del movimiento de sargentos del 4 de septiembre, con lo cual, como diríamos en casa, dio entrada a la zorra en el gallinero.

Disuelta la Pentarquía, fue designado presidente provisional Ramón Grau San Martín. Durante su breve mandato, conocido por el Gobierno de los 100 días, el presidente se acompañó de Antonio Guiteras en el cargo de secretario de Gobernación y de la Guerra. Fueron importantes las leyes de carácter nacionalista, antimperialista y popular que dictó y le ganaron un gran apoyo de la población, si bien estas mismas medidas determinaron su caída cuando Batista, al frente de la reacción, utilizó su poder para forzar el cambio de régimen.

A Grau San Martín lo sucede, por dos días, entre el 16 y el 18 de enero de 1934, el ingeniero Carlos Hevia. A este, por el lapso de seis horas, lo sustituye

el secretario de Estado Manuel Márquez Sterling, y después toca el turno al antiguo coronel del Ejército Libertador Carlos Mendieta y Montefur, a fin de cuentas nombrado por Batista. Termina pues el período del gobierno provisional.

De manera que si al principio Batista es una sombra, rápidamente se convierte en protagonista, decisor, voz prima. La represión desatada es tan feroz como la de los tiempos de Machado. Represión contra los opositores políticos, los estudiantes, los obreros, la población en general.

Todo lo anterior lo vive y sufre Pablo, llegado en agosto de 1933 del exilio neoyorquino. Solo que Pablo no es un espectador pasivo, sino un testigo activo, participante, involucrado en particular en una de las acciones en que ha cifrado grandes esperanzas para Cuba: la huelga de marzo de 1935.

Pablo en *Ahora*

El 8 de enero de 1934, fecha en que publica su primer trabajo en el periódico *Ahora*, tiene Pablo treinta y dos años, cumplidos el mes anterior. Como periodista le antecede la aureola de su leída serie de reportajes aparecidos en el diario *El Mundo*, doce en total, bajo el título “105 días preso”, en ediciones por entregas, de abril a mayo de 1931.

Son los suyos, textos veraces, duros, testimoniales, casi a la manera de un diario del penal que permite al público lector conocer la intimidad carcelaria, la violencia y la represión, los dobleces de las miserias humanas y también la solidaridad y el coraje como característica de una población carcelaria imbuida

del espíritu revolucionario. “105 días preso” es también un documento histórico valioso, con los nombres de los protagonistas, descripción de las tánganas o protestas de los presos, y numerosos episodios diversos que marcaron la represión del gobierno del presidente Gerardo Machado.

Si *El Mundo* se anotó un formidable palo periódico con la publicación de esta serie, Pablo, en el orden profesional, se ganó el respeto y la admiración de cuantos entonces descubrieron la agudeza de un estilo capaz de mantener el interés y el ritmo narrativo. “105 días preso” engancha con la seducción de un material de ficción..., solo que es estrictamente real en su contenido.

Aquel mismo año de 1931 entregó Pablo otra serie de crónicas, publicadas por la revista *Orbe*. Nos referimos a “Recuerdos de la próxima Olimpiada”. El alcance de esta última publicación, y también el tema de los trabajos, difiere de los del caso anterior. Pero es el mismo Pablo, amante de la práctica del deporte y conocedor de los récords, dotado para el ejercicio de un periodismo que trasluce su original sentido del humor.

Pablo “abrió los ojos a un mundo e imágenes que fue filtrando, diluyendo, jerarquizando con fibra de narrador extraordinario que todo lo transformó y creó dentro del periodismo cubano moderno”,³ apuntó la ensayista Loló de la Torriente, valoración que compartimos, y que Miriam Rodríguez Betancourt ahonda con esta afirmación: “Pablo siempre intuyó que el periodista era un usuario legítimo de los métodos

³ *Torriente Brau, retrato de un hombre*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968, p. 204.

más diversos para documentar la realidad, hoy por hoy, recomendación normativa de la profesión”.⁴

Y como *Ahora*, después de todo, es un hijo adoptivo de *El Mundo*, donde ya se le conoce, Pablo deviene invitado de honor a la fiesta de la palabra en el nuevo periódico que resurge al cabo de un intervalo de tres años de espera, primero como *diario de noticias* y más adelante autoproclamado como *el periódico de la Revolución*, sobrenombre cuya justeza o no escapa a los intereses de estos apuntes pero bien merece, en su momento, el análisis crítico.

En cuanto a su vida, Pablo ha residido ya en las cárceles del Príncipe, La Cabaña e Isla de Pinos, donde han transcurrido algo más de dos años de existencia, y está casado desde 1930 con *Teté Casuso*. Entrado en los treinta conserva la energía física del atleta, a la que se suma la firmeza del revolucionario de intenso quehacer, la experiencia de sus muchas circunstancias de riesgo y el ejercicio narrativo, sea a través de la cuentística o del periodismo.

Guillermo Martínez Márquez cuenta de Pablo⁵

La mediación acababa de abortar el verdadero futuro de la revolución. Las primeras ráfagas del

⁴ *Para ver las cosas extraordinarias*, Ediciones *La Memoria*, Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, La Habana, 2011, p. 119.

⁵ *Pluma en ristre* (prólogo de Carlos Prío Socarrás, semblanza biográfica de Guillermo Martínez Márquez, selección de Raúl Roa), Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1949, p. 558.

ciclón derribaron al presidente Céspedes. Días después saltarían los jefes y la mayor parte de la oficialidad del ejército machadista. Los “muchachos” comenzaban a ser hombres. La historia se escribía a cañonazos. Una nueva generación de “revolucionarios de última hora” floreció en todas las esquinas. Y bajo una tormenta de huelgas, tiros, atentados, violencia y desórdenes, comenzó a salir un periódico nuevo: *Ahora*.

Pablo fue de los primeros en acudir a la llamada del “periódico de la Revolución”. Empezó por escribir una serie de artículos escalofriantes sobre *La isla de los 500 asesinatos*. Hizo luego reportajes diversos. Las circunstancias más adversas lo encontraron siempre en su puesto. No tenía límite para el trabajo. Entusiasmado por el ritmo de las asambleas universitarias, escribía y escribía sin tregua, hasta que el jefe de los talleres subía a advertirle que no había espacio para más. La tragedia del Instituto de La Habana lo sorprendió en el interior del edificio. Redactó y firmó en Emergencias el acta levantada poco después de la muerte de Ivo Fernández. Estuvo junto a los campesinos del Realengo 18 en los momentos más difíciles de su cruzada libertaria. Encabezaba las manifestaciones tumultuosas de los estudiantes. Tomaba parte en sus más graves deliberaciones. Visitó el subpuerto de Chicola para relatar luego las enormidades de la concesión machadista. Estuvo con los mineros de Matahambre, y luego junto a los pescadores de esponjas de Batabanó. Le gustaba la aventura.

Cuando no podía cobrar, pedía a un compañero más afortunado que le pagara un café con leche, y seguía laborando toda la noche, sonriente y optimista. Tenía siempre una frase amable para el trabajo ajeno, una disculpa que dar a las deficiencias de los otros. Y durante la huelga del transporte se iba con frecuencia a pie hasta su casa —su casa estaba en Punta Brava—, para que *Teté* no se inquietara demasiado.

En el prólogo de *Pluma en ristre*, Martínez Márquez aporta otros elementos característicos del quehacer de Pablo:

Lo que Pablo rindió en *Ahora* —tecleando sin tiempo para revisarlo siquiera, bajo el apremio de la imprenta, entre interrupciones constantes—, es una gran labor periodística. [...]

Conviene hacer resaltar, también, que Pablo hace un periodismo muy personal. Eso de que los periodistas jamás son noticia, no va con él. Muchas veces actúa como protagonista de un hecho, y luego lo reporta [...]. Así llegan al periódico las vibrantes informaciones depuradoras del profesorado universitario [...] el reportaje sobre la muerte de Ivo Fernández, una dramática noche, en la que después de dar al periódico, por teléfono, las primeras notas sobre el asesinato perpetrado en las faldas del Castillo del Príncipe, Pablo se sitúa junto a la cama de un tal Balmaceda —único superviviente de la tragedia— para lograr de él un autógrafo acusador.

Los reportajes de Pablo: un *best seller* periodístico

Con el horror propio de un relato de ficción, pero con el valor añadido de la autenticidad de un narrador que cuenta una realidad pasmosa, casi increíble, irrumpe Pablo en las páginas de *Ahora* el 8 de enero de 1934. El consejo de redacción (Guillermo Martínez Márquez y José Zacarías Tallet), sabedor de lo que va a entregarles a los lectores, le concede espacio invariable en la página primera. El trabajo lleva por título “La isla de los 500 asesinatos. Defensa del comandante Castells” y se aclara que es solo el capítulo I de una serie que se extenderá hasta la edición del día 24, fecha en que aparece el capítulo XIII. Representa esta serie una “denuncia de los horrores cometidos en el Presidio Modelo bajo la jefatura del excomandante Pedro Abraham Castells”.

Seguramente a la lectura del reportaje, aun hoy día, la acompañe un escalofrío, la sensación de estar descubriendo el perfil infrahumano de algunas personas. Alegato irrefutable contra la oprobiosa condición en que viven los reclusos comunes en el Presidio Modelo —no por casualidad también una de las obras “cumbres” de Gerardo Machado, quien colocó la primera piedra en 1926. No hay un adarme de abstracción en cuanto se lee: se revelan los hechos, los datos, los nombres de los condenados, de los muertos, de las víctimas... también de los mandantes, en un entorno bestializado que cuestiona los cimientos de una sociedad civil que lo permite, encubre y aúpa para conservar su poder. Su propósito queda explícito en el capítulo XII: “hacer un estudio, dentro del campo periodístico, lo

más completo posible sobre ese formidable caso social que es el Presidio”.

Recorrer el Presidio Modelo, declarado Monumento Nacional en 1978, todavía impresiona a quien contempla sus circulares vacías y silenciosas, la torre de vigilancia, el patio, y siente que está pisando un terreno anegado de ilusiones aplazadas, amores interrumpidos, convicciones humilladas... y sobre todo muchas muertes –varios cientos (confirmadas), solo en los años del sanguinario régimen de Gerardo Machado.

Pablo fue siempre un admirador de Edgar Allan Poe, el genial narrador norteamericano de los cuentos de horror y de misterio. Solo que si Poe recurre a su potente imaginación, Pablo se embrida a la más acuciosa investigación *in situ*, a la entrevista de los testigos, a documentos celosamente engavetados y a su memoria reciente, para demostrar que la realidad puede superar a la más alarmante fantasía.

Si de periodismo denuncia se trata, he aquí una muestra:

En la imaginación se me confunden, en indescrip-
tible aligación, el silencio y la tranquilidad del
remanso que hoy nos queda, y el chapaleo preci-
pitado de las palas en el fango, el alentar afanoso
de los hombres acosados y la angustia de los ojos
que presentían la bala en el cráneo, por la espal-
da. Todo se mezcla en un rumor creciente, que no
me sale sino a los ojos, que ninguna palabra podrá
jamás imitar. Veo los doce cadáveres desbarata-
dos por los Springfields y el cinismo y brutalidad
sin paralelo de aquel grupo que quemó tres hom-

bres para justificar la fuga imaginaria, y una emoción cariñosa, incontenible, me confunde. ¿Es que acaso todos aquellos hombres no tenían también madres, mujeres e hijos? ¿Por qué sus nombres no se mezclan con los de las víctimas políticas del machadato? ¿Quién puede negar que Castells no fue otra cosa que uno de los alucinados por la locura sangrienta, por el vértigo de competencia cruenta que desbocó entre sus satélites el funesto “Asno con Garras”? El Presidio tuvo también sus centenares de mártires y unos cuantos héroes. Todavía hoy los ojos de los presidiarios se alumbran de orgullo cuando recuerdan a Huerta y a William Müller, hombres soberbios y altaneros, que no se doblegaron jamás ni ante el terror ni ante la muerte, y que no tuvieron otras armas que las de una varonía exaltada hasta el paroxismos [...]. [Del capítulo II, “Geografía del pánico”].

En realidad, “La isla de los 500 asesinatos” conforma por sí solo un libro (esto se comprobará cuando Pablo redacte su *Presidio Modelo*, inédito hasta 1969). Es un libro en sí mismo, afirmamos, por su extensión y unidad temática, por su exhaustividad y carácter. Hasta donde sabemos, *La isla de los 500 asesinatos* se publicó en 1962, en un pequeño volumen de Ediciones *Nuevo Mundo*, La Habana; que por su muy modesta impresión y el paso del tiempo, es hoy casi una rareza bibliográfica. Aparece también incluido entre los textos de Pablo reunidos bajo el título *Pluma en ristre*, selección hecha por Raúl Roa, con ediciones en 1949 y 1965.

Con esta serie de reportajes Pablo desarrolla, tal vez como nunca antes, el periodismo de investigación.

Se revela como un trabajador incansable; escribe con prisa, y quien lo lee percibe fácilmente el aliento que inspira su prosa. Presenta tantas pruebas acerca de los maltratos a los presos comunes en el Presidio Modelo, es tal la veracidad de su palabra y tan implacable su denuncia, que no hay modo de rebatirlo. Es bastante probable que durante aquellos días en que Pablo publicó su serie de reportajes en *Ahora* se convirtiera en el más temido periodista de toda Cuba. Temido, por supuesto, por los criminales, cuyos nombres y apellidos revela públicamente, para conocimiento de quienes habrían de juzgarlos. Hay pasión, es cierto —“creo que nada que no sea apasionado tiene valor alguno”, escribe él mismo—, pero sobre todo prevalecen la veracidad, la razón y el juicio en su denuncia.

La injusticia social es inadmisibles para el carácter y el temperamento de Pablo. No puede permanecer callado. La inhumanidad de las autoridades del penal, sustentada por la complicidad de médicos, jueces y de numerosos presos que oprimen a sus propios compañeros, la descripción de los castigos, la aplicación de la tortura... quedan al descubierto. Si con las novelas *Las honradas* y *Las impuras* su autor Miguel de Carrión nos lleva a preguntarnos cuáles son verdaderamente las unas y las otras, tras la lectura de “La isla de los 500 asesinatos” nos preguntamos quiénes son las verdaderas víctimas y quiénes los verdaderos victimarios. Despojado por completo de prejuicios hacia el preso común, Pablo descubre en él los valores ausentes en sus victimarios. Él puede atestiguarlo y escribirlo: desde su condición de preso político —y pese a que sus infortunios no llegan al grado de los de estos, que viven en las circulares en

tanto los políticos lo hacen en los pabellones del hospital— ha sido compañero de ellos.

Aunque hay algo más: la publicación por vez primera en más de ocho décadas del testimonio gráfico que entonces lo acompañó en las páginas de *Ahora* nos devuelve al presente los rostros de víctimas, victimarios, lugares citados y documentos que reconstruyen una época bien gris de la historia de Cuba.

Dentro del mismo contexto de la serie anterior se intercala su “Carta aclaratoria en riposta a la publicada por el abogado defensor del excomandante Pedro A. Castells”, del 16 de enero. Por aquellas fechas aparecen otros dos textos conmovedores sobre amigos entrañables, en su muerte prematura: Rubén Martínez Villena y Gabriel Barceló, publicados en las ediciones del 17 de enero y 5 de febrero, respectivamente.

La publicación de los textos de Pablo en *Ahora* sigue en esta compilación un orden cronológico riguroso.

Detiene nuestra atención la nota publicada el 4 de abril de 1934, acompañada de una fotografía de un Pablo de abundante cabello, que informa a los lectores lo siguiente:

Pablo de la Torriente, nuevo compañero

Pablo de la Torriente Brau —figura nueva, talento nuevo, ideas nuevas— forma parte, desde ayer, de la redacción de *Ahora*. Revelado —en una revelación fulgurante—, por aquel originalísimo volumen de cuentos vernáculos que, bajo el título de *Batey*, diera a la estampa con Gonzalo Masas, afincó más tarde su nombre en la

estimación pública con dos interesantes series periodísticas: “105 días preso” y “La isla de los 500 asesinatos”.

Ahora, que se siente satisfecho de añadir el nombre de Pablo de la Torriente Brau a la lista de su personal, le saluda con toda cordialidad.

A partir de la edición del 27 de junio *Ahora* expresa en su cintillo: “El periódico de la Revolución”, algo que se explica en el editorial:

Ahora quiere hacer ostentación de ese título. Para ello le basta exhibir toda su historia. Nació en plena revolución, en los días de mayor eferescencia revolucionaria, y hasta nació para eso mismo y de una manera inequívoca dentro del ejercicio profesional. En mayor o menor escala, se ha “metido” con todos los gobiernos y con todos los gobernantes posteriores a Machado. *Ahora* no sistematiza nada, como no sea estar al servicio de las necesidades nacionales y populares.

Noticias diversas ocupan al reportero Pablo, aunque destacan sus crónicas sobre el quehacer revolucionario del venezolano Carlos Aponte, no solo junto a las huestes de Augusto César Sandino, sino también en su sostenido empeño revolucionario por otros países de América Latina y en Cuba, donde murió combatiendo al lado de Antonio Guiteras. Otro tema es el del recuerdo por sus compañeros muertos. Están ahí las páginas dedicadas a Rafael Trejo, a Julio Antonio Mella en su aniversario, a González Rubiera e Ivo Fernández en ocasión de su asesinato.

Sin que constituyan una serie —aunque nos preguntamos si realmente no lo son, y pese a sus especiales características—, resultan numerosos los textos de Pablo referidos al asunto de las asambleas de estudiantes universitarios para depurar a los profesores que prestaron su apoyo al gobierno de Machado. Narran estos el intenso debate que acompañó a tales asambleas, las voces de sus protagonistas y las de sus antagonistas, revelan así el fragor de una lucha verbal matizada por el enfrentamiento entre las corrientes más radicales del movimiento estudiantil y el conservadurismo que aún pugna por mantener sus espacios. Desconocemos si existe otro documento tan apasionadamente vívido de aquellos días como estos escritos de Pablo aparecidos en *Ahora*. En la edición del 2 de septiembre de 1934 se lee:

La proposición de que la asamblea felicitase al periódico *Ahora* y a Pablo de la Torriente, por haber ofrecido la única información imparcial de los sucesos, mereció los aplausos de la asamblea.

La cita anterior es prueba fehaciente de lo que representaron —y representan— como documento histórico, los informes cronicados de Pablo acerca de los debates estudiantiles, expuestos con las palabras textuales, reveladores de la energía de los momentos vividos, incluidas las voces discordantes, como evidencia de la objetividad del testimonio.

A partir del 17 de noviembre de 1934 inicia *Ahora* la publicación de los reportajes cronicados de Pablo de la Torriente sobre el Realengo 18. Son trabajos seriados, a la manera de capítulos, que continúan

saliendo en las ediciones de los días 18, 20, 21, 22, 23 y 24, en la primera página del diario, la de mayor enganche. Llevan por título “¡Tierra o sangre!” y posiblemente sean estos los reportajes más reproducidos de Pablo. Las protestas campesinas que tuvieron por centro el Realengo 18 alcanzaron connotación nacional, pero buena parte de su permanencia en la memoria y hasta en la propia historia la deben a los reportajes de Pablo, que conmovieron a la opinión pública, centraron los ojos en los derechos de los campesinos y ganaron adeptos a su causa.

Quizá no esté de más recordar que cuando los colonizadores distribuyeron las tierras lo hicieron en parcelas circulares. De esta manera quedaban espacios libres de geometría más o menos triangular, correspondientes a las tierras no repartidas, que la metrópoli denominó realengos. En ellos se autorizó el establecimiento de los vecinos pobres, que los utilizaron para domiciliarse y trabajar. El Realengo 18 fue uno de ellos, y tuvo en Lino Álvarez a su líder o presidente, como le llamaron sus seguidores.

Cuando el periodista Pablo se traslada hasta las montañas orientales y se adentra en el realengo no va solo en condición de narrador de los hechos, muy pronto deviene mucho más: el portador de sus derechos. La lucha de los campesinos contra los geófagos, la organización interna del realengo, el carisma de su líder, la agreste naturaleza del entorno, la historia del cómo y el porqué de los realengos, la repasa Pablo para que el lector conozca desde dentro el *leitmotiv* de sus demandas.

Fuerza y lirismo se integran en la prosa periodística *pabliana*, también la filosofía de quien ha observado a los hombres y a la naturaleza, y la piz-

ca de humor que caracteriza a la mitología cubana. Nada mejor para ilustrar lo anterior que la palabra de Pablo:

Por las montañas corre la leyenda de Lino Álvarez, el presidente de los realenguistas, que tienen en él al jefe, al guía, al hombre con el sentido del mando y con el ímpetu de la acción y la audacia. Para saber si esto es verdad basta llegar al bohío El Desengaño, cuando él no esté, como me pasó a mí. La mujer entonces, a cualquier pregunta respondería: “Yo no sé... Aquí el que sabe es Lino...”. Y si resulta periodista como yo el que llega, la mujer dirá: “A mí no me apunte en ningún ‘papel’, ni saque ninguna vista con la ‘recámara’, porque aquí el que manda es Lino y no estando él no se puede hacer nada...”.

La naturaleza es el gran libro de la superstición campesina, que encuentra en ella todas las grandes fuerzas incontrolables: la luz, la noche, la germinación, la tempestad y el silencio. El miedo, hijo del silencio y de la noche, vive en el campo como rey absoluto, rodeado de su corte de fantasmas, de extrañas luces, de aparecidos, de transmigraciones!... Por paradoja, no hay imaginación más creadora que la del hombre inculto. Ellos son los que han suministrado siempre, fecundados por el miedo, el material para los grandes artistas de los tiempos. Y por los montes del Realengo 18, tan semejante aún al bello mundo incivilizado, los campesinos tienen también sus leyendas. Allí, por las pocetas de los ríos duermen los jigües, los traviesos diablitos del agua que espantan a las biajacas de

los anzuelos traidores, ¡y hay que echarles una botella de ron para que vayan al fondo a emborracharse y poder pescar mientras tanto!”.

“¡Tierra o sangre!” se reprodujo en el libro *Pluma en ristre*, publicado en 1949 por la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, solo que con el título “Realengo 18”, que ha prevalecido desde entonces y por el cual más se conoce. También aparece en otros textos, como el libro *Testimonios y reportajes*, de la colección Palabras de Pablo, de Ediciones *La Memoria*.

Con su fino humorismo, Alejo Carpentier escribió que “conocemos el nombre de Prades⁶ gracias a Pablo Casals”. Lo mismo pudiera decirse de Chicola, un pequeño y olvidado (sub)puerto o embarcadero situado en la actual provincia de Ciego de Ávila, hoy recordado por la colección de cuatro reportajes de denuncia que Pablo publicó en el periódico *Ahora* los días 7, 9, 11 y 12 de diciembre de 1934, como siempre en primera página, aun cuando se continúe en las interiores.

A la descripción vívida del lugar, de su situación geográfica, dimensiones, y estado de abandono, suma Pablo el proceso de investigación en torno a la fraudulenta manera como Machado virtualmente “regaló” a la familia Falla Gutiérrez los privilegios de explotación de esta área, con los beneficios que ello les conferiría en detrimento de otros propietarios, vecinos, pobladores y trabajadores. Sin embargo, lo que más escandaliza a Pablo es que tales privilegios con-

⁶ Villa catalana en territorio francés donde Pablo Casals estableció su residencia después de emigrar de España por su apoyo a la República.

tinuaran y prevalecieran a más de un año de la caída del gobierno de Machado, que lo hicieran al amparo de quienes lo sucedieron y con ello daban continuidad al mismo estado de corrupción y violación de derechos antes imperante.

“Chicola” es un ejemplo de cómo Pablo asume el periodismo: no le arredran la incomodidad ni los mosquitos, tampoco dejar la ciudad y adentrarse en un entorno que pudiera tornársele hostil: se traslada al lugar, lo recorre, vive junto a los que allí malviven, pero sobre todo deshace trampas, desvela secretos y aporta nombres y apellidos, algunos de los cuales se corresponden con los de poderosas familias cubanas. Y todo lo anterior lo consigue el periodista con un estilo narrativo vigoroso, convincente, que no deja en el lector margen alguno a la incredulidad y le arrastra a buscar en la edición siguiente la continuidad de un episodio caracterizado por su realismo. Véase:

Para conocer cuánto significa de privilegio y de robo a la república Chicola, se debe hacer, aunque sea a la ligera, un recordatorio de lo que significa un subpuerto en un país tan rico en puertos verdaderos.

Un subpuerto no es otra cosa que un embarcadero situado en la soledad de la costa —ninguno acaso tan solitario como Chicola— enclavado en terrenos particulares y “construido” con el propósito prácticamente exclusivo de dar a estos particulares una oportunidad excepcional para exportar sus productos en condiciones privilegiadas. Esto es en sí un subpuerto. Pero esto,

a su vez, entraña una serie de circunstancias dignas de ser conocidas.

Por lo pronto, no son ferrocarriles públicos, sino particulares, los que realizan el transporte de mercancías a estos embarcaderos; y estos ferrocarriles son servidos por un personal explotado al máximo (recuérdese que los subpuertos pertenecen a los latifundios azucareros, en donde el obrero es considerado siempre como una caña más para el trapiche de la explotación) y que además, no disfruta del retiro ferroviario. A esto hay que añadir que el personal empleado pertenece a esa población flotante de los ingenios, que no arraiga, que mucha es extranjera y cuyos salarios —si algo les queda— sale de Cuba, con detrimento de la economía nacional.

La gama de temas reportados por el periodista Pablo en *Ahora* es extensa, muy extensa. Se incluyen ahí entrevistas a un torero, a actrices, a una Miss Cuba, a maestras con larga hoja de servicios, a oficiales sediciosos del ejército, a estudiantes normalistas, reseñas de libros, crónicas acerca del estado de algunas poblaciones cubanas, tampoco está ausente su solidaridad con el movimiento independentista puertorriqueño y hasta una entrevista a la representante y propagandista del régimen fascista de Mussolini durante su visita a la Isla, todo ello sin cejar un momento de alertar a la ciudadanía sobre el peligroso matiz que toman los acontecimientos políticos en Cuba después de la caída de Machado... suerte de machadato sin Machado.

La insistencia de Pablo en el estado de la enseñanza pública nos alerta sobre otra de sus preocu-

paciones. Abundan los comentarios críticos sobre la situación de las escuelas primarias, las de enseñanza técnica, las normalistas, las de comercio... La entrevista a directivos, profesores y alumnos ofrece una diversidad de opiniones que no obstante convergen en la precaria situación de la enseñanza y la escasez de apoyo oficial.

Los dos últimos trabajos de Pablo aparecidos en *Ahora* están fechados los días 19 y 26 de febrero de 1935. La represión de la policía y del ejército se recrudece, como si aún se vivieran los tiempos de Machado... esta vez con Batista. El 7 de marzo de 1935 circula la última edición del periódico *Ahora*. Al día siguiente es asaltado por fuerzas del gobierno y clausurado definitivamente.

“Pablo estuvo en *Ahora*, y el ahora de aquellos días, convulsos, tensos, esperanzados y finalmente frustrados por la escalada de la derecha y el imperialismo, estuvo en Pablo. No hay mejor correspondencia entre una historia que se jugaba la posibilidad de una revolución verdadera y un periodista revolucionario verdadero”,⁷ escribió Víctor Casaus, y sus palabras resumen perfectamente la impronta dejada por Pablo en ese periódico.

Pablo. Marzo de 1935

Intentemos un resumen de la huelga de marzo de 1935.

El 3 de marzo comienza la huelga del transporte y tres días después el comité de huelga universitario llama a la huelga general para derrocar el régimen

⁷ *El periodista Pablo*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1989, p. 10.

de Batista-Caffery-Mendieta; el primero es jefe del Ejército, el segundo es el embajador norteamericano y el tercero es, nominalmente, el presidente de la República.

Durante más de 48 horas el transporte urbano y por carretera, las fábricas, el comercio, e incluso las dependencias del Estado en todo el país se paralizaron. El inicio es alentador y la capital semeja una ciudad muerta.

La situación comienza a revertirse cuando el gobierno recupera el control de las estaciones de radio, a través de las cuales trasmite sus amenazas contra los huelguistas, que serán cesanteados y fichados como opositores, en tanto los soldados y obreros forzados a hacerlo, ponen en circulación los tranvías y autobuses de la ciudad, síntoma de que la huelga no puede ya mantener su liderazgo.

El día 7 la policía ocupa la Universidad y el 8 la policía y el ejército acentúan la represión popular. Batista nombra a su antiguo compañero de la jornada del 4 de septiembre José Eleuterio Pedraza como gobernador militar de La Habana. Los bandos militares de Pedraza prohíben el tránsito de vehículos, peatones y las reuniones de más de dos personas. A las nueve de la noche no hay un alma en la calle. Prevalece un estado de guerra y aparecen numerosos cadáveres de revolucionarios, en tanto los presos se cuantifican por centenares. La falta de unidad y de coordinación entre las fuerzas directrices del movimiento revolucionario completan el panorama de la derrota. Los líderes obreros quedan desarticulados, y el desaliento y el terror se adueñan del espíritu.

Sin armas y sin fuerzas que respalden el paro, ya el 13 de marzo la huelga se considera fracasada y

las persecuciones a dirigentes y opositores políticos se desatan.

Queda solo el exilio y el 20 de marzo Pablo llega a Nueva York. En carta⁸ a su amigo José Antonio Fernández de Castro le explica los pormenores:

Tomé parte en la última huelga y, por mis ataques al Ejército de Batista, contra el que formulé acusaciones por asesinatos, en el propio Campamento de Columbia, ante un Consejo de Guerra, si me cogen esta vez me la arrancan. Huí en aeroplano para Miami y de ahí vine para Nueva York, en donde actúo con el Club “Julio Antonio Mella”, la Liga Antimperialista y otras organizaciones revolucionarias. Y aquí estoy luchando por encontrar trabajo.

Pablo no regresará jamás de este segundo exilio en Norteamérica, que para él fue de privaciones materiales y dedicación al trabajo de reorganizar las fuerzas revolucionarias en el exterior.

***Ahora* en la memoria**

Las firmas que calzaron los trabajos aparecidos en *Ahora* constituyeron un elemento decisivo en la aceptación, prestigio y alcance de la publicación. También en su permanencia en la memoria de los lectores y en el interés de los especialistas en su análisis.

Revisar las páginas de *Ahora* es un privilegio —por la información a la que se puede acceder y porque hoy día esta colección completa es una joya invaluable para cualquier institución.

⁸ Carta del 8 de abril de 1935.

Citemos las firmas de poetas, narradores, ensayistas, periodistas en general que pueblan sus páginas: Arturo R. de Carricarte, Rafael Suárez Solís, Jorge Mañach, Juan Marinello, Emilio Roig de Leuchsenring, Félix Callejas (*Billiken*), Raúl Roa, Enrique Serpa, Gonzalo de Quesada y Miranda, José Manuel Valdés, Emilio Ballagas, Regino Pedroso, Sergio Carbó, Ángel Augier, Andrés Núñez Olano, Gerardo del Valle, Ofelia Domínguez, Mariblanca Sabas Alomá... Por supuesto que además Pablo de la Torriente Brau.

En realidad es Pablo, y no resulta aventurado decirlo, uno de los grandes animadores de las páginas de *Ahora* en esta segunda etapa, que acoge su quehacer intensísimo de reportero.

Ahora dio cabida a las diversas tendencias del pensamiento, pero siempre dentro de un perfil antimachadista y de denuncia de cuanto sus editores consideraban que atentaba contra los intereses nacionales, con una línea de pensamiento progresista y de defensa de lo cubano.

Diario aglutinador de las más diversas opiniones, de abundante información, reserva espacios para el tratamiento de los temas políticos, económicos, deportivos, sociales, históricos, pasatiempos y muñequitos para los niños, la crítica, incluido un suplemento dominical abierto a las manifestaciones literarias y artísticas. Es uno de sus méritos grandes la aparición en él de los “Nuevos papeles de José Martí”, a cargo de Arturo de Carricarte.

Con las características editoriales y de impresión de la prensa moderna, *Ahora* fue un diario relevante—su director afirmaría que llegó a tirar 60 000 ejem-

plares diarios—⁹ aun dentro del entramado de la prensa cubana de la década del 30 y pese a su muy breve vida de algo más de un año de circulación en esta segunda etapa.

Para Pablo representó la oportunidad de ejercer el diarismo, el periodismo impuesto por la práctica de un día tras otro, desde una publicación nacionalmente reconocida, prestigiada por su posición contraria a las dictaduras, de combate ante la represión. En *Ahora* publicó Pablo varios de los trabajos más representativos de su periodismo, de su pensamiento y convicciones.

En *Ahora*, y por ello queda *Ahora* en Pablo, su periodismo revela como en ninguna otra publicación las características del testimonio como género pulsátil de la realidad, testigo activo de una época en constante ebullición revolucionaria, apasionada y tan imperfecta como toda obra humana.

Tampoco todo fue color de rosas. Pablo lo da a entender en carta del 11 de abril desde Nueva York: “...Y he escrito más artículos que cuando estaba en *Ahora*, de ingrata y grata memoria”.

Es nuestra opinión que la presencia de Pablo en *Ahora* solo puede apreciarse debidamente cuando se completa con lo que a su vez significó *Ahora* en Pablo. Y en tal sentido, queda a nosotros suscribir la sentencia martiana: “La nobleza del hombre es la memoria”.

En estos tomos aglutinamos la vigorosa producción periodística de Pablo en *Ahora*, parte de la cual se ha publicado con anterioridad en otros libros de Ediciones *La Memoria* y también por el Instituto Cubano del Libro. Sin embargo, varias decenas de

⁹ Abel Molina Macías: ob. cit., no. 342.

artículos que han permanecido por más de ocho décadas sin ser reproducidos y constituyen piezas de enorme interés para estudiosos, críticos y lectores en general, están aquí nuevamente, por lo que este trabajo constituye un todo, una secuencia de la historia de Cuba narrada por un protagonista, y deviene así un aporte significativo al completamiento de la publicación de las obras completas de Pablo de la Torriente Brau.

LEONARDO DEPESTRE CATONY

LA ISLA DE LOS 500 ASESINATOS¹⁰

I. Defensa del comandante Castells

El silencio, el elogio y la protesta

Un triple silencio cayó sobre la Isla de Pinos: el silencio, aplauso de los cobardes, el silencio impotente de los presos y el cómplice de unos cuantos. Pero floreció, también, el elogio. Los que lo emplearon tienen ahora a su disposición para justificarse, el sofisma, ese bello instrumento de la mentira que Sócrates elevó a la categoría de obra de arte.

Porque no es extraño que Jorge Mañach, en diciembre de 1930, dedicara alguna de sus “Glosas”, al elogio del Presidio Modelo. Castells era demasiado astuto para no envolver a un hombre ingenuo como Mañach, lo inexplicable es que después, al estar mejor informado, no se retractara. Pero el error de Mañach es conocido de todos y seguramente él estará arrepentido de su engaño, mientras que hay otros que no suenan y que son aún más responsables. Deben salir a la publicidad para que se les conozca. De uno sé que vale la pena presentarlo. Se llama Rev. Padre Vicario, no sé cuántos Fábregas y no en 1930, sino finalizando casi

¹⁰ Con fecha 8, 9, 10, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 20, 21, 23 y 24 de enero de 1934. Fueron 12 capítulos en total; uno de ellos por su extensión requirió dos ediciones. Los textos se acompañaron de fotografías que son hoy de extraordinario valor. Aun cuando su calidad (son fotocopias) no es la mejor, las reproducimos en el testimonio gráfico por cuanto la mayoría de ellas se publican por vez primera en más de ocho décadas.

el 1932 –¡hace apenas un año!– en *El Mensajero Católico* dejó gotear dulzores tan gratos en la alabanza del Presidio Modelo y su jefe, que al propio purísimo licenciado Barraqué¹¹ hizo exclamar en carta que tengo: “¡Me come la envidia!”... Pero no hay que apurarse. El Rev. Padre Vicario no se defenderá. ¿Para qué dijo Argensola¹² que “la tierra no era el centro de las almas”? O, ¿es que acaso la Inquisición no tuvo también su “Comisión de Mayores”?

Pero si hubo el silencio y la alabanza, hubo también la protesta y el insulto. Es el momento de recordarlo, porque la protesta fue única. Si la policía machadista no los hubiese desbaratado, todavía podría verse grabada la palabra “¡Asesinos!” sobre los nombres de Castells y Díaz Gallup¹³ en los rojos estandartes del Partido Comunista de Cuba; y tal vez pudiera aún encontrarse algún manifiesto del Ala Izquierda Estudiantil o de la Defensa Obrera Internacional, denunciando los crímenes cometidos, sin detenerse para ello en el peligro en que ponían a sus miembros, presos entonces a montones en las prisiones políticas. Que se sepa esto, que no caiga ahora el silencio sobre los únicos que protestaron del silencio de entonces...

Motivo del viaje

Yo fui a Isla de Pinos a conocer el trágico escenario en que se desarrollaron los asesinatos que nos relataban

¹¹ Jesús María Barraqué. Abogado y notario. Llegó a ser secretario de Justicia y senador de la República de Cuba.

¹² Bartolomé de Argensola (1562-1631). Poeta e historiador español del llamado Siglo de Oro.

¹³ Teniente Ambrosio Díaz Gallup.

asustados algunos presos amigos y que yo había trasladado al libro que publicaré con el título *Presidio Modelo*; porque aunque había permanecido en Presidio cerca de dos años como preso político, a nosotros nos estaba vedado salir del pabellón del Hospital, y solo en el último mes de prisión vinimos a disfrutar el derecho a salir a los campos de *baseball*. Por tanto, “La Llana”, “El Cocodrilo”, “La Fuente Luminosa”, “La Loma de Tierra” y las “Zonas de cultivo”, lugares todos en donde la sangre ha sido abono para la tierra, solo eran para nosotros hitos de leyenda. “La Piedra” nos quedaba a la vista, al fondo del pabellón y nos la podíamos imaginar más o menos, y el Hospital, el más péfido de los desfiladeros de terror, era nuestra residencia.

Yo quería, pues, conocer los sitios en donde los protagonistas de mi libro habían muerto y todo lo conseguí gracias a la fraternal amistad de Benito Fernández, quien me obtuvo, tanto del Secretario de Gobernación Antonio Guiteras, como del Jefe de Prisiones señor Beruff, todas las facilidades necesarias a mi trabajo. Una vez en Presidio no encontré sino ayuda a mi labor, así de las autoridades del penal capitán Fernández Pulido, y tenientes Andreu y Fuentes, como de los empleados de la Oficina, Fotografía y Archivo, todo ello sin contar la eficaz y entusiasta colaboración de los propios presos, muchos viejos amigos, ya, y del fotógrafo, Hugo Dalerta, estupendo *cameraman* a la manera norteamericana, capaz de clavar su trípode en el fango podrido de “La Llana” o de trepar a lo alto de un transformador eléctrico para sacar la única fotografía existente de “La Fuente Luminosa”. Y todo además, sin estipendio alguno y hasta de su propio bolsillo. Para todos los que me ayudaron en la mínima forma, va mi reconocimiento.

Sorpresa en la terminal

Al partir para Isla de Pinos debí pensar con anticipación que algo, por lo menos desagradable, debía ocurrirme. Así fue, en efecto.

Apenas había llegado a la Estación Terminal me encontré con un compañero, allegado del comandante Castells, que también iba para la Isla con un fin precisamente diametral al que yo perseguía: buscar las pruebas necesarias para demostrar la falsedad de las acusaciones hechas al ex-Jefe del Presidio. La situación era terriblemente enojosa para mí, porque yo tenía la absoluta convicción de la culpa sin disculpas de Castells; pero al mismo tiempo, una elemental delicadeza demandaba de mí algún sacrificio en mis juicios y palabras. No obstante, estimé que lo correcto estaba en decirle al amigo, sin rodeos, cuál era mi verdadera posición en el juicio contra el comandante Castells.

Y así fue cómo se dio la extraordinaria e ingrata coincidencia de que viajáramos juntos, hasta la Isla de Pinos, el acusador y el defensor, cada uno manteniendo sus puntos de vista, sin salirnos por ello del terreno amistoso. Pero no quisiera que más nunca en la vida se me presentara un problema de tan extraordinaria delicadeza.

Defensa del comandante Castells

Yo no estoy autorizado para decir el nombre de mi compañero de viaje, pero sí tengo el deber de humanidad de exponer los puntos de su defensa, que, aunque no variaron mi opinión, acaso puedan pesar en el ánimo de los que pronto habrán de juzgar a Castells.

“Castells era un engañado –me decía–. Primero fue Goyito Santiesteban, prototipo del “hombre superior sin alma”, quien lo enredó en la madeja de sus ambiciones y crímenes; luego fueron los “mayores”, puestos muchas veces de acuerdo con el médico, y también Américo López, el ayudante, quienes hicieron del Presidio una escuela del crimen”.

Me narra entonces el defensor de Castells cómo ocurrían en Isla de Pinos asesinatos extraños, a la sombra, por procedimientos refinados y hasta científicos, y arrastrado por la sinceridad de su defensa, me alega como una característica del comandante Castells: “Si todos esos crímenes se cometían con la autorización de él, ¿por qué se hacían tan ocultos? ¿Por qué, por ejemplo, se mató a muchos en el Hospital, provocándoles una crisis nitritoide, en el tratamiento de sífilis imaginaria, de manera que luego pudiera justificarse legalmente la presencia de arsénico y otros venenos?”. Y, amontonando razones que los jueces deben apreciar, ya que ellos no han de tener, como los tengo yo, prejuicios en contra del acusado, el defensor de Castells me pide: “¿Por qué no se investiga el número de muertes ocurridas en presidio durante la ausencia del comandante, cuando Américo López, el médico y los “mayores” se despachaban a su gusto?”.

Le hice entonces a mi compañero de viaje y antagonista la observación de que uno de los errores fundamentales de Castells estuvo en valerse del mismo preso, ofreciéndole nada menos que la libertad como premio, para espiar, disciplinar y castigar a la población penal, y reconoció como verdadera mi afirmación, añadiéndome algo de un alto interés y que demuestra a las claras la astucia del comandante y hasta qué punto la Isla de Pinos entera le debía obediencia. Me dijo así:

Castells no pensó en la cobardía del hombre preso, y dudando de la verdad de lo que le decían sus ‘mandantes’, todas las madrugadas, cuando llegaba a Nueva Gerona o al Columpo el vaporcito de Batabanó, acudía al muelle a preguntar al capitán del barco, qué habían dicho de él y del Presidio los últimos presos en libertad. No se le ocurrió que el preso es cobarde y que al salir de la prisión sigue considerándose preso. Por eso todos, a cualquiera que les preguntara, temiendo a un espía, hacían elogios del comandante. Y así era como Castells pensaba que adquiriría la mejor información.

Y cuando el defensor de Castells terminaba esta explicación tan razonable, en mi imaginación cobraba vida aquel relato que me hizo un preso libre una noche de traslado, y por el cual supe quién era Santiago Badell, “mayor de la Comisión”, quien me había regalado una boquilla que debe haberle costado la vida a un hombre.

La solución de un novelista

Todo el que ha estado en Presidio o se ha interesado más o menos por su leyenda de terror, habrá oído hablar de la tragedia de “El Cocodrilo”, cuando en menos de un minuto murieron doce hombres. A este hecho, del que he obtenido datos hasta ahora desconocidos para el público y para los mismos presidiarios, dedicaré un capítulo entero. Por su importancia no dejé de preguntarle a mi compañero de viaje para que me diera su versión defensiva, que sería estupenda, si yo no pudiera presentar al único testigo presencial y cierto documento de una elocuencia terrible.

Por todos en el Presidio se admite que los muertos fueron doce. Pero el penal solo informó de la muerte de nueve, dando como fugados a los tres restantes: Bravo, Huertas y Estrada Cabrera. Cualquiera en Isla de Pinos puede asegurar que estos tres hombres fueron quemados, según algunos en el Horno Viejo de cal, y según otros en el potrero llamado de “Marielina”; mientras que la opinión unánime es que Américo López, ayudante del jefe, fue el encargado de la cremación; asimismo todos informarán que la desaparición se realizó para justificar “la fuga” en que murieron los restantes.

El defensor de Castells me hizo así el relato:

Lo cierto es que Goyito Santiesteban, que era enemigo de casi todos los muertos, se enteró por alguien de que estaban preparando una fuga y, entonces, le hizo saber a Castells que aquel grupo de individuos tramaba una conspiración para matarlo y luego fugarse. Armado el enredo, fue fácil conseguir que la vigilancia se hiciera tan sensible que a la menor sospecha abriera fuego, y, cuando llegó el momento, los soldados regaron de balas aquello y solo dos –Bravo y “el mexicano”– pudieron huir. Desaparecieron por unos días, a pesar de las pesquisas que se realizaron por capturarlos, y, poco después, aparecieron dos cadáveres calcinados. Bravo y “el mexicano” habían matado a dos infelices guajiros para quitarles las ropas y huyeron al extranjero. Están vivos en Colombia.

Tengo que reconocer que el relato me sorprendió por lo justo y verosímil que parecía. Desgraciadamente para Castells yo encontré al único testigo

presencial que tiene, a su vez, muchos testigos de que él lo fue de veras; encontré también un documento comprometedor en la correspondencia de Santiesteban y, por último, he podido averiguar que nunca, desde la época del descubrimiento, en Isla de Pinos asesinaron de golpe a doce hombres. Por si todo ello fuera poco, hablando con los presos, uno de ellos –“Macorino”– con ese ingenio fuerte y agrio que les creó el terror y el silencio, me dijo: –“Sí... Seguro que están en un país tan bueno, tan sublime, ¡que no quieren ni que su familia se entere!”.

La ingratitud y el deber

Necesito decir que mi compañero de viaje procedió conmigo con la misma sinceridad que yo con él. Me confesó cómo le afectaba que los presos políticos con los que Castells había tenido tantas atenciones, fueran los que con más rudeza lo acusaban. Como abogado de Defensa Obrera Internacional que había sido, conocí las gestiones realizadas por Castells para salvarle la vida a Otto Müller, José Rego y Jones Hassan, cuando el compañero Wong fue bárbaramente asesinado en “El Príncipe” por Romero y otros, cumpliendo órdenes de Díaz Gallup, el torvo teniente de la mirada esquiva; conocía también que Ramiro, Rubén y “Cuchi” Escalona le debían la vida, pues al ser llamado por el presidente para notificarle la necesidad de matarlos, Castells le dijo: “General, yo quizás sea capaz de matar a un hombre porque crea que es nocivo a la sociedad, pero yo no soy capaz de matar a hombres que luchan por ideales, aunque no sean los míos...”.

(Con respecto a este asunto recogí otra versión de boca de Gabriel Sánchez a quien se la había dado Goyito. Según esta versión, Castells llamó a su hijo Pedro Pablo y le dijo: “Hijo, he recibido la orden de matar a tres personas decentes... Hijo, te he llamado porque tú asumirás la responsabilidad de la familia, porque tu padre ha recibido la orden de matar a tres personas decentes y no la puede cumplir. ¡Y no la puede cumplir! ¿Comprendes? Y si la llega a cumplir, se ahorcará. ¡Y si no la cumple meterán a tu padre en la cárcel! ¡Por eso te he llamado!...).

A otros muchos presos políticos salvó Castells, según su defensor: a Duque Estrada, cuando su estupenda fuga, a Seijas, a Lanz. Inclusive tuvo un incidente con Arsenio Ortiz,¹⁴ cuando el atentado de Columbia, por impedir que la Bestia de Santiago de Cuba vejara a Luis Orlando Rodríguez o al “Guajiro”, heridos ya en el Hospital. “Este es un Hospital y no una sala de ajusticiar”, dice que le gritó a Arsenio Ortiz.

Podemos admitir como ciertas todas estas versiones. De todas maneras, el calificativo de ingratos no podemos rechazarlo porque lo cierto es que Castells nos trató estupendamente en el Presidio Modelo, aunque siempre estableció una clara discriminación contra nosotros, los presos de izquierda –lo mismo que ocurre hoy en que, mientras los exoficiales disfrutaban de los terrenos del penal, los comunistas y antimperialistas se secan al sol del patio del Hospital– tanto en el Hospital como en las Circulares, a

¹⁴ Arsenio Díaz Ortiz, supervisor militar de Oriente durante el gobierno de Machado. Instauró un régimen de terror y asesinatos entre la población y especialmente entre los campesinos. Sobrenombrado *El Chacal de Oriente*.

pesar de lo que dice su defensor relativo a la mejor concepción moral e intelectual en que nos tenía. Pero esta ingratitud tiene una segunda parte. Yo tengo en mi poder parte de la correspondencia del comandante Castells y por ella puedo afirmar que sentía desprecio por nosotros, y que de buenas ganas hubiera acabado con todos, y que si no nos trató mal, solo fue por habilidad y por cálculo. Nuestra ingratitud, pues, disminuye mucho.

Pero aun admitiendo que todo en él hacia nosotros fue puro, no podíamos dejar de correr el riesgo de parecerle ingratos a costa de un silencio criminal. En Isla de Pinos se asesinó a mansalva, se emplearon tormentos inauditos, terrores espantables, se degeneró a los hombres, se convirtió a ladrones en asesinos y a homicidas en ladrones; se transformó en pederastas a verdaderos varones; a hombres leales en intrigantes malévolos, en envenenadores a simples falsificadores de oficinas y hasta algún aprendiz de *souteneur* se convirtió en Presidio en estrangulador de hombres. De toda esta inmundicia como jefe que fue, como señor absoluto, como verdadero zar de Isla de Pinos, el comandante Castells es el culpable máximo, o por la más criminal de las inercias que haya habido nunca, o por una crueldad comanche, sin paralelo en Cuba.

Al solo recuerdo de tanto crimen, al confrontar el silencio de antes, la mudez sepulcral de los presos, con su borbotear de ahora, con su crecida verbal de represa rota, toda compasión se disipa, y si el defensor de Castells pide el juicio por los tribunales ordinarios, nosotros no pedimos otra cosa, no ya por los Tribunales de Sanciones, que hartos débiles, parsimoniosos e ineficaces se muestran en satisfacer el

ansia pública de castigo, sino el juicio por Tribunales Populares Revolucionarios, en donde solamente un preso común, atormentado en “La Llana”, “El Cocodrilo” y las celdas, tendrá derecho a ejercer el Ministerio Fiscal.

En los próximos capítulos contaré cosas terribles. El que sabe lo que yo sé, lo que yo he oído, tiene el deber de hablar, aunque sea por todos los infelices que ya no pueden hacerlo porque la voz se les pudrió en los pantanos de “La Llana”.

II. Geografía del pánico

La isla traicionada

El Presidio traicionó a la Isla de Pinos. Su crueldad incomparable no se conformó con los hombres y se extendió al paisaje. Todavía yo recuerdo cuando el bello nombre –¡Isla de Pinos!– era una grata evocación: cristal fuente de los ríos, playas de mármol desmesurado, alegres pinares, llenos de retoños verdes para los árboles de la navidad...

Pero el Presidio comió hasta en la imaginación de los hombres y hoy el nombre –¡Isla de Pinos!– tiene una sonoridad sombría y los pinares extensos solo son como enormes campos sepulcrales de infinitos muertos desconocidos...

Antes, el barquito que hacía la travesía hasta la Isla, era alegre como un juguete; ahora... “Yo creo que este es el barco más triste del mundo... el que más personas tristes ha transportado”, me decía en el último viaje Arencibia, un joven de Nueva Gerona.

Y sobre la Isla, como un bando de gigantescas carairas, reposa el Presidio en la espera de que algo más aún se pudra para devorarlo también.

El Columpo

Sobre la playa del Columpo descansa el muelle del penal. Por él desembarcan las “cordilleras” de presos, hombres que acaso no vuelvan a ver el mar o que lo verán de nuevo cuando ya tengan las pupilas fatigadas de tanto ver las mismas palmas, la misma eterna loma trepada por los platanales.

Una arena fina y brillante, como el polvo que sube por los rayos del sol cuando se limpia en las casas, la playa del Columpo, y, sin gradaciones, instantánea, como un *fiord* noruego, se alza la pequeña montaña que parece inmensa. En la claridad del día se distinguen los árboles, sobre todo los gigantes ceibones, de verde musculatura; pero en la tiniebla del amanecer, cuando el barco llega al muelle, la montaña, negra, con sus contornos perfectos, parece el vientre de algún proboscídeo fantástico ahogado en el mar...

Millares de hombres vestidos con el sucio azul han desfilado al borde de la montaña, por la marmórea carretera, rumbo al Presidio. A sus faldas estuvieron sentados en un crepúsculo irónico, Arroyito, el Moro, Cundingo, Güelelea, el mexicano y Ramírez, que más tarde, en “El Guanál”, cuando ya la noche era profunda, a pesar de ir esposados y conducidos por sargentos y cabos, todos expertos tiradores, tuvieron la desmesurada osadía de pretender fugarse... ¡Qué imprudentes!... ¡Ni siquiera llegaron a conocer qué hermosas eran las circulares del penal!

La Piedra

Al principio era “La Piedra”. Las cordilleras íntegras eran volcadas en “La Piedra” para sacar de la sierra de mármol todo el material necesario para las construcciones de edificios y caminos. Cuando nosotros llegamos nos alojaron en el Hospital y desde las ventanas veíamos pasar las cuadrillas y luego contemplábamos los efectos de las explosiones. En broma decíamos: “Esos son los estudiantes de Isla de Pinos que están poniendo petardos”. Pasaban para las canteras hombres pálidos, como hojas muertas, al lado de verdaderos Hércules; pretuberculosos que tendrían que voltear la mandarria; hombres lisiados que apresuraban fatigosamente la marcha para no quedarse atrás.

“La Piedra” está al costado de la Sierra, es parte de ella misma; es lo que los barrenos, las mandarrias y barretas le han ido comiendo a la montaña. Y como tiene la entraña blanca de mármol y está en el camino del sol desde por la mañana hasta que el atardecer trasmonta la loma, es este y no la mandarria ni el cansancio ni el hambre, el implacable enemigo. El sol de Isla de Pinos tiene rabia tropical, fulgura violento y de la piedra blanca de la cantera brota una blancura insolente; por eso los hombres agradecen más que un jarro de agua, el paso de una nube...

Octavio Fornells tenía su sustento en la vista; era grabador. Lo mandaron a trabajar en las canteras y... “Tendré que usar espejuelos cuando salga” —dice—. Pero, ¿por qué extrañarse? ¿Acaso no tuvimos nosotros algunos “enfermeros” que vinieron a conocer en Presidio el bicarbonato y la aguja hipodérmica? Y, ¿por qué se queja Fornells de “La

Piedra”? ¿Porque se le debilitó la vista? ¡Entonces que dirá “el tuerto”!... Pero, “el tuerto” ya no puede decir nada... Menéndez, su escolta, impidió para siempre que pudiera hablar, que pudiera mirar de frente al “jefe” y hablarle con voz brava de un hombre. Y tampoco podrá hablar aquel que le dio las puñaladas al “Chino” cuando este era Jefe del Piso. Aquel tampoco podrá hablar, porque la última vez que lo hizo fue para suplicar al soldado “que lo dejara hacer una necesidad” y el soldado se lo concedió: “¡Con tal de que fuera la última vez!”.

El Cocodrilo

Después vino “El Cocodrilo”.

Yo llegué hasta él con la emoción con que un historiador debe recorrer los campos del Marne o de Waterloo. ¡Y es cierto que en “El Cocodrilo” Castells tiene un Waterloo que durante varios años disfrazó de Austerlitz!

Si se quiere llegar hoy hasta “El Cocodrilo” por el potrero, Antonio Sánchez Pérez mostrará enseguida el camino que se hizo a la charca con el único fin de que pudieran llegar hasta ella el médico y el juez para certificar las muertes... Hoy la yerba en parte cubre el camino, pero el viradero de la máquina, al mismo centro del zanjón, es bien visible. Muchas veces, al apearse, el juez decía: “¡Ah, caramba, muchachos, ustedes no escarmientan!”. Y, después, compasivo, desaparecía en la máquina hasta la nueva “fuga”.

Con el mismo guía, que ahora trabaja en “El Ojo de Agua”, se puede llegar a “El Cocodrilo” a través de un corto tramo de monte lleno de ocujes, júcaros y yabas y en donde el arriero lanza su grito al paso

y el tocororo apenas si se digna cambiar de rama, como para exhibir mejor su hermoso plumaje. Por el monte se llega pronto al lugar del río Simón conocido por “El Cocodrilo”, nombre que ya los presos daban a todo el arroyo, parece que en recuerdo de la fiera potente y traidora como el reptil, que devoró a sus compañeros.

Aquel es hoy un lugar de delicia para el desahogado o para el que no conozca la leyenda. A una orilla la yerba paral del potero, si no pujante por lo menos fresca, incita a echarse en ella. Pero esa yerba le costó la vida a Crescenciano. Por sembrar un trocito al revés, el soldado le dijo: “¡Toma... para que aprendas a sembrar!”.

En esa misma orilla un roble se levanta, como un testigo: George Kelly, el testigo irrecusable, alto como un roble, al lado de él contempló, pálido, la hecatombe. Del otro lado una majagua florecida de rojo y amarillo, se inclina sobre el agua. Hacia un costado de ella crece un bagá, que a su tiempo da sabrosos frutos. En las aguas, de un azul turbio, reposadas, flota la hoja perforada de la ova y se abren sus botones amarillos con flores blancas. Por las orillas, hojas gigantescas de las yagrumas nadan imperceptibles sobre las aguas tranquilas y solo de tarde en tarde se rompe la superficie cuando alguna biajaca huye del ataque de las truchas que se importaron para poblar los ríos. Todo es silencio. Da ganas de la siesta el paisaje. Pero si se camina un poco por el borde del agua se llegará hasta el límite del remanso y se verá lo que fue: una cañadita misérrima que un niño de dos años podía pasar. Yo tomé la fotografía para que se viera el contraste. Y le pregunté al guía: ¿Para qué se hacía esto, con qué fin? “Para nada –me responde–. Para

mortificar a los hombres. Aquí venían a las seis de la mañana y estaban hasta las seis de la tarde, con diez minutos para almorzar. Luego, cuando llegaban allá, unos minutos les daban para comer y otra vez a trabajar en ‘La Piedra’ hasta las doce de la noche muchas veces. Y eso para levantarlos a la madrugada de nuevo...”. Y Kelly me dice: “Yo pesaba 225 libras cuando me mandaron para acá y a los veinte días pesaba 175”.

En la imaginación se confunden, en indescriptible aligación, el silencio y la tranquilidad del remanso que hoy queda, y el chapaleo precipitado de las palas en el fango, el alentar afanoso de los hombres acosados y la angustia de los ojos que presentían la bala en el cráneo, por la espalda. Todo se mezcla en un rumor creciente, que no me sale sino a los ojos, que ninguna palabra podrá jamás imitar. Veo los doce cadáveres desbaratados por los Springfields y el cinismo y brutalidad sin paralelo de aquel grupo que quemó a tres hombres para justificar la fuga imaginaria, y una emoción cariñosa, incontenible, me confunde. ¿Es que acaso todos aquellos hombres no tenían madres, mujeres e hijos? ¿Por qué sus nombres no se mezclan con los de las víctimas políticas del machadato? ¿Quién puede negar que Castells no fue otra cosa que uno de los alucinados por la locura sangrienta, por el vértigo de competencia cruenta que desbocó entre sus satélites el funesto “Asno con Garras”? El Presidio tuvo también sus centenares de mártires y unos cuantos héroes. ¡Todavía hoy los ojos de los presidiarios se alumbran de orgullo cuando recuerdan a Huerta y a William Müller, hombres soberbios y altaneros que no se doblegaron jamás ni ante el terror ni ante la muerte, y que no tuvieron

otras armas que las de una varonía exaltada hasta el paroxismo y un desprecio a la vida tan grande solo como el asco que sentían por la vileza de sus asesinos! ¡Yo pido que sus nombres se unan a los de las víctimas más puras del terror político en Cuba!

La Fuente Luminosa y la Loma de Tierra

“La Fuente Luminosa” tiene 55 metros de diámetro y 45 pies de profundidad. Todo el barro extraído de la gigantesca taza se sacó a la superficie, por una estrecha escalera en tinas sobre la cabeza de los hombres... ¿Una grúa?... ¿Para qué si el hierro no sufre?... Pero hoy nadie puede darse una idea de lo que aquello fue. Aguas claras y tranquilas duermen sobre la sangre y el sudor de los hombres muertos, y el masío, como una corona, crece en los bordes de la taza. A uno de los lados, el que tapa la vista del Presidio –¿sería un consuelo?– una loma de barro, extraído de la misma fuente, se alza con la pesadez de un gigante obeso. Al otro lado, pero ya más distante está otra colina de barro, extraído también de “La Luminosa”, conocida por los presos con el nombre de “Loma de Tierra” y fue el trágico escenario de numerosos asesinatos. Recorriéndolo por varios lugares me encontré un viejo casquillo de rifle. La imaginación, en su extraño funcionar, me trajo la idea de un cráneo vacío y, más tarde, evocando los relatos que conocía, me ha obsedido la singular seguridad de que el plomo que anidó el casquillo vacío, le rompió la vida a aquel infatigable cargador, Armando Báez, a quien sus compañeros pusieron “El Rey de la Tina Sola”, y que estuvo 72 días subiendo barro por la escalera y al no poderlo vencer por el

cansancio, lo fatigaron para siempre en “La Loma de Tierra” con una pequeña bala de fusil.

La Llana

Cuatro veces estuve en “El Cocodrilo” y tres en “La Llana”. Acaso el primero merezca la primacía en cuanto a la magnitud de la hecatombe, por la calidad de algunos de sus mártires; pero “El Cocodrilo” es hoy un lugar tan grato que es una lástima que tenga historia, mientras que “La Llana” es —y será por mucho tiempo— un lugar inmundo, repelente, que da escalofríos de asco... Marismas más bajas que la playa en varios sitios y que, además, reciben la descarga pluvial de la Sierra de Casas, para ser desecadas exigen, no que se extraiga de ellas el fango podrido, sino una canalización inteligente, un malecón que impida el flujo de las altas mareas y los nortes, y a la par, un paciente y macizo trabajo de relleno. Solo así “La Llana” desaparecería.

Pero hoy, a pesar del bárbaro trabajo realizado durante varios años por centenares de hombres, “La Llana” sigue siendo una ciénaga hedionda, de un barro negro y traidor, sobre el que las lianas tejen en barbacoa una monstruosa tela de araña, que hiere a veces las piernas de los hombres, pero que otras los salva a veces de morir ahogados en el cieno. Los mangles crecen en los pantanos con una exuberancia magnífica. Y al sentir el plaf plaf de la marcha por las charcas, bandadas de guanabás enormes, de cocos blanquísimos o de garzas y yaguazas de elegante aletear levantan el vuelo para ir a posarse más lejos. Donde el lodo comienza a tornarse más pastoso se ve con frecuencia la huella de los cocodrilos, a los cuales los presos nunca

tuvieron miedo: “¡Cocodrilo el escolta!”, dicen muchos. Pero aunque el fango le suba a uno hasta la rodilla en plena seca –y sin buscar los lugares más profundos a fin de que el fotógrafo pueda trabajar bien– y nos dé por ello la momentánea impresión de que una tembladera negra nos va a sorber, no es esto lo que más impresión causa. Lo que más impresión causa es tirar una piedra, que se abra el pantano y se la trague y cierre enseguida la cicatriz, en espera de otra... Lo que más impresión causa es caminar por una parte tan sólida de la Ciénaga que solo marcamos en ella la suela de los zapatos y que no hace ruido, que es sorda, muda, como si debajo existiera una bóveda vacía... Lo que más impresión causa es caminar por la parte cercana del mar y ver millares, millones de pequeños cangrejos que se retiran lentos a nuestros pasos, con las muelas en alto, y pensar entonces en el terror de algún fugado a quien la noche le cogió en el fango y temió caer de cansancio y de miedo y recibió nuevo aliento para la fuga en el espanto de sentirse devorado en la boca, ¡en los ojos! por millares, por millones de pequeños cangrejos insaciables... Lo que más impresión causa es oír a esos hombres asustarse de sus propios recuerdos; oírles en los ojos el terror, el grito último de un compañero asesinado, la explosión de los Springfields, las bestialidades sin nombre de los cabos Quintero y La Guardia, y recordar –¡vivos!– a los infelices compañeros muertos... Lo que más emoción causa es pasar por un charco y que nos digan en una evocación sencilla: “Aquí mataron a Juan Imbert”. “¡Aquí, porque no podía cargar con un barril lleno de agua, le dieron un tiro a Higinio García!”...

Después, ya no nos impresiona que nos cuenten la fatiga sobrehumana del pasodoble, con la leña a

los hombros, vencida solo gracias al espanto de morir por la espalda, de no oír más nunca el toque de “diana”; ni nos impresiona el hambre de los castigados, ni la furia de los insectos; ni siquiera, al pasar junto a las fosas donde todos los detritus del penal desaguan, nos impresiona que nos digan que allí, en aquel zanjón asqueroso, metían a los hombres hasta la cintura a llenar cubos de excremento!...

¿Para qué impresionarnos por esto? Seríamos entonces comparables al “cívico” juez Vignier, hombre tan “sensible”, que para no sufrir la conmoción de tales espectáculos, exigió que todos los “fugados” murieran precisamente al pie de la última “palmilla” adonde podía llegar su automóvil...

Y para complacerlo y evitarle crisis nerviosas, los soldados, a culatazos, obligaban a los compañeros de los muertos a cargarlos hasta la palma macabra y tenderlos sobre la hierba.

Dicen los presos que allí nunca esta se pondrá verde... ¡Y es verdad que aún está amarilla!

El último insulto

Antes de regresar de la Isla de Pinos quise ver el cementerio del Presidio. Estaba cerrado y saltamos las tapias. Como si aún estuvieran listos para el toque de “recuento”, los presos se alinean en sus tumbas. Pero el “recuento” es acusador. ¡Faltan tantos!... Solo 200 cruces descansan en la tierra recién removida por las excavaciones... (¡Que nadie dé la confidencia: en algunas tumbas se encontraron dos y tres presos, que aún después de muertos parece que quisieron fugarse de la muerte!).

No es eso, sin embargo, lo que me llenó de tristeza colérica. Lo que me puso turbia la tarde fue el último insulto. El que los presidiarios, ni después de muertos, puedan recobrar sus nombres... Muere en el mundo de los libres un canalla, un bribón, y siempre habrá quien le perdone y hasta diga: “¡El pobre, después de todo ya murió!”. Pero el preso no recobrará la libertad ni con la muerte y para cubrir su vergüenza imperdonable, un número, como una clave, se grabará en su tumba. ¡Ah, Favila Regojo! ¿Sería cierto como dicen los presos que a ti te excluyeron del último insulto, y te pusieron dos pinos sobre la tumba y un bello mausoleo de mármol “de los que tanto te quisieron”, y te enterraron en el cementerio de “los buenos”, para no ver tu nombre en el de “los malos” y no tener que acordarse de la botellita de Otar Dupuy¹⁵ en la que echaron el veneno con que te castigaron para que no hablaras nunca despectivamente del general Machado?...

III. Esquema para una biografía del comandante Castells

Nota para un diccionario

“Pedro Abraham Castells y Varela, comandante del Ejército y de la República de Cuba y supervisor del Presidio Modelo de Isla de Pinos, nació en X, el día tantos de mil ochocientos tantos, siendo sus padres el señor A y la señora A. Desde muy pequeño dio a conocer una tenacidad extraordinaria en todo lo que le interesaba y esa condición, tan rara en los hom-

¹⁵ Marca de coñac.

bres de su raza, de marcarse un propósito y seguirlo hasta el fin. Así, por ejemplo, se le ve ingresar en el ejército, como soldado raso, en los comienzos de la República, e ir ascendiendo grado por grado, voluntariamente, hasta llegar a ser comandante con el Mérito Militar. Dotado de una energía poco común, de una capacidad organizadora extraordinaria, de una inteligencia natural, muy viva, de cierta cultura, de habilidad y astucia, su nombre habría pasado a la historia como el del único hombre que desempeñara a conciencia y sin lucrar, la jefatura de la máxima penitenciaría de Cuba, si una perversidad creciente, motivada por el estado morbosos de una paranoia progresiva, no le hubiera empujado al crimen. A la caída del presidente Machado fue encarcelado, y pesando sobre él la terrible acusación de haber permitido el asesinato de más de quinientos hombres, fue fusilado en unión de varios de sus cómplices”.

Bueno, ¿y a quién puede interesar esta nota, que más o menos será la que habrán de reproducir en el futuro los diccionarios enciclopédicos?

¿A quién le interesa lo que de Nerón, Calígula, Torquemada o Fouquier Tinville,¹⁶ pueden decir los diccionarios? El diccionario no es más que un cementerio y una autopsia. El que lo inventó fue un comerciante en muertos. Un necrófago.

¹⁶ Antoine Fouquier de Tinville (1746-1795). Político francés que sirvió de fiscal en el Tribunal Revolucionario. Fue acusador público de célebres procesos (a Charlotte Corday, asesina de Marat, a la reina María Antonieta...). También procedió a la identificación de personalidades importantes de la Revolución declarados en su momento fuera de la ley y guillotinos, como Robespierre y Saint-Just. Finalmente, como ya supondrá el lector, también él fue juzgado, condenado y guillotinado.

Y Pedro Abraham Castells, aunque será fusilado no puede morir. Ese será su castigo.

Iván el Terrible

Por encima de Iván solo hubo Dios y por encima de Castells solo estuvo Machado. Pero así como a “Dios”, de tanto trabajo que tiene “se le pasan muchas cosas y se hace el disimulado en otras”, así también Machado, pendiente de tanto crimen y tanto latrocinio, tenía que delegar en algunos de sus subalternos la función más activa. Por eso es que yo nunca he conocido, ni siquiera imaginado a un hombre con tanto poder, con tanta autoridad como Castells, cuando era jefe del Presidio. He leído las cosas de Iván el Terrible y de Pedro el Grande, los dos bárbaros rusos cuyas crueldades fueron de tal naturaleza que Czevchinsky no puede ser considerado de otra manera que como un benefactor... Todo lo hicieron por sí, porque ellos tenían la vida y la hacienda de los hombres, y todo estaba bien hecho si lo hacían ellos. Pero Castells fue más lejos aún: todo lo que no hacía él estaba mal hecho. Por eso, al entrar en Presidio, rompió, desbarató todo lo que existía, y en un breve período de tiempo tan limitado en los reclusos, como la charla que se le va a uno en un entreacto de un teatro, los penados se encontraron en otro mundo... ¡En otro mundo geográfico y otro mundo moral! ¡Llegó él y comenzó el crepúsculo en el penal; luego enseguida llegó la noche, la más profunda de las noches que haya gravitado nunca sobre ninguna penitenciaría del mundo, y la noche, como por un mandato bíblico, se inmobilizó en el tiempo y en el espacio!... ¡Los hombres se movieron en ella como topos y murieron con la angustia de

las ratas que no pueden salir de la cueva!... Para él los presos eran ratas... ¡Menos!... Decía: “Para mí un preso es como un palillo de dientes: lo uso, y cuando no me sirve, lo boto!”.

Pero, Pedro el Terrible no se quiso conformar con el Presidio y convirtió a la Isla de Pinos en una pequeña Siberia. La Isla entera estaba prisionera de él. Ya dije que el Presidio traicionó a la Isla. Ahora afirmo que Castells envileció a sus pobladores. La Isla, “desterrada” de Cuba, escasamente poblada, tropical y bucólica jamás se agitó en ninguna convulsión seria. Ni el robo, ni el crimen conmovieron sino raras veces su tranquilidad paradisíaca de pueblo con las necesidades económicas resueltas. Sus pobladores –y menos mal que eso por lo menos no le pudo arrancar– tuvieron siempre fama de amables, cordiales y hospitalarios. (El actual alcalde de Nueva Gerona y la familia Pagés son los prototipos de los pineros de la leyenda). Pero al llegar Castells, la Isla, que no estaba preparada por su historia, para conmoción semejante, se espantó y un servilismo cobarde, mudo, la dominó. Y que no fue solo de la población nativa y criolla. La exótica, la norteamericana, inglesa y japonesa, también fue sometida. El zar de Isla de Pinos no reconocía privilegios. Por única vez el imperialismo yanqui se ha humillado en Cuba. Y aunque sea un poco cruel hay que insistir en esto para escarmiento. Varias ocasiones de manifestarse tuvo la Isla. Cuando nosotros llegamos por primera vez a Nueva Gerona, en marzo de 1931, irrumpimos por las calles dando gritos revolucionarios. Muchas puertas se cerraron, ninguna voz nos coreó. Solo Gordillo, estudiante de medicina que entonces estaba alistado en el Ejército

nos pasó un periódico. Esa misma tarde fue arrestado y lo licenciaron enseguida. Creo que Gordillo es pinero. Valga la valerosa excepción. Cuando regresamos para La Habana, el teniente Pacot, de grato recuerdo, paseó nuestra protesta por las calles del pueblo, sin que ocurriera incidente alguno, sin un aplauso siquiera. El terror dominaba a los hombres. Castells era como un Júpiter terrible. Y por último, el primero de junio de 1933. ¡Junio de 1933! La población no tuvo valor de manifestarse en contra de la inmundicia de unos cuantos que, en nombre de la Isla entera, obsequiaron al comandante Castells con una placa de honor “como reconocimiento de sus servicios a la patria”... ¡Ya se habían asesinado más de 500 hombres en Presidio!

De eso tendrá también que responder Castells. No solo por los muertos asesinados, sino por los vivos envilecidos, desmoralizados por el espanto. ¿Se podría encontrar todo esto en ningún diccionario?

El esplendor de un tigre

Yo siento admiración ante la figura del comandante Castells. Que me culpe el que quiera. Podré sentir odio y repugnancia invencible por sus crímenes, por su desprecio a la vida y las penas de los infelices, por su crueldad cobarde, por su asquerosa alianza con lo más bajo y podrido del mundo penal; pero maravilla el ejemplar humano que él es. Cuando me acerco a la jaula donde un tigre se mueve nervioso, siento un escalofrío de miedo, pero la hermosura de la fiera me asombra. En mi imaginación yo he enjaulado a Castells, y todos los días el escalofrío del pánico me lo traen los recuerdos de los relatos de los

presos, y mis propias observaciones me acrecientan la admiración por el tipo extraordinario.

Con Carlos Montenegro, otro de los futuros biógrafos, hablaba yo hace dos días de la obsesión que siento por el estudio de la vida de este hombre, para mí extraordinario. Ninguno de los bestiales exterminadores del machadato se le puede comparar; Arsenio Ortiz, Crespo, Trujillo, Carrerá, Ainciarte, fauna cavernaria, no pasan de ser unos miserables asesinos a sueldo... ¡A buen sueldo, desde luego! Castells no. Y eso que él solo mató a más hombres que todos ellos juntos, aunque esto le provoque espasmos y babeos de cólera sanguinolentos a Arsenio Ortiz, el aura humana!...

Castells fue un asesino con un plan, aunque cometió algunos crímenes fuera de él, impulsado ya por el montón de muertos. Castells creyó, al atornillarse como un diente más al molino triturador de Machado, que su misión era clara y evangélica: extirpar de la sociedad cubana al hombre criminal. Y para sentir tranquila la conciencia, se enteró con anticipación de lo que pensaba un tal Lombroso, sin importarle ya nada lo que pensaba otro tal Gabriel Tarde... Y hombre de una energía sobrehumana casi, cayó sobre el presidio, primero como un desplome y después como la peste.

Encontró a Goyito Santiesteban, hombre a quien Lombroso hubiera llevado ahído de orgullo, de Congreso Penal en Congreso Penal, como un húngaro lleva su oso de feria, y lo utilizó. Pienso que Goyito pudo influir de modo extraordinario en la "técnica" de Castells, pero no en el fin. Goyito fue la primera quiebra de los planes de Castells, porque fue al primero que debió matar. Pero fue una quiebra humana. Castells no sabía matar y necesitaba

un maestro: escogió al mejor. Después, la gratitud y la complicidad (no hay hombre grande sin defecto) salvó al Goyito de caer también...

Pero el valido, “mi hermano Santiesteban”, como le decía: “el preso modelo”... (el *Presidio Modelo* reclamaba tal *preso modelo*) no iba a ser eterno. Al contrario, si se hizo valido fue para no ser eterno... Y, entonces, dentro del Presidio, más ajustada, más perfecta, más brillante, la misma maquinaria de terror que Machado tenía trabajando en la calle, comenzó a funcionar. La “Comisión de Mayores”, porra con uniformes y sin temores, puso en ridículo a sus “hermanos” libres... Y ninguno de sus miembros ha sido arrastrado aún... La falange de los “capataces de cuadrilla” ejerció de Policía Judicial y, disfrazados de “amigos” y “hombres verdá”, multitud de reclusos, sumidos en la abyección más absoluta, cumplieron las misiones de los policías secretos... Y Castells, orgulloso, mientras su maquinaria trabajaba, y se sacaba el fango de “La Llana” para rellenarla con sangre, se complacía en mostrar a los visitantes del Presidio, los pisos de mármol, las paredes sin manchas, la “disciplina consciente” y el silencio que hacía eco!

¿Qué más decir de él? ¿Qué era inteligente y astuto? ¿Qué fue con nosotros tan hipócrita que casi llegó a engañarnos al pensar en las causas de sus amabilidades? ¿Qué era paranoico?... ¡Qué bella palabra! ¡Qué hermosa corona de pámpanos le hubiera dado Nerón a Petronio si a este se le hubiera ocurrido!

Pero yo algún día escribiré la biografía de este hombre extraordinario. Tratar esta vida en un artículo es una audacia solo explicable por el contagio que infiltra al solo escribir sobre ella.

Y ahora le voy a dar la palabra a un preso.

El Sargento de las Truchas

Me encontré en Presidio a un hombre de espléndida inteligencia, dotado de un espíritu de observación poco común y de un sentido humorístico estupendo. Yo le puse: “El Sargento de las Truchas”... Porque Castells lo había puesto a cuidar el tanque donde las truchas se criaban para poblar los ríos de la Isla, y estudiar también el carácter de las truchas. Llegó a la conclusión de que era necesario someter a los peces a la disciplina y a las órdenes de Castells. ¡Ellas también! Y, siempre cavilando en el comandante y sus métodos, pensó: “O la muerte o el hambre, como nosotros”. Y encontró la solución en el justo medio: ¡matar de hambre a las truchas! De esa manera, cuando Castells llegaba al estanque, Antonio Reyna tocaba una lata y las truchas, desesperadas, acudían al toque, como los mismos presos al toque de “recuento”... Por eso yo le puse a Reyna: “El Sargento de las Truchas”.

Pero era un tipo que me hacía observaciones tan atinadas de Castells, de sus costumbres, de sus dichos y gustos que yo le encargué una vez que me escribiera la biografía del comandante. Lo que sigue es todo suyo, aunque no es más que una parte de lo que me dio:

Biografía del comandante Castells

Por Antonio Reyna Leyva

El gobierno de Castells fue una serie de fracasos: anunciaba una cosecha de plátanos estu-
penda hoy, y al otro día el viento derribaba el
platanal.

Salían para el pueblo 345 raciones de comida
diarias: el penal pasaba hambre.

Era supersticioso: nunca hablaba de lo pasado. Sabía de todo.

Admiraba a Martí y a Napoleón y tenía algo de Robespierre.

Era criminal por instinto, pero sabía cubrirse con el manto de piedad: esto lo prueba las cartas que remitía a los familiares de los reclusos que morían.

Había un camión de volteo –y aún lo hay– que era el “buque fantasma”: ha llevado a más de 700 muertos él solo.

Cuando algún penado preguntaba por otro le decía: “Fue a juicio”. Esto quería decir que había ido para el otro barrio.

Cuando un penado salía para no regresar, el penal decía cuando por él preguntaban: “Lo llevaron para el ‘Industrial’” (matadero)... Esto era “La Llana” casi siempre.

Cuando se mataban para el penal aves y cerdos, era casi seguro que al otro día había fiesta. Fiesta era. (Ñampio).

El penado que más cara vendió su vida fue Feliciano Rojas (Chicho Ortega). Lo velaron cinco días y al sexto le dio al mayor Walfrido Ramos una puñalada en la celda número 12 de la Circular número I.

El número de los que mataban se sabía por los sacos de cal viva que llevaba el camión: uno para cada penado.

A la cepa de la malanga, el jefe le puso “malanga de la otra” y prohibió que dijera “chopo” que es como se llama.

A los puestos en libertad casi siempre les decía: “Para usted no tengo más traje: El que queda aquí es el último”...

Le preguntó a uno una vez que si no tenía otro paso. Y el preguntado le respondió: “El otro que tengo no le conviene”. —¿Por qué? “¡Porque es más corto!”.

Cuando la revolución de 1930 armó de revólver a 37 penados —cada uno tenía 50 balas calibre 45.

No aceptaba regalo de nadie.

No fumaba ni bebía.

Se acostaba a las nueve de la noche, pero antes leía 45 minutos, siempre libros sociológicos y tratados de agricultura. Leía historia. Se levantaba a las cuatro de la mañana y volvía a leer. Y hacía ejercicios “Sueca”.

Ponía sumo cuidado en todo.

Le molestaba toda clase de ruido.

Desde la caída de Machado hasta que fue preso, no durmió trece horas.

El día que ordenó matar a los doce, dijo después: “Este día es demasiado pequeño para poder hacer todo lo que tengo pensado”.

Odiaba a los poetas.

Para las visitas tenía cicerones amaestrados.

Solo tenía tres trajes de militar (kaki); uno de gala blanco. De paisano ninguno.

Ocultaba los sucesos nacionales. Cuando murió Calvo dijo: “Ha caído una columna”.

Siempre estaba rojo de ira.

Le escribía con frecuencia a Trujillo y a Quijano.

A un corral de cerdos le puso Castells “Casa de maternidad”.

Dijo una vez: “Yo soy un preso a pupilo”.

Odiaba a los perros pero le gustaban los cocodrilos.

El invierno del año 1929 fue bastante rudo, y estando en la playa temblaba de frío, y viéndose perdido delante de los penados, dijo: “Esta carretera tiembla; hay que reconstruirla”...

Y así sigue la singular e incomparable biografía que me fue haciendo el “Sargento de las Truchas”, y que yo, algún día, publicaré íntegra, en su original y fascinador desorden.

Castells merece el estudio, el libro entero. Solo me preocupa que no vaya a saber comportarse como él ha sido hasta el final. ¿Flaqueará?

IV. La correspondencia del comandante Castells

Yo espía

Puedo decir ya, porque él se ha encargado de probarlo por la radio, según me han dicho, cuál fue mi compañero de viaje hasta Isla de Pinos: el doctor Soto

Barroso. Nuestra llegada simultánea a la isla, lo reducido del ambiente geográfico y social y nuestro anterior conocimiento, hizo que estuviéramos juntos en varias oportunidades. Valiéndose de todas estas circunstancias, un personaje de Michael Zevaco¹⁷ entra en escena: se llama Gumersindo Cortizo y de él he de ocuparme con más atención. Pero ahora solo diré que adivinando que mi presencia en Presidio nada bueno podría traerle, ligó todas las anteriores casualidades y le presentó al teniente Andreu, hombre amable y cordial, pero desconocedor absoluto de lo que es un presidio —¡y nada menos que el Presidio Modelo!...—, la sospecha de si yo sería un espía. El teniente Andreu, celoso de su cargo, y desconocedor de mi participación, pequeña, pero antigua y continuada en las luchas políticas de Cuba (lo que, después de todo, nada tenía de extraño, ya que la estridente chillería “auténtica” de “hace un rato” ha apagado todos los antiguos gritos), acudió a mí para notificarme su sospecha. Hombre decente, el teniente Andreu rectificó en el acto, al confrontar mi indignación. Yo creo que todavía él ni siquiera sospecha que fue Cortizo quien le infiltró la duda.

La “jugada” estaba, por lo demás, bien preparada. Por poco caigo en ella, pues sentí el impulso casi invencible de irme del Presidio aquella misma tarde. Y para evitar nuevas tramas, le escribí a Soto Barroso una carta pidiéndole que no nos viésemos hasta estar en La Habana. Para que defienda a Castells, perso-

¹⁷ Michael (o Michel) Zevaco (1860-1918). Escritor y novelista francés, además de director de cine, editor, columnista, anticlerical y anarquista. Alcanzó celebridad por sus novelas de capa y espada.

nalmente he gestionado que *Ahora* le dé una oportunidad desde sus páginas. Ya lo sabe, pues.

Ladrón de documentos

Según se me dijo espía, se me podría decir ladrón de documentos sin mentir en lo absoluto. Pero que nadie se apresure a denunciarme. Ya, yo lo hice, personalmente, ante el juez Rodríguez Aymerich, instructor de la causa contra Castells, y él podría sentirse muy satisfecho de mi robo. Todos los documentos pasarán del público al juzgado.

Debo decir ahora, por qué robé los documentos y cómo lo hice.

El teniente Andreu, el día del incidente conmigo, me aseguró que el doctor Soto Barroso “había tratado de sorprender a uno de los empleados de la oficina, y que, por lo mismo, no me convenía andar con él”. Después me enteré de que Gumersindo Cortizo, tan pronto como Castells fue acusado por Rubén León, estuvo varias veces quemando sacos enteros de correspondencia y documentos. La primera parte la puede aclarar Soto Barroso cuando quiera, conmigo, con el teniente Andreu y con el empleado en cuestión. La segunda parte no hay que aclararla. Se trata de Cortizo, y por lo tanto, la verdad la tienen los acusadores.

Las anteriores razones, la acusación de “espía”, de estar de acuerdo con el defensor de Castells, y la circunstancia de permanecer todavía en la casa que este había habitado en el Presidio —y a la cual Cortizo penetraba con impunidad culpable—, gran parte de su archivo personal fueron para mí acicate al robo. Y por las noches, cuando todos dormían, en mi cuarto

encerrado, me dediqué a leer la sorprendente correspondencia del comandante Castells que por cuaderos aislados, en momentos de descuido, bajaba por el día. El capitán Fernández Pulido, quien me decía con frecuencia que “yo no había sabido buscar bien”, podrá apreciar ahora si busqué bien. Y supongo que, como esto que sigue no son palabras al viento, será más difícil desdecirme.

La hipocresía con nosotros

La exquisita amabilidad con que el comandante Castells nos trató siempre, era uno de los motivos constantes de nuestras conversaciones de presos: ¿Será demagogia? ¿Será miedo? ¿Será interés? ¿Será simpatía?... Alguno hubo tan ingenuo que pensó esto último. ¡Y nadie acertó nunca!

¡Era hipocresía! Hipocresía de la peor, mezclada con odio. Él fue quien interceptó en marzo de 1931 una carta que me dirigió a la cárcel de Nueva Gerona, José Antonio Reguera, atleta de la Universidad e ingeniero. Y por ella lo metieron 20 días en El Príncipe. Y episodios como este hay muchos.

Vaya una carta, por ejemplo:

Abril 30 de 1930. Señor Alfonso L. Fors, Jefe de la Policía Judicial, Habana.

Mi querido amigo: Por si resulta de alguna utilidad para ti, adjunto te remito una carta interceptada en nuestro Departamento de Censura dirigida al recluso Pedro Mas Fonseca por F. G. Mas, Avenida de Carlitos Aguirre, número 1, 2do. Piso, derecho, quien firma “Tinito” y es, al parecer, estudiante; la que contiene, como verás,

manifestaciones contrarias a nuestro actual Gobierno, que como cubanos conscientes de nuestros deberes, estamos obligados a reprimir en la medida de nuestro alcance. Sabes que de veras te aprecia tu amigo sincero, Pedro A. Castells, M. M., etcétera”.

Esta era su técnica. Todas sus cartas con Fors son así, escuetas, precisas, como una delación.

Con Barraqué, la cosa era distinta. Con Barraqué se sentía literato. Y hay que reconocer que no escribía mal, “aunque odiase a los poetas”...

Copio dos párrafos de su carta de marzo 12 de 1931:

Respetable y querido Licenciado: Motiva la presente, ponerle en conocimiento que hoy –a las 4 y 15 de la tarde– atracó el cañonero *24 de Febrero* en el muelle de la Aduana de la ciudad de Nueva Gerona, con sesenta y siete presos por revoltosos. Estos llegaron admirablemente bien, fueron alojados en debidas condiciones en la cárcel de dicha ciudad. A los veinte minutos de su llegada, todos, sentados a la mesa, comían del guiso presidencial con buen apetito.

No tenemos por aquí dificultad alguna que nos preocupe, y creo realmente que la medida de enviar esos locos a este retiro, habrá de producir efectos excelentes. Aquí no oyen el timbre de los carros eléctricos y habrán de extrañar el constante contacto de los enemigos gubernamentales de fuera, que son tan malos como los de dentro.

“...y habrán de extrañar el constante contacto...”.
¡Por eso luego nos tuvo cerca de dos años sin ver a

ningún familiar!... Y, mientras, nos vendía el favor de informarnos de nuestras familias...

El ícono sagrado

Machado tenía un busto en Presidio que siempre estaba cubierto con un manto blanco, como una mortaja. ¿Era para que ni el polvo lo dañara? ¿Era por vergüenza a la adoración? O, ¿era hipócrita también con Machado y solo lo mostraba cuando alguna “visita grande” —como dicen los presos— llegaba al penal? ¡Cualquiera sabe!

Lo cierto es que por su correspondencia, el comandante Castells se ofrece a la historia como un servil, como un humillado vasallo del “Asno con Garras”.

Véase, por la carta que copio a continuación hasta dónde llegaba su insania, su fobia hacia el movimiento político contra Machado.

La carta que copio en los párrafos de interés, es del 13 de agosto de 1931—unos días posterior a la hermosa página histórica del Río Verde...— y está dirigida al “Respetable Licenciado”.

Esta es la hora en que el general Machado, Honorable Presidente de la República, necesita amigos capaces de jugarse la vida a cara o cruz, por defender su gobierno y su persona.

Más de una vez, querido Licenciado, le he dicho que me prueben, y al hacerle tales manifestaciones, las expresaba el hombre consciente de sus deberes, con el más alto concepto de la amistad y de la gratitud.

En este instante, el Gobierno se encuentra con fuerza suficiente para sofocar la sublevación

iniciada; pero si en algún momento hicieran falta quinientos hombres de empuje para combatir por la causa de la República, no olvide que puede organizar una Unidad Disciplinaria compuesta por reclusos del Presidio Modelo, capaz de hacer un buen papel, y con la seguridad absoluta de que sus componentes habrían de ser fieles.

Puede que las leyes de la nación se opongán a utilizar a los hombres penados en tales servicios, pero entre las facultades del jefe de Estado se encuentra la de indultar, y esto es hacedero. En este sentido he pasado hoy un aerograma al General Herrera.

Nota: Le ruego salude al general Machado en mi nombre y le diga que en Isla de Pinos, el Ejército, el Cuerpo de Vigilancia del Presidio, los empleados todos del citado departamento y casi todos los reclusos, lo queremos, lo respetamos y estamos dispuestos a defenderlo con lealtad. —Castells.

¡Quinientos “mayores”, “chotas”, “capataces” y “cranqueros” armados! ¡Me horrorizo cuando pienso que toda esta gente hubiese desembocado en aquella Termópilas cubana que fueron los manglares del Río Verde!... ¡Adiós récord de Paavo Nurmi!¹⁸

¡Y todavía culpamos al inocente de Díaz Gallup porque metió en “La Leona” a doscientos hombres asustados, capitaneados por el heroico y pálido Cortizo!...

¹⁸ Paavo Nurmi (1897-1973). Deportista finlandés, especialista en las pruebas de media y larga distancia. Estableció 22 récords mundiales en las distancias desde 1 500 metros hasta los 20 kilómetros. Ganó nueve medallas de oro olímpicas y tres subtítulos. Es hoy una leyenda del atletismo mundial.

Unos días más tarde, el 17 de agosto de 1931, más confortado, se dirige de nuevo a Barraqué:

Creo que no me expongo a cometer un error de apreciación, opinando que la injusta revolución dirigida en contra del gobierno de la República murió al nacer; fracaso que usted y yo augurábamos, desde que los niños góticos se divertían en destruir vidrieras por las calles de la capital y el grupo de caudillos usurpadores de virtudes, amenazaba con hacer temblar la tierra, si el general Machado no abandonaba el poder.

El sesgo que llegó a tomar el desenvolvimiento de la familia cubana, hizo que nosotros, enemigos por principio de revoluciones hubiésemos pensado al unísono que la única solución del problema —en cuanto a política se refiere— era un alzamiento armado, con todo el maldito caudillaje que padecemos, a la cabeza; puesto que las circunstancias nos llevaron de la mano ante el cuadro de la realidad, haciéndonos considerar preferibles todos los horrores de la guerra civil, a los insultos, irrespetuosidades e injusticias que públicamente, en territorio nacional y fuera de él, inferían unos cuantos que, de la noche a la mañana, se convirtieron en sacerdotes de la virtud, de la dignidad y del patriotismo, sin conocer —con la convicción que es necesaria— el significado de estas tres cualidades que han de ser congénitas en el hombre y no adquiridas en 24 horas.

Dios ha querido que nuestro buen general Machado, siempre patriota, optimista y valiente, con más suerte que enemigos, haya sofocado

en unas cuantas horas el movimiento armado más cacareado de América. Podemos decir en alta voz, con orgullo, para que nos oigan, por lo menos nuestros hermanos del Nuevo Continente: que el pueblo consciente va desacreditando, con la irresistible energía de la indiferencia, la ruinosa actuación del morbosos ejército de endiosados bravucones, que tienen de valientes y estrategias guerreros lo que yo de poeta o de cura.

¡¡Viva la República!!

¿Será de Manuel Sanguily esta carta y el comandante Castells le habrá intercalado algunos párrafos que halagaran al Asno? ¡Cuántos manifiestos se han escrito con mucho menos valor histórico que esta carta!...

Profesor de literatura

El licenciado Barraqué era el lector del comandante Castells. Las cartas de este para el exsecretario de Justicia son casi literarias. Y el comandante escribía, y era él mismo quien redactaba y dictaba, tengo entendido –pues el estilo es el mismo a través de distintos secretarios. A menos que estos heredasen de unos a otros, junto con la sumisión abyecta, la manera de escribir.

No puedo trasladar más que párrafos sueltos. En algunos, el lector podrá apreciar redondeces catilina-rias, resonancias oratorias, clamores casi bíblicos.

Estúdiese este original símil:

Cierto es que nos encontramos enrolados como tripulantes de la barca de Cuba, que navega por

el vórtice de un huracán; el velamen destrozado por el feroz elemento; haciendo agua por las vías que permite la mala construcción de su casco; amenazada por las olas (varios centenares de veces su volumen) de ser sepultada en el océano; pero en medio de tan desesperada situación debemos confortar nuestros espíritus con la esperanza de que en la tripulación de la desventurada nave aún existen marinos —aunque pocos— para calafatearla y dirigirla hasta ponerla a salvo del inminente desastre. Nos queda el timón, y en su caña, asido sin vacilar, un lobo marino. Tengamos fe, pues, en que llegaremos sanos a puerto, aunque repugnados ante una marinería incapaz de llenar su cometido, vomitada y acobardada, arremolinada en la mal oliente sentina, mezclada allá abajo con sus propias inmundicias y aplastada moralmente bajo el formidable peso de la acusación divina, por haber sido ella la única causante de que la frágil embarcación se hiciera a la mar en época de borrasca.

Barraqué era un constante elogio en la boca de Castells. Cuando fue elegido senador le pasó este aerograma:

“Hónralo Matanzas nombrándolo senador, pero usted honra a todos los cubanos”.

El farsante que había en él, llegaba hasta el punto de engañarse a sí mismo y a su “socio”. Obsérvese este párrafo:

Sabe usted también que jamás le he mentado, y a mí me enaltece la íntima convicción de que ni siquiera con el pensamiento traté nunca de disfrazar la verdad. Amparado por esa moral

que estimo suficiente, le auguro a mi buen amigo —y permítame que le titule a mi buen maestro— que la triste pequeñez de la sinrazón que se me ha inferido, turbó tan solo un instante mi constitución de animal herido en la fibra de su sentimiento; mas, pronto reaccionó en mí la evidencia de las miserabilidades humanas, y entonces, lejos de dejarme arrastrar por el abatimiento que produce toda injusticia, me rebelé a impulso de secreto mandato y me sentí grande, escapándoseme una irónica carcajada que no puedo precisar hasta dónde repercutió. Olvidé al instante lo sucedido; pero todo lo olvidé como olvidan los varones.

¡Qué suerte para Castells si los “otros” pudieran también olvidar!...

Humorismo macabro

Resulta imposible el dar a conocer en una sola crónica de periódico el interés de la correspondencia del comandante Castells. Desde la mentira de las publicaciones oficiales dando cuenta de los presos “muertos al agredir a su custodio” hasta el sarcasmo ruin de notificarle a una madre que su “hijo recibió toda clase de atenciones en el hospital”, no hay un solo documento en los archivos particulares de Castells que no merezca atención.

Pero la correspondencia con Barraqué es siempre la más interesante. Todas, desde las continuas cartas del licenciado agradeciendo el envío de toronjas, melones, ñames, etc., etc. —y el penal se moría de hambre!— hasta la de arrestos literarios y filosóficos, merecen la reproducción.

Pero en ninguna he encontrado el humorismo macabro de esta:

En mayo de 1932, Castells, en una carta le dice:

“He alterado mi visita a la capital, debido a la fuga de TRES ANGELITOS QUE NO CONOCIENDO OTRO MODO DE VOLAR AL CIELO, nos están haciendo correr mucho por los breñales de La Evangelista”.

En mayo, el licenciado Barraqué le envió la carta cuyo facsímil reproduzco:

Mi querido Comandante: Visto que los tres angelitos demoran más de lo que yo esperaba su vuelo al cielo, lo que va impidiendo mi gusto de verle a usted frecuentemente en Santa Marta, no quiero que pasen otros días sin acusarle recibo del “pequeño” melón que trajo el soldado que no vi, llegado de esa Isla a principios de semana.

Y al licenciado Barraqué, que era tan ferviente católico, que se quitaba el sombrero al pasar por delante de cualquier iglesia, le importaba menos la muerte de tres hombres que una visita demorada del comandante Castells...

Si algún día el licenciado Barraqué “vuela al cielo”, lo que es muy probable que suceda pronto, allá lo esperarán algunos centenares de “angelitos”...

V. El Rasputín¹⁹ de la isla

Los “jóvenes decentes”

El 3 de enero de 1931, un grupo como de unos veinte hombres y tres o cuatro mujeres, fuimos sorprendi-

¹⁹ Gregorio Ifimovich (1871-1916). Aventurero y monje ruso muy influyente en la corte del zar Nicolás II. Murió asesinado.

dos en casa de Rafael Suárez Solís celebrando una reunión. Hay que aclarar que el tiempo aún no era de hacer armas. Llegó Calvo y llegaron las jaulas. Después vino aquel inicial paseo de gritos por las calles de La Habana, en que la policía, aturdida por la novedad, no atinó a hacer otra cosa que exhibirnos por toda la ciudad, hasta que al fin nos dejó en el rastrillo de El Príncipe.

Y aquellas bóvedas pedían gritos, voces estentóreas, anatemas terribles, imprecaciones y blasfemias, y nosotros gritamos en ellas durante unos minutos con el tono del alarido, con la estremecedora fuerza del aullido, inconscientes de que tomábamos la revancha del silencio obligado de tanto hombre amordazado por el terror.

Los “¡Muera Machado!” se repitieron en todas las formas imaginables, en mezcla con gritos nuevos, con insultos estrenados allí en el momento. Veíamos el azoro de la población penal y eso aumentaba nuestro aliento. Al cabo llegamos a la oficina del teniente Díaz Gallup, en cuyos ojos —primera y única vez que los vimos de frente— la indecisión más perfecta se retrataba.

Pero en la oficina había otro hombre. Era un tipo macizo, de tórax potente, cuello vigoroso, piernas cortas y enfundadas en polainas de cuero, cabeza grande y enérgica, rematada en una redonda calva sucia de esas que aún conservan pelos enfermizos, como las charcas en donde el masío crece disperso...

Este hombre, de buena estatura además y fácil expresión, se acercó a nosotros tratando de calmarnos, consciente de que aquella situación no podía tolerarse por más tiempo. Se dirigió a Manuel Guillot y le dijo: “Cálmese, joven, cálmese. Ustedes son

unos jóvenes decentes y yo tengo que indicarles cómo deben comportarse. Yo sé...”.

Había escogido un mal puerto. Guillot era de los más violentos de nosotros y, levantándole la voz aún más, le gritó:

—Nosotros no somos jóvenes decentes ni nada... Nosotros solo somos revolucionarios y como revolucionarios nos portamos.

Hubo un crescendo coral de gritos y nos mandaron para la “Leonera” a pasarnos unos meses.

Más tarde nos enteramos que aquel diplomático era Goyito Santiesteban. Su nombre durará en el Presidio tanto como el del propio comandante Castells.

El primer relato

...y el hombre se volvió loco y mató a un compañero de una puñalada y luego se suicidó... Lo llevaron moribundo a la sala de operaciones y Goyito subió a verlo. Estaba en la agonía, y aquel bestia, encolerizado, con sus brazos, fuertes y velludos, como los de un cuadrumano, lo levantó en peso y lo aplastó contra el piso... Con el brutal impacto el suelo se llenó de sangre y el infeliz hizo una boqueada y murió.

Carlos Montenegro, paseando con nosotros por el “patio de los incomunicados”, fue el que nos hizo el relato para darnos una idea de quién era Goyito, y hasta qué monstruosidades era capaz de llegar...

Hombre semejante, aunque nos produjera desde el primer momento una violenta repugnancia, tenía que interesarnos. A mí de modo particular, porque tuve la suerte de que pronto me impresionara toda

aquella vida de la cárcel, tan atormentada, tan hipócrita y terrible.

Por eso no perdía yo oportunidad de hablar con Montenegro, que fue nuestro primer y casi único cicerone en aquel antro del crimen; hasta tal punto es verdadero esto, que gracias a los servicios de un “chivato”, acabaron por prohibirnos que penetráramos en su galera, que estaba frente a la nuestra. Por él supe yo muchas de las atrocidades inauditas que se cometían en las celdas, algunas de las cuales pudimos constatar. Por él me enteré con detalles de cómo ocurrió el asesinato del luchador comunista José Wong, y gracias a sus informes, pude denunciar el crimen públicamente desde uno de los artículos de los “105 días preso”, aunque luego el juzgado a cargo del doctor Saladrigas impidiera la presentación del escrito en que daba detalles del mismo y de los castigos de las celdas, y me viera obligado —para hacer algo— a cambiar el escrito por una de esas típicas declaraciones amaestradas: “Dice que lo que sabe lo sabe por referencia, etc...”. Pero estábamos en todo el esplendor del machadato y bastante era ya que le permitieran a uno hacer siquiera una declaración con bozal.

Una carrera brillante

Goyito Santiesteban entró en el Presidio por la puerta de honor: la que se le abre a los asesinos. Rubén León me contó la manera villana y alevosa con que mató en Manzanillo al general Belisario Ramírez. Pero el ingreso, aunque notable, no era excepcional, y Goyito Santiesteban era un hombre constituido para la excepcionalidad: escogió la carrera del crimen y si no hubiera sido por la circunstancia de haber

caído en Presidio, bajo el gobierno de Machado, hubiera sido digno émulo de su protector Castells, de Arsenio Ortiz y de Crespo. Como jefe de la Porra, nadie le hubiera aventajado.

Y muchas de las cosas que en el Príncipe nos contaba, ya las ha dado a conocer Montenegro en sus artículos: “Suicidados, Fugados y Enterrados Vivos”, pero es conveniente insistir sobre ellas.

Goyito Santiesteban asesinó y explotó a sus compañeros de prisión. Pederasta furioso, además, arrojó a muchos jóvenes en la ignominia, por las buenas o por las malas... Su paralelo no existe en la historia de la criminalidad en Cuba.

Dotado de singulares condiciones basadas en la hipocresía y la astucia, disfrutó de la confianza de los jefes del penal, y merced a esa confianza pudo explotar de manera miserable a sus compañeros de prisión. Así tuvo aquella tabaquería del Príncipe, cuyos tabacos eran de tal calidad que los buenos viejos fumadores, cuando los recuerdan, lanzan despreciativos salivazos contra el piso. Y Goyito se las arregló para que ningún otro tabaco entrara en el Presidio... Por él, por sus negocios con los abastecedores de carne y de huevos, pesa sobre Castells la acusación de haber lucrado con el cargo, por haber permitido que otros lo hicieran.

La influencia de Goyito Santiesteban cobra un ascendiente desmesurado bajo la jefatura del comandante Castells. En ella Goyito llega a ser un *alter ego*; un hombre que mandaba tanto como Castells y a quien se le temía más que a Castells. En Isla de Pinos vivía, no en las circulares como un preso más, ni siquiera en el departamento de “buena conducta”, sino en la propia casa del comandante, en unión de Favila Regojo, otro

de los favoritos. Cada vez que el jefe venía para La Habana, con él venían ellos. En el Príncipe, no conocía la rigidez del “Rastrillo”... Era como un hombre libre que tuviera sus negocios en la prisión. Hasta el problema sexual deja de existir para él y lo resuelve algunas veces por el camino de la violación... ¡O el de la traición!...

Ninguno de los que con él tuvo tratos amistosos escapó de la sospecha de sodomía...

¿Cómo explicar tanta influencia con un hombre tan frío y severo como Castells? El doctor Soto Barroso me dio una explicación y yo tengo otra. La del doctor Soto Barroso es esta:

Cuando Castells recibe el mando, tiene las peores referencias de Goyito Santiesteban, y este, que lo sabe, le pide una oportunidad para hablarle. Le dice: “Capitán, le han dicho que yo soy un hombre malo y es verdad. Si no permitir atropellos de los infelices presos; si estar siempre al lado de lo justo y verdadero; si ser un verdadero auxiliar de todo el que pretenda ser bueno con mis compañeros, es ser un hombre malo, entonces yo lo soy...”. Y a Castells le encantó la resolución del hombre y su “civismo”, y lo probó. Luego vino el incidente de la viga, en que Goyito le salvó la vida cuando una viga lo pudo aplastar, y más tarde, valiéndose de que varios de sus enemigos planeaban una fuga, le hizo creer a Castells que habían armado una conspiración para matarlo. Sucedió lo de “El Cocodrilo”. Así fue como Goyito se granjeó la estimación de Castells, haciéndole creer que le debía la vida una vez más...

Mi explicación es otra, y ya la he dado: Castells llega al Presidio con “una misión”, como buen paranoico

que es: exterminar en Cuba al hombre criminal. Pero le falta “la técnica”. Él solo ha sabido maltratar a los soldados en Columbia, cuando era jefe de las prisiones militares. Carecía de experiencia en el crimen. Busca entonces un maestro y Goyito se da cuenta de que su oportunidad ha llegado. Tiene por fin un jefe de presidio, conforme a su temperamento y necesidades, y se dispone a hacerle el juego del exterminio...

¡Pero comenzando por sus enemigos!

Creador de “escuela”

Con Castells, la carrera de Goyito Santiesteban llega al ápice. Y así como el comandante fue un verdadero zar de la Isla de Pinos, Goyito fue su auténtico Rasputín.

Por él, el comandante degenera a veces en un vulgar asesino. Por él, le cae encima la mancha probablemente injusta de ladrón, y la completamente cierta de encubridor de latrocinios.

Pero a cambio de tanto daño, Goyito, que es inteligente, audaz, astuto, hábil, traidor, práctico y enérgico, le legó a Castells un método, un mecanismo y una escuela. Su labor en este sentido es perfecta. No tiene la menor pifia. Si existiera Infierno, el día de su llegada a él, Lucifer o Plutón le harían un recibimiento monstruoso y las madres-diablas cargarían a los diablitos recién nacidos para que vieran a un hombre que había inventado él solo, más diabólicos tormentos que todo el Báratro junto.

Goyito Santiesteban es creador de una “escuela” y esta gloria siniestra no se la debe discutir ni el propio comandante, quien, en este sentido, no fue más que el protector generoso que auspició todas las genialidades de su protegido. A su vez, la genialidad

de Castells, lo que le hace también un grande del crimen es la absoluta justeza con que supo aplicar la técnica de Goyito y llevar su “escuela” al máximo del esplendor, con la famosa “Comisión de Mayores”, muchos de cuyos miembros quisieron, sin su talento, opacar las hazañas del maestro.

Para constatar todo cuanto digo sería preciso retroceder un poco en el tiempo, y ver, como yo vi, el servilismo adulón, la simpatía macabra, la admiración siniestra con que el grupo de los “mandantes” de El Príncipe acudía presuroso a rodear a Goyito cuando este, ya libre, visitaba el Castillo, a ver a Díaz Gallup o a Castells, o atraído acaso por el olor de la sangre vieja...

Era el Maestro, el Mesías del Asesinato y los Apóstoles del Crimen llegaban hasta él con unción religiosa, con el ansia de la perfección...

Dos “pequeños” episodios

Goyito le debe la vida al Presidio Modelo. ¿Por qué le huye ahora? ¡Ingratitud de los hombres, por grandes que sean!... Sin el Presidio, como dice su exégeta Carlos Montenegro, Goyito hubiera sido un criminal desconocido... Por eso, en el Presidio es donde hay que buscar los episodios fundamentales de su vida. Y no hay que buscar mucho. Al revés, lo que hay que hacer es elegir.

Vamos a dejar por hoy los doce muertos de “El Cocodrilo”. Podemos escoger dos casos. Uno puede ser el de los hermanos Rescala y otro el de Favila Regojo.

Los hermanos Domingo y Antonio Rescala mataron a un hombre en Punta Brava y fueron a dar en presidio. Allí, a pesar de ser hombres astutos, tropezaron con Goyito. A este le pareció una buena idea

apropiarse del taller de tejidos que estos tenían. Pero su poder aún no era grande y solo se obtuvo que desapareciera el telar. Comenzó el éxodo para Isla de Pinos, que Goyito supo explotar a la perfección, y mediante distintas cantidades que unos hacen ascender a \$500 y otros a \$2 000, Goyito se convirtió en protector de los sirios Rescala. La protección era funesta. Los hermanos, tuberculizados, vivían en el sanatorio, y aclimatados ya al ambiente, comenzaron a exigir de Goyito la devolución del dinero que le habían prestado. ¡Qué ocurrencia! ¡Goyito devolver algo! Lo que hizo fue prepararles un estupendo “número ocho”, y recurriendo una vez más al método infalible de “salvarle la vida a Castells”, le informó a este que “los turcos tuberculosos se estaban preparando para entrarle a puñaladas cuando visitara el sanatorio”. Se ordenó inmediatamente una requisa y en los petates de los Rescala aparecieron dos cuchillos... Una vez más, Castells “le debía la vida a Goyito”. Para recompensarlo en parte, los hermanos Rescala, junto con otro infeliz, Juan Sánchez Armenteros, murieron el 19 de abril de 1930 frente a la “Loma del Polaco” por “tratar de escapárseles a los escoltas Santiago Méndez y Rogelio Olivero Rodríguez cuando regresaban de ser instruidos de cargos ante el juzgado de Nueva Gerona”. Y para hacer la pantomima mejor, Armenteros (es curioso el rumor de los presos sobre la fobia de Castells contra todo el que llevara ese apellido) “oficialmente” no fue muerto hasta el día siguiente por la tropa de Pino. ¡La misma táctica empleada antes con Arroyito!...

¿Quién puso los cuchillos en los petates? Muchos dicen que fue Badell, entonces en los comienzos de su carrera. Pero este pequeño detalle no importa,

como tampoco averiguar qué se hizo con el dinero de los hermanos Rescala.

El caso de Favila Regojo y Margarit es digno de un tomo de Rocambole.²⁰ Favila era un rival de Goyito. Pero tenía algún corazón. Salvó de la muerte a algunos amigos. Goyito mandó a todos sus amigos hacia la muerte. Hasta a Favila... Pero Favila era un hombre degenerado; aún en la prisión bebía y se inyectaba. No tenía remedio. También disfrutaba, como ya dije, de todo el favor de Castells. Era un peligro, porque tenía inteligencia y el Presidio acabaría de corromperle el corazón. El primer choque entre ellos vino por culpa de uno de “los amantes” de Goyito... ¡Asqueroso antro! El viscoso y terrible “Pulpo de Manzanillo” se puso en guardia. A Favila le faltaban cinco años para cumplir y cuando esperaba la libertad, Ricardo Eguileor, subsecretario de Justicia entonces, leyó en el comedor del penal la lista de indultos y rebajas: “Favila Regojo y Margarit, 30 meses de rebaja”... Cuentan que Favila se puso violento y que en la propia casa de Castells, donde el doctor Eguileor estaba, se expresó despectivamente de Machado. Castells se enteró y le dijo: “Usted es un canalla y parece mentira que sea mi amigo. ¿Qué dirá el general Machado cuando se entere?”.

Era el primero de enero de 1930. Con Eguileor, Castells, Goyito y su hermano el médico, vinieron para La Habana. Favila, con el asombro del penal, se quedó. Al día siguiente, Agustín Gómez Montero

²⁰ Rocambole es un personaje literario, con rasgos de aventurero y de gentilhomme. Lo creó el escritor francés del siglo XIX Pierre Alexis Ponson du Terrail. Hoy es más conocido que el autor que le dio vida.

se encargó de nutrir con cianuro la botellita de Otar Dupuy que Favila se iba a tomar por la noche. Vino la convulsión del veneno y fue conducido para la enfermería. En la cama de al lado había un testigo, ¡lo hay todavía!... El doctor Llorca declaró indignado que no certificaba aquella muerte e increpó a Gómez Montero, “mayor” entonces de la enfermería. “Este hombre está quemado... ¡Fíjese en las uñas que están negras!... Yo ni pongo esa inyección ni certifico esta muerte!...”. Sin embargo, la lista de defunciones que me suministró el Archivo del Presidio, pone al doctor Llorca como el certificador de la muerte. ¿Miedo? Que se justifique. Lo pido al juzgado. Y que se acuerde que al lado de la cama de Favila había un hombre, ¡que todavía lo hay! ... ¡Y que no era sordo entonces, ni hoy es mudo!

Todos en Presidio podrán atestiguar que cuando Castells y Goyito llegaron de La Habana, no se atrevieron a mirar el rostro yacente de Favila Regojo y Margarit.

Para no tener que verlo más, le hicieron un mausoleo marmóreo y lo rodearon de plantas que casi lo tapan. En un librito pétreo pusieron: “A Favila Regojo Margarit, de los que tanto te quisieron”.

¡Y se quedó Goyito solo y terrible!

El sucesor de Goyito

Goyito creó “escuela”, pero no pensó en dejar sucesor. Un sucesor que de haber alcanzado su tiempo lo hubiera devorado: Gumersindo Cortizo.

Cortizo, sin la vitalidad de su “antepasado”, tiene “la sublime virtud de arrastrarse”. Posee el secreto pegajoso de la babosa. Muerde soplando, como los

ratones. Nosotros le hemos gritado insultos inéditos: después nos ha venido a sonreír. Incapaz de matar personalmente, como Goyito, “ha dado mucho cranque” como dicen los presos. Para juzgarlo definitivamente y pronto, basta conocer lo siguiente:

Fue el hombre que, revólver en mano (testigos: Mongo Miyar, Irisarri, Vergara y cien más), entró en la galera de El Príncipe la noche en que varios estudiantes y obreros fueron heridos, algunos casi de muerte. Ya desde antes tenía nuestro odio, profundamente sincero. Bien. Lo castigan a ir a Isla de Pinos: ¡Al mes era el secretario de Castells! Viene la caída de Machado, la prisión de Castells. Nuevo jefe del Presidio: ¡Cortizo sigue de secretario! Los muchachos arman un escándalo: ¡Cortizo sigue de secretario! Nuevo jefe del Presidio, nuevo escándalo: ¡Cortizo sigue de secretario!... ¡Maravilla de hombre! ¡Rival insigne de Wilfredo Fernández!... ¡Y esa asombrosa virtud de parecer insignificante!... Pero, hay mucho más todavía. La “Revolución Auténtica” pone al odiado enemigo ¡en libertad!... Afortunadamente yo estoy en Isla de Pinos cuando él sale. Pero no quiere venir para La Habana. Le tiene miedo a sus propios compañeros que pueden tirarlo al mar. Me entero que un viaje a Gran Caimán (colonia inglesa) se da por trescientos pesos, y con la eficaz y rápida cooperación del sargento Hernández, jefe del puesto de Nueva Gerona, consigo que lo encarcelen como encubridor de Castells. Cortizo está ya como “preso político”. Al día siguiente, el capitán Fernández Pulido, desconocedor absoluto de quién es Cortizo, porque le resulta utilísimo —y esto es cierto—, lo pone a trabajar ¡nada menos! que cerca del Archivo y con el asentimiento del juez, según me expresó...

Y si no le llamo la atención de la responsabilidad en que puede incurrir si nuevos documentos –aparte de los ya quemados– desapareciesen, todavía Cortizo estaría haciendo en Presidio lo que le diera la gana, riéndose a mandíbula batiente de la “Revolución Auténtica” y de los muchachos apuñalados bajo sus órdenes.

¿No sientes, Goyito, un escalofrío de terror? ¡Junto te pondría con él, como máximo castigo para los dos!

VI. Los satélites sangrientos

En la Isla de Pinos, todo el que tuvo cierto mando dentro del Presidio, tuvo también un parecido evidente, aunque indefinible, con el comandante Castells. Tan claro, tan verdaderamente cierto es lo que digo, que desde el primer momento todos nos percatamos de la extraña coincidencia y a medida que el tiempo fue corriendo más distintiva se nos hizo la singular observación.

Pero no era el parecido, imposible de tener el idéntico perfil, semejante corpulencia, estatura y peso. Exceptuando algunos –muy pocos– nada de físico era comparable. Porque hasta en los negros existía la semejanza. El secreto estaba en la imitación. Todos le imitaban algo a Castells. Uno era la manera de pararse. Otro, el movimiento de las manos; otro más, la capacidad discursiva; aquel, el don diplomático. En los de menor capacidad psicológica, el parecido se reflejaba en un estúpido alarde de autoridad y poder. Y aun hubo quien, desmedrado y física y moralmente, le imitó la mentira y la hipocresía... Y en todos, por la violencia del artificio, se

hacía palpable un histrionismo rudimentario, indigno de Castells, supremo maestro de la farsa.

Cuando el tiempo nos fue sumando observaciones, la conclusión se nos hizo clara. En toda la furia imitativa había algo más que un impulso adulón. El niño no imita al padre ni al maestro por adulonería, sino por padre y por maestro. Así pasaba con Castells, padre y maestro de toda aquella fauna cuaternaria. El comandante, al recoger de manera maravillosa el legado y la técnica de Goyito Santiesteban, dio origen a un estilo: el estilo Castells-Goyito, mezcla de brutalidad y de melosería, de rudez e hipocresía, de bestialidad y de perfidia. Hacia ese estilo, Biblia del Criminal, convergieron todas las ansias de perfección de los “discípulos”... Badell, Domingo el Isleño, Gómez Montero, Manes, Durán, Cabo de Villa, Oropesa, verdaderos Apóstoles del Asesinato.

Américo López y el teniente Pino

Américo López, ayudante del jefe de Presidio, era un hombre de fuerte constitución, edad mediana, cara ruda de quijada poderosa y cabeza grande, como para que le cupieran los recuerdos de tantos crímenes.

Era el cremador, el quemador de los cadáveres de los “fugados”. Solo lo vi cuatro veces en dos años, pero su rostro no se me olvidará nunca. El que sepa dónde está escondido que lo avise a la policía. Prestará con ello un servicio de utilidad pública.

Solo voy a contar una “anécdota” suya. Pero más vale que el propio “Coronita” la cuente:

Américo López se enamoró de mi mujer, que vino desde Santiago de Cuba a Nueva Gerona

a colocarse, para estar más cerca de mí, y al no dársele, la cogió conmigo y me hizo un “tejido”... Por una carta que le escribí a un compañero que no sabía hacerlo, fui a “El Cocodrilo” y, luego, por indicaciones de Oropesa, en una requisa que él y Manes hicieron, me la cogieron. Por la falta el comandante me echó 90 días a “La Llana”. Nueve días a agua sola y de ahí, directo para “La Llana”. Cuando me llevaban, Américo le dijo al cabo: “A este hombre conviene desaparecerlo...”. Yo llevaba nueve días sin comer y sentía una debilidad que se me nublaban los ojos e iba a hacer el trabajo más duro del Presidio. Me acordé de mi mujer y de mi hijita y me le arrodillé al cabo suplicándole que no me matara. Pero este me dijo: “La orden es la orden. Lo único que puedo hacer es que mientras estés aquí, y cumplas y no te desmayes, respetarte la vida”. Yo no sé cómo pude aguantar el día!... Pero al que se desmayaba en el trabajo casi siempre lo mataban a tiros o lo dejaban ahogar en el fango. Me salvé no sé ni cómo. Dicen que porque mi mujer estaba viviendo en la Isla, y que Castells, a no ser a Raimundo, no se atrevió a matar a nadie que viviera en Gerona... ¡Ah, se me olvidaba decirle, que otro castigo que me pusieron fue el de no recibir más nunca ni carta ni visita! Así Américo esperaba rendir a mi mujer...

Este era Américo López. No hay que decir nada más de él. El relato me lo hizo “Coronita”, Juan Corona Montoya, el número 13411, y lleva seis años consecutivos en Isla de Pinos.

En cuanto al teniente Pino, con quien, tanto Ramiro Valdés Daussá como yo, trabajábamos en la oficina de la Cárcel de Nueva Gerona, en marzo de 1931, cuando estuvimos presos en ella, las cartas que hemos encontrado casi que nos han producido asombro. El teniente Pino, que le vendía a Ramiro y a su padre —como masón— una verdadera amistad, se prestó al servicio de espionaje cerca de las amistades de aquel, que visitaban la Isla cuando estaba preso. Lo leal hubiera sido que le aconsejara a esas amistades la conveniencia de salir de Nueva Gerona. Pero esto es una pequeñez. Lo que acusa a Pino de terrible manera son las defensas que le hace el propio Castells. Véase este párrafo de una carta de 20 de noviembre de 1930:

Conoce ese superior centro el número de fugas que se han puesto en práctica en el mencionado departamento, las que han abortado, precisamente por la actividad del precitado oficial, y en la última, en que tomaron parte dos reclusos, que tuvo efecto el día 12 del mes en curso, y que fracasó con el resultado de la muerte de uno y la presentación del otro, no se debe a otra cosa que al trabajo perseverante y excelentemente dirigido del teniente que nos ocupa.

Y en 6 de enero de 1931 Castells comparece a declarar en un expediente abierto por el comandante M. Baster, M. M., para premiar a Pino:

“Que lo ha inspirado hacer la solicitud para premiar los servicios prestados por el primer teniente Pino”, aduciendo para ello las razones siguientes:

No voy a poner más que un párrafo:

Posteriormente a estas evasiones han ocurrido las que señala en la relación de los servicios prestados por el teniente Pino y salvo en el caso del penado Tomás Rodríguez Mérida, que se fugó el 9 de agosto de 1928 y al que me refiero después, todos ellos, que se hacen ascender a la cifra de veintitrés –muchos de los cuales lograron desarmar a los soldados que los custodiaban llevándose sus armas–, han sido capturados por las fuerzas al mando del teniente Pino.

¡Desarmar a los soldados!... ¿Y cómo no los mataron después? ¡Qué prófugos más generosos!... ¡Luego hablan de los presidiarios! ¡23 capturados!... ¡Qué formidable humorista era Castells!... ¡23 capturados vivos no los ha habido desde su establecimiento en la Isla de Pinos!...

El teniente Pino tendrá que defenderse mucho de los “elogios” del comandante. Pueden ser funestos...

La fiebre amarilla

La “fiebre amarilla” del Presidio Modelo, fue el soldado. La Compañía Provisional, durante el gobierno de Castells, estuvo integrada, en su totalidad, por soldados castigados en los distintos distritos militares.

Y en el ejército, salvo el licenciamiento deshonoroso, el peor de los castigos era mandar a un hombre para Isla de Pinos. Por lo tanto, con algunas excepciones, los soldados encargados de la custodia de los presos eran los peores de Cuba, los más indisciplinados, crueles y violentos. Por otra parte, la soledad de la Isla los exasperaba y, si se añade aun, que los

custodios tenían que seguir a los presos por los fan-
gueros inmundos, resistir el sol furioso y la rabia de
los insectos insaciables, se comprenderá que su esta-
do de ánimo no era el más propicio para ser amables
ni humanitarios con los presos. Pero es que aparte
de todo esto, el complejo de circunstancias quedaba
completo con otras dos, tal vez las más importantes:
la primera estaba en la mente de todos, arraigada
como un axioma: el presidiario debía ser conside-
rado como un ser inferior, como algo perverso y sin
remedio; cualquier tormento era pequeño y para el
que la muerte, después de todo, no era más que un
beneficio, casi un obsequio. La segunda se fue fomen-
tando con el tiempo: ¡la impunidad, la impunidad ab-
soluta!... Matar a un hombre era un servicio; matar
a dos, un premio, un permiso... ¡Matar a doce o a
veinte ya era una hazaña, un verdadero récord!...

Estos últimos tenían sobrenombre, como los hé-
roes... “El mensajero de la muerte”... “Maceo”... “El
cabo Veneno”... “El sargento Carabela”... “Matasie-
te”... Pero también tenían sus nombres y deben de-
cirse para que la policía los busque si es que no tiene
miedo: Claudio García, Santiago Méndez, Pablo de la
Guardia, Manuel J. Socorro Armas, José Canal Rodrí-
guez, Rogelio Olivero Rodríguez, Juan Sánchez Herre-
ra... ¡Y el cabo Amadeo Quintero, quien oficialmente
tiene un récord de doce muertos!... Yo tengo la lista
completa de los soldados que mataron hombres –con la
excepción de los “29 cadáveres”, en que se dice: “Muer-
to sin que conste el nombre de los custodios”... Sería de
un profundo interés citarlos a juicio, porque se sabrían
cosas estupendas. Como esta, por ejemplo: Mucha
gente en la Isla de Pinos, dentro y fuera del Presidio,
afirma y jura que los asesinatos eran muy pocos, pero

que para no manchar demasiado la hoja de servicio de los “buenos tiradores”, se repartían los muertos entre varios soldados que nada tenían que ver con tales “fugas”... Es la hora de defenderse, de que comparezcan a declarar los soldados que sepan algo, antes de que un juez ordene su detención... ¡Pablo de la Guardia, que según cuentan, se volvió loco de remordimientos, solo tiene en su haber cuatro muertes!...

Los capataces de cuadrilla

Los “cabos de vara” se llamaron en el Presidio Modelo, “capataces” y fueron capaces de las mayores villanías que se pudieran imaginar. Espolearon a sus compañeros en la rudeza implacable del trabajo; en contubernio repugnante con los escoltas de las cuadrillas mandaron a infinidad de sus compañeros a la muerte, y obtuvieron a base de sangre, de sufrimiento y terror, la estimación del comandante, y por ello, la facilidad de salir para la calle antes de tiempo...

De entre toda la caterva zoológica del crimen que pobló el Presidio, con la posible excepción de los chivatos —en cuya categoría muchas veces entraron— ninguna clase tan vil como esta de los capataces y sus ayudantes. En “El Cocodrilo”, en “La Luminosa”, en la “Zona Cuatro”, en “La Llana” y en “La Piedra”, los capataces fueron los hostigadores más inhumanos de sus compañeros, los servidores más rastreros del comandante, los más gratuitos delatores. Enrique “El Bizco”, Jorrín, Pérez Cubas, Ramón Bouza Rojos, Antonio Ferrer Fava, Evelio Quintero, Pérez Sevilla, Antolín Echevarría. ¡Galería siniestra, desfile inverosímil de bajezas!...

Antonio Ferrer, que había sido capataz de “La Llana”, llegó a saber demasiado... El 12 de septiembre de 1932, se “suicidó” ahorcándose en la Circular No. 1. Salía en libertad el 27 de diciembre...

Pérez Cubas, después de mandar al “Industrial” (matadero) a tantos compañeros, por poco va él también. “La Matancera” –y vamos a callar su nombre por piedad– iba a enredarlo en un lío de sodomía, y pensó que lo mejor sería eliminarlo de una vez, a cuyo efecto le hizo ver al soldado Alberto Baños Martínez, del Escuadrón 22, G. R. Octavo Distrito Militar, que “La Matancera” pensaba fugarse. Y en una carrera que le hizo dar para buscar unas yerbas, lo mataron...

Pero Pérez Cubas no la pensó. Castells ya vislumbraba próxima la acusación y, al enterarse de la “fuga” de “La Matancera”, llamó al capataz y le dijo: “Gracias Pérez Cubas, muchas gracias”... Allí pasó un espantoso susto, pero se salvó gracias a la prisión del comandante y al indulto que le concedió la “Revolución”... Ahora habrá que buscarlo en la calle.

La Comisión de Mayores

La “Comisión de Mayores” fue el deslumbrante “estado mayor” de Castells. Él estaba orgulloso de ella, como pudiera estarlo un *sportman* de sus caballos o sus perros... ¡Mejor de sus perros, porque, efectivamente, ellos fueron los perros de Castells!...

Tuvo fieros y terribles bulldogs, como Domingo “El Isleño”, que entró en Presidio por matar a un hombre de una trompada y ya en él, un día de violencia, de una trompada le partió la costilla a un buey...

Tuvo indomables bulterriers, como Oropesa y Capdevila, que no soltaron jamás las presas que les echaron; Goyito había sido un gran danés trituradora y Badell, que aspiró a tanto, se quedó en lobo, devorador de ovejas... Pero no siempre el pedigrí de sus perros fue legítimo. Tuvo también mucho mastín, mucho galgo, mucho podenco, cruzado de sato... ¡Hasta satos legítimos tuvo! ¡Manes, Durán, Valoira, Alejandro Varona, Gabino Morejón, Aurelio Laborde, Rafael Galano, Gonzalo Acosta, Oscar Vergara, José Morales Pérez, Rafael Garcell, Francisco Medina y Walfrido Ramos Elba!... ¡Hay que aprenderse de memoria estos nombres!... ¡Y hay que dárselos de memoria, porque ello resulta mucho más fácil que aprenderse el nombre de todas sus víctimas! Muchos de ellos, satos, verdaderos perros del crimen, quisieron alardear de dogos o de mastines...

¡Y solo supieron morder por la espalda!... ¡O morder cuando ya alguno de sus sanguinarios y legítimos bulterriers había destrozado la garganta de la víctima!...

En la celda donde mataron al “Montañés” estuve yo. Vacía, completamente vacía, como si nadie se atreviera a entrar aún... ¡Ya pueden entrar cobardes, ya, entre un montón lo mataron!...

Y Chicho Ortega, ¿no lo recuerdan?... “¡Entren, entren por pares como los zapatos!...”. ¡Y tuvieron que entrar por crías, como las gallinas!

De cada uno de estos hombres podía hacerse, sin exageración, un largo capítulo. De muchos, un libro entero no bastaría para dar cuenta de sus crímenes. Tonto es, pues, pensar en ofrecer la fisonomía de ellos en solo unos párrafos.

La “Comisión de Mayores” estuvo encargada de las funciones disciplinarias en el penal. Estas, en rigor, abarcaban dos ramas: el robo y la sodomía. Con el ladrón eran implacables... ¡después que ellos cogían de la cocina todo lo mejor, aun lo destinado para los tuberculosos!... ¡Y con la sodomía no tenían cuartel!... ¡siempre que las víctimas se negaran a sus bestiales deseos!... Como se ve, el éxito de Castells era completo. Y como el comandante era un hombre más sagaz e inteligente que todos ellos juntos, la conclusión es clara: él sabía cómo eran las cosas y le convenía que fueran así. “Cheché” (José Lanza Noa), de quien hablaré mañana, podría decirnos algo de esto.

Casi todos, altos, fuertes, escogidos; deslumbradores en la blancura de sus trajes de “mayores”, estos hombres eran orgullo de Castells. ¿Acaso esto solo no bastaría para castigarlos? Esto solo bastaría, pero habría que añadir entonces a la recua de secuaces, a la inmundicia de los “jefes de piso”, de “listeros”, de “sanitarios” y chivatos, resto de jauría con cuyos inapreciables servicios contó la “Comisión”.

Y pensar que muchos de estos hombres, que se disfrazaron de tigres en el presidio, cayeron en él, por matar en la calle a infelices prostitutas...

VII. Hombres frente al terror

En ninguna parte del mundo la palabra hombre existe con el enfático, con el viril y casi sombrío significado que en el Presidio... La palabra hombre, tanto o más que la palabra amigo, es casi una obsesión en la boca de los presidiarios. Unos, los

bribones, los más, la usurpan con los aspavientos del ladrón sorprendido. No hay canalla que no se sienta seguro si no confiesa, al poco rato de charlar con uno, “que él sí que es amigo verdá”. Otros, los que tiemblan de caer en el terror, de ser torturados por la maquinaria implacable, la dicen con algo de superstición religiosa, como el creyente, que dice una oración, como el enfermo esperanzado en una medicina... ¡Hombre! Dicen: “¡Yo soy un hombre!” y se sienten mejor, como más dispuestos a luchar con el espanto desconocido del día que vendrá... Y los otros, los últimos, los escasos, los maravillosos, no la dicen nunca, ¡jamás!... No dicen nunca: “¡Yo soy un hombre!”... Pero en todas sus acciones, en todos sus pensamientos, en todos sus gigantescos alientos para la espera inacabable, la palabra suprema es como una estrella polar que los guía, sin cuya luz se verían perdidos... Muchos —son muchos, de veras— han muerto en Presidio, dichosos al morir bajo su amparo, bajo su sombra paradójicamente luminosa, felices de pensar que mueren como hombres, por no humillarse, por no volverse viles, rastreros, adulones y asesinos; gozando acaso con la sublime idea de que han sabido despreciar una vida inmunda, una vida llena de repulsión perpetua y afrontar la muerte con desdén, la muerte que acaso nunca se sabrá, que tal vez sí muera definitivamente pocos días después, cuando el compañero, el testigo, caiga también bajo el plomo...

¿Hubo hombres en el Presidio?

¿Con el terror que se desató en el Presidio Modelo, con la serie de tormentos, refinados o brutales, que

esperaban a los hombres en la menor circunstancia, es posible que los hombres, hombres verdaderos, pudieran existir? Varios muertos podrían levantarse a hablar... La voz de William Müller sería terrible, colérica, bárbaramente irónica... “El Ruso” era uno de los hombres que solo existen en las novelas; un hombre que sentía asco por la vida y más asco por los hombres que la cuidaban demasiado. De él y de Huerta –otro hombre cuya voz era despectiva, insolente, insultante–, hablaré con mayor extensión al narrar el crimen máximo en que cayeron para siempre en unión de diez compañeros más. Como ellos, acaso con distinto matiz, hubo algunos hombres en Presidio. Casi todos murieron. Hubo hombres de audacia, de valor temerario, despreciativos de la vida, de serenidad casi increíble. Pero yo no quiero ocuparme ahora de ese prototipo novelesco del hombre de aventuras estupendas, de dramáticos y espeluznantes episodios. Tendría que hablar entonces de Varela Neyra, del “Jibarito”, de tantos más que murieron; tendría que hablar también de Luis Rivero Morejón, de Manuel Pereyra, que aún viven. Yo quiero ocuparme hoy de esos hombres, milagros vivos, que escaparon del torbellino, estando dentro de él, sin que los arrastrara el viento y sin que el agua podrida los enfermara.

¿Fueron muchos? Fueron pocos. Tenían que ser pocos, forzosamente. El hombre en la prisión, como el agua estancada, se pudre. Solo el que tuvo el espíritu en excepcionales moldes, pudo escapar incólume.

Y no todos escaparon por el mismo camino. Unos utilizaron la astucia, otros un valor indomable, casi primitivo, otros, ese aliento poderoso que da el sentir la mente apoyada, como si fuera algo tangible, en

la solidez abstracta y pura de un ideal. De cada uno de estos tipos me ocuparé en buscar un preso, señalado por la unanimidad de los presos, y aunque no intento hacer biografía en pocas líneas, lo hago con el verdadero regocijo que se siente al hacer justicia en algo. Lo hago también como revancha del hombre criminal contra la sociedad que, estúpida, acomodaticia y cobarde, incapaz de enjuiciar, le basta con el soñoliento y tranquilo comentario. “Ese es un asesino”... Como los hombres que yo voy a citar, muchos miles, muchos millones de hombres libres, de esos que nunca se han robado un alfiler, no podrían salir del Presidio, de tan limpios, de tan elogiados por todos.

De ninguno de ellos me importa nada la vida anterior. Ningún hombre ha vivido antes, después que ha pasado algunos años en Presidio.

Oscar Morejón

Un preso le puso este pie a su retrato: “Ingresó en Presidio el 5 de agosto de 1927. Miembro de la última Comisión de Mayores, aclamado por toda la población penal al caer el régimen de Castells”.

Como no todo el que me lee ha estado en Presidio, me veo obligado a explicar lo que quiere decir el anterior párrafo. Para los que en él estuvieron el elogio es obvio.

Oscar Morejón fue, junto con Banzo, el primer barbero que tuvimos. “Los primeros 24”, nombre que, con un orgullo pueril, nos bautizamos los inauguradores del Presidio Modelo como prisión política.

Ocupaba una posición de responsabilidad en la barbería del penal, y ya antes, al ir a parar a la cárcel de Nueva Gerona, nos había prestado sus servicios.

Fue, desde el primer momento, el mismo hombre, simpático y en quien, por algo de instinto, encontramos ese misterioso imán que inspira a la confianza. Pero en aquellos días de octubre de 1931, ciertamente Morejón no hablaba. Por lo menos conmigo. Estábamos rodeados por un círculo de hierro tan exacto, tan firme, que fue para nosotros el primer aviso de la realidad. ¡Algo terrible había que ocultarnos! Luego constatamos algo más. En el Presidio Modelo hasta los locos guardaban el silencio, la “disciplina consciente”... Nunca un silencio ha hablado de manera tan elocuente. La absoluta mudez de todos los presos, la rigidez de los movimientos, aquel aire de muñecos, era de por sí solo una tragedia. Solo nos faltaban los detalles. Ni Morejón ni nadie se atrevió a dárnoslos entonces. El más valiente sentía el temor del espionaje. Además, apenas llegaban a media docena los hombres que por aquellos días nos rodeaban.

Mucho tiempo después, encaramado sobre el respaldar de una cama, vimos pasar a Morejón, flamante dentro de su uniforme de “Mayor de la Comisión”. Todos dijimos: “¡Se desgració Morejón!...”. Y no volvimos a pensar más en él con simpatía: ¡pronto sería un asesino más!

Pero en el Presidio, todo se nos fue filtrando, con la lentitud, pero con la claridad con que destila el agua sucia una vieja piedra de Santiago.

Y supimos que Morejón era “Mayor de la Comisión”, pero que contra él no había nada...

Cuando cayó Castells, la furia, la rabia, toda la cólera impotente acumulada en los hombres a través de los años, tuvo un estallido que desgraciadamente no tuvo consecuencias. A los presos les cogió

de sorpresa la noticia y no pudieron hacer el escarmiento con que todavía sueñan. Pero el arrebató lo hubo y se abalanzaron como pudieron contra todos los viejos enemigos que les pasaban cerca.

A Morejón, que también era “Mayor de la Comisión”, en vez de agredirlo, lo aclamaron. Lo tomaron como jefe de grupo y él también tomó parte en la fiesta vindicadora.

Porque la realidad es que lo habían llevado a la “Comisión” para desgraciarlo, para que se mezclara en los turbios enredos de los asesinos, y fuera un diente más en la mandíbula inclemente. Pero Morejón resultó demasiado inteligente y como uno de los milagrosos equilibristas de los circos que asombran a los muchachos caminando por la cuerda floja, pudo pasar por encima de todo aquel hormiguero de crímenes sin mancharse. Un día se encontró a Raúl Ruiz y le confesó “que estaba desesperado, que no sabía qué hacer, pero él no servía para acusar a los hombres para que los mataran”.

Ahora Morejón está otra vez de barbero, en la Compañía de Escoltas, y se siente feliz recordando cómo pudo escapar de que sus compañeros tuvieran el derecho de arrestarlo.

José Lanza Noa

“Cheché” es un caso único tal vez en el Presidio. A diferencia de Morejón, al ingresar en la “Comisión de Mayores” no empleó la astucia para defender su dignidad, su buen concepto de hombre. Empleó el más peligroso de todos los caminos. El de ponerse frente a ella, en una actitud cuyo mérito pocos hombres de la calle podrían apreciar.

Yo conocí a “Cheché” con ocasión de una prisión en El Príncipe. El puesto que él desempeñaba en el Castillo era el más difícil de todos: el disciplinario. Dentro de los presos comunes este no hubiera tenido mayor importancia: la máquina llevaba tiempo andando sin que nadie se atreviera a interrumpirla. Lo difícil era con los presos políticos, en donde un pepilleo de primera fila, rompiendo las barreras de toda consideración humana, llegó a exasperar muchas veces, no a los encargados de mantenerlos en cierto orden, sino hasta a numerosos núcleos de entre ellos mismos. Nunca se ha dicho esto y conviene que alguien lo diga. El entusiasmo, el “embullo” de la revolución comenzó desde entonces y entre la avalancha de presos políticos que colmaron las prisiones, cayeron varias docenas de individuos para quienes “aquello era una fiesta”; que confundían una protesta con un escándalo y un derecho con un atropello. Es necesario denunciar que esa chusma revolucionaria, tanto como la cobardía hipócrita de Díaz Gallup, es responsable de los atropellos de diciembre de 1931. ¿Quién se atreverá a negar que hubo quien se atrevió a protestar del toque de diána, mentándole la madre a los infelices músicos, irresponsables de la charanga, y que eran las primeras víctimas de la disciplina? Mucho habría que hablar de esto.

Hay una sola excusa para el pillaje de entonces. Una excusa que es doble: las condiciones porcinas de vida a que se nos quiso someter... y la incapacidad de muchos “hombres”, de muchos “revolucionarios”, para resistir un poco de rancho y otro poco de encierro.

En este ambiente, José Lanza Noa tuvo que moverse, haciendo equilibrios, realizando “diplomacias”

de las que, por temperamento, era incapaz; otras veces, sin poder contener su irritación, quiso resolver problemas retando personalmente a los revoltosos. Todo le resultó inútil. Fue una suerte para él, salir tan pronto en libertad.

Yo apenas tuve tratos con él. Alguien, en cierta ocasión, me dijo que se había expresado despectivamente de lo que yo había escrito en mi serie de artículos “105 días preso”. Hablé con él entonces y comprendí que no era un Romero. Luego, en Isla de Pinos, me enteré de la causa de su traslado a El Príncipe. He tratado de hacer tiempo para verlo y me ha sido imposible, pero la verdad es esta: “Cheché”, como en otras ocasiones, se opuso a la realización de una infamia. Domingo, el brutal “Domingo el Isleño”, estaba interesado en el “asunto”... Y Castells, para que la “Comisión” no perdiera prestigio con disensiones internas, le dio la razón a “Cheché”... mandándolo para La Habana a que luchara con los presos políticos.

En la Isla de Pinos “Cheché” es un recuerdo. Es de los hombres que se citan con él. “¡Ese!”... admirativo que lo dice todo.

José Romero Forte

En el acto “Cheché” Romero llama la atención en Presidio, como la llamaría en cualquier parte. Es un hombre de magnífico porte, alto, fuerte, erguido, con una cabeza de dibujo firme, y un aire altivo en toda la figura. Se ve que es un hombre de esos a quienes no les gusta doblarse al suelo ni para recoger el dinero. Es un hombre en plena juventud. Los presos, a pesar de su presencia, hablan de él como

un compañero siempre amable. Maravilla pensar que a hombres como a “Cheché” Romero, Castells haya sido capaz de vejarlos impunemente.

Fue en “La Granja”... Fue después que Goyito le dijo en El Príncipe: “Oye, Cheché, estás fuerte... Tú eres el hombre que nos conviene –Sergio y Romero estaban allí–. Tú eres el hombre bueno para ‘Mayor de las Celdas’. Y si hay que matar... tú matas...”. Por negarse rotundamente, lo mandaron como un paquete de los que llevan el letrero: “Frágil”... para la Isla. Y fue en “La Granja” donde Castells “lo sopeó”... ¡Maravilla tanta audacia! ¡Y es que en la mente de aquella gente la idea de que Machado, como Dios, no acabaría nunca, era una realidad sin discusión!

“Cheché” Romero salvó la vida gracias a la recomendación de un señor llamado Angulo, quien parece que tenía influencias en Presidio. Y llegó a ocupar el mismo puesto que había elevado el nombre de Oropesa a las más siniestras alturas: “Mayor del comedor”.

En el comedor de los tres mil silencios, un rumor, un cuchicheo, era motivo bastante para un castigo. Nadie acusa a “Cheché” de haber formulado ninguna acusación contra sus compañeros... Y en cambio sí hay quien puede afirmar que “Cheché” se echó encima muchas de las quejas presentadas por “mayores de la Comisión”, sobre irregularidades en el comedor. Y en esta labor habrá que reconocer que tuvo en Ronulfo Aguas Mesa un digno segundo.

No fue esto solo. Cuando los presos políticos comenzaron a pasar a las circulares, encontraron en “Cheché” un verdadero amigo: se jugaba la vida con ellos.

No pretendo decir, ni tengo tiempo, ni lugar, cuántos y cuáles fueron los merecimientos de “Cheché” Romero dentro del Presidio. Lo único que puedo afirmar ahora, es que sigue preso...

José Rodríguez Villar

He dejado para la última la silueta de Rodríguez Villar. Pero ningún preso se pondría bravo si la colocara en el primer lugar. Nadie, absolutamente nadie, entre los hombres verdaderos a quienes el terror respetó la vida, tienen más derecho que Rodríguez Villar para ocupar un sitio de honor.

Rodríguez Villar llegó a Presidio por el camino común del ideal. Y el hecho de que disienta fundamentalmente con su modo de ver la solución a los problemas de la injusticia social, no me habrá de impedir el entusiasmo ferviente por su varonía casi sin paralelo.

El mismo impulso vindicador y mesiánico que lo lanzó al homicidio, lo ha mantenido en la prisión durante los nueve años que en ella lleva. ¡Nueve años que valen por cien! Y en todo ese tiempo, ni una flaqueza, ni una claudicación ante la realidad... Lo único que le ha faltado a Rodríguez Villar para unir su nombre a los de Müller y Huerta, ha sido esa aspiración suicida, que con tanto gusto les cumplieron! Pero Rodríguez Villar no hacía nada con morir. Al contrario, tenía necesidad de vivir para dar cuenta de tanto crimen, de tanta bestialidad, de tanta hipocresía.

Para ello, su memoria, que castigó hasta el martirio, grabará como en bronce, recuerdos imborrables, atropellos sin calificativos, tramas canalles-

cas. Y los nombres, los nombres de las víctimas y de los victimarios... Rodríguez Villar es un fiscal, un fiscal terrible. Su palabra habrá de impresionar a los jueces porque en su voz no hay una sola inflexión de la mentira.

Cuando Rodríguez Villar vio llegar a los presos políticos a las circulares, sintió como un alivio; se iba a poder descargar de tanto fardo de responsabilidad moral. Y a casi todos les fue confiando buena parte de los tenebrosos secretos de aquella vida indescriptible del Presidio. Pensó que ya, aunque lo mataran, habría alguien de responsabilidad, de valor y de civismo que denunciara al mundo los horrores de la Isla de Pinos. A Murphy, a Julio César Torra, a Ramiro Valdés Daussá, a Rubén León, a casi todos, Rodríguez Villar les hizo conocer lo que era aquello. Su esperanza se cumplió, pues tan pronto como ello fue posible, Rubén León formuló la denuncia que todos han ratificado.

Ya se conoce quién fue Castells y alguna parte de los crímenes con cuya responsabilidad tendrá que cargar.

¿Qué se ha hecho por Rodríguez Villar, el hombre que resistió impertérrito al terror; el hombre que arrojó el peligro de hacerse amigo de los presos políticos; la sorpresa cierta de que los estaba “instruyendo”? Nada, absolutamente nada.

Una carta he visto para él firmada por Rubén León, en que lo trata de usted.

Y me ha sido imposible dar con Rubén, ni por carta, ni por la vía personal. Por si piensa que le voy a pedir algún consulado, que alguien le informe que solo lo busco para que apoye, con su influencia de

vicepresidente de la República, la petición de gracia que junto con Ramiro Valdés Daussá he formulado ante el Dr. Almagro, secretario de Justicia, que ha prometido complacernos, para Rodríguez Villar y otros buenos compañeros de Presidio...

VIII. Escenas para el cinematógrafo

Creo que, a estas alturas, ningún escritor –por lo menos ningún escritor imaginativo– debe emplear la palabra para trasladar sus imágenes. La palabra ha perdido fuerza, dramaticidad y dinamismo. La creación de nuevos moldes de vida ha originado nuevos medios expresivos más en consonancia con aquellos. ¿Qué palabra puede transcribir la escena de un automóvil que a toda velocidad se estrella contra un árbol? ¿O la de un aeroplano que descende vertiginosamente incendiado y sin control?... La imaginación –cinematógrafo interior– acude en generosa ayuda a la palabra y a veces la salva; antes era al revés, la palabra alimentaba a la imaginación. Y hasta que el lenguaje no se nutra con vocablos nuevos, capaces de trasladar las emociones de la nueva realidad, lo mejor será reproducir, por medio de la pantalla, las escenas actuales para las que las antiguas resultan anacrónicas, casi ridículas.

En lo que al Presidio se refiere, las anteriores observaciones no vienen a ser otra cosa que un reflejo de mi declarada impotencia para transcribir, con la fuerza con que las siento vibrar en mi imaginación, las bárbaras escenas que en él se desarrollaron. ¡Élitros trémulos! ¡Afán desesperado de la mariposa que no puede atravesar el cristal y que ve el campo a su través! ¡Humo que al expandirse se pierde!... Eso será

mi palabra: intento inútil de transferir mi emoción interna; anhelo frustrado de transponer por el cristal de la pupila, por el humo de la voz, el mundo de sombras, de pavores, de siniestros estremecimientos que, como los élitros negros de un escarabajo atravesado por un alfiler, vibra en mi interior al evocar los recuerdos de los relatos del Presidio!...

Por eso yo quiero que el lector venga hoy conmigo al cine; que me lea con los ojos cerrados... con la imaginación dispuesta a esa tiniebla roja, propia para el salón de proyecciones... La función va a empezar.

Las pupilas

Las pupilas avanzan sobre el espectador, crecen, crecen... se agigantan, ocupan toda la pantalla los ojos enormes... No hay más claridad que la que se desprende de ellas... Y en una superstición [sic] consecutiva de imágenes, sobre los ojos dilatados, convertidos a su vez en pantalla, se abre el escenario bárbaro y el cruel y angustioso episodio comienza a desarrollarse.

Charcas de fango negro, cubiertas a trechos por costras de las más verdosas, fermentos de las pudriciones... Palmas jatas, urdimbre de las llamas, pujanza espléndida y verdecida de los manglares... ¡A lo lejos, un guanabá gris desliza su vuelo majestuoso!...

Comienza a oírse un rumor creciente. De vez en cuando, gritos indescifrables, también se escuchan... ¡Se ve avanzar la fila!... Es un plaf plaf precipitado, casi de fuga, el que traen los hombres, saltando sobre el lodo tembloroso y traidor. Traen sobre los hombros leños inmensos, de corteza áspera... La sangre

les brota a cada movimiento y se les mezcla con un agrio sudor por todos lados!... ¡También el fango se les mezcla con el sudor y la sangre!... Los leños son enormes e irregulares... ¡Algunos, como hormigas humanas llevan una carga mayor que ellos mismos! La fila se prolonga... Un negro poderoso trae él solo una gigante raíz de llana... ¡Los primeros, los más potentes, humillan las glorias de Caupolicán!... ¡Muchos llevan ya meses cargando leños grávidos, sin que les tiemblen las rodillas, domesticadas por el hambre y el terror!... Al soldado a veces esto le da tanta rabia como la debilidad de los hombres y, furioso, como el niño malcriado que desbarata un juguete para saber por qué suena, de un balazo en el cráneo acaba con aquel inverosímil dínamo de energía!... Pero la fila es terrible al final... Los primeros hombres, los más fuertes, soplan, rugen al respirar, como atletas cansados; los últimos hipan, sollozan, tienen espasmos agónicos en el alentar de la desesperación. ¡La fila entera, desde la cabeza a la cola, es una canción del esfuerzo que muere!...

¡Que muere asesinado!...

¡No se oye una voz! No se oye más que la queja de los pulmones... Al fondo, de pronto, irónica, sarcástica, cruel, casi divertida, se escucha la cantinela de la muerte. Es el cabo que se dispone a hacer algo:

“¡Resbala... resbala... resbala... cae...! ¡Y se levanta...! ¡Resbala... resbala... cae! ¡Y se levanta!... ¡resbala... resbala... resbala... cae...! ¡Y no se levanta más!...”.

Algunos, los que aún están fuertes, sonrían con el bestial egoísmo del que no ha de morir tan pronto...

Pero al fondo de la fila se ha entablado la más angustiada de las competencias que ha habido nunca... Dos hombres se disputan el último lugar... ¡Y al que se quede en él definitivamente la muerte lo alcanzará por la espalda!... ¡Los troncos les aplastan las espaldas y se hunden en el fango, pero ni Jesús Andreu ni Daniel Pérez Díaz flaquean!... ¡Detrás, gozando con el espectáculo, como quien ve el final de una carrera de cien metros, el escolta trata de seleccionar para quién será la bala que tiene en el directo! Daniel Pérez tiene las piernas destrozadas; ya las uñas, a punto de desprendérsele, le encharcan de sangre y de agua el zapato roto... ¡Pero es joven y tiene un furioso deseo de vivir!... ¡Jesús Andreu sabe que está castigado, que puede prolongar la vida un día más si consigue pasar a su compañero...! ¡si logra que la bala sea para este! ¡Cada uno, en la desesperación de vivir, se hace cómplice secreto del asesinato del otro!... ¡La competencia macabra se prolonga interminable, como un hilo desenrollado de un carretel!... ¡Pero el hilo se acaba y suena el disparo! La fila entera, como si fuera un caballo que recibirá un latigazo, da un arranque eléctrico, se hace más ágil... Los leños les pesan menos a los hombres!... Los dos hombres del fondo de la fila, sintieron en la misma milésima de segundo, el impulso de acelerar el paso... ¡Pero solo uno se dio cuenta de que no caía, de que volaba por sobre las charcas, como si comenzara a trabajar!... ¡Una alegría indescriptible lo invadió, pero para convencerse de que no estaba muerto, lanzó una relampagueante mirada de refilón... ¡El otro estaba en el fango con el cráneo destrozado!... Luego el cabo Canals quiso obligar “a la cañona” a “Tomeguín” y a Sandalio a que cargaran el cadáver!...

Las pupilas se “disuelven” en la pantalla y Daniel Pérez Díaz, el 13876, está hablando conmigo... ¡Podría estar muerto!...

Él no sabe que yo tengo tres de sus angustiadas cartas al médico del penal, doctor Francisco Santiesteban, suplicándole que intercediera por él. En una, al final, le hace un desesperado llamamiento en unas conmovedoras líneas que acaso, para comprender en toda su intensidad sencilla, sea necesario el haber estado en Presidio. Le dice:

“Se me olvidaba decirle, que yo fui el que le dije adiós desde lejos el domingo. Vi a su niño, ¡qué gracioso está y qué lindo!... ¡Que Dios lo guarde! También lo vi el día de Viernes Santo por la mañana, iba en los brazos de su aya”...

¡Si alguien pudiera comprender, pudiera “ver” esto!

Centella

“Centella” es un negro de un extraño color, de un brillo como mate. Algo singular. Nadie podrá decir tampoco qué edad tiene. Sin embargo, a la que tenga se le puede añadir un año, por lo menos!... ¡Un año que vivió en una sola tarde de “Llana”...! Pero esto hay que verlo también en la pantalla...

Los culatazos caen sobre el hombre derrengado... El pobre Eladio Agüero es ya un guiñapo... Resucita, levemente, a cada culatazo... Después, el escolta hace que los nuevos compañeros lo rodeen en la laguna... Y más tarde, cae Aurelio Águila Mazorra... ¿Iría a ser el 20 de septiembre de 1932, día de hecatombe?... El pánico se expande, como un explosivo; “Centella” se esconde detrás de unos mangles... El cabo lo ve... El pobre “Centella” será el tercer hom-

bre. Le dice, ya con la furia de los culatazos un poco calmada: “¡Antes de las cuatro te mato!”...

El negro “Centella” se pone febrilmente a vivir el tiempo que le falta hasta la muerte... En espera de que le diga una mentira consoladora, le pregunta a Goyito Naranjo: “Consorte, ¿tú crees que me mate?...”. Goyito le responde: “¿Y cuándo este ha fallado?...”.

Se pone a trabajar furiosamente en espera de que una piedad que no existe lo compadezca y lo perdone... ¡El soldado goza con su angustia!... “Antes de las cuatro te mato!...”. ¡En sus oídos suenan las frases como el tictac de un reloj!...

Su imaginación, que está inédita, “fabrica” una página de un autor que no existe... Se acerca a Goyito Naranjo y le dice: “¿Tú crees que si me hago una herida, que si me doy un golpe, me mate?”.

—¡Ah, yo no sé!... ¿Pero tú tienes valor?... ¡Espera que llegue el camión a ver qué pasa!... ¡Puedes morir desangrado!....

Y de nuevo el negro “Centella” se puso a trabajar con furia, mirando para la calzada por donde debía venir el camión... El cabo le miraba la nuca... Él sentía su mirada clavada en ella, como un puñal, como una flecha, como una bala...

Pero cuando llegaba el camión, “Centella” se jugó la vida o se adelantó la muerte. Con disimulo dio dos cortes cruzados de hacha en el tronco y colocó el pie en el hueco...

El soldado Quintero, dijo, magnánimo: “¡Llévenselo, a ver si se muere por el camino!”.

Cuando llegó al hospital, como un grifo exhausto, solo gotas de sangre le colgaban... ¡El chorro ya se había agotado!

Alfonso Hernández, el 9322, se quita el zapato y muestra el muñón en que se le quedó el pie trizado por el hacha!... ¡Pero salvé el resto! —dice— con un gesto de consuelo hacia arriba que tiene algo de regocijo... “Centella” piensa que hizo “un buen negocio”...

Y apenas si él se acuerda de que, antes de entrar en Presidio, había sido compañero del comandante Castells, en la misma unidad...

¡Que me muero de sed!...

Este grito: “¡Que me muero de sed!”... debe ser espantoso en el desierto. Los locos espejismos deben producir tormentos indescriptibles!... ¿Pero si el grito suena y lo oyen cerca de 500 hombres; y todos tienen agua para darle al sediento y no se la pueden dar? Y ¿si el grito en lugar de ser “¡Que me muero de sed!” es “¡Papá... que me muero de sed!...”.

¡El padre también tenía agua que darle! ¡Con solo las lágrimas que le brotaban de los ojos le había calmado la sed al hijo!...

¿Podrá, siquiera el cine, reflejar esta angustia sin paralelo?

“¡Papá, que me muero de sed!...” El grito, como un pájaro herido, huía desde lo alto, desde las celdas asesinas del sexto piso, y desplomaba contra el suelo de la circular!... Con el estremecimiento del padre anciano, toda la circular número uno temblaba!... Y el padre viejo ni al grito podía responder... ¡La esperanza, la estúpida y cruel esperanza, la cómplice más vil de los asesinos!... ¡La esperanza, responsable única de que tanto hombre contuviera sus ansias vengadoras! Si no llega a ser por ella, por su traición, cuánta puñalada merecida se hubiera

dado en el Presidio por centenares de hombres que esperaron, para convencerse de la fatalidad de su sentencia, a que la muerte se la notificara...

¡Escolástico Kindelán!... ¿Por qué no acabaste a puñaladas con los que te impedían llegar hasta arriba?... ¿Por qué no mataste a Durán, después que murió tu hijo?... ¡Primero fue la esperanza, la gran prostituta de deseos!... ¡Después, el abatimiento, ese afeminamiento de la voluntad!... ¡Y tu hijo se murió de sed!...

El pobre muchacho se tomó primero, como todos, poco a poco, el agua que se asienta en la taza del inodoro de las celdas... Después le cortaron el paso y la sed lo angustió... ¡Quién sabe qué esfuerzos no hizo para evitar la desesperación... para que el padre no se desesperara también!... ¡Pero no pudo más y gritó!... ¡Gritó con la desesperación del que se muere, con la angustia del que lucha porque siente el tantálico tormento de oír correr el agua y no poder tomarla!...

Dicen que el padre pidió permiso para quedarse en la circular, para estar más cerca de la agonía del hijo, y no se lo concedieron. Una tarde, a las tres, los asesinos entraron en la celda: ¡Amado Kindelán Sánchez, el 12508, con la lengua afuera lamía la cruel sequedad del piso!

¿Qué cosa le haría a Durán, al “mayor Durán” que también lo fue de nosotros, que era tan insignificante para que este optase por tan terrible castigo?...

¡Pero qué fantasía tengo yo!... ¿De qué vale, entonces, el certificado médico del “íntegro” doctor Santiesteban?... ¡Fue de “edema de los pulmones” de lo que murió Amado Kindelán, el 7 de marzo de 1929!

El antropófago sonriente

Cuando bajábamos “La Guinea”, que es como algunos presos le dicen a la altura mayor de la Sierra de Caballos, al fondo del Presidio, un negro sonriente y joven, un típico negro de Santiago de Cuba, nos salió al camino. Por costumbre ya, le pregunté si había estado en “La Lana”...

Se sonrió aún más y me dijo:

Una vez el cabo Quintero me llevó el sombrero de un balazo... Por suerte se le encasquilló el rifle y ese mismo día me dejé caer un leño en el pie para no volver al día siguiente...

Pero, yo estuve dos veces... Una vez vi, cuando a José de la Cruz, el cabo Claudio García le hizo comerse su porquería... Le puso el pie en el pescuezo y le restregó en ella la cabeza!... ¡Al día siguiente lo mataron!

A otro, que no me recuerdo, lo hizo pasar con un renuevo de mangle de parte a parte, y así lo *trajieron* desde la Ciénaga.

Y Pedro Ríos, el 11827, me lo contaba todo, sonriendo, como si lo pasado ya no tuviera nada que aducir... (¡Acaso pensaba con irónica crueldad, en que nada ya devolvería la vida a aquellos infelices, y que la protesta y la acusación serían cosas inútiles!).

Pero vio más y le sucedieron más cosas. Vio cuando a “Jíquima”, el negro de Victoria de las Tunas, por pedir agua dos veces, Quintero, como en un tormento medieval, le llenó el vientre hasta ponérselo tenso, igual que un tambor, y se le subió encima, pisoteándole la barriga!... “¡Le dio un baño de María... botaba el agua sucia...”.

Pero a Pedro Ríos, el 11827, aún tenían que sucederle más extraordinarios sucesos que la vulgaridad de que una bala le llevara el sombrero...

Al día siguiente a lo de “Jíquima” a Raulito, un muchacho blanco, joven, se le ocurrió botar un pedacito de pan... El cabo lo vio y le dijo: “El pan es bendito, no se bota”. Nosotros estábamos comiendo allí en el descanso. Sonó el tiro y Raulito se dobló... ¡Tenía un hoyo así en la cabeza!... ¡Todos los sesos se le botaron!... Entonces el cabo hizo que yo y otros muchachos recogiéramos los sesos y se los echáramos dentro del hueco de la cabeza... ¡Los recogimos así, como pone uno las manos para tomar agua, pues igual! Y cuando acabamos me fui a limpiar las manos en agua para seguir comiendo... Pero el cabo me dijo: “¿Qué? ¿Tienes asco?... ¡Vamos! ¡Cómete el pan, negrito!...”. ¡Y me tuve que comer el pan embarrado con la sangre y con los sesos de Raulito!...

Ahora debo consignar que el “imaginativo” es Pedro Ríos, porque el certificado del expediente expresa con toda claridad que Raúl González Aguilera, el número 13611, murió el 15 de julio de 1932, “al tratar de agredir a su custodio, el soldado Amadeo Quintero González”...

¡Qué muchacho más audaz!... ¡Intentar agredir nada menos que a esa bestia asesina que fue el cabo Quintero!

¡Y como hay “novelistas” en Presidio! ¡Qué casualidad que cada hombre por bruto que sea, por inculto que esté, pueda inventar algún horror nuevo!... ¡Qué delirio “imaginativo” se ha desatado entre aquellos hombres!

¿Cómo creerle a Rafael Magañas que le mataron a un hermano delante de él?

¿Cómo creer que a Raimundo lo reventaron cargando tinas de fango, en la “Fuente Luminosa”? ¿Cómo creerle al barbero La Rosa que al pobre negro “Arroz Amarillo” –se llenaba los bolsillos con arroz para aguantar el hambre– el cabo Quintero le puso una enorme tina llena de fango sobre el vientre y le sentó encima a José Ramón, a “Baracoa”, al “Indio” y a Albérico, los chotas, hasta que el infeliz ahogado ya en el fango negro y hediondo soltó por la boca el chorro verde y apestoso de la bilis rota!

¡Imaginación, pura imaginación de los presos!... ¡Pero qué maestros han tenido que tener para llegar a ser a su vez, tan estupendos discípulos!...

IX. Doce cadáveres en un minuto

Se trata, señores, de una tragedia auténticamente bárbara, con varios actos, distintos escenarios y múltiples autores. Y aunque yo no intento reproducirla íntegra, sino solo en su última parte, me veré obligado a trazar una sinopsis de los primeros actos, a fin de que el lector sienta mayor interés en la trama. Y daré a conocer enseguida el reparto de los actores:

El responsable: comandante Pedro A. Castells.

El inspirador: “Goyito” Santiesteban.

El delator: José Veiga, de múltiples nombres.

El testigo: George Kelly Willing.

Los asesinados: Rogelio Fernández Febles, Francisco Álvarez, Sebastián Mesa Pupo, Juan Soto Hidalgo, William Müller Smith, José Martínez Mendiandúa, Adolfo Fernández del Llano, Eugenio Díaz Novo y Gabriel Pérez González.

Los “prófugos” quemados: Alberto Huerta Romero, Carlos Estrada Cabrera y José Bravo Suárez.

Los cremadores: Américo López, Eulogio Caldeano y José Cuxidor.

Asesinos materiales: un grupo de soldados de la Compañía Provisional.

Escenario: primero el Castillo del Príncipe; después, el Presidio Modelo, de Isla de Pinos y “El Cocodrilo”.

Época: la del general Machado.

Desenlace: la mañana del 18 de agosto de 1928.

Este es el trágico reparto. A su simple enumeración me asalta el deseo irresistible de escribir pronto, de manera formal, esta tragedia, en memoria de las víctimas y para execración perpetua de los victimarios, con la esperanza de que millares de hombres conozcan el sacrificio de unos y la villanía de otros. ¡Y que el recuerdo perdure!...

Sinopsis

Tengo demasiados datos sobre la tragedia que culminó en la hecatombe de “El Cocodrilo” para pretender vaciarlos en un solo artículo. Me veré forzado a compendiar lo más posible ya que necesito la mayor parte del espacio para dedicarlo al desarrollo del último acto del drama, el menos conocido de todos.

Ni en la calle ni en la prisión, el vil, el canalla, puede convivir con el hombre digno. Por eso, “Go-yito” Santiesteban encuentra en el Presidio despreciadores olímpicos y adulones rastreros. Y, por extraordinaria que sea su bajeza encuentra su antípoda en la cárcel: Huerta Romero.

Las infamias, las irregularidades administrativas, el relajamiento moral de los hombres, encuentran en Huerta un acusador formidable y constante. Él viene a darle un nuevo sentido y una nueva forma a la sorda protesta de la población penal. Tarde o temprano el choque ocurriría. El choque no, el atropello.

Los negocios que realizaba “Goyito” en El Príncipe eran tan descarados, su explotación de los presos tan inicua, que estos recurrieron al único camino que se les ofrecía: la denuncia por anónimo ante las autoridades superiores. Cayó entonces el estupendo atraco de la tabaquería ilegal de la cárcel, pero, poco a poco, les fue costando la vida a los denunciantes.

Este es —en un compendio estricto— el origen del crimen del 18 de agosto: la lucha entablada entre el más refinado asesino y explotador que cayó en las cárceles de Cuba, en combinación con el jefe del penal, y un grupo de hombres que se negaban a ser explotados y que, en su actitud, llegaron hasta arrostrar la muerte con cara despreciativa.

Los protagonistas

Del comandante Castells y de su adlátere Gregorio Santiesteban ya he dado intentos de siluetas en los anteriores trabajos. Así mismo lo he hecho con el bestial capitán ayudante, Américo López, y con el tipo corriente del soldado que se prestó a la aplicación de la “ley de fuga”.

Me resta solo hablar del testigo, del delator y de las víctimas; de los dos primeros me ocuparé en el curso del relato y con respecto a las víctimas debo hacer algunas consideraciones que caerán como lo-

sas —y a mi pesar por cierto— sobre la interpretación de Castells como asesino paranoico, como “encargado” de extirpar de la sociedad al hombre típicamente delincuente. En “El Cocodrilo”, Castells deja a un lado “su misión” y desciende al bajo rol de asesino impune, de émulo de Arsenio Ortiz... Una cosa lo obliga a ello: la necesidad de quitarse enemigos demasiado peligrosos... Pero vamos al asunto.

¿Quiénes fueron los asesinados del “Cocodrilo”? Vamos a ceñirnos, estrictamente, al expediente oficial, frío siempre con los presos.

Rogelio Fernández Febles, 12544. Primer ingreso. Buena conducta.

Francisco Álvarez, 7960. Primer ingreso. Buena conducta.

Sebastián Pupo Mesa. Segunda condena.

Juan Soto Hidalgo, 8475. Primer ingreso. Buena conducta durante ocho años consecutivos.

William Müller Smith, 9096. Primer ingreso. Acusado de “anonimista” el 29 de julio de 1928. Veinte días antes de su muerte.

José Martínez Mediandúa, 9510. Tercera condena. Acusado de “anonimista” y “anarquista” el 11 de agosto de 1928. Siete días antes de su muerte.

Adolfo Fernández del Llano. Primer ingreso. Acusado de falta de respeto a sus superiores e indisciplinado, el 12 de julio de 1928; acusado también de “anonimista” el 29 de julio del propio año, 20 días antes de su muerte. Cumplía su condena en 1929.

Gabriel Pérez González, 11682. Primer ingreso. Buena conducta.

Alberto Huerta Romero, 12645. Primer ingreso. Castigado por indisciplinado en 7 de febrero de 1928.

Cumplía en 1928, dos o tres meses después de la fecha de su asesinato.

José Bravo Suárez, 12291. Primer ingreso. Buena conducta. Acusado de “anonimista” y “anarquista”, el 11 de agosto de 1928, siete días antes de su muerte.

Estas son las víctimas de “El Cocodrilo” y yo voy a ahorrarle al lector algunas observaciones. De los doce muertos, solo dos son reincidentes. Los diez restantes han ingresado solo una vez en prisión. De entre esos diez individuos no reincidentes, seis observaban buena conducta. Uno de ellos ¡durante ocho años consecutivos!... De los doce muertos seis han sido acusados por “indisciplinados”, “anonimistas” y “anarquistas”, poco antes de morir, algunos, solo una semana antes... Por último cuatro de aquellos hombres estaban a punto de extinguir sus condenas.

¿En dónde está aquí el papel mesiánico de Castells de exterminar en Cuba al penado reincidente?... ¡Crimen sin paranoia ninguna, crimen repugnante, vil y asqueroso este del “Cocodrilo”!... Cualquiera podría sugerir, que acaso a los que se proponía exterminar Castells era a los “anarquistas”. Pero es que esto es falso también. Es cierto que él tenía una fobia contra los luchadores obreros, cualquiera que fuera su tendencia. La primera prueba de su hipocresía la recibimos cuando José Sánchez Herrera, Emilio Rangel Utrilla y Reynaldo Escudero Busto, marineros del *Patria*, presos bajo el machadato, fueron a dar a Presidio a vivir casi un año. Al llevarlos al pabellón donde estábamos, les advirtió: “Muchachos, ahora van a entrar ahí. Hay dos grupos: la derecha y la izquierda. Estos últimos a ustedes no les conviene andar con ellos ni juntarse con ellos. Son gente que profesan ideas

‘ácratas’, contrarias a la patria y la sociedad. Siempre están leyendo libros y cosas que a ustedes no les interesan...”. ¡Sin duda, el comandante ignoraba totalmente el marxismo! Pero bien, si alguien sustenta la hipocresía de que el comandante Castells se propuso acabar con los anarquistas, yo podría preguntar dos cosas: ¿a qué organizaciones revolucionarias pertenecían los asesinados de “El Cocodrilo”?... Si alguno estuvo afiliado a ellas fue la excepción y yo no la conozco, por cierto... Y, ¿por qué Castells respetó y temió siempre a aquellos penados que, como Rodríguez Villar, le constaba sobradamente que sí eran anarquistas, que sí luchaban activamente por los ideales anarquistas?... Rodríguez Villar era el hombre más indicado para ser asesinado por Castells si el anarquismo era su fobia. Por anarquista cayó en la prisión y anarquista se conservó en ella a través de los años. Y Castells sabía el odio que le profesaba y que comunicaba a todos los presos políticos los horrores que ocurrían en Presidio. ¿Por qué no lo mató?... ¡Por miedo!... ¡Por el más refinado de los miedos que sintió nunca!...

No. Castells no mató a los infelices masacrados de “El Cocodrilo”, por anarquistas... ¡Los mató por miedo también!... ¡Por miedo a que los que iban a salir pronto lo acusaran públicamente, y a que los que aún se quedaban lo hicieran desde la prisión!... ¡Por miedo, por miedo cerval a que Huerta cumpliera su terrible amenaza!...

¡Ah!... Pero si yo no les he hablado todavía de Huerta Romero... Y ya que he dado el informe “oficial”, tomado de los expedientes del propio archivo del Presidio, debo, a riesgo de extenderme hoy más de lo

usual, dar alguna información humanizada sobre los hombres muertos...

Alberto Huerta Romero, si no hubiera sido por el desprecio absoluto que “El Ruso” –William Müller– le tuvo siempre a la muerte, habría sido el hombre que con más selvático valor le hizo frente al terror en el Presidio. Oficial del Ejército Español, mató en duelo regular a un compañero y vino para Cuba. Periodista y maestro, puso una escuela y no pudo pagar los muebles... “¡Estafa!” –dijo el tribunal–, o hurto, que no sé bien. Así entró en Presidio. Incapaz de tolerar una injusticia, ni en él ni en los demás, tuvo por enemigos a todos los abusadores –que siempre han tenido mando en las prisiones– y por amigos a todos los presos dignos –que siempre han sido los sacrificados–. ¡Pero yo necesito poner unos párrafos siquiera de la silueta que de él me escribió Rodríguez Villar, su amigo y compañero!...

Copio:

Era un carácter imposible de amoldar a la voluntad de Castells y tenía la desgracia de confiarse a los hombres sin estudiarlos bien y no podía contener sus ímpetus de rebeldía ante la injusticia. Esto lo llevó a la tumba faltándole unos días para cumplir.

Conocía Castells su historia penal, y había escuchado de sus labios las amenazas de combatirlo desde la prensa a su salida de la prisión y sabía que cumpliría su palabra con el mismo ardor, con la misma entereza y civismo con que frente a frente lo desafiaba para un futuro próximo.

Las pruebas de que así lo haría las tenía bien presente en su memoria. Primero, denunciando al

alcaide de la cárcel de Santiago de Cuba; después al Poder Judicial con su famosa carta dirigida al reo de muerte Hernán Peña, lo que le cuesta el traslado para la de La Habana; en esta es apaleado por los escoltas y acusado de atentado por quejarse del régimen de la misma; en el Castillo del Príncipe declarado loco por decir las verdades y aporreado por los reclusos Camacho y Manuel Santana; en el Presidio Modelo, le captura el brigada Manuel una denuncia y le hace este un disparo al recuperarla y teniendo de enemigos declarados a Castells y Goyito, sufre las iras de estos, pero con el mismo estoicismo de siempre, y ya que no puede decirles la verdad porque ellos no se ponen a su alcance ni tiene papel para escribírsele, se vale de un alfiler que le facilito desde mi celda colindante para escribirle, marcando las letras sobre un sobre usado, el siguiente pensamiento: “Cuando se blasona de tener buenos sentimientos, es un sarcasmo tener a un hombre cincuenta y dos días en una celda y no permitirle comunicación con su familia. ¡Quiera Dios que esto que usted hace conmigo, caiga sobre la frente de sus hijos!”; nuevos y más duros castigos hasta que al fin, ya dueño Castells de varias vidas de penados por su nombramiento de jefe absoluto del Presidio Modelo, lo traslada nuevamente a este, para quemarlo en un montón de ramajes del desmonte que se había hecho en los alrededores del Ojo de Agua, conocido por “El Cocodrilo”. De esto pueden dar fe los penados Eulogio Caldeano y José Cuxidor, exhumadores improvisados, y el oficial Américo López, encargado de que el cadáver quedara completamente destruido.

Así murió Alberto Huerta, por su amor a la verdad y a la justicia, en plena juventud y lleno de vida, en el siglo de las luces y a dos kilómetros de donde Martí sufrió las furias de los “cabos de vara” del coloniaje!...

¡Valía la pena dedicarle unas líneas al hombre que todavía, en Presidio, puede hacer alentar tan ferviente emoción evocadora!

Ya se ve que fue el miedo y no ningún arretrato paranoico lo que determinó la hecatombe de “El Cocodrilo”... ¡El miedo a la voz de Huerta!... ¡Y Huerta sigue hablando en la emoción de todos!... ¡Y su voz es ahora más terrible!...

El delator

Ya he hablado bastante de las víctimas. ¿Por qué no le dedicamos un espacio pequeño al delator? Lo merece. Ahora –¡excelente virtud de los traidores!– delata también a Castells...

Ya dije en anterior trabajo cómo me vi impulsado a registrar los documentos que aún quedaban en la residencia del comandante Castells en el Presidio Modelo. Había entre ellos dos paquetes de regular tamaño, conteniendo correspondencia y papeles de Francisco y Gregorio Santiesteban. Solo tuve tiempo y lugar de revisar uno de los paquetes; pero tuve muy buena suerte de escoger, aunque sabe Dios lo que pudiera encontrarse en el otro.

En un sobre, junto con una carta familiar, encontré el papelito cuyo texto reproduzco. Si el papel lo hubiera encontrado alguien no enterado de las cosas del Presidio, lo hubiera botado, quizás si pensando

que se trataba de un simple chisme de presos. Pero cayó en mis manos y estaba entre los papeles de los hermanos Santiesteban... Yo sabía demasiadas cosas del Presidio para no darle valor. Dice así:

Sr. Capitán Pedro Castells.- Penal. La situación en que me encuentro y el haber sabido la acusación en que me hallo envuelto me obliga a diafanizar mi conducta ante usted y decirle que por boca de ellos mismos sé que los individuos que a usted mandan anónimos o denuncias son el Ruso, el Rápido, Mediandúa, un blanco cabezón que se reúne con ellos, un gallego albañil, y ellos están en combinación con un penado de la oficina. Quisiera serle más explícito, pero como no tengo papel no puedo. Respetuosamente, (fdo.)
José Veiga.

Que se trata de un delator, no habrá que probarlo; ni tampoco que menciona en su delación a un grupo de seis compañeros, contra los cuales arroja acusaciones concretas y terribles, casi mortales, en Isla de Pinos. De los nombres mencionados por él, por sus propios nombres o apodos, dos murieron. Mediandúa y El Ruso (William Müller); de El Rápido nada sé. Que alguien lo entere de que salvó la vida milagrosamente... Digo, si es que no lo hizo a cambio de entregar a otros compañeros. Los otros tres reclusos citados por el traidor José Veiga resultan imposibles de identificar. Lo único cierto es que se trata de blancos y blancos fueron todos los muertos del día 18 de agosto en "El Cocodrilo"... ¡Castells no era racista!... A la delación solo le falta tener la fecha para convertirse en prueba absoluta. Pero para desgracias de José Veiga, la escribió en un papel impreso del Presidio Modelo, cuya antigüedad

será relativamente fácil obtener por un perito en la materia. La comparación con los distintos modelos de impreso bastará. Y esto en cuanto a la prueba oficial, que en lo que se refiere a la que pudiéramos llamar “prueba moral”, para nada hace falta la fecha. Los que asumieron dentro del Presidio una posición de rebeldía, jamás se dejaron acercar demasiado a José Veiga aunque no sospechaban fuera tan rastrero. Todos sabían que Goyito había utilizado a alguien para darle a Castells la verdadera impresión de que era necesario “hacer algo” por impedir las denuncias; pero no podían afirmar concretamente cuál era el instrumento: unos afirmaban que Goldeano y otros que “Figurín”, el famoso ídolo de Castells...

Pero si hice algunas observaciones sobre la índole moral de las víctimas, debo decir algo también sobre su delator. El físico solo lo denuncia; todo su aspecto es de traidor; se le jorobó la columna vertebral para arrastrarse mejor; en la mirada se le acaba la astucia, porque no puede engañar a nadie; su boca es el signo de la hipocresía... Tengo que añadir algo más: José Veiga “sí” es reincidente de Presidio y pertenece a ese grupo de malhechores profesionales que usan tantos nombres para despistar a la policía que acaban por obligar a esta al uso del recurso nemotécnico. José Veiga se llama también: Jacinto Eguis García o Elías García o Casteboy o Carlos Elosegui o Joaquín Elera García o Andrés Gálvez Prieto o Alfredo Camargo o Eusebio Sambrosain García u Oscar Ramiz Díaz o Jacinto Díaz Castelo o Jacinto Elías García o Eusebio Zamborain, (a) “El Jorobado” o “El Madrileño”... ¡Con individuos como este era con los que Castells contaba para que le informaran del resto del penal!...

El testigo

George Kelly Willing es un testigo excepcional en Presidio. Presenció en el “Ojo de Agua” la muerte de Capetillo y fue, luego, el encargado con “Urraca”, el chofer, de recoger los cadáveres de la cordillera de “Arroyito”. Ya hablaré de él con más detenimiento. Ahora debo decir cómo encontré al testigo. Yo estaba enterado de que el día del “Cocodrilo”, un solo hombre de la cuadrilla había regresado. Varios presos me dijeron que había sido el capataz, Basilio Guerra. Pero comprobé que no era cierto y, al fin, pude dar con el recluso que había regresado solo aquel día: George Kelly Willing, un hombre de más de doscientas libras de peso y con un metro 83 centímetros de estatura. Un verdadero gigante, a quien Castells un día, admirado, le ofreció el puesto de tambor mayor de la banda, y, al no aceptar Kelly, le dijo a “Goyito”: “Este es como los gatos, que cierra los ojos para no ver quién le da la comida”.

Como los otros presos amigos, Kelly me contó el inhumano régimen de trabajo a que estaban sometidos en “El Cocodrilo”. En los 20 días que permaneció en aquel lugar, bajó 50 libras de peso y no pudo nunca dormir dos horas por día.

Su estupenda constitución física y sus conocimientos de mecánica resultaban muy útiles en Presidio y, aunque nunca se le hizo la gracia de ninguna rebaja de pena, se le respetó la vida a cambio del silencio y de los trabajos más penosos y arriesgados. Pero hoy Kelly puede hablar y lo hará ante los jueces.

El aviso

Antes de oír a Kelly sería muy interesante dejar que Liberato Pérez Díaz, el 13082, contara también algo de su historia:

Por una combinación que me hicieron entre Argüelles, de Guamá, y Félix, de Palma Soriano, fui al “Cocodrilo”... ¡Oh, es una historia! Ligaron a Manes, el que fue “Mayor de la Comisión” y este le dijo al jefe: “Capitán, este hombre me ha dicho que me va a dar y que así me meta debajo de sus polainas me va a dar...”. ¡Calcule usted! ¡Y que nadie se podía defender, porque lo que uno decía siempre era mentira! En “El Cocodrilo” el trabajo era por electricidad... ¡rápido!... ¡Yo estaba contundente y allí me puse enseguida que parecía un trapo!... ¡Calcúlese, arrancar con las manos troncos y raíces!... ¡Y que no se podía ni hablar media palabra!... ¡Es más, que si lo veían a usted hablar con elementos sospechosos le levantaban una calumnia!... Bueno, pues el día 17 por la tarde, el cabo La guardia me dijo: “¡Oye... trata de no venir mañana porque me voy a llevar a trece y tú vas a ser el catorce!”. Yo le contesté que si había Dios yo no moriría, porque era inocente en ese caso... Y me repitió: “¡Bueno, tú trata de no venir, que te conviene!... ¡Porque si no completo contigo!”. Yo entonces, cuando llegué procuré hablar con Favila Regojo y con Antonio Rosabal y les conté lo que me pasaba... que me iban a matar al día siguiente si iba al “Cocodrilo”... y ellos parece que se compadecieron de mí y le hablaron a Goyito y al capitán haciéndoles

ver que mi caso era un caso de moralidad y de criterio... ¡Por esto me salvé de ir al “Cocodrilo”! Al día siguiente La Guardia y los soldados acabaron allí... ¡No se salvó más que uno! ¡Si yo llego a ir me matan también!

El viejo Junco fue quien me encargó que no dejara de hablar con Liberato Pérez Díaz y yo me alegro de haberlo satisfecho... Pocas veces he visto yo un hombre tan impresionado por sus propios recuerdos como este Liberato Pérez Díaz!... ¡Pobre gente!... Todos estos, los que vivieron en el Presidio, bajo Goyito y Castells, vivieron doble. Cada día representa a veces un año, y, sin embargo, siguen presos!... La ley solo conoce los días de 24 horas, los años de 365 días!

La hecatombe

Kelly es un hombre de temperamento menos emotivo, pero también me gustaba extraordinariamente oírlo contar su vida en el Presidio. Así me hablaba de aquellos veinte inacabables días que trabajó en el “Cocodrilo”.

Nos paraban a las dos de la mañana frente a la circular número uno hasta que daban las cinco y a esa hora íbamos para “El Cocodrilo”. Allí estábamos dentro del agua desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde y comíamos dentro del agua en los diez minutos que nos daban para almorzar. A las seis veníamos a paso doble para acá y a las seis y media nos daban la comida y enseguida nos llevaban para “La Piedra” a dar mandarina hasta las doce de la noche muchas veces... ¡Bueno, la gente se desmayaba tres y cuatro veces

como si nada!... ¡Yo no, porque entonces estaba muy fuerte, pero cuando entré pesaba 225 libras y al salir 175 nada más!... ¡Si sigo me vuelvo tuberculoso!... Aquella mañana de los doce, apenas llegamos, sacaron al capataz Basilio Guerra y a cinco más y los mandaron para acá... Al poco rato llegó el jefe Castells con Goyito, y dijo: “Tú, sal para afuera!”. Digo: ¿Yo?... “¡Tú mismo!... Sal y vístete”. –Sí, porque allí trabajábamos desnudos–. Me puse la ropa y me paré a un lado, aquí al pie del roble este, donde había cerca una casita... Había como 24 soldados por entre la yerba y la gente estaba metida en el fango, trabajando sin parar... ¡Sí, porque cualquier cosa que hubiera no se podía parar el trabajo!... El cabo La Guardia le dijo a Castells que qué había conmigo y este le contestó: “No, deja a este aquí para que vea lo que va a pasar!”. Y enseguida le dijo al cabo –allí estaba también “Maceo”... “Matasiete”...–: “¡Hazte cargo de esta gente!”. En el acto los soldados hicieron varias descargas y todos los hombres cayeron en el agua. Solo el “Guajiro de la leña”, parece que se dio cuenta a última hora y dio un salto y cayó con medio cuerpo fuera, así como se puso “Malanga” en la fotografía!... Era como un 6 000... Por ahí, más o menos... Cuando acabaron me dijo Castells: “¿Qué te parece esto?”... Yo le hice así... con la cabeza. ¡Qué me iba a parecer!... Después me dijo: “¡Monta!”. Y me llevó en la máquina junto con Santiesteban sin hablarme una palabra y me dejó en la circular número ocho. Allí le dijo al mayor Magín Agüero: “¡A este me lo llevan luego a la oficina!”. Luego me llevaron a la azotea con Goyito, Sanabria y Silvio y Goyito me dijo: “¡Bueno! ¡Te

he salvado yo la vida!... ¡La vida me la agradeces a mí!... ¡Así que de esto que has visto aquí no tienes que hablar nada absolutamente!”. Y me mandó para la cuadrilla de la mecánica...

George Kelly me hizo el relato tantas veces que yo me lo aprendí de memoria, con sus propias palabras, y cuando fuimos al “Cocodrilo” a reconstruir la escena yo la hubiera podido dirigir sin su presencia. Pero él fue también. Es el hombre que está al pie del roble de la orilla. Desde él vio tirar las planchas fotográficas... ¡Desde el mismo lugar en que vio tirar la lluvia de balas asesinas!

El prestigio de la historia

“El Cocodrilo”, como escenario, es cómplice también del comandante Castells, como lo fueron los soldados, Goyito y José Veiga... No le ha sido traidor, como “La Llana”, que lo acusa con toda su repelencia... “El Cocodrilo” es un lugar grato, propicio para las tardes bucólicas... ¡Qué bien sonaría bajo el roble testigo, un viejo fonógrafo que tocara *La siesta del fauno*, de Claudio Debussy!... Sus aguas ensangrentadas hace años que desaguaron en “La Llana”, y hoy, filtradas por el bosque, son de un azul triste, melancólico, y sobre ellas flotan las hojas de las yagrumas, las malangas y las ovas florecidas... Alguna vez, cruza un pequeño cisne, algún saramaguyón que se zambulle a los ruidos... Solo algunas madrugadas, dice Antonio, el que cuida ahora el “Ojo del Agua”, sale de la charca el cocodrilo que se ha ido comiendo poco a poco los conejos del comandante.

Pero si el escenario quiere ser cómplice con su hipócrita aspecto, la historia se lo impide. Como sobre todos los lugares donde algo ha ocurrido, una porción de frases fatigan al “Cocodrilo”.

Cuentan que Castells, completamente poseso el día de la hecatombe, dijo una frase completamente napoleónica: “¡Este día es demasiado pequeño para hacer todo lo que tengo pensado!”

También le atribuyen el que desde entonces, cuando ocurría algo en el penal dijera, presentando a alguien:

“¡En cada hecatombe tiene que haber un superviviente!... ¡Este es el superviviente, fíjense bien!”.

Pero yo estoy de acuerdo en que los presos exageran mucho. Dicen por ejemplo, que el pensamiento de Castells: “¡La verdad solo se oculta temporalmente!” data de aquella época, cuando lo cierto es que está firmado por él en agosto de mil novecientos treinta y tres... ¡Qué cerca le quedó la profecía!

X. La “fuga” de Arroyito

Hay hombres tan amados por la vida que la muerte solo se los lleva por celos, para amarlos ella también intensamente. De estos hombres excepcionales fue “Arroyito”, Ramón Arroyo Suárez, que en el Presidio se llamó el 10354... ¡Y dejó una leyenda con su muerte!...

Un impulso, un sentimiento de justicia me hizo pensar desde el primer momento en no hacer referencia al caso “Arroyito” en estos artículos. Porque, al contrario de lo que ocurre con él, hay hombres tan infortunados en la vida que ni la muerte luego, al arrebatarnos de violenta manera, puede salvarlos de ese olvido negro,

absoluto, que parece ser la sombra siamesa de sus nacimientos. Centenares de ellas hay en Presidio. De muchos, ni las madres se han ocupado en averiguar el fin... ¡Muchos, ni madres tenían que pudieran olvidarse de ellos!... ¡Sombríos profesionales de la desdicha!... ¿Quién se ha ocupado nunca de Pascacio Speck, de Fernando Duthil, del pobre Félix Alberto, de Félix Núñez Riba, el estudioso músico brasileño a quien no salvó del olvido ni la preferencia que le dio el propio Castells, según consta en su propio expediente oficial? “Pérdida de conducta y otros castigos por estimar el señor jefe del establecimiento que no lo merece por tratarse de un individuo de ideas ácratas”. ¡Y luego murió con Arimao y El Capitancito, cuando le faltaba un año por cumplir! ¿Quién se ha ocupado nunca de Cosme Valdés, que tenía 19 años; de Inocencio Isaac, que llevaba 16 años de buena conducta?... Del viejo Juan Cordovés, sospechoso a su edad de inmoral!... Ni del pobre Alfonso Martínez, que por pintar muñequitos en la clase, como un muchacho, lo castigaron hoy y a los ocho días “se fugó”. ¡Ni siquiera se ha hablado una vez de Melvill McLaughlin, a pesar de ser el único americano “fugado”! ¡A Chicho Ortega, a Feliciano Rojas, no le ha valido ni siquiera haber dejado el recuerdo en Presidio de ser el hombre que con más valor defendiera la vida dentro de una celda!... ¡Para Anastasio Zayas Sierra no ha cabido un recuerdo, y eso que fue el único que constantemente acusó a Goyito delante del capitán, lo que le costó un certificado de defunción por “monomanía”! ¿Pero para qué seguir enumerando, si del olvido no se libró ni el propio Cirilo Entenza, no obstante haber sido Castells en persona, quien le diera el balazo en el muslo, de resultas del cual una “vertiginosa” septicemia lo remató en el

hospital, a las pocas horas? ¡Centenares de hombres cuya vida no valió nada en Presidio y cuya muerte es una muerte muerta, muda, sin vibraciones!... ¡El olvido y el silencio, como dos perros fieles, reposan sobre sus tumbas, donde la clave de un número, es el único rastro para el investigador!

Por eso yo no quería hablar de “Arroyito”, sino de los desconocidos, de los infelices que nunca vivieron, porque se puede decir que nunca murieron, de tan olvidadas que han sido sus muertes!...

Pero si no por él, por la cordillera íntegra que perdió la vida entonces, por la desfachatez sin paralelo del crimen, por la comedia trágica que se pretendió hacer creíble y hasta por la injusticia cometida con el ídolo popular, sí debo hacerlo.

Cómo conocí a “Arroyito”

La primera vez que yo estuve en Presidio, fui a uno de esos mítines que se dan en las prisiones, por gentes algunas veces de sincero corazón, y en los que se les dice a los presos “que no se ocupen”, “que ni están todos los que son ni son todos los que están”, “que ya irán saliendo poco a poco”, “porque la justicia al cabo resplandece”. Después los oradores se van ahitos de satisfacción evangélica y los presos se quedan para comer las toneladas de rancho que todavía les restan por comer...

La vez que yo fui iba un hombre sincero, casi apostólico, Luis Berenguer quien siempre ha tenido compasión de los presos, de las mujeres, de los viejos y los niños, y su palabra, por lo mismo, fue sentida y su consuelo agradecido por los penados.

Entre la masa de oyentes estaba “Arroyito” y yo era demasiado joven entonces para no sentir la atracción de la fama y de la leyenda que lo rodeaba; por eso me pasé casi todo el tiempo hablando con él y ahora, a la distancia de los años, lo recuerdo, bajito al lado mío, muy blanco y limpio, en lo que me pareció una especie de guayabera, con el tórax avanzado grueso, parlanchín como una mujer, rodeado de dos o tres, como si dentro de la misma prisión siguiera siendo capitán de banda, y satisfecho de sí mismo y de su nombre de la cabeza a los pies. Tenía también una movilidad nerviosa y recuerdo que al penetrar los visitantes al patio, cuando aún no habíamos preguntado por él, varios presos se nos acercaron para preguntarnos que si queríamos conocer a “Arroyito”... Sin duda, ya era costumbre... Era lo que un americano diría “la máxima atracción de taquilla del Presidio”!... ¡Si Castells llega a ser yanqui, en vez de matarlo le hubiera sacado dinero!

El *Dick* Turpin²¹ de los campos de Cuba

¿Quién no recuerda el *Pancontíbiri* cuando “Arroyito” a Cañizo secuestró?... Las décimas populares abrumaron el tema y los viejos fonógrafos, cotorras mecánicas, llegaron a producir la desesperación de los vecinos... La leyenda, máquina de multiplicar, hizo héroe a “Arroyito” y lo equiparó casi con Manuel García. ¿Por qué no se les vendió entonces a los muchachos, en cuadernos como los de *Dick* Turpin o

²¹ Richard *Dick* Turpin (1706-1739). Fue un célebre bandolero inglés del siglo XVIII. Murió ahorcado. Sus aventuras fueron llevadas a la literatura y mucho después a la televisión.

Buffalo Bill,²² la relación de las hazañas, secuestros y generosidades del bandido?... ¡Imbecilidades de nuestras empresas editoriales, ya que el éxito hubiera sido colosal!...

La relación de las hazañas de “Arroyito” resulta inútil, porque todos conocen la leyenda, que es la verdadera historia de los hombres capaces de originar leyendas. Solo cabe preguntar, ¿por qué fue un favorito del público? ¿Por qué tuvo tantas simpatías? ¡Solo porque no fue asesino, porque no se manchó de sangre, y porque fue generoso, valiente y buen amigo! Porque tuvo también un rudimentario sentido de la justicia social y le arrebató a los ricos su dinero mal habido y luego lo repartió con la generosidad de un millonario loco...

Y si todos conocieran la historia que las gentes de Ceiba Mocha y Madruga cuentan sobre la causa de la rebelión de “Arroyito” contra la ley, sus simpatías serían mayores.

Se dice –y será fácil de comprobar la verdad– que Ramón Arroyo manejaba con frecuencia una máquina entre Madruga y Ceiba Mocha y que, una vez, al recibir en la primera un telegrama o telefonema de su madre de que corriera a Ceiba Mocha porque se le estaba muriendo la hermana, “Arroyito” voló por la carretera a la mayor velocidad que le rendía el motor, desesperado con la idea de no encontrar viva a su hermana, que tanto quería. En estas circunstancias, sin que ni los frenos ni su pericia lo pudieran impedir, el carro arrolló a un niño que,

²² Buffalo Bill (1845-1917). Su nombre real fue William Cody. Cazador de bisontes, soldado, aventurero espectacular. Se convirtió en una de las leyendas del Oeste norteamericano. Fue condecorado con la Medalla de Honor.

imprudentemente, quiso atravesar el camino. “Arroyito” lo recogió y volvió hacia Matanzas con un doble pesar. El niño murió y el abogado le dijo a Ramón Arroyo que iría a la cárcel de todas maneras, a lo que este, desconocedor de la justicia legal, se rebeló, manifestando que él no podía ir a la cárcel por culpa de la casualidad. Y se puso en rebeldía comenzando su carrera de secuestros y fugas, arreglándoselas de tal manera que, como Ramón Franco,²³ su famoso tocayo del *Plus Ultra*, siempre estuvo en la primera plana de los periódicos...

La cordillera exterminada

Todo el mundo sabe en Presidio que hubo una “cordillera” conocida por la “Cordillera de Arroyito”, y que nunca llegó al Presidio. Por fortuna, era pequeña, pues solo la integraban seis hombres. ¿Quiénes eran estos hombres? ¿Por qué murieron? ¿Cómo murieron? ¿Quiénes fueron sus asesinos? Yo voy a aportar nuevos datos en este artículo, y nuevos testigos; pero aún será necesario más acopio de ellos para poder reunir a todos los actores de la tragedia.

Julio Enrique Pintado Martínez, (a) “Güelelea”, era un negro joven, corrompido según el decir de sus propios compañeros, que se había fugado del muelle y que, por indisciplinado, fue trasladado del Príncipe a La Cabaña. Un mal expediente, sin duda. Era el 13605.

²³ Ramón Franco (1896-1938). Político, militar y aviador español que se hizo famoso por su vuelo del *Plus Ultra*, que lo convirtió en un héroe nacional. Murió en un accidente de aviación sobre el cual se ha especulado mucho. Era hermano del dictador Francisco Franco.

Julio Ramírez Ojeda, 11424, compañero de “Arroyito”, tuvo siempre fama de ser más valiente aún que su socio y, como él, también se había fugado de la prisión. Por lo demás, por tres años se había ganado la rebaja de “buena conducta”.

Andrés Calderón Luna, 11461, “El Mexicano”, tenía un expediente de “buena conducta” y era un hombre joven.

José Ramos Ramos, 10555, “El Moro”, como el anterior, observaba “buena conducta”, pero de esas a las que los presos le añaden “muy buena conducta, ¡sí señor!...”.

Ramón Arroyo Suárez, 10354, “Arroyito”, tenía una tentativa de fuga el año 1927 y ¡cuatro años de buena conducta!

El último de la cordillera, Luis Díaz, 4997, “Cundingo”, tiene el dato más elocuente en su número de presidiario. El 4997. ¿Cuántos años llevaría preso “Cundingo”? Arroyito, que era un diez mil y pico tenía seis años de prisión cuando lo mataron...

Esta era la cordillera exterminada. La más feliz de todas. La que no conoció la monstruosidad del “Cocodrilo”, el asco de “La Llana”, ni la emboscada traidora del hospital...

Un escolta amigo de Arroyito

En las primeras galeras que habitó “Arroyito” en el Príncipe he vivido yo. Hasta en la famosa cueva lóbrega de “los incorregibles”, que fue su última residencia en el Castillo, y que era más propia de sapos que de vivienda para hombres.

Hablando de estas cosas y de su muerte, encontré un testigo de verdadero interés: Aurelio Lara,

un viejo escolta del Príncipe, que ahora está en Presidio, donde lo conocí, y cuya diligencia y buenos servicios me fueron muy útiles.

El escolta Lara es un hombre de edad mediana, de pelo canoso y habla con la seguridad de lo que dice. Tiene el recuerdo firme de millares de hombres que desfilaron por el Príncipe y, a veces hasta puede citar fechas. Así, él me contó cómo “por saber tratar a los presos, no tenía nunca dificultades con ellos y, por eso, estuvo encargado algún tiempo de los ‘incorregibles’, que estaban entonces donde está ahora el depósito de harina”... Allí estaban “Arroyito”, Ramírez, “Güelelea”, “Cundingo”, Braín y otros.

Luego Lara me dice que la noche en que lo sacaron del Príncipe, fue el encargado de llevarlos hasta el patio grande y los pararon con sus paquetes en el corredor cerca de la oficina, en donde fueron amarrados. Más tarde, cuando pasaron al rastrillo, los amarraron por parejas y recuerda cómo se formaron esas parejas:

“Cundingo” y “El Mexicano”; “Güelelea” y Ramírez; “Arroyito” y “El Moro”.

Un grupo numeroso de clases del ejército, pues ninguno era soldado, sino cabos y sargentos, los iba a acompañar, pero antes de salir del Castillo, vino Goyito Santiesteban y les dijo que fueran a la casa del capitán Castells, que quedaba muy cerca del Príncipe. Allí estuvieron para ser trasladados y luego volvieron y los montaron, abriéndose el rastrillo para dejarlos irse para Isla de Pinos... “para el otro mundo”, que es como algunos presos nombraban este viaje con un doble sentido sarcástico y fúnebre.

Hay, pues, un hombre –y hay muchos más, desde luego– que estuvo presente en el momento que los sacaron para ser trasladados y que puede dar fe, además, de que en las condiciones en que iban, nadie podía intentar fuga de ninguna naturaleza.

Un incidente en el camino

En el camino también hay testigo. El comandante Loys, entonces al mando del *24 de Febrero*, puede deponer ante los jueces cómo al llegar al muelle del Columpo, se hizo la noche antes de que del Presidio vinieran a recibir a los presos.

Pero algo debió haber sucedido en el camino de La Habana a Batabanó, cuando entre los presos circula el rumor que me dio por escrito Rodríguez Villar:

Unos kilómetros antes de llegar a Batabanó se encontraron con un carro de leche que había sido lanzado a la cuneta por un automóvil, cuyo dueño luchaba en vano por sacar el carro de la cuneta, por falta de una soga fuerte con que amarrarlo. En esto se presenta el camión que conduce a los penados y se brinda el chofer para ayudarlos en su empeño. Una vez el carro en la carretera, pasan unos minutos de chanza por el suceso y aprovecha el conductor del automóvil para cambiar unas palabras con el del camión:

–Oye, chico, ¿quiénes son esos presos?

–Pues Julio Ramírez y “Arroyito”... Los otros no los conozco.

–¿Y para eso llevan tantos guardias?

—No solamente eso, sino que van dos por cada preso y otro sargento al mando de la escolta y, además, los llevan esposados. Creo que no llegaran al Presidio...

La versión conocida

Sigue el relato de Rodríguez Villar:

Así sucedió. Llegó el cañonero al muelle del Columpo próximamente a las cuatro de la tarde y se cansó de llamar al Presidio para que fueran a recibir a los presos y no los fueron a buscar sino cuando la noche tendía su manto sobre aquel lugar destinado a unos asesinatos originales. Aún no se había alejado el barco cuando cuatro de aquellos penados, esposados todavía, caían bajo el plomo certero de aquellos tiradores expertos, escogidos para ese crimen, en la oscuridad de la noche.

A los otros dos les esperaba una muerte más horrible que a los primeros, pues estos pasaron de la vida a la muerte súbita e inesperadamente, en tanto los dos últimos ya sabían lo que les esperaba, y tenían además que sufrir toda una noche y amarrados, la plaga de mosquitos y jejenes. “¡Asesinos!” gritaban Ramón Arroyo y Luis Díaz. “¡Acábenos de matar! ¡Criminales! ¡Cobardes!...”. Y así se pasaron estos infelices toda la noche, pidiendo la muerte, provocando a sus verdugos para que cumplieran cuanto antes la sentencia impuesta por Castells, y verse libres de la espantosa plaga que, a tres kilómetros de la playa, obliga a dormir

tapado, si se carece de mosquitero. Tal sería la noche que pasaron estos infelices que a la mañana siguiente amanecieron con los rostros hinchados y amoratados de las picadas de los insectos... Después de una noche de martirio semejante, la muerte... Y todo por orden de Castells e ideado por su cómplice “Goyito”.

Con este nuevo procedimiento aparecía que se habían fugado realmente y que los otros dos lograron escapar. Para mejor engañar a la opinión pública, fueron muertos los dos últimos por fuerzas al mando del teniente Pino, mientras los cuatro primeros lo fueron por custodios que los conducían.

Esta es la versión del Presidio, la que me escribió Rodríguez Villar y la que, con ligeras variantes es aceptada por todos. Es más, al juez de la causa contra Castells, doctor Rodríguez Aymerich, uno de los escoltas que condujo la cordillera le declaró en términos fundamentalmente semejantes.

George Kelly otra vez

Los lectores que hayan seguido el curso de estos relatos no habrán olvidado a George Kelly, el testigo presencial de la muerte de Capetillo y de la hecatombe del “Cocodrilo”. Por cierto que, con la premura que estoy escribiendo estas crónicas, olvidé anotar un detalle importante. Cuando le hice a Kelly la pregunta de cómo se explicaba él que lo hubieran salvado de la muerte, me contestó con un “¡Ah, yo no sé!” singular, lleno de socarronería. Kelly es nativo de Tampa, en la Florida, de padre y madre ameri-

canos, súbdito americano, y aunque no sabe inglés, tiene toda la presencia de un gigantesco jugador de fútbol. Además, es blanco... Cuando le hago todas estas observaciones se sonrío ligeramente, como quien sabe de memoria lo que le están diciendo. Estoy seguro de que Kelly no cambiará la ciudadanía americana, por lo menos mientras esté en Presidio... Él sabe lo que hace y por eso es que sonrío, sin darle mayor importancia, cuando se le pregunta por qué le respetaron la vida...

En lo que se refiere al asunto de “Arroyito” y su cordillera, la declaración de Kelly puede dejar perplejos a los jueces en algunos extremos relativos a la veracidad absoluta de la versión aceptada.

A mí me contó –y en presencia del escolta Lara, precisamente– que como a las dos de la mañana, un día, cuando ya habían pasado como cinco o seis domingos de lo del “Cocodrilo”, Américo López lo fue a buscar a su celda, que era entonces la número 73, en el primer piso de la circular número uno. Enseguida, en unión del chofer, a quien le decían “Urraca”, pero que se llamaba René Ponce de León, Américo lo llevó al almacén a buscar seis cajas...

Sin preguntar una palabra, cargaron las seis cajas en el famoso “Buque Fantasma”, y salieron por la “requisa”. En unos minutos llegaron al lugar donde estaban los muertos, que no era al pie del muelle del Columpo ni a ocho ni a cuatro kilómetros del penal, como respectivamente se dijo que habían muerto “Arroyito” y “Cundingo”, sino en un punto del lugar conocido en el Presidio por el “Guanal” y que queda a un lado de “La Llana”, entre la avenida de Zayas Bazán y la carretera del muelle. En este lugar, en un espacio relativamente pequeño y limpio de yerbas,

estaban tirados los seis cadáveres, que estaban esposados.... Con la linterna, Américo López los enfocaba, porque la noche estaba muy oscura, y Kelly pudo verlos bien. A todos los conocía, por haber sido compañeros de prisión suyos, y dice que ni a “Arroyito” ni a “Cundingo” se les reconocían las caras de desbaratadas que las tenían por los balazos... Al “Moro” sí recuerda haberle visto la cara bastante completa, al igual que a Ramírez... Hay algo más que demuestra cómo toda aquella gente no perdía su “elegancia” de buenos actores: el juez y sus “ayudantes” que ya estaban allí cuando llegó el camión hablaban con los soldados y estos comentaban cómo habían querido fugarse aquellos “tipos”... Sin duda, la comedia sangrante del Presidio tuvo más de un actor...

Luego, a punto ya de ser puestos en las cajas, se dio la orden de que les quitaran las esposas a los “fugados”... Y entre Kelly y “Urraca” cargaron los seis ataúdes depositándolos en el camión, y los condujeron al cementerio, y de allí, acompañados siempre por Américo López, fueron hasta la playa a llenar el camión de arena para traerla a verter en los charqueros de sangre que habían quedado en “El Guanal”... Todavía era demasiado oscuro y fue necesario utilizar otra vez la linterna para encontrar los rastros sangrientos, sobre los que, como la última palabra, cayó un camión de arena.

De allí Américo López trajo a Kelly hasta su circular y le dijo:

“De esto, todo el que te pregunte di que se fugaron Arroyito y Ramírez”.

Y “Urraca” se fue a guardar su camión.

Apenas pudo dormir Kelly, porque después sonó la diana.

Conjeturas

En primer lugar, ¿Por qué es a Kelly a quien precisamente va a buscar Américo López, y no a otro cualquiera? La cosa no tiene mayor importancia, pero tiene una solución “presidiana”. Kelly era, sin él quererlo, por su puesto, testigo aterrado de los asesinatos del “Cocodrilo”, de fecha muy reciente; y en Presidio, mientras menos testigos mejor. Por eso, probablemente lo escogieron también para enterrar a “Arroyito” y demás compañeros. Además, se trataba de un hombre de fuerzas extraordinarias, capaz de cargar los seis cadáveres si hacía falta.

¿Qué razón puede haber para dudar de lo que dice Kelly? Yo no veo ninguna. Con su declaración él ni ataca, ni defiende, ni señala concretamente a ningún asesino. Cita solo un hecho que puede ser comprobado por abundante prueba testifical, a saber: que en la madrugada del día de la muerte de seis hombres, junto con el chofer del camión de volteo, fue al almacén a buscar seis cajas para seis presos y que fue a buscarlos para darles sepultura. En “El Guanal” trabajó Kelly siete meses y con seguridad puede reconocer exactamente el lugar de los hechos. Ahora bien, una vez que se admite la declaración de Kelly, con poco que se piense, penetra la duda sobre la veracidad de la versión oficial, relativa a que “Arroyito” fue muerto a ocho kilómetros del penal y “Cundingo” a cuatro, y ambos, un día después que sus compañeros. Porque, de ser cierto esto, para que Kelly viera a los seis hombres juntos, era necesario que alguien los hubiera traído antes, lo que resulta hipotético. Pero la versión oficial no nos debe interesar ya que, por principio, podemos considerarla falsa. La que

nos debe interesar es la popular, la que asegura que “Arroyito” y “Cundingo” fueron muertos después de una noche de angustia y de sufrimientos, para dar tiempo a que el juzgado determinara pomposamente el “paripé” de la fuga: ¡Cuatro muertos el 28 de septiembre de 1928 y los otros dos al día siguiente!...

Yo creo que la leyenda popular puede coordinarse perfectamente con buena parte de la pantomima oficial y con la realidad vista por Kelly.

¡Lo que hay probablemente es que la leyenda, por primera vez, se quedó por debajo de la historia!... ¡Lo que hay es que el que no es criminal no puede pensar ni imaginar en criminal!... ¡Lo que seguramente hay es que la famosa noche de los tormentos de angustias de “Arroyito” y “Cundingo” fue mucho más terrible de lo que todos han imaginado, pues se puede asegurar que los infelices la pasaron esperando la muerte delante de sus propios compañeros asesinados ya!... ¡Esta es la verdad, fácil de colegir por quien vivió aquello! ¿Quién cree a cualquiera de aquellos soldados asesinos capaces de molestarse en caminar un par de kilómetros, para matar a un hombre, solo por tener la piedad de no mostrarles durante una noche entera los cadáveres a sus compañeros de infortunio? ¡Nadie! ¡Nadie en el presidio los creería capaces de tal cosa!... ¡Al contrario!... ¡Entre bromas brutales y bestiales tratamientos es casi seguro que tenían que dejar pasar para que la “fuga” fuese de acuerdo con los planes acordados!... ¡Pobres hombres!... ¡Yo fui injusto al comienzo, pensando en que ya bastante nombre y fama tuvieron en la vida para no darle preferencia a otros en la muerte!... ¿Acaso muchos más sufrieron tanto en una sola noche?... Y, a la evocación del recuerdo, pregunto: ¿puede

haber piedad para los asesinos?... ¡Alguien, histérico, chillará: “¡Es que nosotros no podemos ser como ellos!”... ¡Pero yo le respondería que nuestra piedad no puede ser piadosa con tamaña crueldad!...

XI. La elocuencia del número

En el juicio contra el comandante Castells este habrá de encontrar en el número, uno de sus más secos y terribles fiscales. El número es frío y el frío no emociona. Pero cuando se transforma en témpano gigante, entonces acuden el espanto y el asombro... ¡Y el número se ha hecho témpano en los asesinatos del Presidio Modelo!... Contra el témpano, como nuevos y orgullosos *Titanics*, habrán de estrellarse y hundirse, el sofisma, la palabrería hueca y las argucias leguleyas.

El número es el traje de la verdad y la verdad en Presidio viste un traje sombrío. Porque, antes de seguir, yo tengo que hacer una afirmación categórica: ¡en el Presidio Modelo nadie murió de muerte natural!... Y lo voy a demostrar enseguida. En el Presidio Modelo, todos murieron asesinados; unos, de manera violenta, “fugados”, “suicidas” o “enfermos” y otros de manera páfida y lenta. En primer lugar, el trabajo que se realizaba en el Presidio era más propio para bueyes que para hombres. Baste señalar, al efecto, que solo se descansaba la tarde de los domingos... ¡Y para reponer los desgastes del enorme cúmulo de energías desplazado diariamente, el preso disponía solamente del rancho, del famoso rancho del Presidio, que si era menos inmundo que el del Príncipe, no dejaba de ser tan poco científico como aquel, con el mismo desequilibrio en

el balance de proteínas, carbohidratos, grasas y vitaminas. Las deficiencias en estas últimas era algo monstruoso, al extremo de que a nosotros mismos, los presos políticos mejor alimentados que los comunes, los claros síntomas del beriberi comenzaron a manifestarse en varios de los que llevaban mayor tiempo en la prisión. Entonces fue que nos enteramos de que “eso daba por temporada allí”, y de que “a los presos se les hinchaban los pies”... Para curar la epidemia, se le echó la culpa al agua, pero ni siquiera a nosotros se nos administró medicina alguna, ni se nos modificó el régimen alimenticio con fines curativos. Esto, en cuanto a la deficiente alimentación, que, por otro lado, la asistencia médica era algo infame; infame desde la ridícula asignación presupuestal hasta la criminal despreocupación del médico. ¿Quién no sabe que en Presidio, con el pretexto de evitar “vivezas” de los “vagos”, quien daba el permiso para ir a ver al médico era el propio Castells, que, con los guantes puestos, determinaba si un individuo tenía o no fiebre?... ¡Vamos a ver si alguien se atreve a negar esto! Y ¿quién no sabe también que eran muchos, centenares, los hombres que de veras se sentían enfermos y que no acudían a la “fila del médico”, por el doble terror de afrontarse a Castells y de pasar luego por el desfiladero del hospital? ¿Quién se atreverá a negarme que los enfermeros y sanitarios del hospital —con la excepción de Piné— eran absolutamente profanos en la materia, y algunos tenían la bárbara osadía que da la impunidad? ¡Pregúntenle a José Antonio Inclán, a quien una simple inyección por poco le cuesta un brazo!... ¿Quién no sabe —y yo lo he visto, yo personalmente— que el médico pasaba por entre las filas de camas,

como un visitante más? ¿Quién no sabe también, que allí “nunca había nada”, ni inyecciones ni medicinas? ¿Quién no sabe que a los enfermos se les daba la misma comida que a los “sanos”, cuando no se les limitaba a la terrible “valvulina” o “tarvia”, aquella sopa de plátano sin sal, que, de tanto repetirse, llegaba a producir asco por su aspecto de vómito? Y, por último, ¿quién puede negar que en Presidio, mientras las palomas tienen su “Palacio de los Reyes Blancos”, las gallinas sus magníficos corrales y las puercas su “casa de maternidad”, la mejor de Cuba, con toda seguridad, los tuberculosos viven en una miserable cuartería de viejos tablones?... ¿Por dónde aparece aquí la piedad humana? Estando nosotros en Presidio se construyó un edificio para la planta y talleres. ¿Por qué no se destinó ese dinero para hacer el pabellón de los tuberculosos? ... Por todo lo anterior, ¿se puede o no se puede afirmar que en presidio nadie murió de muerte natural? ¡Los 532 hombres muertos durante el régimen de Castells, según el archivo del Presidio Modelo, o los 572, según el Registro General de Penados, fueron asesinados, bárbara o pérfida y lentamente asesinados!...

El contraste

El encargado del Registro General de Penados, cuyo nombre lamento no recordar, y el señor Beruff, jefe del Negociado de Prisiones de la Secretaría de Gobernación, hace ya dos “presidencias”, esto es, hace una semana, me facilitaron en todo lo que a su alcance estuvo, los datos estadísticos existentes en la Secretaría sobre las defunciones del Presidio. Hay

que reconocer enseguida el desbarajuste descomunal que existió en ella durante las administraciones anteriores al machadato. Del año 1920 hasta el 1925, solo se encuentran completos los años 1920 y 1924 y tres meses del 1921. Nada del año 1922 y 1923. Pero, de todos modos, la comparación puede realizarse. ¡En el año 1920 murieron en Presidio 28 hombres!... En el 1924 hubo 46 defunciones. Y en los tres meses del 1921 –enero, febrero, marzo– ocurrieron 8, dato por el cual podemos asignar a ese año unos 32 muertos... Véase ahora la terrible gráfica ascendente de las muertes ocurridas durante el castelato, a partir del año 1925, en el que, en el espacio de más de siete meses, solo se le murieron 12 hombres. ¡12 hombres! La gráfica tiene la elocuencia de un grito siempre ascendente que solo se semientona a veces para cobrar bríos más terribles: 36, 40, 54, 61, 72, 96, 66, 101... ¡Y en el año 1933 llevaba ya 48 muertes, cuando fue depuesto en agosto! En dos de los años de su régimen –en el 1930 y 1932– ocurrieron en Presidio, en cada uno, tantas defunciones como en los años de 1920, 1921 y 1924... Pero es que hay una comparación aún más terrible: solo en el mes de agosto de 1928 murieron en el Presidio Modelo 27 hombres. ¡Uno menos que en todo el año de 1920! ¿Tiene o no tiene el número una elocuencia sombría? Y ahora van algunas observaciones de interés. En el año de 1931, 18 presos políticos vivimos unos dos meses en la galera 38 del Príncipe, en condiciones de espacio y ventilación muy superiores a las del resto de la colonia penal. Todos éramos hombres jóvenes, sanos y fuertes. Pues bien, de los 18, solo uno dejó de ir a la enfermería. Esto da una idea –y conste que no señalé la enorme diferencia entre

nuestra alimentación, reforzada por los familiares, y la de los presos comunes— del insalubre medio del Castillo del Príncipe. Esta insalubridad era mucho mayor cuando todo el Presidio estaba en él. En cambio, el Presidio Modelo es amplio y se encuentra en el camino de la brisa y del sol, en las cercanías del mar. Los presos viven gran número de horas en contacto con la naturaleza y la alimentación aunque muy mala es superior, bajo Castells, a la que se les dio a los presos en anteriores administraciones. Todo ello permite llegar, pensando de modo natural, a la conclusión de que la mortalidad en vez de ascender, debió sufrir una sensible baja en el Presidio. Y como, según las enfermedades consignadas en las defunciones, no consta que el Presidio fuese azotado por ninguna enfermedad epidémica —¡ni siquiera hubo paludismo!— habrá que convenir entonces en que solo el crimen, el trabajo forzado y la inhumana crueldad de los castigos determinaron el alza aterradora de la mortalidad.

Antes de terminar este esquema comparativo, que por sí solo acusa a Castells con implacable poder, quiero hacer significar un hecho que refuerza de modo extraordinario mi tesis de que el comandante Castells, aparte de su posible paranoia —Machado tuvo la virtud de poner de moda la enfermedad—, no fue otra cosa que uno de los exterminadores puestos al servicio de la vesania del “Asno con Garras”. Obsérvese el hecho de que es, a partir del año 1928 —es decir, cuando ya Machado ha dado el salto a la dictadura, con su ley de Prórroga de Poderes y estafa de plebiscitos y elecciones— que la mortalidad da un brinco en Presidio verdaderamente espeluznante, y cómo son los años de 1930, 1932 y 1933, períodos de

angustiosas crisis para la trailla de la Bestia, los que mayor porcentaje ofrecen.

Ahora pasaré a hacer un análisis de los tres métodos que utilizó Castells para cumplir con su “mesiánico” papel de depurador de la sociedad: el “suicidio”, “la fuga” y “el hospital”... Y, de paso, dedicaremos alguna mención a sus efectivos ayudantes: el juez, los médicos, los soldados, los “mayores” de la “Comisión” y los del hospital.

Los suicidios

También en cuanto al suicidio tengo que hacer otra afirmación categórica: *nadie se suicidó en el Presidio Modelo*. Esto es lo cierto. A todos los muertos por suicidio, los “suicidaron”, lo que es muy distinto. En la mayoría de los casos, entre Domingo “El Isleño”, Santiago Badell, Oscar Manes, Walfrido Ramos, Balóira, Durán y otros, se encargaban de asesinar al hombre, derribándolo primero con brutales golpes y colgándolo luego, con una sábana o pantalón, del techo de la celda; o lo lanzaban desde el sexto piso —¡pobre Mateo Aroche Valle!... ¿Por qué fuiste a Presidio con 21 años si “El Isleño” estaba allí?... Y, en los casos —¡tan pocos!— en que los hombres atentaron contra su vida, lo hicieron arrebatados por la desesperación, lo hicieron en el paroxismo del terror, se mataron precisamente para huirle a la muerte, que les anunciaban con perversidad refinada.

¿Acaso no fue barbero nuestro Luis Rivero Morejón y acaso no nos dijo que lo iban a castigar y que se jugaría la vida antes de dejársela arrancar impunemente?

¿Acaso no lo hizo así?... ¡Pues otros cuantos, con distinta suerte, también lo intentaron!...

Pero vamos al número. En tiempos de Castells se suicidaron 27 hombres, empleando casi exclusivamente dos métodos: el de la horca y el del lanzamiento.

Para comprender la falsedad de tales suicidios los jueces habrán de realizar una inspección ocular en las circulares del Presidio Modelo. Pero voy a intentar darles una idea de ello a los lectores. Las circulares del Presidio tienen seis pisos, con un equivalente de altura aproximadamente igual a la de un edificio de cuatro pisos. En el último están las celdas de castigo. Pero no se encuentran, como las celdas de los otros pisos, al borde de la baranda que se asoma al gran patio central, rodeándolo como un cerco gigante. Las celdas de castigo están retiradas, aplastadas contra el muro exterior de la circular, y no pueden verse desde abajo. Son como grandes ataúdes blancos, puestos de canto contra la pared. A un extremo, casi invisible, tienen una pequeña y estrecha puerta de sólidas rejas. En el interior, hacia un lado, hay en el suelo unas tarimas de madera, que fueron puestas en el año 1931, pues antes los castigados dormían en el piso de cemento. Al extremo opuesto de los inodoros, empotrados en el cemento y las duchas, que se manejan desde el exterior, al igual que el inodoro. Así, cuando las circunstancias lo requerían, o se les llenaba la celda de agua para que la humedad y el frío los martirizaran, o se les cortaba el agua para que murieran de sed. En estas bartolinas, en donde los reclusos solo podían dar tres pasos a lo largo y ninguno a lo ancho, vivían los infelices castigados, compelidos durante días interminables a comer dos onzas de pan, o a no comer

sino agua... ¡Y, a veces, a conformarse con el agua del inodoro!... Pegadas al techo de zinc, el bárbaro sol de la Isla las calentaba como reverberos y, por la noche, la brisa del mar las convertía en neveras. Mas con todo, maravillosos frégolis de la muerte, parece que lograban extraer del inodoro sábanas y pantalones con qué ahorcarse... ¡Ah, cínicos!... ¿Y ahora piden clemencia?... Estos fueron los ahorcados de las celdas, que en cuanto a los que se “lanzaron” —y cuyo número, por un residuo de habilidad o de sonrojo es mucho menor— la mentira es más clara aún. Los castigados subían al sexto piso en compañía de una cohorte entera de asesinos, casi siempre hombres de fuerzas estupendas y mal podían correr a lanzarse cuando iban tan bien custodiados. Pero, aparte de todas estas razones, hay una que es definitiva. Vamos a aceptar que verdaderamente todos los suicidios ocurridos en el Presidio Modelo fueron ciertos. Entonces yo pregunto: ¿por qué solo se suicidaban los hombres del sexto piso, los castigados de las celdas? ¿Quién quiere contestar a la pregunta?... ¿Por qué los hombres de otros pisos, que sí tenían sábanas, pantalones y chaquetas con que ahorcarse, que sí tenían facilidad para conseguir un cuchillo; que sí podían lanzarse impunemente contra el piso, no lo hacían?... ¡Apenas si vale contar los suicidios ocurridos en los otros pisos!... ¡Pero hay razones para todo!... Y si admitimos lo inverosímil, esto es, que todos los suicidios fueron ciertos, se ofrecerían entonces dos razones: la que dan ellos, los “suicidas” y la que doy yo. La que dan ellos es pueril como un niño rico: “¡Los castigados se suicidaban por pena, por vergüenza!...”. Pero la razón que doy yo es otra cosa: si de veras se suicidaban lo hacían

porque no podían resistir la crueldad de los castigos, las torturas incomparables del hambre y la sed; el frío espantoso, el calor de los días, que los asfixiaba y el frío de las madrugadas que los hacía aullar, llenos de temblores!... Por eso se suicidaban algunos, muy pocos, que los más, mantenidos por la estupidez de una esperanza más cruel que la misma realidad, tuvieron el estoicismo de esperar a que los mataran.

Las “fugas”

¡Ciento veinte hombres murieron en “fuga” en el Presidio Modelo! ¡Ciento veinte hombres!... ¿Pero es que no escarmentaban los presos? ¡No escarmentaban!... El año 1928, que fue el “año terrible” de los “fugados”, murieron 33; en el año 1932, se “fugaron” 23 y en el 1933, ya en agosto, 15 hombres habían cometido la “imprudencia” de querer escapar.

Afortunadamente para Castells, como parece que desde el principio tomó el acuerdo de que mucha gente se “fugara”, pudo distribuir las fugas de diversa forma. Así, hubo las en masa, como la del “Cocodrilo”, la de “Arroyito”, la de “Negro Viejo”, José Riverí, Suárez del Villar y Sacramento Solís, ocurrida el 14 de agosto de 1929 o la de Francisco Márquez, Ramón Martínez Ledesma, Pedro Álvarez Rodríguez y José Marquetti Barbón, en el 17 de agosto de 1931. ¡Siempre agosto! La hubo también de tríos como las de José Dolores Díaz, Manuel Nodal y Félix Nómez Ribas, el 20 de enero de 1930; y de parejas, como las de José Capetillo y Ricardo Ramos, el 5 de agosto de 1928 y, por último, fugas individuales, como las de Martín Rodríguez,

el 29 de junio de 1929, e Hilario Hernández Herrera, el 28 de julio del propio año. Pero es que aún dentro de esta clasificación hubo sus variantes. Así, por ejemplo, de entre los “fugados” en bandas, de los del “Cocodrilo”, según el informe oficial, solo nueve murieron, “pudiendo escapar los tres restantes”... ¡Solo que, como dice Urbano Serrano, “se escaparon a un país tan bueno, tan sublime, que ni a la familia le han dado cuenta de donde están!...”.

Cuando la “fuga” de “Arroyito”, se inventó el original recurso de matar a unos hoy y otros mañana; y cuando la de Manuel Suárez García, Cecilio Morales Barquinet, Julio César Monto Marrero y Manuel Pazos Valdés, la cacería se realizó por las fuerzas del teniente Pino, que mataron a los dos últimos, y los soldados de la Compañía Provisional Rogelio Olivero Rodríguez y Gregorio U. Rodríguez, el 25 de septiembre de 1929. También se utilizó el recurso de la “agresión” a los soldados, como cuando Gonzalo Vega Aguiar, el 11 de agosto de 1928 quiso, con un par de piedras, equipararse nada menos que con el infalible Springfield de Santiago Méndez Rosales.

Pero vale la pena dejar un rato a los “fugados” para ocuparnos algo de los que de tan “valiente” y eficaz manera impidieron las “fugas”.

Por lo pronto, de los 120 “fugados”, 29 murieron sin que conste en los expedientes los nombres de los custodios que los mataron... ¡Y a estos 29 hay que añadir los tres “desaparecidos” del “Cocodrilo”, que no entran entre los muertos oficiales!... ¿Qué razón puede haber para que no aparezcan los matadores de esos 29 reclusos? Una sola: en las emboscadas no se sabe nunca quién es el que mata. Por eso no se

consignó el nombre de los matadores de los 29 hombres. ¡Porque murieron en miserables emboscadas!

Y ahora, a riesgo de ser desesperadamente monótono, me veo en la obligación de dar la lista que tengo de los soldados que han dado muerte a reclusos en Isla de Pinos, durante el régimen de Castells, colocándolos en orden a su “mérito” respectivo: Amadeo Quintero, doce muertos; Rogelio Olivero Rodríguez Pino, ocho; soldados del teniente Pino, ocho; José Canals Rodríguez, seis; Manuel J. Socorro Armas, cinco; Pablo de la Guardia, cuatro; Rosario Ramos, cuatro; Everardo Pérez Figueroa, cuatro; Rosario Ramos, cuatro; Juan B. González Martínez, cuatro; Gregorio V. Rodríguez, cuatro; Claudio García, tres; José González Valdés, tres; Santiago Rosales, tres; Celestino Rodríguez Tamayo, tres; Cecilio Jibacoa Barros, tres; Juan Sánchez Herrera, tres; Antonio Bandera González, dos; Filomeno Hernández, dos; José Guerrero, dos; Robustiano Alonso González, dos; Víctor M. Duarte Herrera, dos; Celestino Gómez, dos; Jesús Machado Ruiz (escolta), dos; Norberto Barquín Pérez, dos; Francisco Quesada González, dos; Isabel V. Gutiérrez, dos; Félix Ramos Hernández, dos; Ángel Machín, dos; Arturo Gil Sarguy, uno; José Sánchez Medinilla, uno; Miguel Sotolongo Castillo, uno; Catalino Hernández Díaz, uno; Felipe Moreno González, uno; Daniel Carbajal Capiró, uno; José Borges Núñez, uno; Ramón Guillermo Pérez, uno; Eustaquio Galán, uno; Alberto Baños Ramírez, uno; Manuel Canes, uno; Higinio González, uno; Fernando J. Amaro Barrios, uno; Nicolás Rivero, uno; Modesto Hernández Rodríguez, uno; Juan Hernández González, uno; Ramón García, uno; Felipe Miranda Moreno, uno; José R. Álvarez

Borrego, uno; Gregorio Arocha Arocha, uno; Justo Becker García, uno; José R. Raimundo Fernández, uno; y Lorenzo A. Medina Díaz, uno.

Es una lista, al parecer, extremadamente larga de asesinos. Son 57 hombres, sin hacer cuenta de los mencionados con el nombre de “soldados de Pino”, aunque a sus tropas pertenecían algunos de los nombrados en la lista. Si se añaden los 29 “muertos sin que conste el nombre de los custodios”, entonces, al sumar, se hallaría una diferencia de cerca de cincuenta muertos entre la lista de los “fugados” –120– y la de los muertos atribuidos a los custodios –167–. Pero esto no tiene que dejar pensativo a nadie, y menos a los suspicaces. La diferencia estriba en que, muchas veces, a un solo hombre le tiraban dos y tres soldados, y a cada uno había que acreditarle la muerte. ¡Hay que reconocer que eran en extremo imprudentes los “prófugos” de la Isla de Pinos!

Pero si al lector le parece demasiado larga la lista de los 57 asesinos, yo le voy a hacer ver enseguida que no lo es tanto. En primer lugar, la Compañía Provisional destacada en el Presidio Modelo, siempre tuvo –y vamos a emplear números prudentes– de 150 a 200 hombres, que constantemente, se estaban relevando. No será, pues, exagerado calcular que unos 800 o 1 000 soldados han desfilado por la Isla. Pero como quiero trabajar sobre datos seguros, voy a considerar que solo unos 500 hombres han pasado por la Compañía Provisional, en casi ocho años de castellato. Quiero decir, entonces, que, admitiendo como buena la lista oficial, solo un diez por ciento de los soldados tomaron parte en los crímenes, como cómplices del comandante. La mancha siniestra derra-

mada sobre los soldados de la Isla de Pinos, se aclara extraordinariamente al considerar este dato. Pero es que aún debe aclararse más. Lo cierto es que un gran número de los soldados que aparecen como matadores no lo son. Este es el rumor que corre, no solo entre los integrantes de la Compañía Provisional, sino entre los habitantes de Nueva Gerona, y hasta entre los mismos presos. Si a un preso cualquiera, de los que estuvieron en “La Luminosa”, “El Cocodrilo” o “La Llana” le afirman que Pablo de La Guardia solo mató cuatro hombres, lo probable será que su risa sea tan insolente que provocaría a la pelea... ¡Y Pablo de La Guardia... solo tiene, “oficialmente”, cuatro muertos a su haber! Y el cabo Quintero, el terrible isleño, que según dicen los presos, vengó él solo en Isla de Pinos, todos los asesinatos de sus compatriotas en Camagüey, solo tiene doce muertos en su récord!... Pero es que hay cosas más asombrosas aún: Claudino García, que era el hombre que al recibir la cuadrilla antes de entrar en “La Llana” la ponía en fila para decirle: “¡Bueno, ustedes ya saben que yo no necesito permiso del capitán para ‘indultarlos’... ¡Yo mismo los ‘indulto’ por mi cuenta, así que miren a ver lo que hacen!”. Solo tiene reconocidas tres “fugas”... ¡Y hay quien, en un solo día lo ha visto “llevarse” a tres hombres!... ¡Y Manuel J. Socorro Armas, a quien en una reunión de exmilitares, celebrada en Nueva Gerona hace apenas tres semanas, un compañero le increpó violentamente llamándolo “¡asesino!” sin que se atreviera a responder más que con balbuceos, pues, como solo tiene acreditadas cinco “fugas”, resultaba lo bastante inocente como para dejarlo en Presidio con el cargo de “brigada de cartería”. Espero que la Judicial se haga eco de mi denuncia.

A nadie se le puede ocultar, considerando lo anterior, que sobre alguien debían caer las muertes que no se les acreditaban a “los mensajeros de la muerte”... Y en Isla de Pinos se puede encontrar, dentro y fuera del Presidio, muchos hombres dispuestos a afirmar que a más de un soldado se le echó encima una “fuga” que él no cometió, bajo la amenaza más o menos velada de licenciarlo. Los reclusos, que suelen tener una estupenda memoria, solo citan en sus relatos a un grupo de ocho o diez soldados, como los verdaderos asesinos de “La Llana” y “El Cocodrilo”.

Pero ahora yo hago una apelación, ¿por qué los soldados mencionados en mi lista, y que se encuentran con la conciencia limpia de crímenes, no acuden ante los tribunales –antes de que los tribunales los busquen– para deponer sobre la verdad de los hechos? Solo de esta manera se conocerá la verdad y solo de esta manera, en gran parte, quitarán la mancha siniestra que gravita sobre la Compañía Provisional del Presidio, para dejarla caer sobre quien de veras la merece; sobre el grupo de repugnantes asesinos que hicieron del crimen su profesión y cobraron sus servicios en la más sombría de todas las monedas: el odio.

Antes de terminar todo lo relativo a las “fugas”, debo hacer dos consideraciones. Vamos a pensar, como en el caso de los “suicidios”, que es cierto que los hombres se fugaban. Analicemos entonces qué ventajas les traía la fuga y qué riesgo corrían al efectuarla. Abandonar el Presidio resultaba relativamente fácil; abandonar la Isla, es casi imposible. Aparte de esto, la Isla apenas tiene población y su aridez es desesperante. En sus montes no hay frutales y sus aguas son escasas. Los americanos y

japoneses tienen naranjales y hortalizas, y a esos lugares, en donde se tienden emboscadas, acaban por tener que acudir los prófugos. Los pocos hombres que de veras han realizado fugas en Presidio, han caído en breves días. “El Jibarito” y Manuel Pereira son excepciones. Algunos, como José Álvarez y Miguel Antonio Norberto Marino tuvieron que venir a morir en el almacén del penal, a donde acudieron de nuevo para comer algo... Esto da una idea de lo que es la Isla. Añádase aún el riesgo, la problemática oportunidad de escapar a las balas de los soldados, y se comprenderá bien los “alicientes” que tenían los presos para “fugarse”... Admitamos entonces, de acuerdo con la versión oficial que, sin embargo, se fugaban. La conclusión es evidente hasta para un niño. Si los hombres, a pesar de todos los terribles obstáculos se fugaban del Presidio, era porque preferían correr a la muerte antes de permanecer en él. Y, de todos modos, la acusación contra el jefe del penal y sus auxiliares sigue siendo terrible.

Desde que se fue Castells, hace más de cinco meses, han ocurrido en Presidio dos muertes violentas, dos asesinatos, ambos dentro del cordón, en las personas de los reclusos Mario Carrillo Sombill (“El Tamalero”), el 21 de septiembre del 1933, por el soldado Anselmo Taboada Fonts, Esc. 4, G. R., 5º Distrito Militar, y Esteban Zulueta Cuesta, a mediados de octubre del propio año, por un soldado cuyo nombre no he podido averiguar. Uno de estos soldados está sometido a proceso, y el otro –no sé por qué causa– no. Pero lo importante a los fines que me propongo, es hacer resaltar el hecho de que en más de cinco meses, en período de intranquilidad

en el penal, solo han ocurrido *dos muertes violentas*. Y aún más: en todo ese tiempo *solo dos hombres se han fugado del Presidio*, y a los dos han capturado vivos y sin golpearlos siquiera. En la persecución del último, el número 13589, un loco a quien le faltaban 20 días por cumplir (uno de los casos típicos del castelato) tuve yo el emocionante gusto de participar en unión del teniente Fuentes, excelente y amable compañero, y a poco nos toca el honor de ser los capturadores, ya que pasamos muy cerca del lugar donde poco después lo encontró una pareja de reclutas de la Isla.

A Castells todo lo acusa: la mentira suya y la “verdad” oficial; la aterradora evidencia del número y, por último, el contraste, la diferencia entre lo sucedido en Presidio antes y después de él. Y es que, como él mismo decía: “la verdad solo se oculta temporalmente”.

Dos compañeros

En el curso de estos relatos dos conmociones profundas han hecho vibrar a mi espíritu con las sombrías notas de las penas más hondas. Una tarde, al llegar al periódico me enteré de la muerte de Rubén Martínez Villena, que fue —y es— ejemplo y aliento de la juventud revolucionaria de Cuba y el artículo que tenía que hacer no se hizo; antes de ayer otro dolor entrañable se me clavó con la furia de la sorpresa: ¡a José Elías Borges lo habían asesinado! José Elías era compañero mío, no de la Universidad sino de la escuela, de esa escuela, de esa época inolvidable en que se estudia geografía y gramática y ni se piensa aún en el terror del

instituto. Juntos correteamos más de una vez por las pintorescas montañas de Santiago de Cuba y ahora estábamos juntos en la lucha por idénticos ideales. ¡Los dos compañeros asesinados! Como si todo el mundo no fuera, bajo esta sociedad corrompida, otra cosa que un gigantesco presidio, los dos compañeros me han sido asesinados por los mismos métodos empleados allá: Rubén, asesinado por la tuberculosis más cruel y lenta que se ha visto nunca, premio a su gigantesco esfuerzo generoso por la causa de los oprimidos del mundo, y José Elías, asesinado por la espalda, a balazos, traídonamente, por un gargajo humano, por un hombre a quien convendría ahogar en sangre podrida de cerdos para que no llegara a presidio en donde, sin duda, por sus intrínsecas cualidades, llegaría a ser un “mayor” verdugo de sus compañeros... ¡José Elías Borges, tan potente, tan joven, tan varonil, asesinado cobardemente —tenía que ser— por esa cosa, la más inmunda, rastrera y vil de la especie humana, por eso, más asqueroso que el muermo de las bestias y el esputo de los hombres enfermos, que se llama un rompehuelgas!... ¡Un rompehuelgas, un leproso de la lucha social mató a *Pepe* Elías y ahora lo ampara esa piara enriquecida que maneja las “Quintas” como un almacén de tasajos!... ¡Tenía que ser! ¡Bajo la tierra viven juntos la rapacidad del hurón y el asco de la lombriz!...

Una cólera sin límites arrastra mis pensamientos y apenas podré dar término a este artículo, que debía ser frío y mesurado, como el número, en que lo apoyo. Pero no quiero interrumpir una vez más el curso de los relatos y los lectores excusarán, en gracia a mi impotente ira ante el cadáver de un compañero tan

querido, las deficiencias que tendrá que tener este trabajo.

Y si a alguien he logrado impresionar con mis narraciones del Presidio, si sabe dónde se oculta ese escupitajo de hombre que asesinó a José Elías Borges, que no lo denuncie a la Policía, porque iría a Presidio a ser el “chota” y atormentador de sus compañeros... ¡Un nuevo Oscar Manes!

El hospital

El hospital constituye el tercer “método” empleado en Presidio para asesinar hombres. Es el desfiladero de los crímenes; el más pérfido y cobarde y a la vez el más terrible de los métodos empleados para matar, pues mientras que por “fugas” murieron 120 hombres y por “suicidios” 27, por “enfermedades” murieron en Presidio ¡385 hombres!

Antes de hacer el análisis de los elementos responsables de las muertes en el hospital —médicos, “mayores” y enfermeros— debemos hacer algunas consideraciones generales.

En primer lugar, llama poderosamente la atención el hecho de que *nadie* muriera en presidio de ninguna de las enfermedades epidémicas más corrientes en Cuba: paludismo, tifoidea, viruela, paratífica, sarampión. El hecho es verdaderamente asombroso y hay que fijarse en él con detenimiento, ya que constituye una terrible acusación: la acusación de una salubridad excepcional, pocas veces comparable; porque la deficiente alimentación, depauperando progresivamente los organismos, ha debido predisponerlos para ser arrasados con la primera epidemia. Además las ciénagas no petrolizadas, millonarias en mosquitos

de todas clases, en jejenes, en innúmeros insectos de mayor o menor capacidad infecciosa, eran un constante estímulo para el desarrollo de enfermedades tropicales. Con todo eso, *nadie* muere en Isla de Pinos, a lo largo de casi ocho años, de enfermedad infecciosa. Nosotros que pasamos dos años allí, mal alimentados y sin asistencia médica, y que en todo ese tiempo, solo al final comenzamos a sentir los efectos de una avitaminosis prolongada, atribuimos siempre al espléndido sol de la Isla y a la brisa marina la buena salud de que disfrutábamos.

Pero si nadie muere en Presidio, de enfermedad infecciosa, es solo por una razón: porque en el Presidio Modelo, los galenos encontraron que la ciencia médica, desde Hipócrates hasta Finlay, estaba profundamente equivocada en cuanto a los males epidémicos, descubriendo que muchas enfermedades hasta ahora consideradas como no contagiosas sí lo eran. Aunque solo fuera por este maravilloso aporte de los médicos del Presidio Modelo a la ciencia, sus nombres deben ser conocidos por el público.

Quiero hacer una salvedad a tiempo: la tuberculosis, enfermedad extremadamente contagiosa, sobre todo en organismos debilitados, sí reinó en el Presidio Modelo con la fuerza de una inundación, bajo los distintos médicos que tuvo el penal. Nada menos que 108 hombres murieron por la peste blanca, algo así como la tercera parte de las defunciones ocurridas en el hospital.

Otra cosa notable a señalar es cómo “las modas” afectan también los certificados de defunción. Así vemos, por ejemplo, cómo el “mal de Bright” no aparece ni una sola vez en Presidio hasta que llega a él el doctor Francisco Santiesteban, a quien se le mueren 22 individuos de esa enfermedad...

Yo no soy médico; pero siempre me ha gustado leer las curiosidades que traen los periódicos. Una de ellas ha sido siempre para mí la lista diaria de las defunciones ocurridas en La Habana, y la verdad es que no es muy corriente encontrarse tanto “el mal de Bright”.

Pero sobre los números que voy a dar, únicamente los médicos tendrán el derecho de opinar.

Los médicos del penal

Todo médico que pasó por el Presidio en tiempo de Castells es culpable. Iruretagoyena, Santiesteban, Llorca y Gualda... ¡Todos!

Debo hacer, si embargo, algunas distinciones. Hay el culpable por complicidad evidente: Francisco Santiesteban; y hay los culpables por silencio y cobardía, en cuya clasificación entran todos los demás, amigos de Santiesteban, que nunca se atreverían a denunciar, siquiera a la Federación Médica de Cuba, los horrores de Isla de Pinos.

Muchos de ellos, además, fueron los autopsiadores de los 120 “fugados” del Presidio, y siempre, mansamente, certificaron lo que había que certificar. He visto los nuevos expedientes de los hombres que “oficialmente” murieron en el “Cocodrilo” el 18 de agosto de 1928, al “pretender fugarse”. De esos nueve hombres, siete murieron por fractura de la base del cráneo. ¿Se trataba de una “fuga” o de un tiro al blanco?

Estos fueron los médicos todos de Isla de Pinos, encubridores acobardados y sumisos de lo que se hacía en Presidio. Yo pido que a todos ellos, aparte de los tribunales —¡no se asusten que serán los tribunales ordinarios!— los juzgue también la Federación Médica de Cuba, obligada como está a garantizar la moral profesional de sus miembros.

De hecho, solo dos médicos pasaron por el Presidio Modelo en tiempos de Castells, según la lista de los certificados de defunción.

Ellos son: el doctor Bernabé Iruretagoyena y el doctor Francisco Santiesteban.

El doctor Iruretagoyena no ha dejado mala fama en Presidio. Se le considera por los presos muy distinto al Dr. Santiesteban; pero en cambio circula entre ellos el rumor de que no se ocupaba del penal y este otro que he averiguado es falso: se dice por algunos que el doctor Iruretagoyena le dejaba firmado a Favila Regojo, que también era médico, los certificados de defunción.

El Dr. Francisco Santiesteban

El Dr. Francisco Santiesteban merece un lugar aparte. No creo que el Dr. Francisco Santiesteban, quien nos tenía una cordial antipatía a los presos políticos, fuera otra cosa que un hombre muy débil, muy cobarde, verdadero muñeco de las circunstancias. No creo que fuera un asesino por sí mismo; lo fue porque los demás lo quisieron. Tengo la carta que le dirigió a su hermano, el funesto “Goyito” Santiesteban, cuando este le gestionaba el puesto de médico del Presidio, y no es otra cosa que un grito de desesperación del hombre espantado que no sabe ni huir siquiera. La carta dice —y trataré de reproducirla en lo importante—:

Con respecto a lo que me dices de médico de ese penal, francamente, no me agrada, hermano mío. Prefiero \$100,00 en La Habana y no \$150,00 allá. ¿Será caprichoso? No, es *que le tengo horror a todo*

lo del Presidio. Si he esperado siete meses, espero quince días o un mes más. Lo prefiero a lo de allá, hermano mío. Dime la verdad, ¿tú no crees que en La Habana puedas conseguirme algo?...

Esta carta para mí es conmovedora. Me representa íntegro, a un hombre que a lo mejor era bueno, arrastrado por su propio hermano al antro del crimen, a caer en la trampa, de donde más tarde o más temprano, habría de salir manchado de sangre para siempre. ¡Pobre hombre! La defensora de Goyito que me escribió hace poco, debe leer esto y pensar un rato. Después, si aún insiste en su defensa, que lo haga por estas mismas columnas si quiere.

Otros datos de un interés aún mayor poseo para juzgar la personalidad moral del Dr. Francisco Santiesteban. Gabriel Sánchez me ha confesado que más de una vez “Panchito”, llorando, le ha dicho: “¡No puedo... no puedo más!...” y efectivamente las cosas que le hicieron hacer a este hombre eran como para que de veras no pudiera más... ¡Pero pudo!... Esa es su triste culpa: haber sido lo que él ni siquiera era capaz de ser, ¡un asesino!

Yo sé de acusaciones terribles contra él. Véase si no es esta que le hago ahora. Ramiro Valdés Daussá, José Antonio Inclán y yo, estábamos conversando en la cama del propio Ramiro, cuando pasó un hombre con la mano colgante, destrozada por un machetazo que él mismo se había dado “para no tener que seguir trabajando”. “Eso es cosa corriente aquí” —nos comentaron algunos presos amigos—. Estábamos a la puerta de la sala de operaciones. Por pura casualidad, no presenciábamos la operación, como habíamos hecho otras veces. Cuando salió el médico le preguntamos: “Bien,

perderá tres dedos, pero no tiene importancia...". Su naturalidad era absoluta cuando nos hablaba. Pero más tarde, cuando Ramiro se quedó solo en la sala se extrañó de que no hubiera salido el operado para la posoperatoria y le preguntó a Luis María, el "mayor" del hospital. Este le contestó con un evasivo: "¡Ah, es que lo pasaron para la otra sala!".

Pero Ramiro ya conocía demasiado el Presidio para no tratar de investigar hasta lo último, y aunque no tenía autorización para llegar hasta aquella otra sala a ella fue en el primer descuido: ¡el hombre no estaba allí ni lo había estado en ningún momento! Luego investigó por el exterior y nada: ¡el hombre había muerto! Se llamaba Jesús Peñalver Oliva, 16392, y murió el 29 de abril de 1933, en la mesa de operaciones estando nosotros casi al lado suyo. Piné, el enfermero, a quien yo tengo que creer, impulsado por mi instinto y por lo que de él dicen todos los presos, me ha asegurado que aquel hombre murió, porque lo trajeron desangrándose por todo el camino y estaba en un estado de debilidad espantosa. Pero admitiendo esto, ¿qué razón se da de la mentira? El propio Piné me la dio: "¡Ah!...". Y su sonrisa pícaro de lector de Anatole France, es toda una acusación. Se nos dijo la mentira, porque no íbamos a creer la verdad, porque la verdad no se podía creer en Presidio. Véase, cómo en este singular caso, el cúmulo de crímenes anteriores había creado en los asesinos tal complejo de sospechas, que ellos mismos no admitían la posibilidad de decirnos lo verdadero. ¡Ellos mismos se acusaron, ellos mismos se condenaron ante nosotros!

Ahora, antes de relatar algunos episodios, voy a darle la palabra al número. Al doctor Iruretagoyena

desde el 20 de mayo de 1925 hasta el mes de agosto de 1928 –algo más de tres años– se le murieron 57 hombres por tuberculosis y 26 hombres por distintas enfermedades del corazón, nadie de “mal de Bright”, uno solo de anemia; cinco de hemorragias y apoplejías; uno solo por distintos edemas y uno solo también de paresia intestinal. Ahora vamos a ver lo que sucede en las defunciones del doctor Francisco Santiesteban, desde octubre de 1928 hasta agosto de 1933, casi cinco años. La tuberculosis desciende sensiblemente hasta 51 defunciones contra las 57 de Iruretagoyena en tres años. En esto se ven los beneficios evidentes del medio. En cambio ocurren 66 muertes por males del corazón; el “mal de Bright”, que era desconocido en Presidio, ocasiona 22 defunciones; y contra una sola anemia en tres años ocurren ahora 22, en cinco; hay también 19 hemorragias y apoplejías cerebrales; 8 edemas (casi todos de glotis) y 10 casos de paresia intestinal. Como se ve, el Dr. Francisco Santiesteban fue el verdadero introductor de numerosas “epidemias” hasta ahora desconocidas por la ciencia médica y esta gloria nadie debe discutírsela. De ahora en lo adelante, ya se sabe, que las enfermedades del corazón provocan más muertes que la tifoidea, el paludismo y las viruelas juntas, que no produjeron una sola muerte en Isla de Pinos. En este asunto hay que fijarse además en el detalle especial de la edad promedio de una población penal. Yo no tengo esa estadística, ni es fácil conseguirla; pero más de dos años de experiencia visual diaria me capacitan para fijar, en líneas generales, el promedio de edad en el Presidio, calculándolas de los 35 a los 38 años. ¿Pueden los médicos informar si cabe admitir que mueran más

hombres “enfermos del corazón” comprendidos dentro de ese promedio de edad, que por anemia, paludismo, tifoidea y paresias intestinales juntas? Me gustaría saber esto, porque entonces no me explico cómo es que, en proporción, veo por las calles tan pocos letreros de “Especialistas del corazón”... ¡Ha sido una suerte para el Dr. Martínez Cañas que el Dr. Francisco Santiesteban no pusiera consulta en La Habana!...

Hay una explicación humana y hasta cómica si se quiere, de esta “epidemia” de males del corazón en Presidio. El susto, el pánico, enfermaba a los hombres. Entonces, ¿qué pensar de quienes provocaban tal pánico?

Pero es que ni siquiera este es cierto. Es que a Alejandro Fidel Rodríguez González, a los 30 años lo mataron de “angina de pecho” entre Utiliano Viltres, Gabino Morejón, Domingo “El Isleño”, Agustín Gómez Montero y Fernando Lugo. Y también podrían decir algo de importancia los enfermeros, Quinciano González, Ulloa y Luis Oyibre. Fue el 9 de noviembre de 1930, en la celda número 60 de la “enfermería”, y el viejo Amable Infante, que se acuerda del día y del mes del año en que fue el crimen, en vano tosió con fuerza para ver si se despertaba el infeliz y se ponía en guardia para defenderse. Y vio cuando el enfermero de entonces, Espiné –no Piné– le señaló a Utiliano Viltres la víctima que dormía indefensa.

Esta es la clave, el modelo de muertes por “angina de pecho”, que constituyeron plaga en Presidio, y por eso el número es tan aterrador.

Yo podría relatar aquí mismo varios de los casos que el doctor Francisco Santiesteban –hombre más aterrado en el Presidio que muchos de los propios

presos— certificó como muertes naturales. ¿No certificó la defunción de Amadeo Kindelán, como edema del pulmón, sabiendo que había muerto desesperado por la sed?... Pero voy a dejar algunos de esos relatos para referirme a sus subalternos del hospital.

Los mayores del hospital

El puesto más codiciado del Presidio era el de “mayor” del hospital. No pretendo dar siquiera una idea de lo que era aquello. Más de la mitad del libro que he escrito lo dedico a los “personajes” que en él conocí.

Cuatro “mayores” he conocido: Agustín Gómez Montero, Domingo Fariñas, (a) El Isleño, Durán y Luis María Pérez. De los cuatro, los tres últimos fueron “mandantes” de nosotros en Isla de Pinos. Sobre los cuatro pesan acusaciones terribles, aunque del último, Luis María Pérez, he visto una comunicación dirigida al juzgado y firmada por 112 reingresos que dicen deberle, en muchos casos, hasta la vida. Con todo, el juez, Rodríguez Aymerich, cree que está complicado en 11 asesinatos.

La silueta de cada uno de estos hombres es imposible darla en el reducido espacio de que dispongo. Un amplio capítulo le dedico a cada uno y sé positivamente que no es bastante. Solo puedo decir aquí, que mandaron en el hospital más que el médico, porque mandaban a nombre de Castells.

Tuvieron estos hombres auxiliadores terribles, y según Amable Infante y el negro Felipón Crespo, antiguos servidores de la enfermería y del hospital, ninguno tan terrible como Fernando Lugo. Para decir esto he tenido que vencer dentro de mí una viva resistencia. Lugo fue nuestro más amable y

servicial “mandante”, y, en una ocasión inolvidable, cuando la censura me interceptó dos cuentos que sobre los crímenes del Presidio había escrito, Lugo me los devolvió. Es verdad que él no sabía leer y no podía saber lo que ellos decían; pero el favor que me hizo fue extraordinario. Hoy, por los hombres en cuyas muertes intervino, tengo que acusarlo, y siento la pena de que haya sido asesino.

Para dar una idea, al paso, de lo que fue aquel hospital, voy a citar el caso de Teófilo Solís Salazar, que murió el 4 de septiembre de 1930, de la muy rara “enfermedad bronceada”, la “enfermedad de Addison”. Por la muerte de Solís Salazar, Infante se jugó la vida. Y vio a la banda de siempre, a Domingo el Isleño, a Gabino Morejón, a Utiliano Viltres “actuando” mientras Espiné le decía a Luis Duyibre, el escribiente del médico, con voz de miedo, al ver cómo el pobre Teófilo Solís, que era querido de todos, se debatía en silencio, con la garganta agarrotada por aquellas bestias: “¡Parece que está asustado!... ¡Parece que está asustado!...”.

Así murió también Mariano Martínez Abril, el 23 de abril de 1930, y como no convenía por sus relaciones en la calle que se supiera el nombre de sus matadores, todo se hizo bien oculto y se le dijo a Amable Infante, que tenía que relevar al cabo Severino Montpellier en la imaginaria de las doce de la noche, que no se levantara... Y él vio por el hoyito que le hizo a la sábana, cómo lo mataron entre Agustín Gómez Montero, Gabino Morejón, Fernando Lugo y Alejo Cañizal, conocido por “Macuá”, con la complicidad de Espiné, el enfermero, y de... Francisco Santiesteban, el médico, que certificó la pericarditis, de rigor...

Curiosidades aritméticas

No quiero terminar este ensayo de explicación acusatoria por medio del número, sin dedicarle alguna parte a las “curiosidades” que se pueden observar en Presidio, bajo Castells.

Por ejemplo, Modesto Bonne Sariol, se fugó, lo trajeron vivo y esa misma noche murió de bronconeumonía. Fue el 8 de junio de 1928.

Los reclusos José Manuel González y José Ángel Hernández llegaron el 17 de abril de 1933 y el 21, a los cuatro días, ya consideraron que tenían suficientes conocimientos de la Isla como para “fugarse”. El teniente Díaz Gallup, podría decir que los “recomendó”.

Crescencio Campos murió de “corazón forzado”. ¡Era un viejo! ¡Tenía 23 años!

A Germán González González lo castigaron el 23 de noviembre de 1923 y el 10 de diciembre murió de miocarditis. Era un anciano también. ¡Había alcanzado la propecta edad de 25 años! ¡Cómo no le iba a fallar el corazón?

Jaime Acosta García llegó a presidio con solo un año de condena. Le mentó la madre –según el expediente– a un compañero y lo castigaron el 5 de abril de 1932. El día 28 murió de “asfixia”. El pobre estaba que ya no podía ni respirar. ¡Es claro a su edad! ¡22 años!

Pero son demasiados los casos. Solo voy a citar algunos de los castigados que se “fugaban”... o se “suicidaban”.

A Virgilio Valbuena Dechansín lo castigaron por un chisme de sodomía el 25 de abril de 1932 y el día 27 “intentó fugarse”.

Francisco Castañeda Díaz fue mucho más radical aún. Lo castigaron el mismo día 25 y se “suicidó” el 26... ¡La vergüenza, la vergüenza!...

Lo mismo hizo Hilario Peñalver Aguirre, a quien el día primero del propio abril de 1932 lo castigaron “por romperse los zapatos”. Pero Hilario quiso ser más enérgico aún que sus compañeros y “exigió” morir en el hospital, al día siguiente, el 2 de abril, de “edema de la glotis”... ¡Y lo complacieron!...

¿A que le puedo sacar al defensor de Castells más de veinte casos como estos en el día del juicio?... ¡Pero no se apuren!... Castells no morirá fusilado, ni ninguno de sus cómplices tampoco. Si acaso lo meterán en Presidio y al cabo de dos o tres años –¡tantos!– vendrá una “terrible y radical revolución” que demande “hombres nuevos” y vendrá la amnistía y todos –¡oh, mártires insignes!– saldrán para la calle a gozar de la bien ganada libertad...

XII. Los hombres abandonados

Cayó el “gobierno de los serafines enmascarados” y los amigos de la prisión se quedaron dentro, mientras una banda de desalmados y de “bien recomendados” salían para la calle. Es necesario que los lectores sepan una vez más que en Presidio, bajo el terror de Castells, cuando los presos políticos llegamos allá, hubo una serie de hombres excepcionales, que valían tanto como los mejores de nosotros y más que muchos de nosotros, que se jugaban la vida por acercársenos; que se jugaron la vida por manifestarnos sus simpatías, hasta por darnos informes de lo que ocurría en el exterior, con el cual estábamos incomunicados y de lo que sucedía dentro del propio

Presidio. Todos esos hombres tenían la conciencia plena del riesgo extraordinario que corrían. No eran unos inconscientes. Y todos esos hombres se quedaron dentro de la prisión como premio a sus servicios eminentes, mientras que por estúpidos decretos de indultos, salían para la calle gran parte de los más acendrados enemigos nuestros; salían los cobardes asesinos que, con Cortizo a la cabeza, cometieron la masacre de diciembre de 1931, en el Castillo del Príncipe. Allá están en Isla de Pinos, todavía, Rodríguez Villar y *Cheché* Romero; Evelio Díaz Ribes —el poeta del Presidio— y Teodoro Rodríguez; y varios más de los humildes compañeros que hoy nos conseguían en la cocina del penal “robándose los” para nosotros, un pedazo de tocino o de jamón y mañana, como Cristalito, nos pasaban la noticia de que habían matado a Calvo o a Vázquez Bello. Allá siguen presos y abandonados. Y, es más, siguen en peores condiciones que antes, porque todos los jefes que tenga el Presidio en lo sucesivo, saben qué clase de hombres son. La única esperanza de ellos es que desde la calle estamos siempre alertas por sus vidas. Públicamente emplazo sus nombres. Todos están fuertes y sanos. No temo en lo absoluto por el actual jefe del penal, capitán Hernández Pulido, sino por cualquier otro que pueda venir a imitar las hazañas de Castells. O a superarlas. ¡Y contra el que sea, ya caerá nuestro anatema de asesino!

Los dos “autores” del Presidio

Siempre se ha dicho que el Presidio Modelo, como obra material, es una obra estupenda. El comandante Castells decía refiriéndose a ella: “Esta es mi

novia y cada día que pasa estoy más enamorado de ella”. Ni siquiera intento discutirle al comandante, su poderosa energía, su potente e impresionante vitalidad, su don de mando y sus indiscutibles condiciones de organizador. Todavía hoy, hay muchos presos que dicen: “Si ese hombre no hubiera matado, nadie mejor que él aquí”... Y lo dicen con sinceridad, sin ironía ninguna. Pero yo, que no soy arquitecto, he querido, para formular un juicio sobre este aspecto de la situación de Castells, consultar la opinión de un profesional en la materia, y me pareció que nadie mejor que el propio autor del proyecto, el conocido arquitecto César E. Guerra, podría darme una opinión cabal, ponderada y hasta apasionada—creo que nada que no sea apasionado tiene valor alguno— sobre este aspecto.

Comprendo que para el lector, amigo de las truculencias, estos últimos artículos resultaron un fiasco. Ellos quisieran que ahora yo hiciera que Castells tirara al arquitecto de un andamio para abajo. Pero, francamente, no me interesan esos lectores; y tengo que seguir, para dar término a mi propósito de hacer un estudio, dentro del campo periodístico, lo más completo posible sobre ese formidable caso social que es el Presidio.

El arquitecto César E. Guerra, como el propio comandante Castells, es un apasionado de la obra del Presidio Modelo. Entre ellos dos existe una angustiosa pugna, la angustia de dos hombres que se disputan la paternidad de un hijo admirable. Y en el caso de Guerra, la angustia es mayor, porque lo cierto es que Castells se cogió toda la obra para él y alardeó siempre de que era suya, absolutamente suya. Y, además, porque se la adulteraron por

completo. Lo cierto es que el Presidio Modelo tuvo un padre relegado al olvido –ni su nombre consta–, el arquitecto César E. Guerra y un padrastro cruel que cogió todo su provecho, desviando la intención de la obra: el comandante Pedro A. Castells.

Quiero hablar objetivamente. Para ello ninguna elocuencia más sencilla que la de la fotografía que reproduzco. Se trata de la maqueta de la obra, tal como la concibió su creador. La de la obra, tal como existe, tal como la desarrolló el comandante Castells, es demasiado popular para ser reproducida aquí. Compárense las dos y véase la enorme diferencia. Y ahora vamos a conocer la opinión del propio arquitecto del Presidio, sobre lo que allí se realizó y sobre lo que dejó de realizarse, aspecto aún mucho más importante.

Errores fundamentales

Pensaba antes –y sigo pensando ahora– después de oír la opinión de Fernando Ortiz y de César E. Guerra, que el Presidio Modelo es de una crueldad inhumana absoluta, por encima de toda consideración científica o legal. Lo cierto es que la ley –o la ciencia–, mandando al condenado para Isla de Pinos, castiga también –sin derecho– a toda la familia de ese hombre. Se me aduce una razón, sin duda, de valer. Que el preso es considerado por la ciencia como un inadaptado al medio social, una especie de enfermo de cuyo contagio conviene separar a la sociedad y hasta a sus propios amigos y familiares. Esto parece ser cierto. Pero yo pregunto: ¿qué proporción de “presos contagiosos” puede calcularse dentro de la población penal? Porque indiscutiblemente, hay

una cantidad enorme de hombres que van a Presidio por la primera vez, impulsados, unos por el temperamento y otros por las circunstancias, cuya cura, en realidad, no está en llevarlos a Presidio, sino en modificarles el medio ambiental.

Ese grupo enorme de hombres no pueden considerarse como “contagiosos”, como no puede considerarse hombre enfermo el que se rompe una pierna en un accidente de automóvil, y, sin embargo, tiene que ir al hospital a curarse. Y esto es, muchas veces, dentro del caso penal, el ejemplo del homicida típico, el pasional o el violento. Fernando Ortiz me da la razón y me dice que esto es cierto y que no deben convivir en el mismo “reclusorio” –la palabra es suya– todos los delincuentes, y que el Presidio de Isla de Pinos debió dejarse, en todo momento, para una especie de colonia penal agraria, pero no para amontonar en él a todos los presos de la República, como se pretendía en el proyecto.

César E. Guerra, por el contrario, con el sentido de lo monumental que acaso solo pueda darse en los hombres acostumbrados a los estudios de la arquitectura, concibe el Presidio como una obra colosal, de unas perspectivas maravillosas, de modernidad evidente y de la belleza propia de toda obra de arte. Nadie regatea el elogio al arquitecto que plasmó en su maqueta esfuerzos y estudios prolongados y hasta sacrificios pecuniarios generalmente desconocidos. Y aparte de esto, como hombre de talento y de cultura generalizada –aunque siempre regido por la “dominante” de su profesión–, César E. Guerra hurgó, con ahínco y cuidado, en diversas opiniones y cursó febrilmente estudios accesorios para dotar al hermoso exterior de su obra, de una estructura

íntima, a tono con el conjunto en todos los aspectos, así el legal, como el humano. Pero antes de entrar en estas consideraciones, voy a dar noticia de un fuerte rumor que por excelente conducto me ha llegado y que demuestra que hasta para hacer el Presidio fuera de Cuba, se estaba en Cuba, esto es, en la realidad... (César E. Guerra es medio idealista...). Me han dicho que la razón del emplazamiento del Presidio en Isla de Pinos tiene algo que ver con cierto negocio, que no cuajó, para la explotación de las canteras de mármol, y en el cual el “genio” financiero de Carlos Miguel de Céspedes pensó intensamente al considerar lo barata que le sería la mano de obra. ¡Pero es un rumor, nada más que un rumor!...

Las adulteraciones caprichosas

El arquitecto de Presidio al darle vida en sus planes, pensó en que sería un reformatorio para el mejoramiento moral y físico del recluso. Por esta razón, aconsejaba que fuera dirigido por un patronato integrado por psiquiatras, médicos, higienistas, alienistas, pedagogos y abogados, impidiéndose que cayera en manos de un solo hombre, malo o bueno, y que por extraordinaria que fuera su capacidad mental y enérgica, no podría nunca atender tamaña tarea. Al mismo tiempo, evitando la presencia del soldado, creaba un cuerpo de vigilancia al que solo pudieran ingresar hombres absolutamente limpios, y que además no tuvieran contacto directo con los presos, a cuyo efecto la disposición de los edificios cooperaba de manera eficaz. Al concurrir, de acuerdo con los dictados de la ciencia penitenciaria, la

prisión celular, dotó a cada celda de cierre automático, controlado desde el exterior por un solo hombre y por medio de la torre central de vigilancia. Un hombre, invisible para los presos y comunicado por el cuerpo de guardia, era suficiente para observar la conducta de la población de cada circular. Asimismo, y con el fin de aislar en todo lo posible al hombre preso de los integrantes del cuerpo de vigilancia, como se observará en la fotografía que reproduzco, existían en su proyecto túneles de comunicación entre todos los cuerpos del Presidio, y en ellos, la penosa y humillante operación del “recuento” se efectuaba de manera mecánica como en los torniquetes de los *subways* neoyorquinos.

Todas estas reformas, de evidente ventaja, eran con todo superadas por las que siguen y que merecieron el cálido elogio de personalidades del extranjero, conocedores de la materia.

César E. Guerra dotó al Presidio Modelo de lo que él llama su “filtro”. Es un locutorio, el lugar de comunicación del recluso con el exterior, con sus visitas. Por lo pronto, la comunicación material es imposible. Hay en esto, desde luego, la inhumanidad del hombre que no ha estado nunca preso y no sospecha siquiera lo que vale abrazar a una persona querida, después de mucho tiempo sin verla. Pero el objetivo científico parece loable. En el locutorio, el preso habla, con sus familiares y amigos, separado por un cristal —¿no hay algo del martirio de Tántalo en esto?— y un micrófono registrador toma buena nota de su conversación. Esta es la única vigilancia que hay sobre él, y, en este sentido, no ofrece comparación de ninguna clase con esa desazón que produce tener al lado a un “mayor” o cínico o imbécil, escuchando lo que uno dice. Esta

labor de vigilancia secreta –pudiéramos decir– tiene su complemento en la correspondencia. Hoy entre los presos es un dicho corriente decir: “Voy a escribir a la Censura”. Lo que significa que hay que tener más atenciones para el señor Censor que para el propio familiar. Incidentalmente, debo señalar el hecho de que nosotros también escribíamos “para el censor”, porque teníamos muy buen cuidado de decir siempre que la comida era excelente y que estábamos estupidamente bien... Con eso podíamos pasar por la cámara y nos hacíamos la idea de que engañábamos a nuestros familiares. De acuerdo con los planes de César E. Guerra, el preso escribiría en bloques con papel carbón en número de tres, una para el destinatario, otra para el archivo y otra para el departamento creado para observar el adelanto, mental y moral del presidiario, y dirigido por un psiquiatra, el cual se ocuparía también de los discos impresos con las conversaciones de los reclusos con sus visitantes.

En lo que respecta al confort del hombre preso, en su proyecto el arquitecto Guerra, dotaba a cada celda de ventanas de cristal y tela metálica contra los insectos, a la vez que instalaba en cada una audífonos personales de radio, con los cuales podía distraer el preso las largas horas de inacción, que aunque son pocas en Presidio, son muy largas. Y la creación de un teatro-escuela, una biblioteca circulante y cursos de conferencias complementaban, en el orden mental, la labor de mejoramiento del condenado. Tiene también otras mejoras su proyecto; pero es el momento ya de que hable de todo lo que no se hizo.

Si no tengo espacio ni tiempo para enumerar todas las ventajas del proyecto de Guerra, mucho

menos los voy a tener para referirme a todas las adulteraciones caprichosas que Castells introdujo en aquel.

Por lo pronto, los túneles de comunicación fueron suprimidos, y hoy los hombres, en impresionantes filas, pasan con lentitud de procesión religiosa bajo los aguaceros implacables de la Isla desde sus circulares al comedor. El muro circundante, garantía para los reclusos, también fue suprimido y, en su lugar, se puso el fatídico “cordón” que ha sido a través de varios años una provocación para los hombres. ¡Y un cementerio!...

A Oramas lo vimos matar nosotros. Con nuestros ojos presenciábamos el tiroteo, trepados a las ventanas altas del hospital. Luego nos dijeron que estaban cazando cernícalos. ¡Palomas sí era lo que cazaban!

Del teatro-escuela no hay que hablar y menos de la biblioteca circulante y de los radios individuales en las celdas, que tampoco tienen reja exterior, por lo que la prisión unicelular no existe y sí el peligro de las rebeliones.

El locutorio-filtro no se hizo, y las ventajas que se podrían derivar de una inspección continua y científica sobre los adelantos del preso, por medio de su correspondencia y su conversación, en lo absoluto pudieron lograrse, ya que la censura solo se utilizó como medio de espionaje y de traición. Los pabellones del hospital, en donde nosotros vivimos, carecen de la necesaria y elemental ventilación, pues se les dotó de unas pequeñas ventanas, colocadas además a gran altura y tapiadas en parte por cristales. Los talleres de trabajo solo se utilizaron como un medio más de tortura y de explotación y en lo absoluto se le permitió al preso realizar ningún trabajo individual

con el cual lograr la satisfacción de sus elementales necesidades, obligando con tan desmedido rigor a los presos a “buscársela” a su manera, incitándolos inclusive al robo, mientras la amenaza de la muerte gravitaba a la menor sospecha. ¡Así fue como mataron a aquel infeliz, cuyo nombre no recuerdo ahora, pero que podré citar en cualquier momento, a quien le costó la vida el hacerle a escondidas una fusta de granadillo a un soldado!

Aunque yo dejo de citar otros aspectos importantes en que aparecen diferencias radicales entre el proyecto de César E. Guerra y la realización hecha por el comandante Castells, tales como las ocurridas en el comedor y la cocina, con las que ya he mencionado el lector podrá hacerse una idea de las razones que pueda tener el arquitecto del Presidio para sentirse “robado”, materialmente maltratado, por el “maestro de obra” que, con poderes omnímodos concebidos por el “dueño” —el “Asno con Garras”—, hizo lo que le dio la gana en ella y transformó un bello reclusorio, para reforma de los presos, en un antro blanco de maldades negras, en una cueva al aire libre, donde los murciélagos de la perversidad y de la astucia ensayaron sus más macabras piruetas.

¿Qué hacer?

¿Qué se piensa hacer con el Presidio Modelo? La “revolución auténtica” ni siquiera supo sacar de él a sus amigos y todo lo que realizó en bien del Presidio fue cambiarle el jefe. Ya, como la presidencia de Cuba, ha tenido varios césares, y unos han sido malos y otros buenos. El actual capitán Hernández Pulido, aunque solo tuve tratos con él durante unos tres días,

y en ese tiempo no puede formularse un juicio sólido, me parece un hombre bien intencionado. Pero, con solo eso, nada se hace. Con ello se ha conseguido que los hombres al fugarse no sean muertos y que la vida penal sea menos dura. Debo consignar que he recibido quejas de que se sigue maltratando a los presos y que se cometen cosas del castelato. Lo que yo vi en días, y lo que me dijeron los presos, no fue eso, ciertamente. Al regresar en el barco, uno de los libertados me mostró su “diario” y me aseguró que aún había atropellos en Presidio. Pero después ni me ha traído el libro, ni me ha venido a ver, y ni siquiera me autorizó para usar su nombre de hombre libre ya. Con todo se puede afirmar que el Presidio, hoy, aunque esté en manos de un hombre justiciero y bondadoso, no puede rendir la función que, de acuerdo con los tiempos, debe cumplir.

Personalmente, estimo que el presidiario, en su mayoría es un producto del medio social, un detritus procedente de las capas más explotadas por la sociedad actual y su alarmante desarrollo solo será paralizado y solo descenderá, gradual y rápidamente, cuando la lucha social llegue a su ápice y culmina con la desaparición del régimen capitalista. Es indiscutible que una gran parte de la población penal está integrada por autores de delitos contra la propiedad y delitos provocados por distintas manifestaciones de carácter sexual, y al desaparecer la propiedad, al integrarse dentro del estado, al encargarse este de la distribución del trabajo y del equitativo reparto de los bienes, los delitos motivados por la posesión de la propiedad, desaparecerán consecuentemente; lo mismo ocurrirá con todos esos arrebatos pasionales que a tantos hombres han conducido

al Presidio. Una vez que sean echados por tierra los estúpidos prejuicios creados alrededor del problema sexual, ese tipo de delincuencia tiene que dejar de existir.

Pero sí estoy convencido de que los problemas fundamentales no podrán resolverse a fondo mientras no varíe la estructura económica de la sociedad actual, sí creo que cabe resolver otros, y que, por lo menos, hay el deber de intentar algo en beneficio del hombre delincuente. ¡El cloroformo no cura ninguna enfermedad; pero es un alivio!

Ya Fernando Ortiz, al hacer una ponencia sobre reformas penitenciarias, en agosto de 1911, apunta el hecho elemental de que no es posible introducir reformas de índole material en las penitenciarías, sin modificar sus reglamentos y sin afirmarlas en una legislación penal en consonancia con los últimos dictados de la ciencia. De acuerdo con este criterio, el Presidio Modelo monumental de Isla de Pinos constituye un profundo error, porque el Congreso Penal de Londres, celebrado creo que en 1924, llegó a la conclusión de que ningún reclusorio tuviera más de 400 reclusos, y el de Isla de Pinos puede dar cabida a 2 500 o más. El último secretario de Justicia, el Dr. Luis F. Almagro, me ofreció nada menos que la dirección del Presidio. Desde luego que el doctor Almagro me hizo el ofrecimiento sin pensarlo mucho y sin conocer mi manera de opinar sobre el problema, y por eso, inmediatamente, me dio la razón cuando le manifesté mi criterio sobre tal asunto, en el sentido —manifestado ya por Ramiro Valdés Daussá en un artículo recientemente publicado— que el Presidio debe ser regido por una junta integrada por una serie de individuos con la

debida capacitación, conocedores de los distintos aspectos que pueda ofrecer el problema del hombre preso, alienistas, antropólogos, abogados y médicos.

No puedo yo, indiscutiblemente, ni siquiera presentar un boceto de solución a un problema que tan múltiples facetas puede ofrecer para quien de veras desea afrontarlo, y como creo que es un deber acometer la empresa, me permito recomendar a este gobierno, o al que venga detrás, que encargue a una comisión para que lo estudie con el debido cuidado.

Y me permito señalar algunos nombres que considero con derecho —por distintas razones— para conocer lo suficiente en relación con el problema penal y el hombre preso. Estos nombres son los de Fernando Ortiz, por su conocimiento de la ciencia penal; César E. Guerra, por sus estudios sobre los regímenes penitenciarios y por ser el autor del proyecto —realizado en parte y que hay que aprovechar— del Presidio; José Miguel Irisarri, por sus conocimientos penales y por haber convivido con los presos comunes un año; Israel Castellanos, por sus estudios de antropología; y Carlos Montenegro, por su sin igual experiencia de la vida de los reclusos y cuyo aporte será de un valor humano que muy pocos en Cuba podrían ofrecer.

Y, si alguien quiere hacer el esfuerzo por los hombres presos, tan despreciados como las prostitutas, que comience el trabajo. Tal vez, por lo menos, se consiga que alguna sociedad de “bellas” damas decida retratarse en las revistas, al ir a hacer alguna gestión por ellos, como lo hacen tantas veces por las clínicas de gatos sarnosos.

ACLARACIONES DE PABLO
DE LA TORRIENTE BRAU MOTIVADAS
POR LA CARTA QUE EN DEFENSA
DE CASTELLS PUBLICÓ EN *AHORA*
EL DR. BERMÚDEZ²⁴

Con gusto publicamos la siguiente carta que nos dirige Pablo de la Torriente Brau en relación con los artículos que viene publicando en *Ahora* bajo el título de “La isla de los 500 asesinatos”.

Dice así:

Sr. Director de *Ahora*.

Distinguido compañero:

Ruego a usted la publicación de estas líneas en relación con los artículos que bajo el título de “La isla de los 500 asesinatos”, vengo publicando en su diario.

Creo que el derecho de defensa, debe respetarse hasta en las formas más pueriles. Pensando en esto, en lo absoluto he hecho caso a las distintas interpretaciones que los defensores de Castells han venido dando a mis trabajos. Ahora me creo en el deber de dar a conocer algunas razones en apoyo de mis esfuerzos por esclarecer los crímenes del Presidio, porque, para defender a Castells, ya no se recurre a argumentaciones vacías; ya se emplea, para defender a Castells, el famoso recurso de atacar a otros. En este caso, a Carlos Montenegro y a su señora Enma Pérez Téllez.

²⁴ 16 de enero de 1934, p. 3.

Tengo que decir ahora mismo, aunque con ello no haga más que repetir lo que hace poco di a conocer en uno de los artículos de mi serie, que fue precisamente Carlos Montenegro quien primero se atrevió a poner en nuestro conocimiento las atrocidades que se cometían en el Presidio Modelo y en el Castillo del Príncipe de esta ciudad.

Pero no me propongo defender a Carlos Montenegro. Ni a nadie. Lo que me propongo es dejar sentado que cualquiera tiene el perfecto derecho de acusar al comandante Castells.

En lo que personalmente me atañe debo significar que se ha dicho “que no estoy capacitado para denunciar los crímenes del Presidio porque estuve en él cerca de dos años”...

Se ha dicho también que Montenegro no puede atacar a Castells, porque le debe muchos favores...

Entonces, ¿quién es el que debe hacerlo? ¿El que nunca ha estado allá, el que no lo conoce. O es que se quiere que solo ataquen y acusen al comandante los muertos, los hombres desaparecidos en La Llana y en El Cocodrilo?... Sin duda esto sería lo mejor para Castells y su caterva!...

El abogado defensor del comandante alega en su carta a este periódico que mi actitud ni es sincera ni cívica, puesto que no he declarado ante el juzgado correspondiente los hechos que denuncié por la prensa... Con defensas como las que están haciendo a Castells, su fusilamiento será cuestión de días...

A cualquiera le será fácil pensar que todo lo que se hace en público, por la prensa, o por el libro,

puede considerarse de hecho como formulado ante los tribunales; sobre todo cuando quien hace tales imputaciones no es abogado y, por lo tanto, no tiene obligación de someterse al camino trillado de los formulismos legales. Si el defensor de Castells estima que yo incurro en perjurio debe acusarme inmediatamente; no debe perder tiempo para hacerlo. Solo me resta avisarle que de los crímenes del Presidio estoy yo más enterado que él y que el propio comandante, ya que como a este la vida de los hombres le importaba tan poco, puede ser que la memoria le falle cuando llegue el momento de recordar!...

Y en cuanto a lo de actitud cívica, el abogado defensor de Castells debe repasar un poco, aunque sea la Cívica del instituto; porque si denunciar por la prensa, no es asumir una posición de civismo, entonces que venga el doctor Aragón a revisarme mi nota, ya un poco vieja.

Y nada tengo que decirle en cuanto a la reclamación de unos cuantos muertos de menos para el enunciado de mi serie; debo añadir que demasiado parco he sido en el título, ya que el número de muertes según los datos del Archivo del Presidio Modelo, asciende a 536 y los facilitados por el Registro General de Penados de la República de Cuba a 572!... Puede verse, pues, que no he escatimado mi generosidad. Tratándose de centenares de asesinatos, no me importaba rebajar unos cuantos!...

Y no lo molesto más por hoy, señor Director.

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

EL MAGNETISMO PERSONAL DE RUBÉN²⁵

Jamás conocí a hombre alguno con semejante atracción personal como Rubén Martínez Villena. Su órbita de influencia era tal que he conocido a infinidad de compañeros suyos de la lucha que jamás lo habían visto, que ni siquiera sabían su edad, su historia, las mil pequeñeces que constituyen, en el orden general, la filiación de una persona, y que eso no obstante hablaban de él con la seguridad y la certeza de quien nos es familiar.

A esta clase verdaderamente excepcional de hombres pertenecía Rubén. Su carrera política, su vertiginoso ascenso hasta la meta final del luchador revolucionario, dentro del campo obrero, militante, le hizo ponerse en contacto con enorme número de individuos y trabajar con ellos esos lazos tan difíciles de romper dentro del estrecho margen de la actual sociedad.

Pero Rubén Martínez Villena pasó siempre, sin vacilar, por encima de todas esas consideraciones y pudiera decirse que su palabra fue tan dura, y mordaz en el ataque y la violencia como cualquiera otra en Cuba. Sin embargo, muy pocos al defenderse de los ataques de Rubén no emplearon esa especie de respeto que supo inspirar siempre. Era realmente algo milagroso esto.

Su pequeña estatura, la debilidad de su constitución, en medio como el nuestro, tan cargado de

²⁵ 17 de enero de 1934, p. 8.

aprovechados, se impuso con una energía que pocos gigantes habrán sentido dentro de sí.

Su mentón tenía ese apretar enérgico y decidido de los hombres que no vacilan, y las palabras salían de su boca, justas y sonoras como las monedas de oro. Resulta inútil, con la premura con que hacemos estas notas para la información, dar un reflejo pálido de la cualidad acaso más sobresaliente de Rubén Martínez Villena: su atracción personal, ese acomodar el gesto y la conversación a las del interlocutor. Cuando lo conocí, vibraba en mí la juventud con toda su fuerza y la emoción deportiva era mi supremo norte. Pues, Rubén, que ya había tenido su primera experiencia política, apenas hablaba conmigo de otra cosa que de récords, *averages* y hazañas olímpicas; después, cuando supo por pura casualidad que yo estaba escribiendo algo, se encargó de publicar mi primer trabajo, y su entusiasmo lírico por las cosas del mundo floreció en nuestras conversaciones, con un calor que con nadie más he sentido; más tarde cuando al avanzar el tiempo la atracción política me dominó, ya Rubén no estaba en Cuba; la ira babeante de Machado lo arrojó de ella, enfermo ya, y fue a parar a la Unión Soviética. Pero en la prisión y en la calle lo he sentido cerca, pues no era posible que quien le conociera dejara de sentirlo siempre al lado suyo. Tenía Rubén el secreto profundo de la emoción. ¡Tenía tantas cualidades envidiables el amigo muerto!... ¿Quién como él, con su pequeña voz rota por la enfermedad, supo hacerla llegar más lejos, ni hacerla sentir más hondo? Vibraba en su voz el crepitar de un fuego en extinción... era una llamarada que luchaba por mantenerse de su propio fuego, cuando ya la materia había sido consumida.

Seguir de cerca su vida, sobre todo después que los combates que sostenía a diario con la enfermedad se hicieron más angustiosos, resulta patético. Maravilla esa energía sobrehumana que lo sostuvo, y en donde, acaso, residía el secreto inexplicable de su magnetismo. Verlo casi agónico hoy y agitador mañana, vino a ser cosa corriente en Rubén... Pero algo más significativo aún fue encontrarlo siempre rodeado de jóvenes, siendo centro, eje, a su pesar, en dondequiera que estuvo... Lo ve uno hoy tendido entre los atributos rojos del Partido Comunista y se hace firme y decisiva la sospecha de que alienta... Porque de veras alienta. Porque fue de los hombres que no terminan, de los que no acaban, cuando la tierra les cae encima de la caja... Era de los hombres que se transmiten, que legan, generosos, lo mejor de sí, a millares de hombres de los que realizan con ellos el verdadero milagro de ser inmortales... y los obreros de toda la Isla, que no lo conocían y que hay ahora en La Habana con motivo del Congreso Obrero, llegan, lo ven a través del cristal, y se retiran con un signo afirmativo. “¡El mismo!”, parecen decir como en un reconocimiento.

MUERTE DE GABRIEL BARCELÓ²⁶

La tuberculosis, esa repugnante aliada de las clases explotadoras, revestida de una de sus más terribles formas, acaba de arrebatarse a un luchador más, a un excepcional luchador de los oprimidos, a un infatigable atleta defensor de los “pobres del mundo”...

La tuberculosis, después de labrar traidoramente en los pulmones jóvenes de Gabriel Barceló, fue a alojarse dentro de la clarísima cabeza del luchador... Parece una atroz burla de la enfermedad, pues fue precisamente Gabriel un hombre de una mente sin nubes, un hombre con visión real de los acontecimientos, con una instintiva adivinación de los hechos, reforzada por sus constantes estudios marxistas. La tuberculosis meníngea, atacando sus centros mentales, destruyó con rabia todo aquel mecanismo espléndido y una densa tiniebla sumió en la inconsciencia más impresionante al inolvidable compañero.

Los que estuvimos a su lado, minuto a minuto, a través de la angustia inenarrable de su agonía de una semana, no podremos olvidar jamás su alentar desesperado, su afán indescriptible de vivir por encima de todos los sombríos axiomas de la ciencia, y en los oídos y en los ojos se nos quedará para siempre el cuadro patético y desgarrador del compañero joven que se moría sin remedio, rodeado por

²⁶ 5 de febrero de 1934, pp. 1, 4.

la impotencia de tantos que bien hubieran querido darle parte de sus vidas, llamado a la vida por las palabras sin consuelo posible de su madre, la primera compañera y amiga del hijo ejemplar!...

Y mientras el compañero moría, mientras se extinguía crepitando esa llamarada clamorosa y ascendente que fue la juventud de Gabriel Barceló, con todos los sentidos conmovidos por una emoción sin paralelo en nuestras vidas, todos, como en un caleidoscopio vertiginoso, repasábamos la vida del camarada y del amigo, y ponderábamos su espléndida significación política, la generosidad de su sacrificio, su idealismo batallador y ese admirable desprecio con que acogió todas las envidias y las intrigas de los miserables que quisieron suplantar su altura sin tener ni su cerebro ni su virilidad...

Ninguno de entre todos los muchachos que se iniciaron en la lucha revolucionaria por la liberación de los oprimidos, al calor emocional del ímpetu heroico de Julio Antonio Mella y del sacrificio silencioso y tenaz de Rubén Martínez Villena, se pondrá siquiera molesto, si afirmamos que fue Gabriel Barceló el que con más decisión, vehemencia y constancia dedicara su vida a la consecución de su ideal.

Ninguno tampoco con más eminentes cualidades, porque Gabriel a la par de una mente vigorosa, enérgica, acostumbrada al inflexible y poderoso raciocinar dialéctico, tuvo un valor sobrehumano y magnético, que lo colocó siempre en la primera línea y a ella arrastró consigo a infinidad de compañeros.

La personalidad de Gabriel Barceló surge en el movimiento universitario del año 1927 en el que, a pesar de contar con tan magníficos luchadores, logró hacer su nombre paralelo de cualquier otro. El temido

*Máximo Gómez*²⁷ lo tuvo en su siniestro vientre asesinado, cuando su arrebatada palabra de adolescente hizo conmover a las masas más de lo que convenía al sangriento Asno, y vino entonces la primera etapa del largo destierro de tres años, con el hambre, el frío y el trabajo extenuador, simulados por la alegría luchadora de la juventud. En diciembre del 1930, cuando, cobrando de nuevo impulso el movimiento iniciado por ellos, lanzó otra vez al combate sin cuartel contra Machado a todos los grupos revolucionarios y seudorrevolucionarios, en unión de un grupo de compañeros, Gabriel Barceló hizo de su presencia en Cuba un arma de agitación, y una oportunidad de temores y acechanzas para la repulsiva policía del régimen. Las demostraciones del 10 de enero y del Primero de Mayo tuvieron en él al eléctrico agitador de la palabra violenta, insulto terrible e incontenible y contagioso espíritu combativo, y los que a su lado se balacearon con la porra nunca podrán olvidar su valor, su desprecio incomparable a la muerte, su frenético y alucinante precipitar hacia el peligro. Fue Gabriel Barceló un tipo de virilidad inaudita, un hombre del que todos, cuando iba a ocurrir algún acto agitativo de masas, sospechábamos la muerte inmediata.

Pero la prisión cayó sobre él, y con la lenta paciencia de un monstruo cobarde y traidor, el inmundo rancho del Presidio minó su organismo, y al cabo de dos años, cuando como burlona libertad volvió a dársele el destierro y el hambre, todo estaba preparado para el asalto definitivo.

Sobre su cama de moribundo, el hombre que más que ningún otro debió morir por la traición de un

²⁷ Buque militar utilizado para el traslado de los presos.

balazo burgués, emitía estertores impresionantes, hipos espantosos, gemidos prolongados y desgarradores y su respiración, entrecortada y anhelosa, era una fatiga mortal, una angustia que estrujaba como una mano la garganta de todos, que ponía neblina de vahídos y de llantos en los ojos y hacía rítmica la marcha del corazón estremecido por la pena honda... Y como si fuera una visión de aliento para la lucha, nos pareció que en el afán agónico de Gabriel Barceló se quejaba toda la clase obrera, sometida y explotada, escarnecida, violentada, enferma de aterradores atropellos, abatida por dolores seculares, sacrificada cruelmente a la bárbara avaricia de los que hicieron siempre del mundo un mercado y de los hombres un rebaño de explotación...

Pero, así como a la postre la agonía de Gabriel Barceló tuvo un fin, y su muerte se convierte en una bandera flameante y triunfadora, así también tendrá su fin cataclísmico la agonía de la clase obrera, y al morir asesinado el régimen burgués, los oprimidos podrán hacer ondear ante las edades venideras la bandera gloriosa de un triunfo que costó más sangre y más heroísmo que ninguno, y que contó con adalides como Gabriel Barceló, que supieron arrosarlo todo y sacrificarlo todo, y cuya altura moral fue tal, que ante su ataúd, a contemplar su rostro macilento, extenuado por la fiebre terrible, solo se atrevieron a llegar o los que fueron sus compañeros y camaradas en el combate, o los cínicos cobardes, que vacilaron en seguir su conducta y le pusieron una máscara a la revolución para convertirla en un medro personal, en una usura descarada y ruin que los ha convertido en sombra de hombres, en polichinelas de la revolución...

PRESIDIO MODELO OTRA VEZ²⁸

Recientes están aún las numerosas crónicas que sobre el Presidio Modelo se han dado a conocer al público, no solo desde este periódico sino de la casi totalidad de la prensa de Cuba. Con mayor o menor fortuna, en mayor o menor grado, pero siempre con el mismo espíritu justiciero y vindicador, numerosos escritores han ido dando a conocer el régimen bárbaro, cruel e inhumano por el que pasó el Presidio durante la época machadista y castelata. El intento de todos ha sido también unánime: el de lograr que más nunca se repitieran semejantes hechos y hubiera un poco de piedad para los presidiarios. Algunos, sin embargo, no hemos puesto en esta labor la misma cantidad de esperanza que otros. Y en lo que personalmente pueda corresponderme, sigo pensando que solo al advenimiento de una sociedad sin clases, sin privilegios, justa y humana, podrá lograrse que las cárceles dejen de ser antros de inmundicia para convertirse en centros de corrección. En esta sociedad, el criminal no es más que un detritus y su lugar está en la sentina. Por eso el Presidio Modelo.

Pienso, pues, que esto que estoy haciendo ahora no es más que un paso en el vacío. Pero me veo obligado a darlo para responder a numerosas súplicas y con la débil esperanza de que el Fiscal del Tribunal Supremo de la República —¡tremendo título!— mo-

²⁸ 25 de febrero de 1934, p. 4.

vilizando todo el civismo, la energía y el calor de humanidad de que disponga, pueda impedir aunque sea por algún tiempo, que de nuevo se inicie para Isla de Pinos una era de terror y de barbarie.

Con motivo de haber estado en él y de haber escrito recientemente una serie de artículos sobre el mismo, los abandonados habitantes del Presidio Modelo tienen en mí a un amigo y un defensor —¡bien poca cosa por cierto!— y por esas razones, muchos de los que salen en libertad vienen enseguida a verme para contarme muchas de las cosas que ocurren allá. De esa manera es que a veces me entero de hechos desconocidos, no solo para el cuerpo judicial, que desgraciadamente nada se ocupa del hombre preso, sino hasta para el mismo jefe del Presidio, ante quien muchas veces los penados no se atreven a exponer la verdad.

Así es como hoy tengo la obligación de hacerme eco de repetidas quejas que me han hecho presos libertados del Castillo de El Príncipe y del Presidio Modelo y las que, públicamente, elevo al conocimiento del Fiscal del Tribunal Supremo, o a la autoridad competente para el caso.

En cuanto al Castillo del Príncipe se me asegura que la Comisión de Compras, organismo arbitrario por demás, ha venido realizando últimamente verdaderos atropellos, que recuerdan períodos bochornosos.

Y en cuanto al Presidio Modelo, del cual puedo hablar con mayor conocimiento de causa, es lo cierto que el capitán Fernández Pulido, a quien no escatimé el elogio por la labor que pude apreciar que realizaba en los comienzos de su mandato, hoy, según las versiones que tengo, ha hecho absoluta confianza en el oficial Ángel Raventós, de quien he recibido

incontables quejas por su actual comportamiento con los presos. Quiero consignar que hasta ahora los servicios del oficial Raventós no se habían caracterizado por la crueldad, pero el cúmulo de acusaciones que he recibido es tal, que urge abrir una investigación sobre el caso. Pero no es esto solo. El funesto sistema de encargar a los presos de una gran parte de la vigilancia ha vuelto a tomar preeminencia en el Presidio y han sido muchos de los individuos del castelato los designados para tal trabajo. Así, Carmo-
na, que negociaba con la leche de los tuberculosos, Magaña, Platanito, Machito y hasta un tal Mario Ávila, acusado en la causa 69 de Isla de Pinos, ante el Tribunal de Sanciones, son varios de los individuos más destacados hoy en día como auxiliares de los jefes del penal. Y los soldados, que el capitán Fernández Pulido había quitado, de nuevo se han hecho cargo del Presidio reanudándose este sistema del vergajazo, la goma y el insulto.

Es necesario, para aquellos que quieran que en el mañana no se les enjuicie con la dureza consiguiente, que se hagan todos los esfuerzos para conseguir que este estado de cosas no cobre fuerzas y se entronice como sistema, porque ya sabemos a dónde conduce; al terror, al salvaje terror que se desate como una fiera durante varios años y que costó la vida a varios centenares de hombres, muchos de los cuales merecieron en todo momento consideración y respeto.

Y si algo se quiere hacer, que a lo menos se nombre una comisión investigadora que pueda tomar sus declaraciones sin que ningún soldado ni empleado del Presidio las presencie para coartar la libre exposición de los presos; y si algo más efec-

tivo y duradero quiere hacerse, que se haga de las cárceles y del Presidio instituciones de reforma y no pocilgas de inmundicias morales; que se estudie de una vez, por las personas capacitadas para ello, médicos, penalistas, psicópatas, alienistas, etc., el problema del hombre preso y se le dé una solución que no sea la del golpe, la del vejamen, el culatazo y el tiro. Que se considere al presidiario como un hombre y no como una bestia. Es todo lo que pido en nombre de los presos imposibilitados de hacerlo por sí mismos, ya que, repito, personalmente considero que nada se hará y que el Presidio tendrá que esperar tiempos revolucionarios para que también en él se haga la revolución.

CAUSAS VERDADERAS DEL INCIDENTE DE APONTE-URBINA²⁹

Urbina es atacado en dos libros por Gustavo Machado y Carlos Flores. Falsedad de los ataques a Carlos Aponte, Ayudante de Sandino

La prensa ha dado una versión en extremo superficial del incidente Aponte-Urbina. En varios casos, o por mala fe o por encontrarse Aponte imposibilitado de declarar, dicha versión, a más de ser superficial ha sido unilateral. Yo voy a aclarar ahora ciertos puntos para ponerlos en conocimiento del estudiantado revolucionario de Cuba, entre quien la figura de Carlos Aponte cuenta con muchas simpatías por su larga lucha contra los yanquis y los traidores y ante cuya masa estudiantil, así como ante la opinión pública, se ha pretendido desfigurar la realidad de los hechos con un desconocimiento total de las causas.

En sucesivos artículos que se publicarán en el *Magazine Dominical de Ahora*, iré relatando episodios de la vida de Carlos Aponte Hernández, pero a reserva de ello debo señalar aquí los relieves estu-
pendos de su figura de luchador, con más de doce años de infatigable contender por la liberación política y económica de América Latina. En esta lucha fue ciertamente en Cuba donde Carlos Aponte, en 1925, pudo ver con claridad la verdadera posición de

²⁹ 3 de abril de 1934, p. 4.

un revolucionario y, sin pertenecer a ninguna agrupación, porque es hombre en extremo anárquico, comenzó su carrera al lado de Sandino de quien llegó a ser su primer ayudante durante los dos años más rudos de aquella campaña; antes de venir a Cuba había peleado dos veces en Venezuela, en donde tiene hace cinco años preso a un hermano, de Nicaragua pasó a Colombia para penetrar en su país y fue puesto en prisión por más de dos años; también sufrió casi un año de cárcel en Perú, y por último pasó a Chile y Ecuador, de donde llegó a Cuba hace apenas unos días. Este es el retrato relampagueante del coronel Carlos Aponte.

El general Rafael Simón Urbina no puede, en modo alguno, ofrecer unos perfiles semejantes a la consideración pública; por tratarse de un hombre herido, dejaré para otra oportunidad el delinear su figura política para lo cual estoy allegando datos. Solo, pues, me referiré al porqué de los hechos, porque, como comprenderá el lector, los hombres no se entran a tiros por el gusto de hacerlo, sino por alguna razón.

La razón era un tanto difícil para encontrar en las exigencias de los reportajes precipitados de las crónicas policíacas.

La razón del incidente Aponte-Urbina está en los vericuetos de la política venezolana. Tan turbia como la nuestra, lo que hay que decir para que se sepa de una vez cuál fue el móvil que movió a Aponte a “liquidar” el asunto, es que el general Rafael Simón Urbina por los ataques claros y precisos que le han hecho sucesivamente Gustavo Machado y Carlos M. Flores, el primero en *El asalto a Curacao*, y el segundo en *El terror y el trabajo forzado en Venezuela*,

se ha permitido decirle al propio Aponte que “a esos no se tomará el trabajo de matarlos, sino que los mandará a matar, como si fueran perros”. La frase no es sino un anticipo de lo que será Venezuela cuando muera Juan Vicente Gómez y se desborden sobre ella los “pretendidos derechos”, las ambiciones y los odios contenidos por tanta tiranía. La frase pinta también a uno de los hombres que puede llegar a ser más funesto para Venezuela, porque quien desde ahora, sin el poder, piensa así y es capaz de decirle a un hombre como Aponte, amigo de Gustavo Machado y de Flores, es muy capaz de cumplir su promesa y caer en los mismos procedimientos de Juan Vicente Gómez, el repulsivo Tigre.

Ahora, es justo que se conozca la naturaleza de los ataques que hacen a Urbina, Gustavo Machado y el salvadoreño Carlos M. Flores; el primero en su folleto *El asalto a Curazao* hace ver con toda claridad que se trató única y exclusivamente de un movimiento iniciado y controlado por obreros, para el que se nombró como técnico militar a Urbina, quien fracasó en el empeño.

Ese folleto no deja lugar a dudas sobre la naturaleza del golpe y el papel secundario que en el mismo desempeñó Urbina, con lo cual se disminuye el prestigio revolucionario de este.

El libro ya famoso de Carlos M. Flores *El terror y el trabajo forzado en Venezuela*, es mucho más explícito y ataca directa y personalmente a Urbina. En un párrafo dice así refiriéndose a este:

“El primero había sido llamado por Machado (Gustavo) para que nos sirviera como ‘técnico militar’ y baquiano (práctico, guía), pues tenía fama de ser hombre experimentado en asuntos de guerra y

gran conocedor de las sierras de Coro (ninguna de las cualidades poseía)”.

Al mismo tiempo que Urbina es enjuiciado en los dos trabajos mencionados, Carlos Aponte recibe elogios...

Esta es la génesis, este es el porqué del incidente. Es la lucha entre el revolucionario que jamás ha disfrutado de prebenda ninguna y que ha sacrificado toda su juventud a la revolución antimperialista, aunque sin pertenecer a ninguna agrupación, y un “caudillo” más de los típicos en la América Latina.

Y el incidente no ha terminado, porque algún día volverán a encontrarse el coronel Aponte, a quien un periodista de *El País* de ignorancia capitalina [sic] en asuntos latinoamericanos hace sospechoso de “vicentista”, y el general Rafael Simón Urbina. Para cuando eso suceda dé alguna información esta crónica.

CONCHITA ESTRAVIZ: MISS CUBA³⁰

La reina de belleza declara a Ahora que no aspira a ser “estrella”. Le robaron las medias

Conchita Estraviz –la reina Conchita–, tuvo la gentileza de visitar nuestra redacción acto seguido de haber sido proclamada tempestuosamente Miss Cuba, en el concurso celebrado en el Teatro Nacional, a la manera ágil de Norteamérica, en un desfile sugerente de trusas deslumbradoras.

Conchita Estraviz –vamos a hacer esto a la americana, también– es una muchacha esbelta, de figura elegante, con 130 libras de peso y 1,65 cm de estatura. Tiene manos finas, largas, de esas que salen en los anuncios de productos para colorear las uñas, su perfil descende suave y firme de la frente a la barbilla y se le alumbra la cara con la luz de los ojos claros, castaños, de singular expresión. Son los ojos de Miss Cuba los que pondrán perplejos a los jueces que habrán de compararla en Miami con las otras bellezas exóticas. Y, aunque en definitiva no sea ella quien se lleve el triunfo, con seguridad que el recuerdo de unos ojos expresivos quedará prendido en la memoria de los felices individuos, destinados por privilegio extraordinario a sentarse en uno de los clásicos banquetes de belleza.

Miss Cuba se siente satisfecha con su triunfo. “Hubo protestas, nos dice, pero yo saqué siete votos

³⁰ 7 de abril de 1934, pp. 1, 2.

contra uno de cada una de las otras dos candidatas seleccionadas”. Ella es hoy una figura nacional, de acuerdo con su título, y no parece que le viene muy difícil la responsabilidad con que carga, porque da la impresión de que es capaz de concurrir todos los días a un concurso de belleza con la seguridad de llevárselo. Le parece natural, sencillamente, haber triunfado.

Tiene 20 años magníficos y acaso su mayor alegría ha consistido en conquistar la victoria en el mismo escenario de su vida diaria, pues ella es la muchacha alta y flexible que vende libros y revistas a la entrada del Teatro Nacional.

A nuestra redacción acudió con su hermana la rubia Lolita, que parece más aún que ella, una muchacha de Broadway y la calle 42. Al hacer esta reflexión caemos en cuenta de que el tipo de Miss Cuba, tan aproximado a los moldes exigidos por los jurados norteamericanos de belleza, habrá de ser un factor de importancia en las posibilidades de su victoria. Porque Miss Cuba es una muchacha fabricada para pasear su silueta elegante por las avenidas de Nueva York y para que se la tome por la última estrella del cielo de Hollywood.

Le hacemos la pregunta de ritual a todas las reinas de belleza:

¿No aspira a emular a Joan Crawford?

Se sonríe y dice que no; que no aspira a nada, que estará en Miami la semana de vacaciones triunfales y que después volverá a su puesto en el vestíbulo del Teatro Nacional. Pero no hay quien se lo crea mucho. Ni ella misma, parece, porque cuando le preguntamos si tiene novio nos asegura que no y que si le dan a escoger, pues preferiría un chance en

California, una prueba ante los reflectores de cine, a un ensayo de historia sentimental.

Como la reina está deseosa de salir para visitar la redacción de nuestro estimado colega *El País*, y nuestro compañero Funcasta apresura el ceremonial a su cargo, Miss Cuba parpadea con la sorpresa de la intensidad y asegura que “ha quedado dormida”.

Nuestros lectores dirán, al contemplar la fotografía, que nunca han visto a nadie que duerma con los ojos tan abiertos, y uno, el que le robó las medias a Miss Cuba, sonreirá satisfecho de haber nutrido su colección de recuerdos con este importantísimo de una prenda de una reina de belleza.

FRENTE A YANQUIS Y TRAIADORES³¹

I. Episodios de la vida de un ayudante de Sandino

Un hombre de *La vorágine*

El coronel Carlos Aponte Hernández pasa de nuevo por Cuba y si cuando estuvo la primera vez en nuestro país se captó instantáneamente la estimación y el afecto de hombres como Rubén Martínez Villena, Julio Antonio Mella, Gustavo Aldereguía,³² y otros, ahora al regresar trae un historial revolucionario que muy pocos en América Latina podrán igualar.

En el curso de estos reportajes el lector irá conociendo la vida dramática de este hombre que lleva catorce años de su mejor juventud dedicados por entero a la lucha contra el imperialismo yanqui en América Latina y contra todos los tipejos miserables que han servido de apoyo al capital americano en nuestras repúblicas de opereta.

El coronel Carlos Aponte es protagonista que se escapó de las páginas de *La vorágine*, y anda por el mundo, como personaje de Unamuno o Pirandello, buscando a alguien capaz de plasmarlo en un libro con la enorme fuerza de su personalidad, con el vigor inaudito de un temperamento montaraz, agresivo, insolente.

³¹ 8 de abril de 1934, pp. 1 y 4.

³² Gustavo Aldereguía Lima (1895-1970). Médico, diplomático, escritor y periodista cubano. Comunista. Autor de libros de temas científicos. Amigo personal de Aponte, quien residió en el sanatorio *La Esperanza*, que dirigía Gustavo.

Es un hombre de estatura mediana, color de bronce, perfil altivo, mirada negra, voz de vibraciones roncas, y de una vida tal, que apenas en su almanaque hay página-día que se pueda arrancar sin un episodio emocionante, sin una anécdota llena de colorido. Se ve que el peligro, la aventura, la audacia, el insulto y la violencia, ejercen sobre él atracciones magnéticas.

Es un hombre que parece traer consigo la tragedia de los llanos bravíos del Orinoco y que viaja por el continente en busca desesperada de bandoleros a quienes desenmascarar, en busca de hombres a quienes narrar la epopeya sangrante de Nicaragua, que vivió con la intensidad de pocos, y de hablar también del panorama enfermo de América, minado de bandidos y traidores.

Yo he tenido la suerte de obtener para *Ahora* la exclusiva de las declaraciones del coronel Carlos Aponte, y en una serie de artículos narraré algunos de los innúmeros episodios de su vida, la más dramática que he podido conocer hasta ahora.

Frente al Tigre de Maracay

En Venezuela, salvo las excepciones de rigor, los hombres, con un criterio general, se dividen en tres grupos: exilados en el extranjero por motivos revolucionarios, presos en “La Rotunda”, y resignados ante la barbarie asesina del Bisonte del Sur.³³

Juan Vicente Gómez es un hombre de rapiña, devorador de cadáveres, miserable engendro que ha logrado colocar su nombre en las más profundas

³³ Juan Vicente Gómez Chacón (1857-1935). Dictador venezolano que, como tal, gobernó su país desde 1908 hasta 1935.

simas de la historia, junto a otros tales como Rosas,³⁴ Francia,³⁵ Machado, Barrios,³⁶ y Moncada.³⁷ Aun por encima del de muchos de ellos, si esto es posible.

La juventud venezolana, años tras año, en la lucha a muerte con el Tigre, ha ido dando aportes a la tragedia, y en uno de estos grupos fue que entró, allá por el año de 1920, Carlos Aponte Hernández.

Un hombre transformado en Cuba

Es profundamente interesante oír hablar al coronel Aponte de su iniciación en la vida revolucionaria. Posee una sinceridad poco común y gracias a ella podemos apreciar en su vida el desarrollo de una forma típica y numerosa de actuar los jóvenes de América en la revolución.

Cuando yo comencé —relata Aponte— la realidad es que no tenía orientación política ninguna. Mi máxima aspiración era llegar a administrador de la aduana de La Guaira...

Son muchos los hombres que se han hecho matar heroicamente en Venezuela, por aspiraciones semejantes a la mía... Lo probable es que

³⁴ Juan Manuel de Rosas (1783-1877). Militar y político argentino. Dictador de su país (1835-1852).

³⁵ José Gaspar Rodríguez de Francia (1766-1840). Estadista paraguayo, conocido como El doctor Francia, dictador del país durante 26 años (1814-1840).

³⁶ Justo Rufino Barrios (1835-1885). Político guatemalteco. Presidente de la República entre 1873 y 1885.

³⁷ José María Moncada (1871-1945). Político y militar nicaragüense. Presidente de la República entre 1929 y 1933.

—como ha sucedido en Cuba— luego hubieran sido unos peligrosos bandoleros enmascarados en sus papeles de héroe...

Pero compadre, caí yo en Cuba y aquí me tropecé con una serie de hombres capaces de modificar la brújula si hiciera falta... Aquí conocí y traté a hombres que nunca podré olvidar y que ejercieron una influencia decisiva en mi vida. Fui amigo fraternal de Rubén Martínez Villena, el revolucionario perfecto, el hombre que no tuvo ni tiene —para mí— defectos. Fui amigo también de aquel estupendo muchacho, Julio Antonio Mella, que cada día es más grande. Conocí también a Gustavo Aldereguía, famoso especialista en tuberculosis, que ya entonces era veterano agitador antimperialista. Con este grupo y con Gustavo Machado,³⁸ paisano mío, tuve discusiones muchas veces violentas, debidas a mi temperamento anárquico, pero, a lo largo de ellas, la realidad del verdadero horizonte de los males de nuestra América Latina se me hizo más clara, y desde entonces, en dondequiera que he estado no he sido otra cosa que un denunciador constante, infatigable, de los manejos torpes del imperialis-

³⁸ Gustavo Machado (1898-1983). Político venezolano. Uno de los fundadores del Partido Comunista de Venezuela. En 1928 se incorporó a las guerrillas sandinistas, y al año siguiente participó en el asalto al fuerte de Curazao. Luego del fracaso de esta acción, continuó luchando contra la dictadura gomecista desde Colombia. En 1946 fue candidato presidencial. Fundador y director del periódico *Tribuna Popular*, diputado al Congreso Nacional al ser derrocado Pérez Jiménez, estuvo preso cinco años en el cuartel de San Carlos durante el gobierno de Rómulo Betancourt.

mo yanqui en nuestras tierras, en donde con tanta frecuencia los gringos odiados han dispuesto de colaboradores nativos, más repugnantes que zopilotes...

Nunca he olvidado que mi orientación política se forjó en Cuba y para mí ha sido un honor haberlo sabido dondequiera que he estado. Por eso, cuando fui a Nicaragua, a pelear con Sandino, aunque soy venezolano, no dejé de vanagloriarme con la representación de la juventud antimperialista de Cuba, que ostenté en las filas del Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua. Y por esa misma razón reclamo el derecho de que se me considere cubano también. Antes, muchísimo antes que la trailla de arribistas y embaucadores que ahora encuentro disfrazados de revolucionarios, actué yo en Cuba contra la tiranía de Machado.

En el año 1925, cuando casi todos se derretían en alabanzas al déspota, yo estuve al lado de los iniciadores, de Rubén, Mella, de Aldereguía, Leonardo Fernández Sánchez,³⁹ Aureliano Sánchez Arango,⁴⁰ Raúl Roa, y algunos otros de quienes

³⁹ Leonardo Fernández Sánchez (1907-1965). Combatiente antimachadista. Escribió para *Venezuela Libre* y *América Libre*. Amigo de Julio Antonio Mella y colaborador cercano en sus proyectos insurreccionales. Se afilió al Partido Auténtico y después al Ortodoxo. Parte de sus recuerdos revolucionarios fueron publicados en *Bohemia*. Después del triunfo de la Revolución fue embajador de Cuba en Italia.

⁴⁰ Aureliano Sánchez Arango (1907-1976). Abogado y profesor universitario. Combatió a Machado. Integró las filas del Directorio Estudiantil Universitario, del Ala Izquierda Estu-

me acuerdo mal, que resultaron o cobardes o hipócritas y de los que les iré haciendo mención en su lugar.

El coronel Carlos Aponte habla muchas veces con locuacidad precipitada y es difícil seguirlo y, sobre todo, ordenarlo para el lector.

Pero Carlos Aponte es la anécdota, el incidente, y por ello es que se retrata al hombre.

De prisionero de guerra a cantinero

Carlos Aponte, que tiene ahora 33 años, comenzó su actuación revolucionaria en Venezuela, en 1919. Desarrolló actividades luego en 1921 y 1923, y en esta última oportunidad, con el grado de capitán, peleó en unión de su hermano a las órdenes del general Marcial Azuaje, conocido con el pintoresco sobrenombre de “Cuello de Pana”...

La campaña fracasó rotundamente y Aponte y su hermano recibieron “garantías” para presentarse, lo que al cabo hicieron después de cierto tiempo de andar “perdidos”.

Como otras veces, Juan Vicente y sus secuaces violaron su palabra y los hermanos Aponte fueron puestos en prisión, por unos cuantos meses, pasados los cuales se les sugirió que se trasladaran a Caracas. Su hermano accedió, y años después vino a caer en La Rotunda, donde lleva ya cinco años. Carlos Aponte, con un instinto más fino, llegó hasta

diantil, de la Joven Cuba y del Partido Comunista. Fue ministro de Educación y de Estado en el gobierno de Carlos Prío Socarrás. Vivió exiliado durante la dictadura batistiana.

la costa, y en el primer vapor que salía para Santiago de Cuba se enroló para cuidar del ganado.

En Santiago, el capitán venezolano fue contratado por el “Buey de Oro” para cuya hacienda “Paradas” venía consignado el barco ganadero, y en la hacienda estuvo algún tiempo amarrando “becerros”.

De allí, con la esperanza de trabajar en un ingenio, llegó hasta Camagüey, en donde solo encontró trabajo como humilde cantinero en un café de Puerto Príncipe.

Carlos Aponte es de una buena familia de Caracas y jamás soñó con que tendría que “conformarse” con vivir de su trabajo. Así, cuenta el escozor que le causaba el que algunas veces, al realizar servicios, le quisieran dar propinas. En estos casos, rechazaba siempre el regalo, y le hacía una larga explicación al parroquiano, aclarándole que “él era capitán venezolano que estaba emigrado y que por eso había descendido a cantinero”.

Estas explicaciones le costaban siempre disgustos con el dueño del establecimiento, y tuvo por último, después de incidente violento, necesidad de abandonarlo, viniendo para La Habana.

La pensión La Milagrosa

Carlos Aponte evoca sus primeros días en La Habana con verdadera intensidad. Revive con cariño aquellas horas de bohemia revolucionaria, cuando el magnífico sueldo de Gustavo Machado servía para mantener a una buena parte de los emigrados de Centro y Sur América. Aponte tiene para unos frases de un elogio total y para otros insultos terribles.

Es un hombre de extremos y me ha dicho: “Compadre, usted tiene que cogermé a esa gente y

destrozármela, porque no se merecen otra cosa”. Y yo lo complazco gustoso, porque me gusta desenmascarar “héroes”, gozo cuando se le dice bribón a alguien que pretende disimularlo.

En la pensión La Milagrosa (Gustavo Machado y Morales una vez en un incidente automovilístico, un teniente de policía quiso detenerlo y él se limitó a sacar su carné y decirle: “Impónganse de quien soy” ... y lo dejaron seguir), Salvador de la Plaza,⁴¹ Esteban Pavletich,⁴² Rubén Martínez Villena, Aldereguía, Mella, Leonardo Fernández Sánchez, Aureliano Sánchez Arango, Raúl Roa y otros se reunían con frecuencia y, como sucede siempre entre revolucionarios, aquello se convertía en un verdadero pandemónium de ataques, gritos y polémicas.

Allí fue —y en la consulta de Gustavo Aldereguía— en realidad donde pude aclarar mi línea de luchador antimperialista.

Y fue a costa de disgustos, discusiones y hasta violencias.

Por entonces yo creía que el general Arévalo Cedeño era un hombre honrado y me convencí

⁴¹ Salvador de la Plaza (1896-1970). Profesor, periodista, economista y ensayista venezolano. Por sus ideas políticas sufrió destierro y prisión. Fundador del Partido Revolucionario Venezolano (PRV). Uno de los redactores de la Ley de Reforma Agraria y profesor de la Universidad Central de Venezuela. Autor de obras de temas económicos.

⁴² Esteban Pavletich Trujillo (1906-1981). Escritor y político peruano. Cultivó el cuento, la novela y el ensayo. Al igual que Aponte luchó contra los invasores yanquis en Nicaragua.

de que solo se trataba de un bandolero que ni siquiera era valiente.

Cobrador de Federación Médica

Le debo gratitud a la Federación Médica de Cuba. Siempre la he recordado con cariño. Gustavo Aldereguía y Pérez de los Reyes me consiguieron la plaza de cobrador y me complace recordar que tuvieron en mí absoluta confianza. Muchas veces tuve en mis manos varios miles de pesos para cobrar.

Ya para entonces, gracias a mi nuevo modo de pensar me había [liberado] en buena parte de mis prejuicios y desempeñaba a entera satisfacción mi empleo de cobrador. Fue entonces que tuve la oportunidad de conocer al coronel Carlos Mendieta, hoy presidente de la República, y al doctor Alejandro Vergara⁴³ y Aurelio Álvarez.

Aponte me cuenta cómo Carlos Mendieta sostenía con él charlas cuando iba a cobrar (y era el más puntual pagador, es justicia decirlo), en las que se le manifestaba como un furioso antimperialista y en contra de los explotadores de las quintas regionales...

Hoy Caffery es su maestro y los “directivos” pesan más para él que los médicos, sus compañeros. Y en cuanto a su programa, recuerda el interés con que Alejandro Vergara y Aurelio Álvarez le pidieron

⁴³ Alejandro Vergara y Leonard. Alcalde de La Habana —cargo político considerado el segundo en importancia del país— hasta el 23 de diciembre de 1933.

el envío de crónicas de Nicaragua para publicarlas en su periódico de entonces, lo que no sabía si hicieron.

El castigo a “Vasenilla”⁴⁴

Aunque Aponte actuó personalmente en las labores de propaganda del comité Pro-Mella, su figura no salta a lo sensacional sino por causa del incidente de “Vasenilla” Lanz.

Toda La Habana se enteró de aquello. Vasenilla Lanz, autor del *Cesarismo democrático*, pasaba por La Habana rumbo a Alemania, a donde iba a representar a Juan Bisonte. Se trataba de uno de los más finos y perfectos maestros de traidores que haya tenido nunca la intelectualidad de América. Era el hombre cuya ruta han seguido en Cuba, desde Lamar Schweyer⁴⁵ hasta Raúl Maestri,⁴⁶ todo el resba-

⁴⁴ Nombre que, satíricamente, le endosa Pablo a Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936). Político, sociólogo, historiador, periodista y representante del pensamiento positivista venezolano. Autor de varios libros. Presidió el Senado. Ministro plenipotenciario de Venezuela en París (1931), donde residió hasta su muerte. Miembro de la Academia Nacional de la Historia (1918) y director de esa institución (1924-1927).

⁴⁵ Alberto Lamar Schweyer. Periodista, novelista y ensayista cubano. Perteneció al Grupo Minorista, pero al ocupar el poder Machado, se vinculó a este y fue expulsado del Grupo. Al morir era director de la edición vespertina de *El País*. Autor de los libros *Biología de la democracia* y *La roca de Patmos*.

⁴⁶ Raúl Maestri (1908-1973). Economista, filósofo y periodista cubano, autor, entre otras, de las obras *El nacionalsocialismo alemán* (1932), *Notas de la URSS* (1936), *Arango y Parreño: el estadista sin Estado* (1937) y *La prensa y los nuevos problemas de la cooperación hemisférica* (1941).

loso rosario de anémicos intelectualoides que han vendido la conciencia por la pitanza de un sueldo, amarrándose como asnos a la noria de la reacción...

Carlos Aponte, que sentía en el destierro más agudos que nunca los dolores de Venezuela, se sintió impulsado a castigar al representativo más pomposo de la parte podrida de su país, y consultó su caso con Gustavo Machado y Rubén Martínez Villena, quienes le informaron el riesgo que corría dada la naturaleza del momento político de Cuba, en el que Arraiz,⁴⁷ ministro de Venezuela y el socio de Vázquez Bello,⁴⁸ Rivas Vázquez,⁴⁹ eran verdaderas potencias. “Y por si alguien lo duda –dice Aponte– ahí está el asesinato de Francisco Laguado Jayme,⁵⁰ debido exclusivamente a la acción de los amigos de Machado y Juan Vicente”.

⁴⁷ Rafael Ángel Arraiz.

⁴⁸ Clemente Vázquez Bello. Figura importante del gobierno de Gerardo Machado.

⁴⁹ Alejandro Rivas Vázquez. Exiliado venezolano, abogado, conferencista y publicista. Fue un oportunista que militó en las filas de la oposición, pero luego renunció a su actitud antigomecista. Mantenía vínculos amistosos con el Gobierno cubano, en especial con el dictador Machado. Está por precisar si fue agente del régimen de Venezuela en Cuba.

⁵⁰ Francisco Laguado Jayme (1898-1929). Periodista, maestro y crítico literario venezolano. Se estableció en Cuba en el mes de agosto de 1921. Propagandista incansable, latinoamericanista y antimperialista, de ideología marxista, escribió folletos y artículos contra el régimen gomecista. En 1927 participó en un plan insurreccional para derrocar la dictadura de Juan Vicente Gómez. Fue lanzado a los tiburones de la bahía de La Habana por agentes de la Policía Secreta de Machado.

Con todo, Carlos Aponte no pudo resistir a la tentación de castigar a Ballenilla [sic] Lanz, y, al efecto, se apostó a la entrada del Hotel Sevilla, a donde tenía que concurrir el máximo adulón de América, a una comida que daban en su “honor”.

Con el cinto en la mano, Aponte lo esperó; y cuando en unión del ministro Arraez [sic] quiso penetrar en el vestíbulo, le cayó a furiosos cintarazos, cruzándole la cara varias veces, antes de que pudieran evitarlo. Se oyeron chillidos de ratas histéricas, “Vasenilla” se desmayó y le echaban aire como a un boxeador noqueado en el primer *round*. El policía de servicio, desconcertado con el escándalo, se dirigió a donde estaba Aponte y este le dijo que había sido agredido Vallenilla.

El vigilante, que no tenía por qué haber leído *Cesarismo democrático*, ignoraba quién fuera tan encumbrado personaje, y gritó: “Pues que venga también el Vallenilla... Todo el mundo para la estación”...

En esos momentos hizo su aparición con toda urgencia el general Pablo Mendieta, entonces llamado por los estudiantes Caín Mendieta, jefe de la Policía Nacional...

Pablo Mendieta sí conocía ¡cómo no! quien era Ballenilla [sic] y su cortejo; y a la manera de un personaje de Calderón “montó en cólera” increpando con extrema dureza al policía que no había sabido discernir entre un vulgar agresor y un enviado extraordinario de su santidad Juan Vicente... El vigilante, que se consideró perdido, desde ese momento se decidió tomar [el] partido de Aponte y declaró con todo civismo en el acta. Al día siguiente, ya no pertenecía al Cuerpo.

Aponte fue conducido a la estación y lo cierto es que se trató, particularmente por el ministro Arraez [sic] y Rivas Vázquez, hoy en fuga, de que se iniciara enseguida expediente de expulsión del agresor. Quería decir, sencillamente, que se trataba de asesinarlo legalmente, porque de todos es sabido que será difícil encontrar vivos en Venezuela a algunos de los hombres que han podido ser reconducidos a sus puertos con el “anatema” de revolucionarios.

Pero no en balde Aponte había hablado con Rubén M. Villena. Este, con el conocimiento que tenía de su hombre, adivinó que de todas maneras realizaría el castigo, y con la anticipación necesaria puso en antecedentes del atentado a los que habían de formar el Juzgado de Guardia de Prado

Gracias a estas actuaciones de Rubén, se limitó el caso a un juicio correccional para el que se citó a “Vasenilla” Lanz, poniéndose en libertad bajo fianza a Carlos Aponte.

Pero “Vasenilla”, con la cara cruzada por los cintarazos, conmovido todavía, espantado como buena rata, no se atrevió a afrontar las cámaras de los fotógrafos...

Al día siguiente, gracias a un gesto muy encomiable del ministro de México en Cuba, Juan de Dios Bojórquez,⁵¹ el cónsul de ese país en La Habana, dio todas las facilidades necesarias para que Carlos Aponte saliera para México.

⁵¹ Juan de Dios Bojórquez León (1892-1967). Político, diplomático y escritor mexicano. Miembro del Partido Revolucionario Institucional. Fue diputado, senador, secretario de Gobernación, entre otros cargos de relevancia política.

LA REIVINDICACIÓN DE PEDRO COHUCELO⁵²

No sé qué filósofo chino fue el primero que firmó el axioma: “Toda causa noble tiene su víctima”... Fue, sin duda, un genial filósofo aquel chino. Pedro José Cohucelo es una de sus últimas comprobaciones.

El olvido, el más ruin de los olvidos, ha caído sobre su nombre, que hoy suena a martirologio, a página vieja.

¡Pobre Pedro José Cohucelo! ¿Cuál fue tu delito? ¿Qué hiciste para merecer tamaña execración, para que sobre ti cayera el anatema público y te vieras, al cabo, en la necesidad de recurrir al exilio y comer ¡no siempre! los garbanzos de la emigración?...

Tu pecado, ¡tu enorme pecado!, estuvo en ser precursor, en tener dotes de visionario y comprender que siendo todos perros, lo que menos importaba era el collar...

Tu pecado estuvo también en que valías algo, en que eras capaz de escribir libros dulces como la miel; en que tu palabra tenía arrebatos de tormentas; rachas huracanadas vibraban en tu voz, y las parrafadas gloriosas, precipitándose unas tras otras, tenían la espléndida majestad del oleaje contra el arrecife...

¡Eras un tribuno del trópico! Solemne y “picúo”, tremante, apocalíptico, convulso y patriotero... ¡Eras un “valor” en nuestro país!... ¡Por eso caíste, Pedro José Cohucelo!...

⁵² 10 de abril de 1934, p. 4.

Tuviste la audacia suicida de todos los precursores y su misma falta de sentido práctico y, aunque creaste escuela, tus discípulos, que carecen de tu genio, pero que tienen visión de la realidad, pretenden desconocerte y hasta rechazarían ofendidos el glorioso nombre de *cohucelistas*, que con tanto orgullo y justicia podrían llevar.

Comprendo lo doloroso que será para ti la reflexión filosófica sobre los hechos, sobre el peso amargo de la injusticia humana, y voy a dedicarte una página de consuelo, por lo menos para tu vanidad.

¿Qué son, qué valen, al lado tuyo tus continuadores? ¿Tiene, acaso, alguno de ellos tu arrogancia tribunicia, tu ademán dantoniano?, ¿ha merecido alguno la resonancia de tu nombre?... ¡Consuélate, Pedro José, son anodinos, nimios, impersonales!... ¡Verdaderos venados de la revolución!...

¡Son héroes de carnaval que necesitan disfrazarse para imitar tu gesto! Prefieren el sueldecito anónimo, la pitanza mendietista, a la clarinada de tu nombre...

Su habilidad única, lo que te falta a ti, ha consistido en no anticiparse, en no distinguirse, en moverse hacia la traición en muchedumbre, como los rebaños amaestrados...

Su habilidad también ha estado en bautizar la traición con nombres elegantes, a lo que el gobierno de Mendieta ha contribuido con una inteligencia digna de Ferrara, y tus continuadores. Cohucelo, no se llaman traidores, como tú, sino becados, cónsules, ministros, secretarios, ¡y hasta coroneles! ¿Ves la diferencia, mártir infeliz?

¡Qué distinto si tú hubieras partido para Europa con una beca para estudiar sueco!... Qué distinto si

hubieras sido nombrado ministro en China!... ¡Qué distinto si hubieras llegado a secretario!...

Pero el “Asno” no te supo explotar, no supo ver las posibilidades que le ofrecía tu actitud, y esa fue una de las causas de su caída...

Porque si él hubiera nombrado coroneles a todos sus sargentos; si hubiera nombrado ministros y secretarios a granel; si hubiera becado a algunos de los más “terribles” terroristas, hubiera prolongado mucho su estancia en el poder, asesinando y robando.

Porque, óyeme, Pedro José, sesudos historiadores han descubierto ya que lo de Mario Cadenas, lo de Trinidad, lo de los centrales, que tanto se parece a lo de Arsenio Ortiz, no ocurrió en tiempos del Asno con Garras. Y la Academia de la Historia parece que está de acuerdo...

Sin embargo, los que se disfrazaron de héroes entonces, usaron máscaras de cera o de cartón que se les han deshecho con el calor del rubio oro, con la lloviznita de las esperanzas, porque ahora están callados, silenciosos, o, lo que es peor, chillando como monos o como ranas en elogios de los nuevos mayoriales!

Contempla, Cohucelo, el panorama... ¿acaso no es justo ya, que por el clamoroso triunfo de tus “principios”, se te reconozcan los méritos? ¿Por qué si tantos se van, tú no regresas? ¿Por qué has de seguir humillado cuando tantos de tus discípulos logran la victoria y la alabanza?

Señores, Pedro José Cohucelo, legítimo precursor de la desvergüenza, la adulonería y la traición debe regresar a Cuba, y su retorno ha de ser motivo de festejos insignes que al cabo le rendirán sus discí-

pulos, reconocidos y avergonzados por su olvido momentáneo al maestro...

Y por si alguno, ingrato aún, pretende negar al Mesías, yo le regalaría a Cohucelo, al gran “Pluma de Fuego”, una preciosa y eruditísima colección de manifiestos y periódicos, con clarinada de “héroes” de ayer y *cohucelistas* de hoy...

DOS REINAS QUE BOSTEZAN⁵³

Miss Stokes y Miss Young dicen que La Habana es wonderful

En la finca de recreo Dulce Nombre, cerca de Arroyo Arenas, tuvimos oportunidad de localizar en el mediodía de ayer a las reinas floridanas de belleza que nos visitan. Las encontramos tomando unos refrescos en la casa de guano de la finca, de una rústica y alegre belleza criolla, y de bastante buen humor, a pesar de que el almuerzo que les ofrecía la Comisión Nacional de Turismo se les prolongaba de manera aterradora. Milagro ha sido el que *Kiko*, nuestro diligente *cameraman*, no haya visto interrumpida su tarea por algún bostezo indomestizable de las reinas.

Porque conviene decir que los invitados al almuerzo, que al cabo se dio en el restaurant El Patio del paseo del Prado, tuvieron que soportar heroicamente el hambre hasta cerca de las tres de la tarde. Después de todo, conviene que los americanos se lleven una buena impresión de nuestra originalidad... Con ello, sin duda, aumentará descomunadamente el turismo.

Acompañadas por una linda muchacha habanera, la señorita Marta Valdés Amable, las reinas de la Florida se mostraron complacidas del interroga-

⁵³ 12 de abril de 1934, pp. 1, 2.

torio del *repórter*, de la belleza magnífica de Cuba, del “buen tiempo” que estaban pasando entre nosotros; de la publicidad que les ha dado la prensa y hasta de la Comisión del Turismo, porque, al cabo según nos han dicho, pudieron almorzar como corresponde a unas reinas.

Miss Vesta Stokes, que fue elegida reina en el “Festival de los estados”, en Saint Petersburg, es una espléndida muchacha, de grandes ojos azules y deliciosa sonrisa, con facciones regulares, y un cutis americano, rosa, como una portada de *magazine*. Tiene veinte años de edad y cinco pies y cuatro pulgadas de estatura. La acompaña Mrs. Clara Stokes.

Miss Marjorie Young, reina “Internacional”, nació en Holland, en la Florida, y es una muchacha rubia y también de ojos azules. Tiene una figura elegante y usa con gracia su pamelita de paja, repartiendo con toda prodigalidad las sonrisas. Es más alta que Miss Stokes, pues mide 5,7 pulgadas. También está en los 20 años y pesa 132 libras. Es acompañada por Mrs. Ann McGarry.

Ambas participarán en el concurso internacional de Atlantic City para el cual se encuentran muy esperanzadas en el triunfo.

Miss Vesta Stokes ganó la victoria contra 48 competidoras y la decisión estuvo a cargo de un jurado que permanecía anónimo entre la masa del público que presenciaba el desfile de las bellezas. Sin duda un sistema original que pronto veremos por aquí para que luego el público no se ponga a protestar.

Miss Marjorie Young triunfó sobre 38 competidoras.

Cuando la señorita Marta Valdés Amable les preguntó qué les parecía nuestro país exclamaron:

“¡Ah, wonderful!...”. Maravilloso, sencillamente. Piensan estar entre nosotros hasta el sábado disfrutando, minuto a minuto, de las fiestas y homenajes que se les rinden.

Mientras estén aquí, serán atendidas, aparte de por sus damas de honor, por la señorita Valdés Amable y Sisto, por el señor George A. Simon, comisionado por la United Steamship Agencies, de Saint Petersburg, Florida, y por el señor José L. Greña, presidente del Bureau General de Agentes Turísticos.

MÉDICOS E INTELLECTUALES ALARMADOS ANTE EL ESTADO DE LOS OBEROS DETENIDOS⁵⁴

El médico del Penal los visita, pero las condiciones del local son pésimas

La prolongación indefinida de una huelga de hambre que reviste ya caracteres de un estoicismo extraordinario, no podía dejar de provocar la atención más interesada de Defensa Obrera Internacional, organización que, aparte de las actividades de agitación que ha venido desplegando con motivo de la actitud de los huelguistas, gestionó la formación de un grupo de periodistas y médicos que se encargaran de realizar una visita a las galeras del Castillo del Príncipe, donde se encuentran postrados los presos sociales en su huelga de alimentos.

Con el fin de poder realizar la mencionada inspección, los señores Dr. Juan Marinello, Regino Pedroso, el doctor Cuéllar Vizcaíno y el que suscribe, trataron de entrevistarse en la mañana de ayer con el señor subsecretario de Gobernación, en cuyas oficinas permanecieron hasta pasadas las dos de la tarde, hora en que fueron notificados de que la petición sería resuelta por el secretario pasadas las cinco de la tarde.

Visita al Castillo

Como la duración de la huelga demandaba una acción inmediata, los médicos, periodistas y abogados

⁵⁴ 14 de abril de 1934, pp. 1, 2.

enviados por Defensa Obrera Internacional para que visitaran y rindieran su informe al público sobre el estado de los presos, a las tres de la tarde se dirigió al Castillo del Príncipe con la esperanza de que las autoridades de aquella prisión facilitaran el trabajo de los comisionados. En esta misión participaron las doctoras Berta Dardet, Josefina García de Sotolongo y la señora Asela Jiménez de Martínez Villena; los doctores Gilberto Ante, Rodolfo Pérez de los Reyes, Federico Sotolongo y los periodistas doctor Juan Marinello, Manuel Cuéllar Vizcaíno y Pablo de la Torriente, por la redacción de *Ahora*.

Cortesía del Sr. M. López Rodón

Por encontrarse en el Castillo el señor Manuel López Rodón, Inspector de Cárceles y Prisiones, la visita de los comisionados no encontró dificultades de ningún género y procede decir aquí que el señor López Rodón facilitó en todo lo posible la actuación de los que llevábamos la misión de informar sobre los presos en huelga de alimentos.

“La cámara”

Cuando entramos en la vasta y sucia galera de “La cámara”, los que la recordamos y la recordaremos siempre como un constante hervidero de gritos y protestas, recibimos al entrar en ella una aguda impresión: la impresión del silencio. Cuarenta y seis camas en varias filas, calladas, inmóviles. Los hombres tirados en ellas, mudos, amarillos; la mirada turbia, apagada; se mueven lentamente, como en cámara

lenta. Da la galera la impresión de los heridos de algún desastre, de algún bombardeo, refugiados perentoriamente en una casa destartalada. Para un lado está Rolando Soria, el magnífico agitador oriental, el hombre que más tiempo guardó prisión como preso político del machadato, y que, después, con la posible excepción del gobierno de Hevia, ha estado preso en distintas ocasiones en todos los otros innumerables gobiernos que ha tenido la República. Rolando Soria es uno de los líderes de la huelga de alimentos. Se rumora que a él no se le soltará; lo que quiere decir que la agitación obrera permanecerá alerta, porque no puede dejar abandonado a un hombre como Rolando Soria, capaz de cualquier sacrificio y que ha sido líder del movimiento.

Un hombre para la enfermería

Pocos minutos después de entrar los visitantes en la galera, hay que sacar a un hombre para la enfermería. Es un obrero. Un negro de brazos potentes que mueve con lentitud, como una maquinaria grande que no tiene combustible. Es Luciano Terry. Tiene 108 pulsaciones.

Peor que la “comandancia” machadista

Rolando Soria nos dice: estamos peor que en tiempos de Machado. Entonces, la famosa Comandancia Militar imponía penas de 15 días, hasta seis meses. Ahora aquí hay hombres condenados hasta por un año de prisión, solo por habérseles cogido un manifiesto

en los bolsillos. En la enfermería hay uno que se llama Erasmo Olivera, de Manzanillo.

Enfermos en huelga de hambre

Hay hombres en huelga de hambre que demuestran poseer una entereza realmente heroica. Son los hombres que resisten a la tentación de comer luchando contra el enorme hándicap de haber iniciado la huelga de alimentos encontrándose enfermos ya. Tales son, por ejemplo, Teodolindo Jurjo, un hombre que llevaba 25 días enfermo en la cárcel de Camagüey y que, al ser trasladado a La Habana, se solidarizó con la actitud de sus compañeros; también Hugo Díaz Díaz, enfermo de amigdalitis aguda. También están algunos enfermos de reuma, como José Yera, que se retuerce de dolor. Están, con las espaldas al aire, marcadas aún de los planazos, dos de los obreros golpeados en la cárcel de Santa Clara. Hay hombres que presentan síntomas de intoxicación, Octavio Martínez, un joven obrero de 17 años. Los médicos se muestran verdaderamente preocupados. Hay aún tres obreros de Santiago de Cuba, que cuando llegaron trasladados al Príncipe, llevaban ya un día de huelga de alimentos. El último detalle es el de un joven de apellido Oliva, que acababa de dar 500 gramos de sangre para una transfusión, cuando se acordó ir a la huelga.

La comida ha mejorado

Como un detalle curioso, de una ironía molesta, López Rodón nos muestra la comida del penal, la

que hay que confesar que es bastante mejor que la que se servía antes.

El asesino de Wong

El asesino del chino Wong, Miguel Ángel Rodríguez, presta sus servicios de “mayor” y se permite el lujo de entrar en la galera donde sostienen la huelga de alimentos tantos de los compañeros de aquel luchador sacrificado. Se le llama la atención a López Rodón, que ignoraba el asunto, para que coloque a tal hombre en el lugar que le corresponde. La acusación contra Miguel Ángel Rodríguez le cae por distintos caminos; pero, principalmente, por la discusión que delante de muchos presos políticos sostuvo en tiempos de Machado con Raúl Argüelles.

El ánimo triunfador

Recorriendo la galera hemos recogido dos *souvenirs* de la huelga de hambre. Son dos borras [sic] hechas en los primeros días, cuando aún los presos se levantaban a pasear y contienen lemas y anuncios de lucha. “El ánimo se mantiene entero”, nos dice Soria. Y, al salir, encontramos los paredones llenos de los gritos combativos que usan los proletarios en su lucha sin cuartel contra el imperialismo y por la victoria de las reivindicaciones sociales. Unos dicen: “Libertad o muerte”. Otros, categóricos: “Exigimos nuestra libertad”. Uno grita: “Viva la huelga de hambre”. Se amontonan los lemas: Viva la Liga Juvenil Comunista. Viva el A. I. E. Obreros explotados: ingresad en DOI.

Cuando ya nos vamos, los hombres en huelga de hambre nos dicen con sus voces débiles:

—No se olviden de los compañeros de La Cabaña, que están igual que nosotros... Y los de Guantánamo...

Y nos retiramos absolutamente conscientes de que hay allí hombres que son capaces de dejarse morir antes que cejar en su empeño.

Libertad o muerte, claman, y lo cumplirán.

Y a la puerta del Castillo, una madre viejecita lloraba de rabia por no poder ver a su hijo, casi grita: “Si se muere mi hijo yo me voy a matar también”...

Informe de los médicos

Integrando una comisión de Intelectuales y Médicos e invitado por la Defensa Obrera Internacional, asistimos en la tarde de hoy a la cárcel de esta ciudad con el objeto de visitar un grupo numeroso de obreros que se encuentran, desde hace cinco días, en huelga de hambre como protesta a la injusticia de sus detenciones.

No es de relativa actualidad el estudio de un tema de tanta trascendencia médico-legal; pero la frecuencia con que se presenta en las diferentes naciones, determina que el médico se encuentre siempre dispuesto a corresponder a invitación tan generosa.

El interés despertado en nosotros tiene un doble aspecto: el aspecto médico, rico en enseñanzas clínicas y psicológicas, y el aspecto humano frente al acto de protesta acordado por un grupo de proletarios que, esclavizados por el hambre

y la injusticia, rehúsan tomar alimentación y auxilio.

Analizaremos en primer lugar las condiciones higiénicas del local en que se encuentran reclusos.

Una galera sucia y enmohecida, en la cual se encuentran hacinados un grupo numeroso de presos políticos –todos obreros. Un olor desagradable que es producido por la carencia de higiene.

Cuarenta y seis presos, tendidos en unas camas desprovistas, en su mayor parte, de ropas. Una temperatura sofocante hace dificultosa la respiración. Un techo metálico expande un calor espeso. Por todas partes hay ropas pertenecientes al uso personal de los presos.

Hombres debilitados por cinco días de absoluta abstinencia extendidos sobre camas viejas, en silencio. Los hay de todos los colores. Responden a nuestras preguntas, algunas veces de manera dificultosa. Siempre interrogan sobre su libertad y hacen protesta de la injusticia de su detención. “Pedir un poco más de pan es un crimen horrendo”...

Algunos se mantienen con cierto grado de actividad; hombres fuertes, musculosos, de grandes reservas orgánicas. Los más están como en actitud somnolienta, otros, con un poco de agitación nerviosa. Muchos sufren dolores intensos de cabeza, producido por intoxicaciones de origen intestinal.

No se lleva un récord de su temperatura ni de sus pulsaciones. Abandonados a su sacrificio, enteramente.

En algunos la facie es alarmante. Están surmenageados, intoxicados profundamente, como el joven de 17 años Octavio Martínez. Otros experimentan dolores articulares intensos, resultado de trastornos del metabolismo.

Mientras observábamos a cada uno, mientras los interrogábamos detenidamente y nos expresaban su decisión de continuar en su huelga de hambre, el obrero Luciano Terry fue trasladado urgentemente a la enfermería de penal. Una debilidad creciente, 108 pulsaciones por minuto, aconsejaban la medida: sus ojos estaban hundidos en unas órbitas hondas.

Por la mañana, el menor Ramón Díaz había sido trasladado, igualmente, a la enfermería. Había tenido esputos sanguinolentos. Una hemoptisis intercurría su cuadro de debilitamiento.

No había un tratamiento apropiado para los huelguistas, ni hay dispuesto personal competente para la observación constante, a los cinco días, cuando las fuerzas comienzan a flaquear intensamente y existe la posibilidad de complicaciones que encuentran campo propicio en un organismo con defensas orgánicas agotadas. Algunos presos atienden a sus compañeros.

¿Cuál es nuestro concepto médico de este cuadro? Puede deducirse de los párrafos anteriores que una huelga colectiva significa un proceso complejo del cual no pueden salir indemnes todos los

infelices que sumidos en el dolor se han visto obligados a esta clase de protesta. Las condiciones adversas del lugar, la carencia de higiene, el calor sofocante, el hacinamiento, son elementos muy de tener en cuenta. Las enfermedades latentes de un proletariado sometido a salarios de hambre, el debilitamiento de los recursos naturales con que cuenta el organismo para defenderse contra la invasión de gérmenes patógenos, la materia orgánica de algunos de los presos hace presumir el peligro en que se encuentran esos hombres. Prueba de ello es que a los cinco días se han presentado algunas enfermedades agudas: amigdalitis aguda, en el joven Hugo Díaz Díaz; hemoptisis en el menor; fenómenos bronco-neumónicos; sospechas de tuberculosis pulmonar, despertadas en medio de un cuadro tan espantoso de miseria.

Algunos nos mostraron cicatrices recientes de castigos sufridos en otras cárceles y otros, como el señor Teodolindo Jauja, las señales de un período largo de sufrimientos anteriores a la huelga.

Es difícil la descripción en medio de un cuadro tan doloroso, sin que nos tengamos que separar de un estudio sereno desde un punto de vista médico, si se piensa que todo él es el producto de un “delito” fabricado por el hombre para la esclavitud de los desposeídos. Este cuadro, lejos de influir en su ánimo para abandonar su decisión, lo anima a mantenerla, ya que la huelga de hambre, en un puro concepto médico legal, no es un suicidio por inanición, como han creído muchos, sino un acto de protesta, individual o colectiva, contra alguna injusticia cometida, sin que el fin

inmediato sea la muerte. El suicidio, en cambio, es un acto voluntario del hombre para privarse de la vida, con el fin de sustraerse a la pesada carga de sus dolores, contrariedades y miserias. El suicida, como dice Morselli, “ejecuta ese acto debido a la desesperación de no haber alcanzado o de haber perdido lo que se apreciaba, en estado emotivo de pasión más que la vida”.

Es claro que la definición misma implica ciertos puntos de contacto entre el suicida y el huelguista de hambre, a tal punto que llevado más allá de sus previsiones puede llegar a la muerte, como en el caso, ya clásico, del alcalde de Cork.⁵⁵ Así se ha ido modificando, recientemente, y de acuerdo con la verdad, el concepto, desde el Prof. Bogdan, que aseguraba que la huelga de hambre era “el rechazo de alimento para morir”, hasta Chauffard, que asegura que los huelguistas “no buscan suicidarse, sino que quieren a toda costa obtener una ventaja política o judicial, y ponen su vida en juego”. Esto es, el suicida termina su vida, en un raptó de locura por el convencimiento de que su vida no será feliz, individualmente, con un fin egoísta. El huelguista de hambre pone en peligro su vida como protesta a hechos que interesan a la colectividad.

⁵⁵ Terence Joseph MacSwiney (1879-1920). Nació en Irlanda. Elegido alcalde de Cork en plena guerra de independencia irlandesa, fue arrestado por las fuerzas británicas, acusado de sedición y encarcelado en Inglaterra. Su muerte, tras 74 días de huelga de hambre, colocó la situación irlandesa en los primeros planos de la política mundial.

Dice Halbwachs que “el suicida se oculta para conseguir su acto”. El huelguista de hambre, en cambio, manifiesta su intención simulando el suicidio, para llamar más la atención a su protesta; procede en sentido inverso al suicida, tanto en la forma de llevar a cabo sus intenciones como el procedimiento que elige. No es concebible un suicida por inanición más que en casos extremos de locura, porque su intención, la intención del suicida, es la terminación rápida de su vida.

Tema amplio, pues, no es para ser tratado en este informe, sino en el ensayo. Pero es de notar que las condiciones ambientales obligan al huelguista de hambre a mantener su decisión, porque todo concurre en su contra, desde la injusticia de su detención que se mantiene, hasta las condiciones higiénicas, que le son adversas.

Pero, la responsabilidad de un gobierno no está simplemente, en mirar con indiferencia hechos como este que mantienen la expectación en la opinión pública, sino en la resolución inmediata de la situación de estos hombres, cuyo delito es fácil de rechazar por toda conciencia honrada. Ellos no piden otra cosa que su libertad.

Doctores Gilberto Ante Jiménez; Rodolfo Pérez de los Reyes y Federico Sotolongo.

Informan los intelectuales

Hemos visitado en el Castillo del Príncipe a los obreros y estudiantes en huelga de hambre y queremos dar nuestra información veraz, al propio tiempo que consignar nuestra protesta.

El estado de los compañeros presos es ciertamente de cuidado. Cinco días sin ingerir alimentos han producido en algunos, estados de verdadera gravedad. Buena cantidad de ellos han sido trasladados a la enfermería por haberseles presentado síntomas alarmantes. Los más robustos resisten, pero con visible debilitamiento. El espíritu de los huelguistas es firme. Solo la libertad los hará cesar en su decisión.

Tuvimos la oportunidad de ver a algunos de los obreros salvajemente golpeados a plan de machete en la cárcel de Santa Clara. No tenemos que consignar nuestra actitud frente a este hecho sin calificación.

Nos interesa dejar consignada nuestra protesta por el alojamiento en alto grado antihigiénico en que están los huelguistas de hambre. Es un barracón infecto, sin luz, sin ventilación, respirando una atmósfera maloliente, descansando en camastros míseros, cubiertos por ropas harapientas y empercudidas, estamos seguros de que en el mal estado de muchos tiene parte el ambiente, del todo dispuesto a precipitar la intoxicación y la fatiga.

Protestamos también, una vez más, contra un gobierno reaccionario y fascistizante que dictando decretos dignos de Hitler, sitúa a los trabajadores revolucionarios en coyunturas como la presente. La protesta de los obreros y estudiantes presos es justísima. Nosotros, con ellos, afirmamos que su prisión es arbitraria e inhumana y que solo un sometimiento definitivo del gobierno a la presión del capitalismo yanqui y cubano explica esta privación de la libertad.

Doctora Berta Dardet; señora Acela Jiménez, viuda de Martínez Villena; doctor Juan Marinello Vidaurreta; señor Regino Pedroso; doctor Rodolfo Pérez de los Reyes; señor Pablo de la Torriente Brau; doctor Federico Sotolongo; doctor Gilberto Ante Jiménez y señor Manuel Cuellar Vizcaíno.

Tres obreros en libertad

A los pocos momentos de haber sido puestos en libertad, los obreros de la Casa Sarrá: José Nimo, Cándido Iglesias y José Bustelo, visitaron la redacción de *Ahora*, primeramente para demostrar su agradecimiento por la campaña que a favor de ellos se ha venido haciendo diariamente y para hacer público todo el trabajo y atropellos de que han sido víctimas, exclusivamente por haber ido a la huelga de alimentos, con el lema de “Libertad o muerte”.

Los visitantes nos hacen saber que llevaban 60 días presos y cinco días en huelga de alimentos, la que comenzaron el domingo próximo pasado a las 10 de la noche.

Quedan 64 presos

En el Castillo del Príncipe y en la cárcel de Matanzas, adonde fueron trasladados injustamente, con el deseo de romper la huelga de alimentos, quedan 64 obreros presos, en gravísimo estado de salud, corriendo verdaderamente peligro de muerte.

El jefe de la cárcel

Los obreros que fueron puestos en libertad ayer nos informan que el jefe de la cárcel continuamente está

haciéndole ver a las autoridades la gravedad de los que sostienen la huelga de alimentos. Allí existe un continuo “corre corre”. Un obrero que se desmaya, otro que pierde el pulso, otro que es víctima de un ataque, etc., etc. Y sin embargo, las autoridades no quieren oír al jefe de la cárcel.

Chocó la ambulancia

Cuando llevaba 48 horas en huelga de alimentos, el obrero José Nimo fue internado en una ambulancia, con otros siete compañeros, para ser trasladados a Matanzas, a las 10 de la noche. Pero al salir la ambulancia, en la esquina de Infanta y Carlos III, chocó y se perdió el tren. Entonces los llevaron nuevamente para el Príncipe. Pero al otro día, a las 10 de la mañana, los mandaron para Matanzas.

Un mensaje sin atender

Cuando Nimo está en el tren para ser enviado a Matanzas, llegó un mensaje de la Secretaría de Gobernación para su reingreso en el Príncipe, pero los soldados que iban custodiando a los obreros presos no hicieron caso al mensaje. Nimo fue para Matanzas.

El regreso de Nimo

Después de estar en Matanzas, se ordenó nuevamente el traslado de Nimo para el Príncipe, todo esto en huelga de alimentos. Seis soldados lo pasearon por las principales calles de Matanzas como si fuera un asesino, atado de manos. Ya en el tren se compadecieron y le zafaron las esposas. Quedando sus siete compañeros en Matanzas.

Irán a Pinar del Río

También los visitantes nos informan que en el Príncipe tienen el propósito de trasladar a otros obreros que están en huelga de alimentos, para la cárcel de Pinar del Río. Y es necesario que se sepa, que el estado débil de esos individuos es alarmante y en un viaje de esos, pueden morir algunos de esos infelices.

Los hermanos Aldaya

Nos dicen varios huelguistas de la Casa Sarrá, que los hermanos Aldaya, de la Junta Patronal, creían que los citados obreros que ayer fueron puestos en libertad iban a ser expulsados de Cuba, al extremo de manifestar que si eso sucedía se cambiaban el nombre. ¡Qué problema ese para los hermanos Aldaya!

Servicio médico

La Cooperativa de Médicos Nacionales, de Manrique 124, ha ofrecido completamente gratis sus servicios a todos los obreros que han sostenido la huelga de alimentos. Pueden pasar por allí para el reconocimiento y atención.

El dolor de las madres

La señora Carmen Pérez, madre de uno de los obreros presos, ha dirigido una carta al director de *Ahora*, doctor Martínez Márquez, informándole que antes de anoche vio a su madre, por la noche, pidiendo a gritos que le salvara a su hijo, que se encuentra

preso por el solo hecho de ser obrero. La informante dice que hay también otra madre que ha dejado de comer para morir al igual que su hijo.

La Liga Juvenil Comunista, Sección de Jesús del Monte; los obreros del Calabazar de La Habana; los de la Sección de la Internacional Comunista del barrio del Arsenal; los 150 obreros huelguistas de la fábrica de *whisky*; los pertenecientes al Partido Comunista de Cuba, de los barrios de Cerro y Mariano, los obreros del Cañón Rayado, de Cienfuegos; la Liga Juvenil Comunista de Cuba, Comité Distrital de La Habana; la Liga Antimperialista de Cuba, Comité Ejecutivo Nacional; el Comité Central del Sindicato Nacional de Obreros del Transporte y otras organizaciones obreras, protestan asimismo de que se mantengan presos y expuestos a morir esos proletarios cubanos que sostienen la huelga de hambre.

Además, el Sindicato Nacional de Obreros del Transporte se queja de la conducta que en este caso observa la Secretaría de Gobernación, a la que le ha dirigido siete despachos telegráficos, impuestos en Luyanó, sin que se haya prestado atención ni se diera por enterada de esa petición que hacen miles de obreros a favor de sus compañeros.

Tres fiscales

El fiscal del Tribunal Supremo, el de la Audiencia y el del Tribunal de Defensa, visitaron ayer a los obreros presos que sostienen la huelga de alimentos, hablando con ellos. Los citados funcionarios, según nos informa el alcaide del penal, tuvieron frases de consuelo para los detenidos y principalmente para los obreros de Sarrá, diciéndoles que la justicia

pronto resolvería su situación. La impresión es de que el presidente de la República, por decreto dispondrá la libertad de esos presos.

Familiares de presos

Madres, esposas, hermanas y otros familiares de los obreros y estudiantes presos en el Príncipe, visitaron la redacción de *Ahora* para que por medio de estas columnas recabemos del presidente Mendieta la libertad de los trabajadores detenidos sin causa justificada. Nos informaron esos familiares que habían visitado al fiscal del Tribunal Supremo y este, en vez de darles ánimos, se los restó.

Las madres en Palacio

De nuevo visitaron Palacio con el propósito de ver al presidente las madres de los obreros y estudiantes presos. No fueron recibidas. Se dirigieron luego al Tribunal de Defensa y de allí vinieron a este periódico. Las acompañaban representaciones de diferentes organizaciones obreras.

Telegrama al Presidente

El doctor Carlos Manuel Betancourt, abogado de los obreros presos, ha dirigido al presidente de la República el siguiente telegrama:

Presidente Mendieta,

Palacio, La Habana

Los obreros declarados en huelga de hambre mantiéñense inquebrantables en su actitud,

hallándose algunos en gravísimo estado. Si mañana no son puestos en libertad morirán fatalmente, casi todos están postrados. Están acusados de hechos que no tienen importancia y sabemos cómo fabrican acusaciones falsas los guardadores del orden. Ningún tribunal de derechos podrá condenar a estos obreros acusados con pruebas tan deleznable y raquíticas. Urge orden inmediata libertad.

Carlos Manuel Betancourt,

Abogado defensor

También envió este despacho:

Pelayo Cuervo, secretario de Gobernación. Habana. “Urge inmediato traslado Habana huelguista hambre llevados indebidamente cárcel San Severino”.

Carlos Manuel Betancourt

Abogado defensor

Lo que dice el doctor Betancourt

El gobierno debe decretar inmediatamente una amnistía total para asuntos obreros, ordenando inmediatamente la libertad de esos detenidos a cuyo alrededor la muerte empieza a bailar danzas siniestramente trágicas.

Eso es preciso hacerlo mañana y mañana mismo excarcelarlos pues no es posible esperar el señalamiento de los tribunales de justicia que por muy

rápidos que quieran andar, dado el cúmulo de asuntos que sobre ellos pesan y los inconvenientes naturales del juicio oral y las pruebas a desarrollar, no tienen materialmente tiempo para resolver este asunto. La gravedad del conflicto es extraordinaria, indico el remedio para evitar males mayores. La política de la represión y el castigo cruel generan odios y despiertan el natural sentimiento de venganza. Hay que actuar discretamente.

Carlos Manuel Betancourt.

Al despedir ayer a los periodistas, el subsecretario de Gobernación, Dr. Pelayo Cuervo, informó que serían decretadas las libertades de varios obreros, de los que se encuentran en el Castillo del Príncipe, sujetos a causas que se instruyen en el Tribunal de Defensa Nacional, por infracciones de los decretos sobre las huelgas, por haberse revocado los decretos de expulsión dictados. Entre esos presos figuran algunos de los que desde hace días mantienen la huelga de hambre en el penal.

Agregó el Dr. Cuervo que con relación al problema creado por la huelga de hambre, propondría al Consejo de Secretarios, a fin de evitar la repetición de esos conflictos, la promulgación de un decreto acortando el término fijado para la solución de los casos sometidos a la jurisdicción de esos tribunales.

Informa el alcaide

El alcaide de la cárcel, señor Wanton, estuvo ayer en Gobernación e informó que continuaba igual al día anterior la huelga que mantienen los presos.

Un grupo de esos presos iban a ser trasladados a la cárcel de Pinar del Río, pero se ha desistido de ese propósito por el agotamiento físico que se observa en ellos.

Los presos de Guantánamo

El doctor Castellanos, alcaide de la cárcel de Guantánamo, informa telegráficamente al secretario de Gobernación, que continúan manteniendo la huelga de hambre en aquel penal un grupo de presos, acusados por infracciones de los decretos sobre las huelgas.

Ha dispuesto dicho funcionario el traslado para el hospital civil, de los presos Armando Cuadrado Martínez, el que padece de una congestión pulmonar y de astenia por falta de ingestión de alimentos; de los hermanos Idmon y Ernesto Abale, y de Eugenio Delgado García, que también son huelguistas, padeciendo el último, además, de paludismo.

El señor Castellanos informó también que el resto de la población no secunda el movimiento iniciado y que personalmente gestiona que los presos en huelga depongan su actitud, rogándoles acepten los alimentos que se les brindan.

En Matanzas

El señor La Osa, alcaide de la cárcel de Matanzas, dio cuenta de que los presos que procedentes del Castillo del Príncipe fueron trasladados a aquel establecimiento, por estar sujetos al Tribunal de Defensa Nacional se han negado a ingerir alimentos, sumándose a esa actitud algunos de los presos que por igual causa se encuentran allí detenidos.

Solicitan la libertad de los presos

Una comisión integrada por el Dr. Juan Marinello, nuestro compañero Pablo de la Torriente Brau y Rogelio Pedroso, visitó al secretario de Gobernación para solicitar la libertad de los obreros presos.

Haciendo igual petición se han recibido en Gobernación distintos telegramas, entre ellos de Defensa Obrera Internacional, Sección de Güines, y de los torcedores de la fábrica La Diana, de esta capital, y de otras organizaciones.

Más libertados

Anoche fuimos visitados por dos obreros que pocos momentos antes habían sido puestos en libertad. Son ellos: Ceferino Benítez y Pedro Luis Rey, los que nos manifestaron que eran sus propósitos, al venir a *Ahora*, felicitar en primer lugar a este periódico por la campaña que ha venido y viene sosteniendo a favor de la clase trabajadora, y en segundo término para protestar del trato que reciben los obreros internados en La Cabaña, a los que no se les deja leer en alta voz los periódicos, así como que son sometidos al régimen carcelario más férreo. Finalmente piden sean puestos en libertad los que quedan detenidos injustamente en las cárceles de toda la República, muy especialmente a los que desde hace muchos días están declarados en huelga de alimentos.

II. Peleando con Sandino

El teniente coronel Aponte ha añadido un episodio más a su dramática vida de revolucionario; con motivo del primer reportaje de esta serie se entró a tiros con su compatriota el general Rafael Simón Urbina,⁵⁷ a quien hirió de gravedad, recibiendo él una herida en un pie. Luego, por la madrugada, fue rescatado por varios individuos de la clínica en donde estaba bajo la custodia de la Policía. Con motivo de este incidente se ha dado por la prensa una numerosa información muchas veces equivocada. Hasta se ha dicho que el coronel Aponte era “vicentista”. Para decir esto se necesita estar completamente ignorante de los problemas de América y aun de Cuba, pues aquí cuando casi todo el mundo le babeaba sus guataquerías al Asno machadista, Aponte, extranjero, en el 1925, se le puso enfrente, junto a Mella y Rubén Martínez Villena. Como prueba irreducible de la personalidad de Carlos Aponte reproducimos hoy en facsímil, dos documentos históricos firmados por el general Sandino, que dan muestras de lo que fue él en el Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua. Más adelante habrá ocasión de perfilar por completo la silueta de un hombre de sinceridad ruda y de historia que resiste el parangón de cualquier otra.

⁵⁶ 15 de abril de 1934, pp. 2, 4.

⁵⁷ Rafael Simón Urbina López (1897-1950).

Ante el general Sandino

Aponte nos cuenta cómo fue que regresó de México a La Habana y cómo aquí, en el cabaret Montmartre, acabó a botellazos con media delegación americana a la farsa de la Conferencia Panamericana. A raíz de ese incidente fue que salió para Nicaragua, con pasaje conseguido entre los jóvenes médicos amigos suyos, y con una carta de Rubén Martínez Villena para su colega de entonces, el poeta Froilán Turcios, representante de Sandino en Honduras y hombre a quien este conservó mucho tiempo una estimación inmerecida por completo.

Celebrada la entrevista con Turcios, partió para las Segovias, región de Nicaragua donde con frecuencia actuaban las fuerzas sandinistas y pudo, tras penosas caminatas, llegar, con el auxilio de “chanes” (guías, prácticos), hasta el Cuartel General de Sandino en marzo de 1927.⁵⁸

Antes de llegar a la “champa” (bohío) en donde Sandino tenía instalado su Cuartel General, Aponte fue conservado en el “retén” del general Girón Ruano, de donde, más tarde, pasó a la presencia del Héroe de las Segovias.

No hay que pintar la figura del general Sandino. Todo el mundo puede recordarla. Pero hay que decir que aquel hombre pequeño, frágil casi, impresionó vivamente a Carlos Aponte, que se sentía, antes de llegar al campamento, excesivamente orgulloso con su grado de capitán de las guerras venezolanas. A los pocos minutos de conversar con Sandino, se dio cuenta de que era nadie, de que tendría que ganarse

⁵⁸ En realidad se incorporó en el mes de marzo de 1928.

pulso a pulso la consideración de unos hombres para quienes morir era como arrancar hojas al almanaque, cosa de todos los días. Se dio cuenta también de que no estaba sino en la presencia de un hombre de condiciones extraordinarias, de misterioso poder magnético sobre sus hombres, de un don psicológico excepcional. “Lástima –nos dice Aponte– que un hombre semejante cayera en la sucia tentación de pactar con Sacasa...”.

Yo creo –agrega– que Sandino, que había pasado a ser un luchador por la causa de América Latina contra el imperialismo yanqui, influenciado por la ideología de Bolívar y Martí, o cansado personalmente, o temeroso del cansancio de sus hombres, cayó en el pacto con Sacasa en esperanza de poder controlar la Guardia Nacional y de darle el golpe a su enemigo que al cabo fue quien lo madrugada... Siempre he defendido a Sandino como un hombre de un valor personal extraordinario, de magníficas condiciones de estrategia, habilísimo guerrillero y hombre enérgico y decidido. Pero la historia no podrá menos de juzgar con severidad al hombre que en 1927 dijo: “Mientras se encuentre en el territorio de mi Patria un mercenario *yankee* seguiré castigándolos”, y luego pacta con un hombre como Sacasa, uno de los hombres más repulsivos de Nicaragua, en donde surgió ese engendro humano de Moncada.⁵⁹

Yo, desorientado, suspicaz siempre ante los informes de la prensa servidora del imperialismo yanqui, he defendido al general Sandino en

⁵⁹ José María Moncada.

Ecuador, en Chile, en dondequiera que he estado; pero ahora, conociendo ya con certeza las cláusulas bochornosas del tratado que suscribió, tan contrarias a la ideología que tantas veces me manifestó, no puedo por menos que condenarlo. En lo adelante tendré que decir que el general Sandino fue un excelente caudillo militar, un genial guerrillero, pero que traicionó los ideales de la rebelión a la que, con su gran personalidad, arrastró [a] millares de indios de Honduras y Nicaragua, los que al cabo de ocho años de fatigas, hambres y miserias, han quedado peor aún que antes, desamparados, sujetos a todas las bestialidades y las revanchas, y, lo que es peor aún, a punto de caer en las manos de un tipo tan miserable como el Dr. Cepeda,⁶⁰ antiguo médico de la Ford, en México, que es hombre ideal para prestarse a toda clase de manejos y componendas con los Caffery y Welles de la “suave” diplomacia americana...

El Dr. Aguas Calientes

En su deseo de darnos un juicio sobre Sandino el coronel Aponte se ha desviado del tema de su primera entrevista con el general nicaragüense. Le llamamos la atención y nos cuenta cómo, después de varias preguntas sobre Venezuela, Sandino le mostró un extraordinario interés sobre el desarrollo de la Conferencia Panamericana en La Habana.⁶¹ Al

⁶⁰ Pedro J. Zepeda.

⁶¹ Celebrada entre el 16 de enero y el 20 de febrero de 1928. La delegación nicaragüense estuvo encabezada por su canciller,

contarle Aponte la realidad, las maniobras asquerosas de Ferrara⁶² y otros proponiendo el principio del derecho de intervención, Sandino se quedó un rato silencioso y contrariado. Luego le dijo: “No cuente usted eso a mis hombres porque se desanimarían. El Ejército hay que mantenerlo por el optimismo, yo les había dado muchas esperanzas sobre los resultados de la Conferencia, asegurándoles la cooperación de los pueblos latinoamericanos... Y tenemos que seguir, hay que mantener el optimismo”.

Cuando estaba en este punto la entrevista, Aponte notó cómo la cara de Sandino se alargaba. Notó, también, una cierta nerviosidad en los hombres que pasaban frente a la champa del General... Sandino le dijo: “Vienen los aviones... Ahora usted será el médico del ejército”... Y salió de la casita a dar órdenes.

Aponte se asombra aún de aquel instinto del peligro que luego también adquirió y por el cual los segovianos “presentían” la llegada de los aviones de bombardeo. Y se admira más aún de que algún día él fuera nada menos que médico de un ejército...

Pero el bombardeo comenzó e instintivamente se llegó hasta un grueso palo de ocoto a refugiarse. Allí pudo observar cómo un hombre, agarrado a un tronco, le daba vueltas, mirando hacia el cielo. Le explicó que “así se le podía mejor huir a las bombas”...

quien apoyó en sus pronunciamientos la intervención norteamericana en Nicaragua.

⁶² Orestes Ferrara Marino (1876-1972). De origen italiano. Coronel del Ejército Libertador cubano. Abogado, profesor universitario, político y diplomático. Desempeñó relevantes cargos públicos en la Isla, entre ellos, secretario de Estado, presidente de la Cámara y embajador en los Estados Unidos.

Y estas eran de 60 libras y capaces de arrancar de cuajo árboles enteros.

Pero lo interesante es oír a Aponte su relato sobre su debut como médico. Un hombre, recluido en una champa, tenía medio vientre fuera, de una explosión de bomba. Era evidente que había que operarlo. Pero Aponte no se atrevió a hacerlo sin consultar con el general Salgado,⁶³ formidable figura de la guerra y que resultó un “especialista en cirugía”. El general Salgado al ver la perplejidad de Aponte, le dijo sonriente:

“Vamos, hay que preparar la carne para los zopilotes” (zopilotes, auras tiñosas). Y le entraron al hombre. Le lavaron las tripas en una palangana de agua caliente, se las metieron otra vez en el vientre y comenzaron a coserlo... Pero los aviones comenzaron su “ensayo” y hubo que dejar al herido dando unos berridos espantosos, que se escuchaban a pesar de la metralla... Cuando terminó el bombardeo media champa estaba destruida y el herido seguía chillando. Lo acabaron de coser y el hombre quedó con una sobrepanza extrañísima, dice Aponte sonriéndose.

Desde aquel día la “técnica” del agua caliente para curar toda clase de heridas y dolores, que aprendió del general Salgado, le valió el sobrenombre de “Doctor Aguas Calientes” que le dieron los indios a quienes les causaba más espanto que los aviones americanos.

Que Dios los bendiga, hijos

Pero de los bombardeos aéreos es necesario hablar un poco. Aponte nos cuenta la manera feroz con que

⁶³ Carlos Salgado.

bombardeaban los gringos la “montaña” a la menor sospecha de que en ella se encontraban los sandinistas. Los aviones, turnándose de cuatro en cuatro horas, hacían tronar el monte, roto en astillas gigantes y levantando montañas de tierra. De vez en cuando el grito de un herido y la sangre saltando encharcada. Los yanquis hacen filigranas en el aire. Son audaces. “Venían siempre borrachos los gringos” –nos dice Aponte–. Y Sandino inventó jugarretas contra la aviación yanqui y, aunque nunca lo confesaron, los hizo descender muchas, numerosas veces.

Los hombres se desparramaban por el monte, se tiraban en los “harrales” (zarzales, malezas) y, cara al cielo, esperaban el descenso del avión o de la bomba. Pronto, sin embargo, se tomó la ofensiva contra los aviones “gringos” y se les prepararon emboscadas en las que cayeron por instinto sanguinario.

Los aviones yanquis bombardeaban cuanta champa, cuanta humareda o bestias les sugirieran la presencia de seres humanos, sin consideración ninguna, y basándose en esto, Sandino ordenó la ocupación de posiciones elevadas a sus mejores tiradores y, unas veces amarrando bestias en algún “claro” y otras haciendo humaredas, los aviadores americanos cayeron en la trampa y al pasar volando bajo por los cerros vecinos, en donde de veras estaban los tiradores sandinistas, fueron derribados. Pero la lucha con los aviones era desesperada.

Bombardeaban, unas veces turnándose y otras en montones de escuadrilla. Y retemblaba la montaña. Huyeron los monos. Se quedó sin animales la selva segoviana. Y gracias a que Sandino, operaba de acuerdo con las cosechas, volviendo de tiempo en tiempo a las mismas regiones “no murieron todos de hambre”.

En esta lucha feroz de los aviones norteamericanos, Aponte, aunque sin fijarnos fecha “porque en la montaña se perdía la noción del tiempo”, nos relata cómo una vez un obispo bendijo a los aviones yanquis al salir a destrozar a los indios que peleaban por el derecho a su tierra...

Pero si Aponte ha olvidado la fecha y el lugar, no ha sucedido lo mismo con Alemán Bolaños,⁶⁴ el agente de Sandino a quien se copia mucho, sin citarlo, según he podido apreciar, y el que se refiere al hecho cuando [lo] comenta en carta al Papa por haber bendecido al general Moncada, hombre más vil aún que Machado... Nada, pequeños deslices de su Santidad.

La cabeza de Sandino

El espacio de que dispongo este domingo me obliga a limitar el relato. Siento no poder hablar de la fiereza y de la bajeza con los prisioneros a quienes llegaban hasta violar antes de asesinarlos; siento también no hacer mención de la campaña de Sandino contra “los vendepatria”, que sintetizó en su famosa frase: “O sandinistas vivos, o vendepatria muertos”. Hay infinidad de episodios dramáticos, intensos, cuya narración sería de un apasionado interés. Hay también en la gesta sandinista hombres cuyos perfiles son más puros, más firmes que los del mismo Sandino. Hombres como el guatemalteco Manuel María Girón Ruano, martirizado canallescamente antes de ser fusilado y que ponía por basto a la montura de su mula las banderas arrebatadas a

⁶⁴ Gustavo Alemán Bolaños. Autor del libro *Sandino, el libertador*.

los yanquis; hombres como el indio Salgado, con sus ojos verdes fosforescentes, que dijo: “Este banquete se lo come el demonio”, cuando se pretendió fusilar a Girón Ruano, indicando con ello que los muertos serían montañas antes que sucediera tamaña atrocidad, hombres como Zequeira, traidor y valiente como un tigre, y cuya muerte tiene una fuerza que acaso solo el cinematógrafo podría revelar...

Pero el espacio está limitado y voy a relatar el combate de Las Cruces, típico de la campaña de Nicaragua y en el que, con la posible excepción de El Bramadero,⁶⁵ fue en donde los “gringos” tuvieron más numerosas y sensibles bajas.

Los sandinistas oponían la emboscada a la fuerza bruta y las ventajas que les reportó el sistema podrán apreciarse por esta narración. En este combate, que según Alemán Bolaños se dio en noviembre de 1927, ya Aponte actuaba como ayudante de Tranquilino,⁶⁶ uno de los más expertos lanzadores de bombas de cuero del ejército sandinista.

El Chipote era el Cuartel General de Sandino (y conviene indicar que Sandino, discípulo de Pancho Villa, a cuyas órdenes había peleado,⁶⁷ tenía la astucia de cambiar el nombre a todos los lugares por donde pasaba, de manera que nunca se sabía su posición geográfica) y desde él ordenó la colocación de

⁶⁵ Combate ocurrido el 27 de febrero de 1928.

⁶⁶ Todavía Aponte no había llegado a Nicaragua, pues la acción sucedió el 1º de enero de 1928. Al parecer su relato está basado en las narraciones que escuchó en la selva nicaragüense. Pablo también incorpora datos del libro de Alemán Bolaños para reconstruir los hechos.

⁶⁷ El dato es incorrecto.

las emboscadas en la convergencia de caminos que formaban Las Cruces. Allí, apostados en los bordes de un camino trillado que orillaba las montañas, formaron las fuerzas sandinistas. Una ametralladora de mano, con unos rifleros, protegió el flanco, y otras dos o tres más, Lewis y Thompson, se dispusieron de trecho en trecho, controlando bajo sus fuegos y el de los rifleros, alternando con los doscientos metros de camino que lanzadores de bombas más de se iría [sic] llenando poco a poco de yanquis.

Era emocionante –nos cuenta Aponte– la emboscada. Se escogía a los hombres con mucho cuidado. No se podía toser, casi ni respirar. El que hiciera el menor ruido, el que fumara, cualquiera que provocara la sospecha de los gringos, era fusilado, sin sumario ni nada, después del combate.

Nosotros nos acostábamos en el suelo, nerviosos, detrás de los palos, y sentíamos el ruido de los yanquis, los veíamos cómo iban entrando en “su matadero”, sin sospechar, y el dedo nos vibraba en el gatillo en espera de la orden de disparar.

En el combate de “Las Cruces”, la mula del capitán Bruce nos olió cuando ya había entrado en la emboscada y hubo que abrir el fuego precipitadamente... murieron como ratas. Gritaban: “Bomba e cuero, no... Bomba e cuero, no...”. Y las ametralladoras los partían. Murieron como cuatrocientos gringos. Allí terminó Bruce, el asesino de haitianos y nicaragüenses, perro de presa de Welles, en cuyo equipaje encontramos la copia del telegrama que le había enviado a su

madre esos días y que Sandino nos tradujo. Más o menos decía: “Partimos para las Segovias, la cabeza de Sandino o la mía!”.⁶⁸

Y fue su cabeza, clavada en una estaca, la que conservó varios meses en la montaña un letrero puesto en inglés por Sandino y que decía: “Así se conquista nuestras tierras”...

El próximo capítulo: Peripecias en [sic] América

Nota: Varios de los que formaron el “Comité Pro-Mella” me han pedido que aclare un error contenido en el anterior reportaje. Se refiere a la actitud de Orosmán Viamontes en el mismo, y los cuales aseguran que Aponte, el día en que se discutió si Mella debía comer o no, estaba en un cuarto inmediato; debe haber confundido el móvil de los gritos de Viamontes, pues este precisamente se oponía a que se acordara que comiese. Dicen esos compañeros que Viamontes, cuando públicamente se le pidió que, como abogado que era de Mella, lo hiciese comer, este contestó “que no era su cocinero sino su abogado”. Queda hecha, pues, la aclaración pedida.

⁶⁸ El texto exacto del telegrama del capitán Thomas Bruce, enviado el 24 de diciembre de 1927, decía: “Para el día primero del año entrante le habremos cortado la cabeza al bandido de Sandino”. (Fuente: Museo General *Augusto César Sandino*. Disponible en www.manfut.org/museos/rafaelnorte.html).

LOS MARINOS PERUANOS SON SIMPÁTICOS, PERO NO HABLAN⁶⁹

Eluden revelar la misión que los lleva a los Estados Unidos y que el cable no descubre

En el *Marqués de Comillas*, que manda el capitán Miguel Corbera, llegaron a nuestro puerto varios oficiales de la Armada Peruana, con un grupo de contramaestres, y hasta cerca de cuarenta tripulantes. La curiosidad reporteril se movió alrededor de tan numeroso contingente de marinos y, aunque los oficiales han permanecido en un hermetismo realmente militar, la deducción auxiliada por el cable, ha resuelto la incógnita.

Cuando abordamos al oficial Ernesto Roldán, que es el que viene como jefe, con palabras muy finas, pero firmes, nos dijo que no podía declararnos nada y que era partidario de que no lo retratáramos tampoco; expresándonos su pena por el resentimiento que pudiera causarnos su hermetismo.

Pero los oficiales peruanos son hombres jóvenes, simpáticos y cultos y cuando Funcasta y yo les expresamos nuestro deseo de hablar un poco sobre el Perú, nos abrieron su camarote y estuvimos charlando un buen rato con ellos de varias cosas, mientras un aguacero insolente barría la cubierta del trasatlántico español.

Entre los oficiales uno hay que se llama Salvador Mariátegui y que es pariente de José Carlos Mariátegui,

⁶⁹ 21 de abril de 1934, pp.1, 9.

el formidable creador de los “Siete ensayos” de la revista *Amauta*. Este oficial se nos muestra un conocedor excelente de la arqueología incaica y de la historia precolombina del Perú, manifestándonos su admiración por las ruinas de Macchu Picchu, que según él han de constituir una asombrosa atracción para el turismo.

Hablamos con todos los oficiales. Con Rafael Díaz, Carlos Secade y Juan A. Reundt, este último de apellido alemán y estatura germánica. Todos son graduados de la Escuela Naval del Perú, que queda en el balneario de La Punta, cerca de El Callao, el histórico teatro del heroísmo de Méndez Núñez. Nos hablan entusiasmados del Perú, de su fabulosa riqueza en minerales, de la regia esplendidez de Lima y del Cuzco; de las glorias de Manco Cápac⁷⁰ y las tristezas de Atahualpa. La Lima colonial florece en sus elogios y nos recuerdan el soberbio palacio de Relaciones Exteriores, antigua residencia de Bernardo de Tagle, Marqués de Torre Agle; de las ruinas de Trujillo... Y cuando les preguntamos, en un intento de llevar la conversación al terreno político, si esas ruinas quedan cerca de donde se verificó la intentona aprista, sonrían contentos de descubrir la trampa. Pero no hay remedio. No quieren hablar de Haya de la Torre, de Seoana, de Herrera. De nadie. Solo saben que forman un partido político.

Para alternar la conversación Ernesto Roldán nos da a probar una bebida típica de su país. Se llama Pisco-Sol y es ardiente como el sol del Perú y nos regala cigarrillos peruanos de El Estanco “El Nacional”, picantes y fuertes.

⁷⁰ Manco Cápac, según algunos cronistas, primer gobernador y fundador de la cultura inca en El Cuzco.

Les hablamos sobre su marina y nos cuentan que el *Almirante Grau* es su buque insignia. Es un crucero ligero de cerca de 4 000 toneladas... Íbamos ya a picarle el amor propio diciéndoles que era necesario que aumentasen la flota, cuando “nos robaron la arrancada” y nos dijeron que habían visitado en el cementerio las tumbas de algunos de los héroes de la lucha contra Machado. Interesados por conocer hasta qué punto se enteró América de la epopeya cruenta y estéril contra el Asno con Garras, les preguntamos sobre Cuba y nos demostraron que habían seguido paso a paso los largos años de agitación y sacrificios, pues conocían multitud de nombres de luchadores cubanos y hasta detalles de muchos de los sucesos del terror machadista.

Terminó nuestra conversación sobre el atentado y muerte de Sánchez Cerro,⁷¹ que realizó el joven obrero Mendoza Leyva, a quien los lanceros de la guardia presidencial destrozaron en el mismo lugar del atentado.

Los marinos peruanos nada nos han dicho de dónde vienen ni a dónde van. Pero tampoco hacía falta. La boleta del pasaje atestigua que van a Nueva York. Nunca los marinos van de paseo en los barcos. Y el cable nos dice que en Boston los están esperando un par de cañoneros. La deducción es lógica: o ¿Puerto Leticia? ¿Colombia? Los cañoneros no siempre se compran para pescar...

En la escala indagamos si hay machadistas refugiados en Perú y nos contestan rápido: «¡Qué va!»...

⁷¹ Luis M. Sánchez Cerro (1889-1933). Militar y político peruano, presidente en dos ocasiones de la nación. Murió asesinado.

MARGARITA SARFATTI, BRAZO DERECHO DEL *DUCE*, CONTESTA POR EL MÉTODO OLLENDORFF⁷²

Hizo la “Marcha a Roma” con Mussolini y ha escrito la biografía del Duce

La Sra. Margarita Sarfatti, acaso la mujer que más se ha distinguido en el fascismo de Italia, se encuentra en La Habana, huésped de S. E. el ministro de Italia, Comendador Nicola Macario, de paso para México, y tras un viaje de placer y de estudio por Norteamérica.

La Sra. Sarfatti llegó ayer por la mañana en el avión de la Pan American y enseguida fue asediada por los *repórters* de los distintos diarios habaneros. Fatigada por el viaje nos concedió una entrevista para la tarde, después de hablar en los salones del Fascio Habanero, en Prado y Trocadero, en ocasión de celebrarse el aniversario de su constitución en Roma.

Fuimos recibidos con toda gentileza en la espléndida residencia del ministro, en El Vedado, y pronto, al formularle las primeras preguntas, pudimos darnos cuenta de que, efectivamente, se trataba de una mujer de talento, que bien podía ser la más eficaz colaboradora de Mussolini, en el sector femenino.

Ha escrito una biografía conocidísima del jefe del fascismo —*Dux*— y tiene fama de ser una formidable propagandista que ha logrado sus mejores éxitos

⁷² 23 de abril de 1934, pp. 1, 2.

desde *Avanti* primero y *Il popolo d'Italia* después, colaborando también, de manera eficaz y constante, en la revista *Gerarchia*, fundada por el propio *Duce*.

Entregó un hijo a la bárbara masacre de la guerra. Acaso por eso habla de lo que llama empeño fascista por la paz universal.

Es una mujer cultísima que habla cuatro idiomas, de varios de los cuales ha realizado valiosas traducciones.

Para el *repórter* la característica primordial de la escritora fascista es su estupenda habilidad para contestar a las preguntas con respuestas ajenas al asunto. Es algo así como si ella fuera una profesora del sistema Ollendorff.⁷³ Como en todo acto fregoliano, la primera impresión es brillante, pero a la larga el público descubre la trama.

Véase si no.

Después de un saludo cordial y de preguntas de introducción, una pregunta sustancial y de fondo:

—¿Cuál es su opinión sobre los problemas de los pueblos del Caribe en relación con el imperialismo yanqui?

La Sra. Sarfatti humeó un poco el salón elegante y como si recordara paisajes, nos dijo:

—Me interesa mucho el carácter de la América Latina, sus costumbres, su naturaleza tropical y vigorosa; las diferencias tan notables entre la América Latina y la Sajona...

Una pregunta más hace que su respuesta nos deje maravillados por la filigrana evasiva.

⁷³ Método Ollendorff, creado por el profesor del mismo nombre para el aprendizaje de idiomas. Se afirma que en sus diálogos, las respuestas no tenían relación alguna con las preguntas.

—Díganos, ¿considera el fascismo como un movimiento de carácter nacional o internacional?

—Mire, nosotros somos el pueblo que primero hemos reconocido al gobierno de los soviets. Mussolini recibió cordialmente a Litvinoff, cuando estuvo en Italia. Lo que no quiere decir que en Italia se permita la campaña comunista, desde luego.

El ministro de Italia, un hombre que habla un perfecto castellano, interviene en la conversación. Nos asegura que el fascismo no es un movimiento bien comprendido. Se trata de una política individual, el respeto a la propiedad privada siempre que no sea en perjuicio público y la estabilidad de la familia y la nación. La Sra. Sarfatti y el Prof. Guido Campilli, secretario del Fascio Habanero, aprueban las afirmaciones del señor ministro, quien, con verdadero calor, continúa su apología del fascismo.

Nos dice:

“Como jefe que soy del Fascio Habanero tengo dadas instrucciones concretas de que todo miembro del Fascio que se entremezcle en los asuntos de la política local sea separado inmediatamente del mismo”. Hace una seña al Prof. Campilli, para atestiguar su aseveración y este asiente. Luego el propio ministro y la Sra. Sarfatti nos ilustran que esta es una línea política trazada desde hace algunos años por el propio Mussolini en uno de sus famosos discursos.

En realidad esto viene a ser una constatación categórica a nuestra pregunta de si el Fascio aspira a ser un movimiento político nacional o internacional y, con la respuesta ya dada precisamos una contestación a un problema de enorme importancia.

Formulamos:

—¿Ustedes no creen que esa posición fascista puede provocarles una situación enojosa ante la opinión pública de un país que lucha contra un régimen de tiranía y terror como el de Machado, por ejemplo?

La pregunta hace pestañear ligeramente al señor ministro de Italia, pero la Sra. Sarfatti, con su increíble habilidad para contestar las cosas por el sistema Ollendorff, nos asegura que Mussolini, cuando se presentó el problema de la nacionalización de los italianos en Nueva York no opuso obstáculo alguno a ello y hasta llegó a afirmar que no consideraba malos italianos a los que se ciudadanizasen en los Estados Unidos.

Y la pregunta queda en pie. ¿Qué forma de lucha desarrolla el fascismo en los países oprimidos por la tiranía? ¿Qué forma de lucha desarrollan en Cuba o en Venezuela?

La pregunta está hecha y abierta a la polémica, porque creemos que la lucha por la “justicia social” no se limita a Italia, según parece.

FRENTE A YANQUIS Y TRAIADORES⁷⁴

III. Peripecias por América

Una mujer por el medio

Varias fueron las oportunidades en que Sandino se puso “arrecho” con Carlos Aponte (arrecho quiere decir violento, bravo, incomodado). Eran dos temperamentos de difícil comunidad. Pero siempre las discusiones entre ellos, según cuenta Aponte, terminaban pronto y fraternalmente.

Sin embargo, una mujer se metió por el medio. Ya Sandino pertenece a la historia y se puede y se debe hablar de ello. Posiblemente, los que se empeñan en probar que los héroes son perfectos, olvidándose de que el héroe por excelencia, Aquiles, tuvo defectos a montones, se indignarán de que se den a conocer “pequeñas” fallas del general Sandino

Aparte de su mujer, Blanca Aráuz, la telegrafista de la leyenda, a quien él siempre estimó, Sandino tuvo una querida. Se llamaba Teresa Villatoro y tuvo una gran influencia sobre el Héroe de las Segovias. Era valerosa y decidida, pero su poder sobre Sandino se reflejó en inconvenientes para el Ejército, que en más de una ocasión realizó marchas y contramarchas, con el solo objeto de seguirla, según refiere Aponte. Naturalmente, esto creaba el descontento que se manifestaba [en] frases sueltas y en conversaciones privadas. Algún día todo esto tenía que llegar hasta Sandino.

⁷⁴ 29 de abril de 1934, p. 4.

Una conversación entre jefes

Un día el coronel [Fernando] Quintero, el mayor [Lorenzo] Blandón y el teniente coronel Aponte hablaban sobre los inconvenientes que representaba para el ejército Teresa Villatoro, cuando llegó el coronel *Pancho* Estrada, ayudante también de Sandino, y muerto con él en el asesinato perpetrado por Sacasa y Somoza. El coronel *Pancho* Estrada era amigo de Sandino y Aponte no vacila en afirmar que en esa ocasión actuó como espía y que le informó al general Sandino la opinión manifestada por ellos de que “tenía al ejército en marchas y marchas solo para cuidarle a la mujer”.

Al día siguiente, cuando un “bonguero” (vendedor de mercancías por los ríos) se presentó a cobrar un vale firmado por Aponte, de un suministro al ejército, Sandino encontró la oportunidad y procedió de manera violenta contra los descontentos. Los tres contestaron en forma airada y Sandino ordenó que se les desequipara, llegando él mismo a sacar su revólver. Una vez desequipados Quintero, Aponte y Blandón, Sandino anunció al ejército que serían fusilados por disolventes e indisciplinados.

Horas después, desde la champa en donde estaban, contigua a la del General, Aponte escuchó el telegrama que Sandino dictaba a su secretario, [Farabundo] Martí, para el Comité Manos Fuera de Nicaragua, en México, dándole cuenta que había decidido perdonarlo en gracia a sus servicios en el ejército. Y Aponte le gritó: “Gracias, mi General”. Poco más tarde, cuando le fueron a reintegrar el grado, Aponte pidió hablar con Sandino y le expresó su deseo de salir de Nicaragua para irse a fomentar la

revolución de Venezuela... “Teníamos los dos muy mal carácter y, a la larga, o me mata él a mí o lo mato yo a él”, me confiesa Aponte.

Con Carlos Flores en Guatemala

De una manera rápida y nerviosa Carlos Flores pinta su encuentro con Aponte en su libro *El terror y el trabajo forzado en Venezuela*.

A principios de marzo llega Aponte, el coronel Carlos Aponte Hernández, también venezolano, que regresa de Nicaragua. Estuvo allá mucho tiempo matando gringos y ahora va para México. Piensa seguir a Venezuela a combatir a Gómez. Tiene su plan. Es un muchacho alegre, medio loco y dispuesto a cualquier sacrificio. Ese día era sábado; paseábamos, el resto de la tarde, y toda la noche. Nos amaneció en la calle. Aponte me ha contado sus peripecias en la campaña y me ha esbozado un proyecto de invasión. Quedamos convencidos. Le acompañaré a Venezuela, y será muy pronto como se logre financiar la expedición.

Ya se me llamará en el momento oportuno. Es de día y nosotros seguimos hablando, haciendo proyectos. Tengo dos números de la lotería y se los enseño a Aponte. El sorteo —le digo— se cerrará dentro de pocas horas; si saco algún premio, ya tendremos para sufragar los primeros gastos de la revolución. Mi compañero se ríe de mi infantilidad...

Son las once de la mañana. Pasamos frente al edificio que ocupan las oficinas de la lotería. Aca-

ba de jugarse, y en la ventana se miran los números favorecidos. Confrontamos los míos y casi nos caemos del susto, he acertado; me tocaron tres cuartas partes del segundo premio. Aponte no se convence. Hace una nueva comprobación, pide una lista y, por último, me da un abrazo...

De esta manera cinematográfica fue como consiguió gran parte del dinero para la Revolución de Venezuela, en el año 1929.

De Guatemala partió Aponte para México, en unión de Carlos M. Flores, Lorenzo Obregón, nicaragüense, y Miguel Ángel Vázquez, abogado salvadoreño.

En México se entrevistaron enseguida con Gustavo Machado y Salvador de la Plaza, según cuenta Flores en su libro, y de acuerdo todos en iniciar la revolución, planean el golpe de Curazao; se envía a Flores a Venezuela a establecer contactos, valiéndose de su condición de extranjero y periodista y más tarde sale Aponte a Trinidad en busca de elementos y hombres de combate.

La revolución fue como el “Cru”

Las declaraciones de Aponte en el párrafo que sigue hubieran originado fatalmente el choque entre él y Urbina, por la manera de juzgar a este.

Aponte refiere cómo en Trinidad se puso en contacto con el general Ferrer, con quien comenzó a urdir los hilos de la conspiración, para desde allí invadir Venezuela; pero las autoridades inglesas temerosas de que se repitiera lo de Curazao ejercieron sobre él una estrecha vigilancia y tuvo que salir para Colón, Panamá.

En Colón, de acuerdo con el doctor Guendejaque, se mandó a buscar a Eduardo Héctor Machado —hoy profesor de la Escuela Naval del Mariel— para que, como marino y militar, colaborara con él en la obtención de algún material de guerra y una embarcación para ir a auxiliar a Urbina y a Gustavo Machado, desembarcando en las costas de Coro.

Cuando estaban en esta diligencia les llegó la noticia de que aquellos habían abandonado el territorio de Venezuela. “La revolución había sido como la enfermedad del ‘Cru’, que les da a los niños en Venezuela y que solo dura ocho días”..., comenta burlonamente Aponte.

El juicio del coronel Aponte es durísimo para Urbina, como jefe militar de la expedición.

Se lamenta de haber sido el que le indicara su nombre a Gustavo Machado “por no haber otro”, y asegura que fracasó como técnico y como baquiano (guía), pues ni siquiera supo mantenerse guerrilleando por la sierra para dar lugar a que llegaran refuerzos de Colón. Termina Aponte asegurando, con toda la cara enérgica contraída, que “Urbina no debió dejar nunca perdidos a sus hombres en la Sierra y salirse al extranjero a contar el cuento”, y “que el día en que él como jefe militar de una expedición se vea en el caso ese se pega un tiro antes de dejar perdidos a sus hombres”.

El asalto al cuartel de Arauca

Pese al fracaso estrepitoso de la Revolución, el coronel Aponte persistió en su empeño de invadir Venezuela, y se fue para Colombia. Allí forjó los planes para asaltar el cuartel de Arauca, en la frontera, y

con las armas que se tomaran en el mismo, penetrar a Venezuela; pero fue delatado por su compatriota el capitán Barroso y hecho prisionero antes del asalto; fue remitido a prisión, en donde permaneció casi dos años. Dice que gracias a las gestiones de un grupo de amigos revolucionarios de Bogotá, encabezados por Eduardo Santos, no fue enviado a Venezuela.

A su salida de la prisión comenzó a combatir al gobierno de Olaya Hernández,⁷⁵ a quien considera uno de los cómplices más terribles del imperialismo yanqui en América Latina, y tuvo que salir para el Ecuador.

Las bananeras en el Ecuador

A su paso por el Ecuador, Carlos Aponte sostuvo dos campañas, una en defensa de la personalidad de Sandino –no conocía aún las bases del pacto que ha manchado para siempre la hoja revolucionaria de Sandino– y otra, la más importante, en contra del naciente monopolio de la Compañía Bananera del Ecuador, que no es otra que la United Fruit, quien valiéndose de un testaferro, un tal Echevarri, amenaza convertir al Ecuador en una nueva Colombia. Aponte nos dio para su publicación, reproducciones de periódicos, pero la escasez de espacio nos obliga a suprimirlas.

El golpe de Trujillo

En el Ecuador tuvo conocimiento de lo que se preparaba en Tumbes, en el Perú, por los apristas contra

⁷⁵ Enrique Olaya (1880-1973). Político, periodista y abogado colombiano. Presidente de Colombia en el período 1930-1934.

Sánchez Cerro.⁷⁶ Pero el golpe de Trujillo se anticipó con el fracaso de todos conocido, y Aponte fue designado para que pasara a Trujillo a “guerrillar” las fuerzas dispersas. Llegó allí tres días después de los fusilamientos y ya nada había que hacer. “El hermano de Haya de la Torre había huido y lo mismo los demás jefes del movimiento, dejando abandonados a los infelices indios”.

De Trujillo pasó Aponte a Lima en donde en una reunión con los principales directores del aprismo propuso un complot para eliminar a Sánchez Cerro en el Teatro Principal de Lima, adonde acudía con motivo de las representaciones que entonces ofrecía la compañía chilena de Leguía. Su proposición fue rechazada, alegándosele que se “tenía temor por la vida de Haya de la Torre”. Al comentar este hecho tiene un gesto de desprecio y dice: “Como si Haya de la Torre fuera el único hombre en el Perú”... “Esto es para lo que ha servido el APRA, para endiosar a unos cuantos como Haya de la Torre, Seoane y Sánchez, Luis Heisi, Herrera, que todos solo aspiran a ser presidente de la República y que lo que menos les interesa es el imperialismo y sus problemas... Bien lo caló Mella”.

Ocho meses permaneció en el Perú Carlos Aponte y de allí pudo pasar a Chile. Dice, refiriéndose a su prisión, que son los ocho meses más perdidos de su vida, “porque en el Perú no hay ideología revolucionaria y sí solo un grupo de hombres, encabezados por Haya de la Torre, dispuestos a explotar la ignorancia del indio”.

⁷⁶ Luis Miguel Sánchez Cerro (1889-1933). Militar y político peruano. Ocupó la presidencia de Perú en dos ocasiones.

Regreso a Cuba

El panorama político de Cuba, en donde tan buenos recuerdos había dejado, atrajo de nuevo a Carlos Aponte, y un día desembarcó en La Habana.

Su palabra pintoresca encuentra insultos originales e intraducibles por medio de la prensa, para todos los títeres que han trepado al escenario nacional.

Nos pregunta con sorna: “Bueno, y quién es ese Martínez Sáenz? Se retrata tanto como Mussolini y tiene cara de niño premiado en un colegio religioso!... Nunca en la vida había oído hablar de él. Fuera de Cuba el crédito moral de los cubanos ha subido una enormidad por el heroísmo de la lucha contra Machado, y toda la América conoce los nombres de los principales obreros y estudiantes asesinados por el dictador; pero juro que jamás había oído mentar al Martínez Sáenz y ahora me encuentro con que es nada menos que un señor Jefe. Cuando yo estuve la otra vez en Cuba, el único Martínez que luchaba contra Machado, era Martínez Villena!...”.

Luego se burla del grupo de intelectuales “aterrorizados” –no terroristas– y se burla intraduciblemente de ellos. Nos asegura, ¡como si fuera un descubrimiento!, que –con [sic] Mañach y su cohorte– jamás se nombró para nada, causándole asombro que hoy sea un personaje en la política.

Pero Aponte cambia su tono de burla por otro de ira y de violencia cuando recuerda que toda esta gente no solo no fueron nadie nunca en la lucha contra Machado; no solo se han aprovechado del sacrificio de la masa anónima que arrastraron con su demagogia y a la que han traicionado, sino que ya, trepados en el poder, solo sirven para mover mansamente

las orejas, como buenos podencos, a los más mínimos caprichos de un Caffery, máximo mastín del imperia-
lismo yanqui en nuestras tierras, asesino implacable de los infelices obreros de las bananeras de Colombia.

Y el sombrío matador de “gringos” que hay en Aponte se vuelca en erupciones de cólera y de venganza contra todos estos traidores, sumisos engranajes de la explotación capitalista.

Nota: En el curso de estos trabajos acaso aparezca algún error de nombre y de lugares. Si es así, débese la culpa a que estos datos fueron tomados al llegar Aponte a Cuba y a no haberlos podido confrontar después.

EL 3 DE MAYO, 30 DE SEPTIEMBRE DEL INSTITUTO DE LA HABANA⁷⁷

Toda la tarde de ayer el Instituto de La Habana se convirtió en un verdadero Verdún del estudiantado cubano.

Sin cerrar siquiera las puertas, los muchachos —¡las muchachas!— del Instituto, resistieron un sitio en el que el ejército, atrincherado principalmente en el *Diario de la Marina* —¡tenía que ser!—, empleó los 45, los Springfields, la ametralladora y, por último, el bombardeo con gases lacrimógenos.

El público se aglomeró en los alrededores del edificio, ocupando los portales protectores que rodean el Parque Central y las azoteas, para contemplar cómo se ametrallaba a los muchachos del Instituto, muchos de los cuales ganaron en la lucha contra Machado prestigios a los que no puede aspirar todo el ejército de Cuba junto.

Las balas penetraron más de una vez en el interior del Instituto, arrancando trozos de paredes, rechinando al rebotar sobre los mármoles de la escalera, silbando rabiosamente cuando las columnas cilíndricas hacían desviar su curso. Las balas también mordieron la carne heroica de los muchachos y Raúl Anaya perdió una mano y Gerardo Boudet fue atravesado de parte a parte por otra. Antonio González⁷⁸ murió. Otros más, en la calle, recibieron

⁷⁷ 4 de mayo de 1934, pp. 1, 4.

⁷⁸ Antonio González González, estudiante de Derecho.

heridas y contusiones. Centenares de desconocidos tuvieron que retirarse a sus casas con los fenómenos de la intoxicación por el gas.

La tarde fue espléndida para la historia revolucionaria del estudiantado de Cuba. Nuevos héroes han venido a aumentar la interminable lista, y la verdadera posición de los demagogos fue revelada una vez más a costa de un poco de sangre.

La masa estudiantil en pleno, sin distinción de matices ninguno, repulsaba con energía indomable la barbarie del hecho, y lemas anhelosos y vibrantes por un Frente Único de Lucha contra el terror, por un lado, y por otro, clamores de venganza por los compañeros caídos, llenaron las paredes de los corredores.

El 3 de mayo de 1934 será de hoy en adelante el 30 de septiembre del Instituto de La Habana.

Estuve allí desde el comienzo de los sucesos al mediodía hasta el anochecer y todo lo que relato se ha tomado del ambiente sudoroso y combativo que reinó dentro del Instituto.

La protesta de Artes y Oficios

Como a las once del día, una manifestación que había partido de Artes y Oficios, integrada por estudiantes de aquel centro y de la Escuela Normal, llegó al Instituto para obtener de los estudiantes de este su cooperación a un acto de protesta por la ocupación de Artes y Oficios por el ejército, realizada el 2 de mayo. La manifestación cantaba los lemas de siempre contra el terror y el gobierno. Un automóvil del ejército lanzó contra ella gases, y los muchachos se abalanzaron sobre las bombas para apagarlas y “relajear” las

bombas, como más tarde lo hicieron cuando se hizo más intenso el bombardeo. A esta actitud, típicamente estudiantil, algunos soldados, nerviosos, respondieron disparando sus Springfields. Desde ese momento comenzó el ataque al Instituto, que duró hasta la caída de la noche. Espectáculo de barbarie igual no lo ha visto La Habana, porque el bombardeo del Nacional fue un acto de guerra, desigual, pero de guerra, como el de Atarés. Lo del Instituto fue algo sin paralelo. El amplio edificio estaba lleno como nunca de estudiantes, cuyo promedio de edad no excede de 15 años. ¡Había allí muchos González Rubiera en perspectiva! Con motivo de la anunciada competencia de *basketball*, había también muchas personas ajenas al Instituto, mujeres en su mayoría, que habían ido a presenciar el juego entre dos *teams* femeninos.

La barricada

Cuando los soldados, tomando como trinchera los portales del *Diario de la Marina* generalizaron las descargas, los estudiantes se vieron obligados a abandonar la barricada que habían colocado a través de la calle Zulueta. La barricada la formaron, principalmente, con algunos bancos del patio del Instituto. Al abandonar la calle, el número de personas en el interior del edificio se vio aumentado considerablemente. Las puertas, no obstante, no fueron cerradas sino mucho más tarde.

Gestiones del doctor Aragón

El doctor Gustavo Aragón, director del Instituto, pasada la conmoción del primer choque, y viendo que los

soldados no deponían su actitud, escogió cuatro estudiantes de los que consideró afectos al gobierno y con ellos se dirigió a centros oficiales en busca de personajes de nuestra política para lograr que aplacaran el salvaje ataque. Intentó antes que nada ver al Presidente, pero este se encontraba “recluido en sus habitaciones, indispuerto”. Intentó ver a Mañach y no pudo localizarlo. Vio, por fin, a Rionda,⁷⁹ a quien explicó la gravedad de la situación. El ingeniero, después de escuchar la protesta del doctor Aragón y de los alumnos, respondió que haría todo lo posible porque la Policía Técnica Judicial, o no sé cual, hiciera una investigación concienzuda de los hechos. ¡Mientras tanto, las ametralladoras funcionaban frente al Instituto!

Por fin se pudo localizar a Santovenia,⁸⁰ a Mañach y al propio Mendieta.

La entrevista con Mendieta merece un aparte.

¿Quién debe renunciar?

Mendieta recibió malhumorado a los comisionados. Le dijo al doctor Aragón, respondiendo a la petición de este y de los alumnos de que era necesario aclarar las responsabilidades del atropello incalificable, “que las responsabilidades estaban en muchas partes, no en una sola”. Y le expresó que los catedráticos estaban en el deber de controlar a los alumnos e impedir que estos se manifestaran públicamente como lo venían haciendo y que el que se encontrara incapacitado para lograr esto “debía retirarse”...

⁷⁹ Carlos M. Rionda. Secretario de Agricultura y Comercio en el llamado Gobierno de Concentración, presidido por Mendieta.

⁸⁰ Emeterio Santovenia Echaide. Secretario de la Presidencia.

El doctor Aragón le recordó, con toda parsimonia y cumplimiento, que él había renunciado cuatro veces [a] la dirección del Instituto... Apeló a Jorge Mañach para que afirmara si era o no cierto que a él le había presentado la renuncia una de esas veces, y Jorge Mañach asintió.

Y también le dijo el doctor Aragón al doctor Mendieta que “si él no era capaz –siendo Presidente de la República– de controlar a los soldados, no se le podía exigir a él que controlara a los muchachos que no tienen que ceñirse a ninguna disciplina militar”...

El doctor Aragón acaso renuncie a su cargo, pero... ¿Quién es el que debe renunciar?...

Recibimiento a Pedraza⁸¹

En un “¡Alto al fuego!”, llegó frente a la puerta del Instituto el auto de Pedraza, jefe de la Policía Nacional. Quiso dar algunas “elegantes” explicaciones, pero los muchachos le gritaron su protesta. Y el auto se retiró con su jefe por un desfiladero de gritos que clamaban “la cabeza de Batista”... Fue un son que sacaron los muchachos, mientras lis [falta en el original].

El incidente de Inclán

En una salida que hice para traer noticias al periódico, la balacera cesó por un momento como por

⁸¹ José Eleuterio Pedraza. Uno de los más crueles y voraces verdugos de Batista. Practicó la tortura y el crimen en la jefatura de la policía de La Habana. Entre sus hazañas se cuenta la represión de la huelga de marzo de 1935.

encanto y los muchachos se lanzaron a la calle. Pronto rompieron en aclamaciones y trajeron casi cargado al capitán José Antonio Inclán, que acababa de increpar a los soldados emboscados en los portales del *Diario de la Marina*. Inclán me dio algunos informes sobre la muerte de Ludovico Moreno, alrededor de la cual la masa estudiantil se mantenía en verdadera expectación. Luego dirigió unas palabras a los estudiantes y con motivo de ellas tuvo un violento incidente en la Jefatura de la Policía con un capitán del ejército que intentó detenerlo, a lo que se opuso el capitán Inclán. Al enterarse los muchachos de la versión que corrió enseguida de que a Inclán lo habían detenido en la Jefatura y que a esta habían llevado también a numerosos estudiantes detenidos, una ola de estudiantes y de público se dirigió a la Jefatura de Policía. En realidad pocos llegarían, temerosos de ser recibidos con una lluvia de balas. Unos culatazos fueron repartidos por los soldados y solo un grupo de estudiantes se acercó hasta la puerta. Después de informarse concretamente, regresaron al Instituto.

Neno Hidalgo

El comandante Neno Hidalgo, de la Policía, hermano de Chacho Hidalgo, asesinado en el Hoyo de Majagual junto a Peraza, estuvo a punto de morir frente al Instituto. Los muchachos lo arrastraron hacia adentro y lo retuvieron pese a sus esfuerzos por salir, hasta que se presentó un silencio entre las ráfagas de balas.

Las balas explosivas

El caso del pionero Molina,⁸² cuya cabeza fue destrozada de manera horrible cuando el entierro frustrado de las cenizas de Mella, se repitió ayer en el Instituto, aunque, afortunadamente, la bala dio en la mano de Raúl Anaya, estudiante de la Escuela Elemental de Comercio.

La ametralladora funcionó con su repiqueteo de película de la guerra. Un chorro impresionante de sangre brotó de la mano colgante de Anaya que se mostró con un estoicismo admirable. La mano tuvo que serle amputada inmediatamente al estudiante y la pudimos fotografiar. Parece algo de lo que la imaginación solo atribuye a la guerra. Partida en dos, con los huesos en astillas, sangrienta y lívida a la par... ¡La mano de Anaya es el brazo de Bouzón del gobierno de Mendieta!

El Ala Izquierda Estudiantil

El Ala Izquierda Estudiantil movilizó todos los *resortes* de su organismo ante la magnitud de los acontecimientos. Todos sus miembros se dedicaron a mantener vivo el ánimo estudiantil que, en verdad, necesitaba poco estímulo. Pequeños mítines en la escalinata. Gritos más bien. Protesta de Font⁸³

⁸² Se trata de un error. El 29 de septiembre de 1933, el ejército atacó la manifestación popular —autorizada por Guiteras— para el entierro de las cenizas de Mella. En el hecho perdió la vida el niño Francisco (*Paquito*) González Cueto, de trece años de edad.

⁸³ Carlos Font Pupo.

cuando la llegada de Pedraza. Incidente de Utrera⁸⁴ con Álvarez Tabío cuando este trató de obtener el desalojo del Instituto. Y sobre todo, numeroso e interminable trabajo con los lemas que llenaron los pisos altos del Instituto, mientras llovían las balas.

Por el Ala Izquierda, además, fue organizada la demostración de Artes y Oficios.

Los lemas

Un lema tenía pintada la cabeza en caricatura de Mendieta. Decía: “A buscarlo \$0,01 por su cabeza”...

Otro: “¡Crimen! Esta es la gloria de Batista”. Y un soldado gigantesco estrujaba a dos estudiantes, como un King Kong...

Otro: “Lo que manda Batista...” (un soldado disparando sobre estudiantes con una ametralladora).

Lemas de venganza, de muerte por muerte. Lemas que son el inicio de posibles organizaciones secretas de terror, que perderán su tiempo en un nuevo inútil heroísmo.

Por otro lado los lemas revolucionarios del AIE: “Frente único contra el terror”.

“Como Mella, Trejo, Alpízar, Rubiera, etcétera, ofreceremos nuestras vidas en lucha tenaz contra el Hambre y el Terror del machadista Batista”.

“Batista, Mendieta, ABC y Caffery. ¡Culpa- bles!...”.

Por último uno muy ingenioso y de buen humor estudiantil:

“Álgebra: Machado = Mendieta.

Batista = Arsenio Ortiz.

⁸⁴ José Utrera Valdés.

ABC = Porra verde...
DESCONFLAUTACIÓN”.

Bombardeo de gases

Desde temprano comenzaron a funcionar los gases, pero a partir de las cuatro de la tarde el bombardeo fue casi continuo. Aragón y Álvarez Tabío, a quien se le dijo que si querían que desalojaran los estudiantes del Instituto, tenían que desalojar antes los soldados en el parque, salieron “a hacer retirar el ejército”. Efectivamente, los gases fueron mucho más numerosos desde entonces hasta la caída de la noche. Cada soldado es un mariscal de sí mismo...

Es inútil querer dar una versión completa de aquello. Centenares de mujeres y muchachos luchaban heroicamente contra los efectos molestísimos de los gases, a fin de no abandonar el local.

Hubo un momento en que a un muchacho se le ocurrió una humorada estupenda. Contrarrestar el ataque de los gases con agua. Y se corrió a la manguera de incendio del Instituto. Se asomó el pitón hacia la puerta y entonces los soldados corrieron a protegerse de la ducha que acaso hubiera calmado sus nervios irritados... Pero el agua no acudió...

Incidentes que se quedan dispersos.

La firmeza de las muchachitas del Instituto que en una gran cantidad se negaron a abandonar el local. Antonio del Amo apaleado. Aldo Odio preso. Los comentarios sobre la muerte de Ludovico Moreno, que exacerban el ánimo estudiantil.

Y la estupidez oficial que ante problema de tal magnitud no aparece. Acaso se abrirá una “amplia

investigación” y le tocará a algún sargento infeliz ser el punto delgado de la soga.

Pero el estudiantado está en pie de nuevo. Ya tiene un nuevo 30 de septiembre.

PEPÍN, EL TERRIBLE⁸⁵

Pepín Rivero,⁸⁶ valerosamente emboscado detrás de los rifles de los soldados que tirotearon al Instituto, lanza unas espantosas amenazas contra todas las Alas Izquierdas de los centros escolares, de Cuba y del Universo entero. Hay que confesarlo: ¡Nos hemos quedado aterrados!...

Las “hazañas” de *Pepín* son tantas, su “autoridad moral” tan enorme, su “valor personal” tan incomparable, que solo por un acto de locura me atrevo a hablar hoy. De hecho, un aliento suicida es el que me anima a escribir estas cuartillas. ¡De todos modos mi testamento está hecho!...

Pepín, que ni siquiera ha podido llegar a “pepino” porque desde la infancia perdió en el colegio la intacta redondez de la o final, con todo el cuerpo estremecido de histerismos menopáusicos, como un profeta bíblico de alguna opereta rechiflada, ¡clama que ya conocerán las Alas Izquierdas lo que es su ira y su furor y su venganza! Esperamos que después de esto, pasado mañana a más tardar, no quede un izquierdista vivo en Cuba. ¿Cómo el gobierno no ha recurrido antes a este sencillo medio para acabar con la “ola roja”? ¿Qué piensa Roosevelt que no manda a buscar a este hombre espantoso, verdadero Hans de Islandia del comunismo, para acabar allí con el “oro

⁸⁵ 7 de mayo de 1934, pp. 1, 2.

⁸⁶ José I. Rivero, director del *Diario de la Marina*.

de Moscú” y, luego, enseguida, invadir por la tierra el ala de Alaska, la Siberia para, de paso, a más de exterminar el “funesto mal”, convertir en tierras tropicales todo aquello al solo paso de tan ardiente adalid? ¡Ah, *Pepín*, pinocho!... ¡gordo de la vileza!...

¿Quién no se da cuenta de que tú hablas así porque sientes el valor de la rana en el charco y del ratón en la cueva? ¿Quién no se da cuenta de que te vuelve audaz y temerario la trinchera de los soldados que te ha puesto Batista en los portales? ¿Acaso tú no sabes que, a la larga, esos mismos soldados han de sentir asco por ti, por tu inmundicia? ¿O es que tú crees que hay hombre, hombre verdadero y legítimo, que se sienta satisfecho con el repulsivo papel de guardaespaldas?

Mira, yo sé bien que tu cara, hecha con carne glútea de eunucos acostumbrados al látigo, es insensible a la ofensa. Por eso jamás me había ocupado de ti. Siento que nunca me he deshonrado tanto como hoy. De Machado, de Arsenio Ortiz,⁸⁷ de Ainciart, había veces que se sentía cierto placer en hablar. Tu solo nombre es siempre un sapo que uno siente salir eructado...

Tú no eres hombre en el cabal sentido de la palabra. Jamás has demostrado serlo. Pero yo te daría

⁸⁷ Arsenio Ortiz. Conocido como El Chacal de Oriente. Designado Supervisor Militar de la Policía en noviembre de 1930, en tres meses cometió decenas de asesinatos. El 11 de abril de 1931 fue objeto de un atentado personal; respondió con el doble crimen de Loma Colorada. El juez Joaquín del Río Balmaseda dictó auto de procesamiento con exclusión de fianza contra él y sus cómplices. Machado sustrajo la causa de la jurisdicción civil y lo transfirió a La Habana, donde continuó “desarrollando” sus funciones de Supervisor Militar. La caída del dictador lo sorprendió en el extranjero en viaje de placer.

una oportunidad. Me gustaría patearte en público delante de los tipos que tú intentas servir. Pero sé si acaso, por caminos jesuíticos, por medio de sugerencias, todo lo más que harías sería impulsar a alguien a que, en un momento favorable, de confusión, me asesinara por la espalda... ¡Imagínate tú qué honor, morir asesinado por la espalda y no aplastado contra el pavimento por el pueblo!

Tú te has empeñado en precipitar contra los comunistas, contra los izquierdistas, contra todo el que te produce terror en tu crisis menopáusica, las fuerzas apocalípticas que te crees capaz de suscitar desde tu protegido agujero. Y, aunque sabes perfectamente que no es el terror la línea política seguida por nosotros, que la consideramos estúpida e inútil, como estás seguro de que sobre ti gravita el odio de enormes grupos de derechistas, que sí emplean el terror, y que son los que acaso priven al pueblo del gusto de arrastrarte, pues te haces rodear de centinelas y emboscadas, aprovechando hombres del pueblo que algún día sentirán vergüenza de haberte servido, y que tal vez sean los que algún día pretendiendo reivindicarse, le abran las puertas a la muchedumbre que te irá a buscar...

En tu vileza, mezclas en tu actitud a la porción de hombres débiles —quiero ser benigno— que hoy cooperan contigo, y hablas a nombre tuyo y de ellos. ¡Si oyeras cómo muchos de ellos hablan de ti, cuando se les disipa un poco el temor de perder la comida!...

Tu cara glútea, tus ojos de bovino castrado son ya para el pueblo de Cuba una obsesión. Tú sabes bien que serás arrastrado; que tu periódico ofrecerá a La Habana el espectáculo de un nuevo *Heraldo*

de Cuba,⁸⁸ ¡que allí no quedará nada!... Y de esta verdad, que puede no estar tan remota, solo siento una amargura: la de que no serán exclusivamente los comunistas los que lo harán. ¡Anarquistas, auténticos, abecedarios, estudiantes, periodistas, el cúmulo de hombres dañados por tu actitud u ofendidos por tu ignominia, tomarán su participación en “la fiesta” y no vamos a tocar a tanto a pesar de que eres grande como un polanchard...! Si el día en que termine su execrable historia el periódico que hoy trata de utilizar a Martí y a Maceo y antes les dijo “bandidos” y “cabecillas”, la mayor parte de los que acudan al incendio fueran comunistas, acaso se lograría que no lo destruyeran todo, para poder utilizar en provecho de los explotados lo que por tantos años solo has usado para su perjuicio.

Debo decirte asimismo, que el día en que el asalto a tu cueva se realice, otros más tendrán lugar a las casas de los que hoy te sostienen y alientan. El comercio español te va a deber una San Bartolomé; ¡pues tú has despertado más odio a España y los españoles que Grau San Martín con su demagógica ley del 50 %!...

Presiento también, que, cuando llegue ese momento, acaso harás como Ainciart, a quien tanto te asemejo por la cobardía y la traición...

Yo, personalmente, soy un hombre divertido y jovial. Si yo te cogiera vivo, te amarraría al final de un fotingo desvencijado y te haría trotar en calzoncillos un interminable maratón por las calles de La Habana, hasta que reventaras como una iguana

⁸⁸ Periódico machadista. El 12 de agosto de 1933 fue saqueado y destruido por la muchedumbre.

hinchada... ¡Te aseguro que el público iba a gozar!
¡Mucho más que con tu descuartizamiento!...

Vaya, termino. No estoy tan disgustado. Y, mira, te voy a dar datos para que me ataques. Mientras tú le cogías dinero y miedo a Machado, yo me puse frente a él y por culpa de ello estuve en el hospital y en las cárceles. De los treinta y tres “gobiernos revolucionarios” que “han salvado a la República” después de la caída de Machado, he dicho siempre lo que tenía que decir y ninguno se ha atrevido a ofrecerme ninguna “beca”... Por último, cuando estuve exiliado en Nueva York, nunca pesetee la Revolución, nunca recibí un centavo de Cuba y me gané la comida trabajando en las fábricas... Ya ves que te ofrezco bastantes datos para que me ataques. Y perdona “la lija” a la que tu asquerosidad me obliga. ¡Hasta el otro mundo, *Pepín!*..

EL GUADALQUIVIR ES UN RÍO MUY HÚMEDO, LE DIJERON LOS SEVILLANOS A CHACÓN Y CALVO⁸⁹

*El erudito desenterrador de verdades dormidas
habla a Ahora de sus trabajos y sus conferencias*

José María Chacón y Calvo, ilustre desenterrador de verdades dormidas en los archivos y apasionado por la fotografía y por el mar, es un tipo desastroso para hacer una *interview*. Primera y última que lo entrevisto como periodista.

Porque el periodista siempre está apurado y Chacón nunca lo está. Además, cuando se le pregunta una cosa se pone a hablar de otra y hay que esperar como media hora a que acabe de hablar de Raimundo Lulio para que nos diga algo del famoso Club Náutico del Manzanares... que tuvo el valor de fundar en Madrid.

Cuando llegamos *Kiko* y yo a su casa, está hablando con su primo sobre Rubén Martínez Villena, a quien conoció en el año 1923 y por el cual sintió en todo momento una gran estimación intelectual.

Recuerdo la infatigable afición de Chacón por la fotografía y como tengo en el bolsillo una porción de fotografías sobre el terror machadista, se las muestro. Una de ellas es la de Rubierita. La sangre le corre por el rostro. El tórax potente luce la gracia de su juventud. Es la que más le impresiona a Chacón, a quien le cuento algo de aquella vida estupenda de heroísmo y esfuerzos.

⁸⁹ 9 de mayo de 1934, pp.1, 8.

Chacón se pone a hablar cosas de la política española. Pero Chacón y Calvo no sabe una palabra de política. Yo lo oigo y no le hago caso. Dice que si el sindicalismo, que si el anarco-sindicalismo, que si Saín Rodríguez sostiene que es necesario hacer labor de captación sobre los sindicalistas, que son apolíticos... En uno de estos momentos en que Chacón hablaba eruditamente de cosas que desconoce eruditamente, *Kiko* lo fusiló con su instantánea.

Pero Chacón es el hombre de la anécdota. Acostumbrado a buscar datos en los archivos, en sacarlos de la insignificancia del olvido para elevarlos a la importancia de la realidad, todo lo que le pasa a Chacón “tiene una extraordinaria importancia”. Lo mismo si decide ir a coger aire y sol a Varadero, que si le ponen una errata de imprenta en cualquier trabajo. Por eso Chacón y Calvo es siempre la anécdota.

Y sucedió que una de sus emociones más grandes en estos últimos años la tuvo cuando dando una conferencia sobre criticismo y colonización, en la Universidad Popular de Cartagena, se enteró que entre su auditorio había cuatro buzos, cuatro auténticos hombres del mar. Su fina sensibilidad le reveló que aquellos buzos estarían en el mundo abisal, con todo lo que oían. Y al día siguiente fue y en un aula menos pomposa les habló del *Libro del gentil y los tres sabios*, de Raimundo Lulio, y les tejió una bella página sobre la tolerancia. Se siente Chacón emocionado cuando recuerda la profunda atención de aquellos hombres a su palabra, a la vez cordial y erudita.

Alguien me dijo hace poco —creo que fue Rafael Suárez Solís— que Chacón engañaba, porque con su apariencia de hombre en reposo encerraba una

extraordinaria capacidad energética. Y es cierto, Chacón y Calvo siempre trabaja. A mí me parece que es el único diplomático de Cuba y del mundo entero, que trabaja, que hace algo. Bien es verdad que tampoco es un diplomático. Porque de serlo no llevaría tantos años de segundo secretario de embajada, mientras tanta metralla llega hasta a embajador...

En todo este tiempo, Chacón ha dado conferencias. Una en la cátedra Victoria de la Universidad de Salamanca: "La experiencia del indio". Y ha trabajado en una obra de fondo: *Criticismo y colonización*.

En La Habana, donde debiera quedarse en alguna cátedra universitaria, Chacón alquilará un pedazo de playa, un bote y una trusa. Y consumirá miles de pies de película.

El mar!... El mar... Chacón pasa de la minuciosidad de los archivos a la grandeza del mar. Descansa con uno del otro.

Pero antes de irnos nos recuerda una anécdota de su vida que tenía que sucederle en Sevilla. Fue cuando quiso fundar un club náutico en el Guadalquivir. Pero fracasó... Los sevillanos le confesaron "¡que el río era muy húmedo!".

EL LIBRO DE LEVÍ⁹⁰

Tuve tarde el libro de Leví Marrero, *La generación asesinada*. Y como es costumbre que no más allá de la primera semana se hable de los acontecimientos literarios, acaso pueda parecer extemporáneo este juicio.

Tuve tarde el libro de Leví Marrero, pero ello acaso haya sido una feliz contingencia. Porque el libro ganará con el tiempo, ya que, por lo menos para los que de alguna manera tomaron parte en la revolución, la prontitud de la perspectiva hará que por un número de años la estructura de artificio de casi todos los empeños literarios aparezca demasiado visible.

Y sin embargo, el libro de Leví Marrero resuelve en todo lo posible ese problema que a mí se me antoja por ahora insoluble: el de la perspectiva.

Cuando leemos muchos de los momentos que narra nos acordamos con intensa realidad de emocionantes episodios de la revolución; pero algo hay en el libro que pesa por encima de esto; algo que le da vigencia. Hay en Leví Marrero, muy joven aún, un escritor independiente, inconfundible como nadie entre nosotros. Su libro es una vibración. Las páginas se atropellan como las horas trágicas de la revolución. Y la neblina de tristeza que tuvieron muchas de aquellas cosas se refleja en el libro con la fuerza de los recuerdos inolvidables.

⁹⁰ 14 de mayo de 1934, p. 4.

La imagen es eléctrica; la visión del paisaje y del tiempo, precisa. Los personajes, como los de la realidad, persisten en la imaginación envueltos en la tragedia.

La generación asesinada tiene, a mi juicio, un error grave: el del título. Parece que Leví Marrero, que tiene el sentido de lo dramático, que se ve mezclar al lector, como un protagonista más, en el interés de sus páginas, puso el título a su libro cuando lo comenzó y no al finalizarlo.

Hay otro aspecto del libro que ofrece una verdadera esperanza en Leví Marrero. Creo que de todas las páginas, una de las más logradas es la de la escena del son en el solar. Ello anuncia un escritor nuevo interesado en el motivo típico. E interesado con fortuna. Acaso en su próximo empeño Leví Marrero insista con mayor extensión en lo vernáculo y, sin duda, obtendrá un éxito.

Sin embargo, acaso porque el libro es página de la realidad más que novela, el lector, al final, encuentra que algo falta. Faltan algunas páginas más en las cuales algún protagonista superviviente constatará la inutilidad de tanto esfuerzo heroico y sin base, y la desvergüenza sin límite de los aprovechadores de aquel esfuerzo, casi todos emboscados entonces.

AL SALIR DE LA HUELGA DE HAMBRE PURA ESTRADA NARRA A AHORA CÓMO FUE PRESA⁹¹

La señora de Fernández de Velasco ha salido de la cárcel con más bríos para luchar

Pura Estrada, estudiante afiliada al Ala Izquierda Estudiantil, casada con Miguel Ángel Fernández de Velasco, ha ocupado un buen lugar en las planas primeras de los diarios.

Incidentes airados con la policía; registros, prisión, huelga de hambre... Exigía, pues, la entrevista y hasta la finca adonde fue a descansar un par de días de tanta excitación, bajo la fina llovizna de la noche, fui a despertarla con la clásica inoportunidad e impertinencia de los repórters.

El pelo negro y los ojos negros y vivaces. Pequeña y nerviosa. Cuando la oigo hablar de los que ella llama “nuevos porristas”, me acuerdo demasiado de las muchachas a quienes el famoso teniente Calvo llevaba a los “Expertos” por cualquier cosa y que lo insultaban impune y temerariamente.

Sin embargo, procede hacer una diferencia, como la misma Pura Estrada reconoce: Calvo no se propasó con ninguna mujer. Cuando más, fue irónico.

En realidad, oyéndola hablar, se ve que Pura Estrada siente una irritación profunda contra los actuales jefes policíacos que la han importunado con registros y vejaciones.

⁹¹ 22 de mayo de 1934, pp. 1, 2.

Habla con un tono de desprecio absoluto, de aquel aparatoso y estúpido registro que le hicieron hace más de quince días en su apartamento del “López Serrano”, cuando cuatro camiones y tres “jaulas” rodearon el edificio como para un sitio.

Estaba ella sola en el apartamento y se negó rotundamente a dejar pasar más de un hombre a hacer el registro, “porque querían entrar a montones”, y no estaba dispuesta a que luego le faltaran cosas y no supiera a quién reclamárselas.

Había allí recuerdos de Atarés; el casco de Gibara, de Miguel Ángel; una pistola del siglo xv; un casco de la guardia presidencial de Machado... Todo se lo quisieron llevar, como si todo fuera material de guerra; pero se opuso a que saliera lo que no pudiera estimarse estrictamente como arma...

Sin embargo, cuando Pura Estrada se pone nerviosa, es cuando habla del teniente Powell, “famoso por sus atropellos en los institutos de Camagüey y La Habana”.

Cuenta cómo Powell, al ver un retrato de Julio Antonio Mella en su casa, dijo:

—¡Ah! ¿Aquí está también este?... ¡Allá, en el Instituto, llegué y desbaraté banderas rojas y letreros...!

Y como el teniente hablaba jactanciosamente de sus hazañas en el Instituto, Pura Estrada, llena de cólera, le dijo:

—¡Usted es un cobarde si se alaba de eso! ¡Allí, en el Instituto, no había nadie bien armado para habérselo impedido!

La contestación de Powell: “Oye, tú eres rabiosa, ¡eh!”, la puso más violenta aún:

–Usted no es quién para tratarme de tú. Usted debe mirarse para dirigirse a una dama que no le ha dado confianza ninguna.

Pero su encuentro con el teniente Powell se iba a repetir, con mayor violencia aún, cuando, con motivo de haberse dirigido con su compañera a casa del doctor Torrado, en los momentos en que se hacía un registro allí, fueron detenidas y llevadas a la jefatura.

–Contrasta –me dice–, la actitud mesurada y en todos los conceptos correcta, de los numerosos policías que allí estaban, muchos vestidos de paisanos, y el oficial de carpeta, que trataban de calmar mi irritación, con la asumida por Powell...

Otra vez este hombre se permitió tutearme y entonces le dije:

–Mire, óigame, soldado: es la segunda vez que me lo encuentro y la segunda vez que usted se permite tutearme. Tiene usted que saber que yo no soy ninguna mujerzuela, sino una señora, una dama. ¡Sé-palo de una vez...!

Y, a continuación, una serie de adjetivos durísimos le fueron aplicados a Powell, que, sin más preámbulo, determinó que se la llevaran a ella y a su acompañante para Guanabacoa.

Pura Estrada, al oír que la mandaban para Guanabacoa, a la cárcel de mujeres, exclamó sarcástica:

–¡Caramba, me sorprende la noticia, porque ustedes a lo que acostumbran es a dar tiros y palos!

Y cuando salían para la cárcel, llegaban Carlos Prío y Raúl Fernández Fiallo, quienes les pidieron que demoraran un rato, que iban a hablar con Pedraza...

–¡De ninguna manera...! ¡No quiero agradecerle nada a esta gente...! No quiero que se haga ninguna

gestión por mí. Ya vendrá mi gobierno, que da libertades...

Y así se fueron para la cárcel de Guanabacoa, en donde, según me cuenta Carmelina Guanche, la alcaide, viene realizando una labor estupenda para el confort y el estímulo de las presas.

Luego vino la huelga de alimentos que se prolongó treinta y seis horas...

Pero la huelga de hambre no le hizo efecto. Mientras Miguel Ángel Fernández de Velasco desempeñó la secretaría de Comunicaciones, prácticamente estuvo siempre en huelga de hambre... Mejor dicho, en huelga de café con leche, pues ella ni almuerzo ni come si no está su marido y este, con el trabajo extraordinario, no tenía horas para llegar hasta su casa...

Leyendo la carta se comprende que Pura Estrada hubiera podido resistir la huelga de alimentos unos cuantos días, sin que su organismo se quebrantara. Y tan es así, que ahora, al abandonar la cárcel, ha salido con mayores bríos y dispuesta a continuar luchando, como hasta el presente, en pro de la libertad.

Se trata, sin duda, de una enemiga peligrosa...

CASTELLS NO AYUDÓ A MACHADO⁹²

Según versiones recogidas ayer en centros estrictamente oficiales, el Tribunal de Sanciones probablemente rechazará la causa seguida contra el comandante Pedro Abraham Castells, exjefe del Presidio Modelo, pasándola a la jurisdicción civil ordinaria, basándose en que “Castells no ayudó a mantener el régimen de Machado”.

La idea nos parece magnífica, estupenda, colosal, maravillosa. Es más, acaso este principio siente jurisprudencia y el Tribunal de Sanciones pase a mejor descanso eximiéndose de revisar causas tan largas y embrolladas.

Porque está claro, como el agua de Santiago de Cuba, que Castells no ayudó a mantener el régimen de Machado. Y nadie mejor que la inmensa mayoría de los integrantes del Tribunal de Sanciones para afirmarlo, cuando ellos, con su larga estancia bajo el cuidado de Castells así lo pudieron comprobar...

Por lo pronto, la acusación de estar complicado en la muerte del sargento Miguel Ángel Hernández, al darle boleta a su nombre a otro individuo, carece de importancia...

Por otro lado, los documentos publicados en *Ahora* en fecha reciente y por los cuales se sabe de los ofrecimientos de Castells de contribuir con 500 “indultados”

⁹² 24 de mayo de 1934, p. 4.

de Presidio para sofocar la revolución del año 1931, también carece de importancia...

Además, las cartas publicadas, interceptadas por Castells a los presos políticos bajo su custodia, y remitidas con informes confidenciales a Fors y a Trujillo, tampoco prueban su colaboración dentro de la maquinaria de terror del machadato...

Y aún podemos añadir algo más. ¿A quiénes está acusado de haber dado muerte Castells? A infelices, a despreciados, a inmundos presidiarios!... ¿Cómo va a ocuparse el Tribunal de Sanciones de estas cosas? La realidad es que el delito de Castells estuvo en no exterminarlos a todos, absolutamente a todos, inclusive a Rodríguez Villar, a Cheché Romero, y a todo aquel grupo de hombres que supieron arrostrar en el Presidio el peligro de ser amigos nuestros!...

Aparte de todo esto, al propio Castells le resultará un castigo el que lo pasen a la jurisdicción ordinaria, en donde la Audiencia tardaría 4 518 años, 7 meses y 14 días en dilucidar todas las responsabilidades correspondientes a todas las causa incoadas contra el comandante, mientras que si fuera juzgado por el velocísimo Tribunal de Sanciones, dentro de un par de años sería condenado a muerte, el gobierno entonces en el poder, “esperaría una nueva constitución”, y, a lo mejor, en una de las revoluciones próximas, Castells saldría de la prisión y podría embarcarse para Miami a vivir como exiliado político.

Sin duda el Tribunal de Sanciones tiene mala intención con Castells!...

INTERVIEW RECÍPROCA CON EL DOCTOR MAÑACH⁹³

Ayer fuimos recibidos por el señor Secretario de Educación

Estaba jovial el señor Secretario. Uno le presentaba excusas por no sé qué. En una esquina, pronta a ser enarbolada con un entusiasmo mambí, una sedosa bandera de Cuba, reposaba con la inmovilidad serena de un pájaro de museo. En el lienzo del frente, un cuadro de don José de la Luz, el viejo querido de cuando yo era niño, con su cara seria y amable. Pero el cuadro es un crimen. Tiene unos pantalones color lila. Sin duda el Secretario de Educación cambiará el cuadro y mandará a hacer una cabeza enorme y pensativa a alguno de sus pintores amigos...

Y nos pusimos a hablar como dos enemigos.

El Secretario de Educación está dolido de la inquina estudiantil contra él, principalmente por los incidentes del Instituto, y me declara cosas de interés, dignas de ser conocidas. Unas las diré ahora y otras –a petición suya– cuando llegue el momento.

Por lo pronto Jorge Mañach me asegura que fue, gracias a él, a gestiones que hizo personalmente en la Jefatura de Policía, que cesó el fuego contra los estudiantes del Instituto.

También me afirma que fue él quien defendió con calor la posición del doctor Aragón como director del

⁹³ 25 de mayo de 1934, pp. 1, 4.

Instituto, contra quien existían, en las “altas esferas” gubernamentales, corrientes de animadversión. Asimismo se opuso a la clausura de los centros de enseñanza.

Pero más importante es lo siguiente. Según dice, de él fueron las siguientes proposiciones formuladas en el Consejo de Secretarios:

La tropa se excedió en los hechos del Instituto.

No poner soldados en torno a los centros de enseñanza.

Que se utilizará solo a la policía frente a los disturbios estudiantiles.

Que estos agentes no estuvieran armados con armas largas, y que solo disparasen en el caso evidente de una agresión a la fuerza pública con armas de fuego.

Estas bases fueron las aceptadas luego por Batista, que dictó un bando con las mismas.

Como la cosa se presentaba en la forma de una defensa clara para el Secretario de Educación, en lo relativo al asalto del Instituto, le pregunté que por qué no dio a conocer estos hechos a la opinión pública.

“Por razones de alta política —me contestó— acaso yo hubiera dado una sensación de temor a los estudiantes y el gobierno tenía la necesidad de dar una sensación de energía, de represión. Inclusive yo hice el memorándum para un escrito sobre mi actitud, pero rectifiqué... Yo sé que esto me ha costado la antipatía de los estudiantes”.

¡Y yo, con la franqueza un poco ruda que siempre he padecido, le atestigüé la verdad absoluta de la última parte; y como lo conozco hace unos cuantos años, le aconsejé al Secretario de Educación

que el día que se armara una rebambaramba se escondiera a tiempo!... Y estoy seguro de que muchos estudiantes, aun después de leer esta *interview*, pensarán que es un magnífico consejo...

Jorge Mañach me conoce el carácter y la sinceridad. Por ambas cosas difícilmente llegaré a político. Y como me conoce, me sabe plantear los problemas. Casi que la *interview* la hicimos recíproca.

“¿Por qué, a pesar de las diferencias políticas, no hemos de conservar buenas relaciones? Yo creo que ustedes están equivocados y ustedes piensan que soy yo el equivocado. ¿Tú no crees que yo soy una persona decente y que estoy haciendo, de buena fe, mi mejor esfuerzo por la patria?...”.

Efectivamente, Jorge Mañach es una persona decente, y le supongo buena fe y capacidad —acaso la mejor— para el desempeño de su cargo. Pero todo esto —como se lo dije— es dentro de su mundo.

Él se había estado refiriendo a Juan Marinello y a mí, y yo le expresé la realidad sin respuesta de que vivíamos con respecto a él en otro mundo, donde las ideas y los ideales son otros. Jorge Mañach lucha hoy por el mundo que nosotros combatimos a sangre y fuego; ninguno de sus postulados básicos nos interesa más que para destruirlos; para nosotros hoy el concepto de patria es universal; para nosotros los ciudadanos se dividen exclusivamente en dos banderas: la de los explotadores y la de los oprimidos.

—Bien, ¿y tú crees que yo estoy ahora del lado de los explotadores?...

—¡Absolutamente!... —le contesté.

Y hay una posibilidad: Mañach es filósofo. Acaso ante afirmación tan categórica, se ponga a meditar

y acaso llegue a la conclusión afirmativa de que está con los explotadores y no con los oprimidos y cambie de filiación... ¡Pero debe tener cuidado con no cambiar muy tarde, porque entonces ni la influencia de Marinello ni la mía, lo podrían salvar!...

EL SOLDADO DESCONOCIDO DE LA FOTOGRAFÍA DE GONZÁLEZ RUBIERA⁹⁴

Un “contrabando” en Presidio

Una mañana, en una ocasión en que pudimos hablar largo rato, Ramiro Valdés Daussá, que había recibido ya la noticia del asesinato de sus dos hermanos,⁹⁵ me dio varios papeles que le habían llegado por conducto ilegal.

Estábamos en uno de los pabellones del hospital del Presidio Modelo y disponíamos de suficiente libertad para revisar aquellos papeles. Uno era la fotografía de Rubierita, muerto, tendido en el suelo, a lo largo de seis columnas, creo, y al fondo se veían unos cuantos pares de botas y polainas... La estuvimos contemplando en silencio largo rato, mientras la imaginación, entristecida, lo recordaba con la fuerza de la realidad.

Observando la fotografía con intensidad, creímos descifrar que en la misma, con habilidad misteriosa, se había grabado también una cara monstruosa de Machado. Yo oculté la página de *El País* que encabezaba y poco a poco la fueron contemplando todos

⁹⁴ 27 de mayo de 1934, *magazine* dominical, p. 1.

⁹⁵ José Antonio y Solano Valdés Daussá. Adolescentes asesinados el 14 de abril de 1933, en horas de la tarde, en la Avenida de los Presidentes. Les fue aplicada la “Ley de fuga”. J. D. Phillips, corresponsal del *The New York Times* y testigo casual del hecho, ofreció al mundo la descripción del espantoso crimen.

los compañeros de prisión; todos los que habían estado junto a Rubierita en distintas ocasiones.

Desde luego, comprendimos entonces que el hacer ese retrato de Rubiera había sido en extremo difícil, así como el publicarlo, y a partir de entonces siempre nos hicimos la pregunta de quiénes habían sido los autores del esfuerzo.

Hoy, por una charla casual, puedo hablar de cómo se hizo el emocionante retrato de Rubiera muerto, y descubrir quién fue el “soldado desconocido” de aquel incidente que provocó la ira y la rabia de Machado y de Ainciart.

Recuerdo de Rubierita⁹⁶

Rubierita era un Hércules adolescente. Ramiro Valdés Daussá y Alberto Saumell, atletas ya hechos, potentes y ligeros, cuando se ponían a luchar con él, en Isla de Pinos, tenían que esforzarse para no ser derribados.

Un tórax perfecto. Unos brazos de musculatura elástica que hubieran llegado a tener un poder terrible. Una agresividad instintiva, que se manifestaba en torpeza en las prácticas de *basketball*.

La estatura regular, el peso firme y ¡solo 17 años!...

Así es como recordamos a Rubierita. Casi un año estuvo entonces con nosotros y era de los pocos estudiantes de derecha para quien no existía el “tabú” del “paraván” que colocó entre la derecha y

⁹⁶ Juan Mariano González Rubiera. Dirigente del Directorio del Instituto de La Habana. Detenido, torturado y asesinado el 30 de diciembre de 1932.

la izquierda, el doctor Portela,⁹⁷ pontífice máximo del Directorio entonces.

Antes también había guardado prisión con nosotros, en El Príncipe, y siempre había sido tumultuoso, lleno de ímpetu, silencioso en las lecturas, cordial, excelente compañero de prisión. En aquel sitio, en que el tiempo de encierro volvía neurasténicos a los hombres, no recuerdo haberlo visto nunca bravo. Apenas si recuerdo que tuviera disgustos con nadie, y si los tuvo no conservó el recuerdo más de 24 horas.

Rubierita, que ha pasado a ser la figura heroica del estudiantado del Instituto de La Habana, venía casi todas las noches a nuestro patio y se sentaba en el suelo, en el rincón donde nos poníamos a escuchar a Raúl Roa en su lectura de *Nuestra colonia de Cuba*, en la Academia Antimperialista.

Pocas veces tomaba parte en los comentarios, pero cuando lo hacía lo hacía con la misma agresividad contundente con que jugaba *basket*.

Una tarde hubo un montón de libertades y entre ellas estaba la suya. Antes de irse vino a nuestro patio y nos abrazó a todos sus amigos, entre los que Saumell, Gabriel⁹⁸ y yo éramos sus más frecuentes compañeros de conversación, de discusión y de juegos. Después, según el “ritual” establecido entre nosotros, le dimos junto a la reja el *cheer* de la despedida. “¡Y que vuelvas pronto!”, le dijo uno que siempre decía el mismo “chiste”... ¡Más nunca lo íbamos a ver!...

⁹⁷ Doctor Guillermo Portela Moller. Con posterioridad integrante de la Pentarquía.

⁹⁸ Gabriel Barceló Gomila.

El “valeroso” Castro

Cristalito, el negro que limpiaba los cristales del pabellón, fue quien, como en otros casos, nos dio la noticia.

“¡Mataron a Rubierita!... Dicen que porque quiso matar al experto Castro!... Dicen que lo maltrataron... que lo mataron con las manos amarradas... ¡que no valió ni que una mujer lo amparase!...”.

Así fue como nos llegó la noticia. Tanto como la muerte de Rubiera, cuyo recuerdo vivo nos era tan reciente, nos produjo malestar el saber que había sido Castro el causante de ella, y el patio se llenó de sombríos comentarios, de pequeños grupos y de silencio. Comenzaron los relatos de quién era Rubiera y quién era Castro.

Son muchos los que tienen recuerdos de este experto, uno de los más soeces y brutales de que dispuso Calvo. Recuerdo aún su cara pálida y asustada, su revólver tembloroso y sus asquerosas palabrotas cuando entró por el fondo de la casa de Suárez Solís, en el Vedado, el 3 de enero de 1931, en que no respetó la presencia de las muchachitas del Directorio ni de María Teresa Moré y Ofelia Domínguez.

Después tuvo ocasión de perfeccionarse y recuerdo cómo se condujo en los traslados de La Cabaña; y su “valor temerario” en la detención de Irisarri, Raúl Ruiz, Leyva y Seijas, a quien abofeteó cuando ya estaba esposado...

Profundamente nos dolió el que por un hombre como Castro hubiera muerto uno como Rubiera.

“Todavía está caliente, pobre muchacho”

Demestre, corresponsal entonces del *Heraldo de Cuba* en Marianao, llamó como a las cinco de la

tarde a la redacción. Había un muchacho muerto, tirado por las Avenidas de los repartos. Inmediatamente salió la máquina para allá con Generoso Funcasta, hoy fotógrafo de *Ahora* —y que es quien me hace el relato—, manejada no recuerda, si por Felipe Olivera o por Pedro Valdivieso.

La tarde estaba lloviznosa y la calle resbaladiza. La máquina enfrentó el puente de 23, para ir a buscar a Demestre y a Melon Ramos, corresponsal de *El País*, en Marianao, y solo se encontró al primero. En el regreso, en vez de entrar por el reparto Miramar, la máquina regresó por la Calzada de Colombia y bajó, al llegar a La Verbena, por la Avenida de Mendoza. Esta circunstancia fue acaso la que permitió que se obtuvieran tan buenas fotografías de Rubierita muerto.

La Avenida de Mendoza desciende hacia la de Miramar en una pendiente pavimentada que obliga a andar despacio cuando la lluvia la moja. Por esa razón pudo Funcasta percibir, en una de las calles traviesas, como a tres cuadras de la Avenida Miramar, un cuerpo tendido, cruzado en la calle. No había nadie cerca. La policía se había ocupado hasta entonces solo de la entrada por Miramar. Funcasta se acercó y tiró dos *close up* de Rubiera. Son las dos fotografías que reproducimos en esta página, desconocidas hasta ahora. Luego tomó distancia y tiró otra plancha.

Según me cuenta Funcasta, aunque parece como que Rubierita tenía atadas las manos, esto no es cierto. La realidad es que la camisa le había sido arrancada de modo violento y las mangas, cerradas, no habían podido salir, por el tamaño de los puños de Rubiera.

Después que Funcasta tiró las tres fotografías, llegaron los policías y Melon Ramos, el corresponsal de *El País*, que había llegado por la Avenida Miramar, por donde se impidió el paso.

Se le pidió permiso a la policía, que no había visto tirar las anteriores fotografías, y esta dijo:

—Sí, no hay novedad.

Melon Ramos le tomó el pulso y dijo:

—¡Todavía está caliente! ¡Pobre muchacho!

La fotografía prestada

Funcasta aprovechó el permiso policíaco para sacar otra fotografía más. Pedro Manuel García, *repórter* de *El País*, se le acercó y le dijo:

—Chico, no sé qué le habrá pasado al fotógrafo, que no ha venido. ¿Me podrías dar una copia de la fotografía?

No había ningún policía delante y Funcasta se la prometió.

Inmediatamente la máquina volvió para el *Heraldo* en donde se revelaron los negativos. Allí, poco después, recibió una llamada de Emilio Molina, el fotógrafo de *El País* con el que sostuvo este corto diálogo:

—Dice Pedro Manuel que tienes una fotografía para mí.

—Mándala a buscar que aquí la tienes. Pero si te preguntan algo tú di que la hiciste tú, no me vayan a zumar a mí de aquí.

(Funcasta me explica que esto era debido a la enemistad existente entre Hornedo y Ordorica).

Miguelito, el auxiliar de Molina, vino a recoger la fotografía, que era la del cuerpo tendido, que

salió luego ampliada de tan dramática manera, y a la mañana siguiente se enteró Funcasta que *El País* había sido recogido por la policía.

Busca la policía al autor

Funcasta le había dado a Molina una fotografía distinta a las publicadas por el *Heraldo*. Él cree recordar que fue el dibujante Nino quien hizo la composición para el periódico y en ella figuraban un retrato de Castro, herido, y al lado, otro de Rubierita, muerto, y por ello dio a *El País* la del cuerpo tirado en la avenida.

Al saber que *El País* había sido recogido por la policía llamó Funcasta a Panchito Pérez, otro de los fotógrafos de ese periódico y le preguntó qué había pasado.

—Nada —le contestó—, que ha habido líos con la fotografía y no se sabe quién fue el que hizo la fotografía.

Funcasta le replicó:

—Bueno, no te preocupes. Si preguntan di que fui yo quien la hice. Si la íbamos a publicar nosotros y las dejaron tirar es porque no hay novedad.

Al día siguiente, por la mañana, temprano, el teléfono de la casa de Funcasta sonó repetidas veces. Llamaba por él Medina, jefe de Información del *Heraldo* para decirle que lo esperara allí que tenía que irlo a buscar para una información.

Cuando la máquina llegó, Funcasta supo que el asunto era más serio de lo que se había figurado.

—Óyeme, el asunto de la fotografía de Rubiera es muy serio para ti y te fueron a buscar dos policías al *Heraldo*... Pero no te preocupes... Vamos ahora a la Legación Mexicana.

Y la máquina los dejó a la puerta de aquel edificio.

Diálogo entre Ramiro Guerra y Ainciart

En la Legación mexicana, mientras Funcasta esperaba lo que le ofreciera el asunto, Medina, que era mexicano, subió y habló por el teléfono oficial con Ramiro Guerra⁹⁹ durante un largo rato. Luego lo hizo con el Embajador de [manchón ilegible en el original]... y vino enseguida a donde Funcasta a decirle:

—Bueno, ya todo está arreglado. Ahora al que hay que avisarle es a Ramos.

(Melon Ramos había dado al *Heraldo* los nombres de los policías que iban en la máquina con Rubiera).

Después de permanecer casi una hora en la Embajada de México, en donde había individuos asilados, salieron en la misma máquina para el Palacio Presidencial.

Allí, a través de la mampara del despacho, Funcasta pudo percibir parte del diálogo que sostenían, en distinto tono, el doctor Ramiro Guerra y Ainciart.

Ainciart hablaba en alta voz, como si estuviera violento, asegurando que “el enemigo lo tenían dentro de la casa, mientras se ocupaban de buscarlo por fuera”.

“En el *Heraldo* —ya yo lo he dicho— hay enemigos del Gobierno y eso no puede ser”.

Mientras trataba de no darle demasiada importancia al asunto, Ramiro Guerra, que había recibido la versión telefónica de Medina, le aseguraba “que

⁹⁹ Ramiro Guerra Sánchez. Desempeñó el cargo de Secretario de la Presidencia de Machado. Su obra de investigación histórica lo coloca entre los más importantes historiadores cubanos del siglo xx. *Azúcar y población en las Antillas* (1927) denuncia los males de una economía dependiente y contribuyó a fortalecer el pensamiento antimperialista de los jóvenes del 30.

cuando Funcasta decía que no tenía nada que ver en el asunto era porque era cierto”...

Recuerdos de la fotografía a Rubiera

Como resultado de haber dado la fotografía de Rubiera a *El País*, Funcasta se vio entonces en posición difícil con la policía, y, concretamente, me recuerda dos hechos:

Cuando mataron a Fernández Ros,¹⁰⁰ el organizador de la Liga Patriótica, al tratar de sacar una fotografía del que lo estaba acompañando, Ainciart le rompió la cámara, lo que hizo también con la de Lezcano, fotógrafo de *El País*.

Y, cuando la muerte de los hermanos Freyre,¹⁰¹ el capitán Hidalgo –¡muerto ya, también!– la emprendió a patadas con el que hoy es nuestro fotógrafo...

Pero, en realidad, la policía, aunque sin saberlo, tenía toda la razón al atacar a Funcasta, porque fue este quien, en unión de Kiko Figarola –otro de nuestros actuales fotógrafos– utilizando los propios talleres de el *Heraldo de Cuba*, había impreso las postales de Alpízar, cuando el asesinato de este... No estaban pues tan lejos de la verdad, cuando lo consideraban como enemigo...

¹⁰⁰ Leopoldo Fernández Ros. Exprofesor del Instituto y periodista. Organizador de la Liga Patriótica, nombre solemne de la Porra, cuerpo represivo machadista. Ajusticiado el 11 de marzo de 1933.

¹⁰¹ Leopoldo, Gonzalo y Guillermo Freyre de Andrade. Los dos primeros, conocidas figuras de la oposición; congresista el segundo. Asesinados el 27 de septiembre de 1932, en su propio hogar de la calle B, no. 13, en represalia por la muerte, en un atentado, de Clemente Vázquez Bello, presidente del Senado.

POR VOTACIÓN UNÁNIME DE 2 000 ESTUDIANTES LA UNIVERSIDAD SE PONE EN FRENTE DEL GOBIERNO¹⁰²

Aunque se había previsto que la asamblea universitaria del anfiteatro celebrada ayer sería en extremo importante pocos pudieron llegar a presumir que revestiría tan importantes caracteres.

Como consecuencia de ella, y entre atronadores aplausos, don Carlos de la Torre, a su nombre, y en el de todos los profesores que figuran en el Consejo de Estado, presentó las renunciaciones de sus cargos ante la masa estudiantil antes de darlas a conocer al gobierno. Este fue, sin duda, el clímax de la asamblea y el porqué de su trascendencia política, por cuanto esta decisión de los profesores universitarios, impulsados por la masa estudiantil, coloca abierta y francamente a la Universidad frente al actual gobierno.

Desde otro punto de vista, la asamblea se caracterizó por el triunfo absoluto de Aureliano Sánchez Arango como orador, porque fue su dialéctica destructiva la que, encadenando hecho tras hecho con una fuerza incontrastable, para terminar de un modo emocionante con la evocación de los sacrificios heroicos de los expulsados del año 1927 y 1928, determinó así el cauce político en que se precipitó la asamblea al exigir la separación de los profesores del Consejo de Estado, aparte de obtener la clamorosa aprobación de la masa al pedir la expulsión total de los profesores del 1927.

¹⁰² 9 de junio de 1934, pp. 1, 2.

Otro aspecto, y no el menos importante, sin duda, fue el bloque firme que ofreció la masa estudiantil ante los problemas, su sentido del propósito perseguido y su firme decisión de no dejarse sabotear la asamblea por los profesionales de oficio, a quienes desenmascaró definitivamente Ramiro Valdés Daussá, casi al final de la asamblea.

Morell abre el acto

Justamente a las 3 y 7 minutos, por el reloj del anfiteatro, José Morell, del Directorio Estudiantil de 1930, dio apertura al acto, presidiéndolo y componiendo el resto de la mesa, en primera fila, los estudiantes Botet y Lozano¹⁰³ —que luego lo sustituyó en la presidencia— y Valdivia.¹⁰⁴ En la segunda fila: don Carlos de la Torre, Rafael Santos Jiménez, Hernández Figueroa, Clemente Inclán, Luis Ortega y Antonio Fernández de Castro, profesores de la Universidad, y los estudiantes Raúl Roa, Luis Martín, Heraclio Lorenzo, Vilaseca,¹⁰⁵ Portuondo y Prieto.¹⁰⁶

El estudiante Morell pidió a la asamblea orden para que pudiera llevarse a término el trabajo que se proponía e inmediatamente dio el uso de la palabra al estudiante Luis Martín para que leyera el fallo emitido por la Comisión Mixta Depuradora, en el curso de cuya lectura, al conocerse la decisión particular de cada caso, se fue convirtiendo en un

¹⁰³ José Francisco Botet y Manuel Lozano Pino.

¹⁰⁴ Humberto Valdivia.

¹⁰⁵ Salvador Vilaseca Forné.

¹⁰⁶ Juan Manuel Portuondo y Rafael Prieto Vernezobre.

estribillo el fallo del lector en unión del de Raúl Roa, de “expulsión”.

Terminada la lectura del fallo se originó un incidente en el que intervinieron Vicente Dorado, Sanjurjo, Pendás, Morell, Ramiro Valdés Daussá, Alvaré¹⁰⁷ y otros, sobre la orden del día, una imaginaria dictadura de la presidencia de Morell, etcétera, que por un momento pareció que iba a desvirtuar totalmente la intención de la asamblea y fue esta en realidad, la que dándose cuenta de ello, impuso el orden necesario para que la discusión se llevara adelante por el camino justo.

Una proposición de Alvaré pareció inoportuna por completo, relativa a los profesores que integraban el Consejo de Estado, pidiendo su separación del mismo y como la proposición implicaba una desviación al terreno político antes de resolver el académico tantas veces planteado, Aureliano Sánchez Arango logró hacer prevalecer su derecho a ocupar el primer turno, por haberlo así solicitado con anterioridad.

Sánchez Arango pide que se explique el porqué de los votos

Aureliano Sánchez Arango explicó que habían transcurrido ocho meses que se había comenzado la depuración del profesorado; que a través de dos magnas asambleas estudiantiles y de un tribunal también estudiantil, los catedráticos culpables habían sido expulsados y que solo por un acto de estricta justicia, se había creado la Comisión Mixta

¹⁰⁷ Leovigildo Alvaré Caiñas.

para ver si por excepción, existía algún individuo de entre los expulsados que no se mereciera tan duro castigo. Pide también, respondiendo a una maniobra consciente o inconsciente –pero que resultaba funesta– y que pedía que la Comisión se retirara del local, que era precisamente necesaria su presencia, para que respondiera cabeza con cabeza, del porqué de sus fallos, tan en contradicción con lo manifestado reiteradamente por la masa estudiantil, y, al efecto, emplazó el primero a don Carlos de la Torre, para que este dijera por qué había votado por la absolución de los culpables.

Justificación de Don Carlos

Don Carlos fue oído en un respetuoso silencio interrumpido por exclamaciones de diferente índole de trecho en trecho. Como un verdadero político, Don Carlos trató de conmover a la masa estudiantil con una acusación y un *mea culpa*. Dijo que él no se había considerado bastante al castigar a los profesores culpables, porque la realidad es que todo el claustro era culpable, por no haber protestado a tiempo de los Consejos de Disciplina; y acusó también a los estudiantes de haber abandonado a sus compañeros. Relató cómo un día, en aquellos tiempos, en el museo Poey le pronosticó a un grupo de profesores todas las consecuencias que habría de traer para la Universidad el silencio de todos y se lamentó, sinceramente, de no haber tenido entonces el civismo necesario para oponerse a los acontecimientos. Explicó esta actitud suya por la desilusión en que había caído después de los fracasos sucesivos de 1921 y 1923.

Cuando Don Carlos terminaba, un estudiante gritó: “¡Eso es mentira!”. Pero la masa respondió con un “¡Viva Don Carlos!”.

Fernández de Castro

A continuación Aureliano Sánchez Arango pidió al doctor Fernández de Castro que expusiera la razón de su fallo, y este, en una breve peroración afirmó que no había podido proceder de otro modo que de acuerdo con su conciencia y que su convicción personal sobre lo sucedido le había indicado su actitud.

Hernández Figueroa

Aureliano Sánchez Arango utilizando ya un tono francamente irónico, pidió que un verdadero penalista como el doctor Hernández Figueroa, expusiera sus razones para ver si dejaba mejor parados a los profesores.

Este profesor expresó con elegantes frases su posición, aclarando que no habían podido interpretar como resultado de intereses bastardos extrauniversitarios, la decisión de los profesores expulsados, aunque hubiera una connivencia espuria entre el rector Averhoff y el general Alemán, secretario de Instrucción Pública de entonces.

Heraclio Lorenzo

Dando un inesperado cambio a la táctica, y entre alegres aplausos de los compañeros, Aureliano Sánchez expresó que ya tenía bastantes datos sobre la

razón del fallo de los profesores, y que sería conveniente conocer cuál había sido el razonamiento de los estudiantes de la Comisión Mixta, para haber sido tan benévolos... Y pidió que “por ejemplo, Heraclio Lorenzo, se manifestara ante la asamblea”.

Este estudiante se apoyó en la misma táctica de Don Carlos, y se consideró culpable y por lo tanto incapaz de juzgar duramente a los catedráticos del 1927; haciendo hincapié en el abandono en que dejó a los expulsados la masa estudiantil entonces. Uno explicó que la presencia del ejército en la Universidad era una razón demasiado poderosa y otro, desde las gradas, le gritó: “¡Nosotros los traicionamos entonces y tú los sigues traicionando ahora!”.

Se sucede un diálogo brillante entre Aureliano Sánchez y Lorenzo, y este termina diciendo que el fallo es el resultado de un criterio suyo sobre la culpabilidad de los profesores.

Luis Martín

Ante atronadores aplausos se levanta a explicar su actitud, emplazado por Aureliano Sánchez Arango, Luis Martín, popularmente conocido en la Universidad por El Gordo Martín, quien había mantenido dentro del seno de la Comisión Mixta un criterio cerrado de expulsión para los culpables.

Martín, hablando sosegadamente, hace un relato histórico del origen de los sucesos del 27 y provoca la hilaridad estudiantil cuando habla de “la tumbadera de los carteles”. Narra cómo ni la primera ni la segunda vez el claustro considera actos de indisciplina el que los estudiantes derriben los carteles aquellos que proclamaban a todas las posteridades

que todo era obra de “Gerardo Machado y Morales, siendo secretario de obras públicas el doctor Carlos [Miguel] de Céspedes”... y que solo cuando recibe una enérgica comunicación del general Alemán, a los tres días del suceso se reúne precipitadamente y asegura que hay una grave falta de disciplina... Da cuenta asimismo de una carta del capitán Hidalgo, de la Policía de entonces, al jefe suyo en que le avisa de lo que le ha “contado el Rector sobre los nuevos de la Universidad”.

Martín cautiva la atención estudiantil cuando comienza a hacer un relato de la odisea de Averhoff en busca de un presidente para el Consejo de Disciplina y, al no encontrar a nadie, ve al doctor Luciano Martínez –padre de Rubén Martínez Villena, formidable luchador comunista– y le pide que se haga cargo de la Presidencia, negándose este. A la negativa, Averhoff le da cuenta que es deseo del general Machado... y el doctor Luciano Martínez le contesta que no lo sabía ni lo sospechaba, pero que entonces se negaba dos veces... La asamblea responde con aplausos...

Después Averhoff se dirigió al doctor Genares, que estaba en el Rectorado, y este le dijo: “Que él era catalán y no quería meterse en política” [risas]. Por último *Panchín* Muñoz,¹⁰⁸ catedrático “disciplinado”, se hizo cargo del “hermoso” papel.

En el curso de su peroración Martín lee algunas cartas formidables que aportan pruebas contundentes, y Aureliano Sánchez Arango lo interrumpe para pedirle que pare su fuego graneado, que ya hay bastante y que le dé una oportunidad a Raúl Roa para

¹⁰⁸ Doctor Francisco Muñoz.

expresar su criterio. Martín accede y es largamente ovacionado por la asamblea.

Raúl Roa

Es recibido también por una enorme ovación. La masa grita: “¡Se soltó el Loco!”, nombre con que es conocido generalmente el estudiante izquierdista.

Empieza diciendo: que quiere expresar que su actitud dentro de la comisión obedeció a un estricto criterio de justicia y que pretendió en todo momento mantenerse en el justo medio entre el tribunal de la inquisición y el de examen de Sociología cuando era catedrático el inolvidable y ultrabondadoso doctor Cuevas Zequeira. La masa responde con grandes risas.

Enseguida entra Raúl Roa a hacer un examen a fondo de lo que representó la represión hecha por el profesorado sobre el movimiento estudiantil de 1927, calificándola como un acto de aplastamiento, de destrucción de toda la efervescencia estudiantil, lo que representó en definitiva, tres años más de tiranía bárbara hasta que en el año 1930 cuajó de modo sangriento y heroico el movimiento que se inició con la muerte de Rafael Trejo. Habló Roa asimismo de lo que representó para la Universidad aquel castigo inaudito, y que la convirtió durante un tiempo, por el terror y la fuerza, en un organismo que pasaba por un período pantanoso, desde el punto de vista moral y académico, en medio del cual se debatía infructuosamente el empeño luchador de unos cuantos.

Para hacer ver hasta qué punto descendió el profesorado, recordó la visita “de desagravio y respeto”

que se acordó por el Claustro General hacerle al general Machado... Y el empeño servil que se puso en averiguar “quien se había expresado incorrectamente del Jefe de la Nación”, durante los disturbios. Al hacer el estudio del turbio papel que desempeñó la Comisión Investigadora previa a la de los Consejos de Disciplina, remarcó el dato estupendo de cómo habían insertado al final de su labor el informe de la Policía, fechado con anterioridad a la formación de la Comisión Investigadora; y se refirió a la actitud de los estudiantes expulsados de cuyo grupo solo dos [sic] “que estaban muertos” (se refería a la muerte civil). Analizó también cómo por solo haber tumbado unas tarjetas, aquellos profesores habían impuesto penas hasta de 15 años de expulsión y manifestó cómo el resultado de aquella salvaje represión fue “el cobarde silencio preñado, por singular paradoja, de cuantos serviles”. Para terminar, hizo una declaración sobre la actitud de los estudiantes que permanecieron en la Universidad después de las expulsiones y a los cuales no se les debía juzgar con el hacendoso juicio de “culpables”, porque “no se puede coquetear todos los días con los fusiles y las ametralladoras y de todos era sabido que el ejército ocupó la Universidad”.

Al terminar Raúl Roa su sólida estructuración del problema, recibió una gigantesca ovación, cuando terminó exigiendo por el “honor de la Universidad la expulsión de unos profesores que la deshonoraban y cuyo perdón significaría una aprobación por la masa estudiantil actual de la expulsión de sus compañeros del año de 1927”.

Como dato curioso podemos hacer constar que entre los que aplaudían a Roa por su exposición, se

encontraba el doctor Fernández Camús, profesor de Derecho.

Portuondo

Portuondo, estudiante de Medicina, pide entonces a Aureliano Sánchez Arango una oportunidad de expresar las razones de su fallo y manifiesta cómo en el curso de las declaraciones de los profesores, a pesar del frente único de estos de no declarar nada sobre sus actuaciones entonces, pudo deducir que unos eran más culpables que otros, teniendo la seguridad de que Recio fue el peor y Julián Modesto Ruiz llegó hasta a defender a un estudiante. Al expresar esto último, un estudiante de la asamblea le gritó que “si defender a uno era defender a todos”, consiguiendo con la interrupción quitarle fuerza a lo que manifestaba Portuondo, quien manifestó cómo hubo un catedrático que manifestó en su ingenuidad que “Machado era una autoridad académica”. La masa estudiantil rió estrepitosamente la ocurrencia y pidió que se supiera quién había sido, alegando Portuondo que no podía afirmar si había sido Cosculluela.¹⁰⁹ Uno le gritó irónicamente que si él lo había creído, y por dos veces se vio obligado a responder a la pregunta. Habló también de lo que llamó “debilidad de carácter” de *Panchín* Muñoz, y fue interrumpido con burlas.

Una vez que había obtenido la “confesión de glorias y delitos” de los miembros de la Comisión Mixta, Aureliano Sánchez continuó su trabajo de destructor con empeño y una decisión terrible: “Por lo

¹⁰⁹ Doctor José A. Cosculluela.

pronto, afirmó, hay que reconocer que la Comisión Mixta ha fracasado rotundamente”. [Aplausos]. Y detalló: “Primero, porque no ha encontrado la excepción, el caso especial, único acaso para la que se nombró, de hallar un profesor no culpable o menos culpable. Segundo: por la manifiesta debilidad del criterio sustentado por los profesores y su falta de unidad”. El doctor Hernández Figueroa lo interrumpe para explicar que ha habido casos de fallos por unanimidad y Aureliano Sánchez le responde que se está refiriendo a los catedráticos del año de 1927, sentándose Hernández Figueroa, y continúa Sánchez Arango, por la ramificación del criterio de los delegados estudiantiles. Después pasa a analizar desde su punto de vista personal, el problema, obteniendo entonces el éxito más grande acaso que se recuerda en la Universidad. Llama la atención al doctor Hernández Figueroa de cómo lo aportado por los estudiantes Martín y Roa sí son pruebas, pruebas anonadadoras y no simples convicciones morales... Incide en el señalamiento inexplicable de unos catedráticos que imponen penas de presidiario casi por solo tirar unas tarjetas; analiza cómo se valen de un informe policíaco anterior y lo utilizan como prueba importantísima ya que no habían encontrado ninguna. Comenta cómo, de escalón en escalón, la moral profesoral descende vertiginosamente hasta que, por último, es el propio Rector quien decreta las expulsiones. Profundizando en el tiempo lee una importantísima carta del capitán Hidalgo, fechada en 8 de abril de 1927, cuando era Rector de la Universidad, Fernández Abreu, en la que se prueba la complicidad de este con las autoridades y contra los estudiantes. Descubrió asimismo cómo se

había sugerido por el doctor Cueto,¹¹⁰ a los doctores Portela y Lendián, el que estos se inclinaran contra los estudiantes, a lo que estos no habían accedido. Da lectura a una carta de Alemán a Machado sobre la expulsión del estudiante Chelala,¹¹¹ anunciándole que sería expulsado por diez años al día siguiente y aclara cómo se realizó una investigación telegráfica sobre un certificado médico de Chelala, remitido desde Oriente, y se le expulsó sin oírlo, uniendo su nombre al de Gabriel Barceló, Rosell¹¹² y el propio Sánchez Arango.

Se refiere a una carta de Alemán a Machado en la que le comunica sobre el Claustro, que “¡todos están muy bien!”. Esto provoca un ¡Ah! unánime de la asamblea entre burlón y de asombro. Para hacer más patente la presión exterior sobre los profesores universitarios —aclarando con ello las afirmaciones de los profesores integrantes de la Comisión Mixta— relata cómo amigos personales suyos como Dorta Duque¹¹³ y Julián Modesto Ruiz, se ensañaron en su juicio; aclara aún más, que a ninguno de los catedráticos expulsadores les había hecho nunca nada, jamás les había mentado la madre [risas] y, sin embargo, se ensañaron con él, como si ejercieran el ensañamiento por el ensañamiento, algo parecido al arte por el arte. [Aplausos y risas]. ¿Por qué este ensañamiento?, pregunta. Y habla del caso de Soto Barroso, salvado por las influencias de un cuñado.

¹¹⁰ Doctor Antolín del Cueto.

¹¹¹ José Chelala Aguilera.

¹¹² Carlos M. Rosell.

¹¹³ Doctor Manuel Dorta Duque.

¿Por qué tanto misterio ahora? ¿Qué cosa hicieron tan terrible que ahora no quieren decir nada? [Ovación enorme]. En este momento, Aureliano Sánchez analiza el caso concreto de Israel Matías Soto Barroso —dice el nombre lenta y deleitosamente— y compara su actitud ante el Consejo de Disciplina con la de los profesores que le dejaron ver gotita a gotita al estudiante Portuondo, la diferencia de su culpabilidad, cuando manifestó ante el Consejo que “no declaraba por un deber de compañerismo”, expresando con ello, dejando traslucir entonces también que él era una víctima del deber, pero que no compartía la actitud de sus compañeros que habían acordado que ningún estudiante declarase por considerarlo incompetente. Esta declaración de Soto Barroso —expresó— le permitió salir de la Universidad con su título de doctor del brazo de Raúl Maestri, tan conocido... [Risas y aplausos].

Luego Aureliano Sánchez se expresó sobre los profesores “infelices”. Martín Muñoz fue su ejemplo y manifestó cómo su infelicidad llegó hasta el extremo de asistir, ya como mero y regocijado espectador, a todas las sesiones del Consejo de Disciplina. Pide Aureliano la expulsión de todos “esos infelices” y es largamente ovacionado.

Finalmente, analiza a semejanza de Roa, la diferencia entre las responsabilidades entre catedráticos y alumnos y concretamente se refiere a Hernández Figueroa, a quien no puede considerarse tan culpable como a cualquiera de los expulsadores.

En cuanto a la culpabilidad estudiantil, desmiente Sánchez Arango a Don Carlos, recordando cómo la agitación estudiantil se extendió desde noviembre del 1927 a abril del 1928; relata la ocupación

militar y se refiere a la subsiguiente desconexión de la masa estudiantil de los que ella consideraba sus líderes, expulsados ya y perseguidos.

Termina Aureliano Sánchez haciendo una patética y conmovedora evocación de los sacrificios silenciosos de los muchachos del 27. Recuerda los nombres por siempre gloriosos de Suárez Rivas, que se volvió loco de la conmoción de los hechos; de Gabriel Barceló, que entregó la vida en la lucha con el destierro y la prisión interminable; de Manuel Guillot, que sufrió en la prisión una cruel avitaminosis que estuvo a punto de dejarlo inválido; a Felipe Fuentes, comido por la tuberculosis, en el frío y el hambre del destierro. Pero aunque la evocación era grandiosa y solemne, Sánchez Arango expresó que no se trataba de inculpar a aquellos profesores por el rigor que hicieron sufrir a sus compañeros, sino porque habían aplastado con su actitud toda la hermosura de un gran movimiento precursor que honrará para siempre la historia de la Universidad. La ovación que acompañó a estas últimas palabras fue gigantesca, inaudita hasta ahora en el anfiteatro. Durante algunos minutos, la asamblea toda, puesta en pie, ovacionó a Aureliano Sánchez Arango como solo lo hubiera hecho a Mella...

Nadie quiere hablar después

Después del esfuerzo estupendo de Sánchez Arango, ninguno de entre los quince turnos que existían pedidos fueron consumidos. Nadie quería hablar detrás de aquel triunfo impresionante y, solo más tarde, cuando se despejó un poco la enorme confusión de gritos, comenzaron los discursos sobre temas menores.

Medina defiende a Pardo Castelló¹¹⁴

El estudiante Medina manifestó que quería hacer la defensa de Pardo Castelló. Apenas podía hablar ante la presión estudiantil porque callara. Al cabo pudo citar a Ramírez Corría para que expusiera su opinión sobre Pardo Castelló. Este entonces manifestó “que en el orden personal lo consideraba mucho” pero que no podía dejar de pedir, como expulsado, su expulsión también conjuntamente con los otros, por haber actuado de acuerdo con ellos. Ramírez Corría fue ovacionado y no valió que Medina declarara que Pardo Castelló era una eminencia en piel.

“Bueno, ¿y qué?”, le gritó uno.

Mientras hablaba, Revilla, el singular Revilla, produjo una decena de altercados con su indignación por la defensa que hacía Medina.

Bonachea

Bonachea, un estudiante que cursó estudios en México, se presentó a defender al doctor Cué¹¹⁵ y recibió una interminable repulsa de la masa, que exigía pruebas y no palabras. Recibió a manera de insultos, que había estudiado en México, que su padre era cónsul en tiempos de Machado y que se sabía que tenía una beca de este gobierno. Al cabo habló defendiendo a Cué, y Aureliano, ante el aplauso de la masa dijo: “Así se coge a esta gente, dejándola hablar”. A con-

¹¹⁴ Antonio Medina y doctor Vicente Pardo Castelló.

¹¹⁵ Doctor Pedro Cué Abreu.

tinuación expuso el caso de Cué que pertenecía al bufete de Dolz¹¹⁶ y cómo este en un principio apoyó a los estudiantes, pues les prestó sus servicios; pero más tarde, cuando Dolz le manifestó al propio Sánchez Arango que se sentía solo y desalentado, firmando al cabo la Prórroga de Poderes, dejó de defenderlos. Su actitud, afirmó Sánchez Arango, es doblemente culpable. Se llama traición. [Enormes aplausos].

Uno lanzó desde las gradas el grito de “¡que le corten la cabeza!”. En este punto Porfirio Pendás aclaró que Cué había defendido a Chibás pero que le había cobrado 1 000 pesos por la defensa.

Ramiro Valdés Daussá pide un turno y expresa que parece natural que él defendiera a Cué, pues este había sido su defensor en el Consejo de Guerra en que fue condenado, pero en virtud de las aclaraciones hechas por Aureliano a la asamblea y las que en privado le había hecho con anterioridad, no podía defenderlo, pero que deseaba atestiguar que a él no le había cobrado nada por la defensa.

Callejas

Este estudiante, que tiene la mala suerte de no contar con la simpatía de las asambleas, pretendió hablar para defender a dos catedráticos, y aunque prometió pruebas, la masa, en realidad, lo dejó apenas exponer sus razones, pidiendo que se diera a Chelala el turno que le correspondía.

¹¹⁶ Doctor Ricardo Dolz Arango.

Chelala

Chelala, uno de los expulsados más conocidos del año 27, habla brevemente manifestando que la depuración que se había hecho era solo parcial y que había que luchar firmemente para lograr la total depuración universitaria; que el estudiantado no podía permitir la inmoralidad de profesores que pretendían desmoralizarlos regalándoles notas y que era necesario reconocer que más de la mitad de los profesores se hallaban metidos en el fango del que habían pretendido salir cubriéndose el rostro con una máscara verde... [Aplausos].

Terminó Chelala en medio de una ovación, haciendo un llamamiento a todos los estudiantes, sin distinción de ideologías: izquierdistas, derechistas y centristas, por una lucha de frente único contra la inmoralidad universitaria y para impedir en todo momento, atropellos de funestas consecuencias como se ha visto.

Alvaré

Después de Chelala, Leo Alvaré planteó de nuevo el problema de los profesores en el Consejo de Estado y en este momento la masa, enardecida ya, exigió que se tratara el asunto. Alvaré aclaró que no era un insulto a los profesores, a los que respetaba, sino que expresaba el unánime deseo estudiantil que pedía que se fueran del Consejo o de la Universidad.

Don Carlos habla de nuevo

Don Carlos se levanta a hablar y es aplaudido, encimándose la masa sobre la mesa, consciente de que se acerca el momento culminante de la asamblea.

Comienza manifestando que le extraña que sea Alvaré quien le haga la petición –la masa siente que va a oír algo especial. Alguien le grita: “Su casa está aquí, Don Carlos”–, porque Alvaré en unión de otros alumnos una vez le pidió que no renunciara; pero expresó resueltamente, que desde ese momento su renuncia estaba presentada. (La ovación que se le tributó a Don Carlos fue estruendosa, poniéndose la asamblea de pie durante un largo rato).

Santos Jiménez

A continuación habló el doctor Rafael Santos Jiménez, quien expresó que para él la Universidad estaba por encima de todo y que ya con anterioridad le había manifestado a Don Carlos que su renuncia la presentaría tan pronto se lo dijera. Santos Jiménez recibió también una larga y cariñosa ovación, a quien apenas se le oyó la última frase, de que “los estudiantes y profesores debían mantenerse unidos en el ideal por la enseñanza y la patria”.

Renuncia en pleno

Don Carlos de la Torre vuelve a ponerse en pie, y ante el regocijo de la asamblea participa que su renuncia entraña la de todos los profesores de la Universidad en el Consejo de Estado. “Incluso la de Dolz –afirma–, y aun la de Cué, profesor expulsado”. Por el único que no responde es por Desvernine,¹¹⁷ que es solo catedrático retirado. Siento, prosigue Don Carlos, que esta renuncia será grave, por ejemplo

¹¹⁷ Doctor Pablo Desvernine.

el doctor Santos Jiménez, prácticamente solo está haciendo el censo y la ley electoral... “¡Eso no sirve para nada! –le gritan–. ¡Eso no se va a cumplir nunca!”.

Cuando apenas había terminado de hablar Don Carlos, rectificando los conceptos que había vertido sobre los acontecimientos y su actitud dentro del Consejo de Estado, José Ángel Bustany se levantó para expresar que era el gobierno quien se había puesto frente a la Universidad y los estudiantes, ametrallándolos en el Instituto; y que no había razón ninguna para que profesores de la Universidad prestaran su prestigio para que se utilizara como pantalla por los gobernantes atropelladores de estudiantes...

A esta declaración, ovacionada, siguió la de *Leo Alvaré*, explicando que siempre se había extrañado que continuaran en un gobierno que tenía las manos manchadas con sangre de estudiantes. Uno, estudiante abecedario, sin duda, gritó: “¡Grau también!”... Pero la masa estaba centrada en un solo punto de debate y pasó por alto la certera alusión...

La renuncia de Mañach

Ramiro Valdés Daussá ocupa la mesa para consumir, prácticamente, el último turno de la asamblea, que ya comenzaba a desmoralizarse. Ramiro felicita a los estudiantes por el triunfo logrado y hace una alusión feliz sobre el papel de los saboteadores en las asambleas, enviados por el gobierno, incapaz de dar la batalla de frente. Reafirma los conceptos de Chelala sobre la desmoralización que quieren introducir algunos catedráticos regalando notas y hace ver cómo

ello redundará a la larga, en una discriminación colectiva contra los graduados de estos años. Afirma que casi todos estos individuos trabajan de acuerdo “con el laboratorio de injusticia” que dirige Jorge Mañach, poniendo como ejemplo el caso de Fermoselle,¹¹⁸ y termina en medio de una gran ovación, pidiendo la renuncia del Secretario de Educación. A Ramiro suceden en la palabra Naredo¹¹⁹ y Rosario Rexach, quien pide la reposición de Fermoselle...

La asamblea fatigada por cinco horas de duro discutir, se desconcierta; Lozano hace esfuerzos gigantescos por controlarla: oradores aislados hablan desde las gradas y el público comienza a bajar los pasillos. Prácticamente ha terminado. Se oyen gritos aislados contra Mañach, entre los que sobresalen los de Rosell y Pérez Medina, y por último, la asamblea se disuelve por sí misma para continuar hoy a las nueve de la mañana.

Declaraciones

Los profesores se retiraban del anfiteatro. El doctor Clemente Inclán tenía la cara sonriente, como si hubiera ganado un gran juego de *baseball*; a Don Carlos había que oírle decir algo y le preguntamos qué creía él de todo, qué esperaba. Manifestó que creía que la renuncia de ellos sería un golpe para el gobierno. El doctor Santos Jiménez dijo que el gobierno no se esperaba el golpe, aunque él se había presumido algo ya. El doctor Hernández Figueroa tuvo que reconocer que Aureliano Sánchez Arango

¹¹⁸ Doctor Joaquín Fermoselle Bacardí.

¹¹⁹ José Naredo Vidal.

había tenido un debut excepcional como letrado –pronto lo será– y que había estado habilísimo, desmenuzando problemas como un profesor.

Más tarde supimos un rumor sensacional: se dijo que la renuncia de Don Carlos era un verdadero problema para el gobierno, porque según fundamentadas versiones, se había pensado en poner a este de Presidente provisional para que los nacionalistas tuvieran en Mendieta un candidato...

Y hoy es la segunda parte, no menos emocionante, de la depuración universitaria.

EN UNA PROLONGADA Y TUMULTUOSA ASAMBLEA, LOS ESTUDIANTES SIGUEN SU DEPURACIÓN DEL PROFESORADO¹²⁰

La asamblea universitaria de ayer, continuación de la celebrada el día anterior y de la que dimos detallada cuenta, se dividió en dos etapas, tanto en lo cronológico como en el aspecto y el tono de su desarrollo.

La primera etapa, comenzada a las 11 y cuarto de la mañana, tras una espera de más de dos horas, se prolongó hasta pasada la una del día en que quedó suspendida para reanudarla a las dos, se caracterizó por una falta de plan, por una carencia de armonía en el desenvolvimiento de la misma y por una pérdida lastimosa de tiempo en cuestiones de menor importancia. Por el contrario, la segunda etapa, comenzada como a las cuatro de la tarde y que se suspendió cerca de las ocho para que se pudiese celebrar el Claustro de Profesores, fue mucho más fructífera en sus resultados y tuvo, a pesar de sus tumultuosos incidentes, una estructura formal, un encauzamiento normal de los propósitos preplanteados.

La asamblea de por la mañana fue abierta por Lozano, poco después que don Carlos de la Torre, al entrar, recibiera una cariñosa ovación de los alumnos, figurando en la mesa Valdivia, como secretario, y Botet.

¹²⁰ 10 de junio de 1934, pp. 1, 2.

Quintana y Mañach

Jorge Quintana, consumiendo un turno previo para una cuestión de orden, pide que se aclare el caso de la petición de renuncia al doctor Mañach, y se aclara de nuevo la votación que exige la renuncia del Secretario y la reposición de Fermoselle Bacardí.

El libro de actas oculto

Heraclio Lorenzo pidió un turno para dar a conocer a la asamblea un hecho importantísimo: la aparición de un libro de actas que contenía preciosos datos y que había encontrado hacía apenas unas horas el estudiante Vilaseca, integrante también de la Comisión Mixta; Heraclio Lorenzo dio lectura a un par de párrafos que constituían una formidable acusación contra los profesores, en connivencia, por medio del rector Averhoff, con el presidente Machado.

Proposición de Carlos Martínez

Carlos Martínez, estudiante expulsado del 27, planteó inmediatamente una moción que mereció los estruendosos aplausos de la asamblea. Se refirió a la milagrosa aparición del libro “que daba una puerta de escape” –dijo– a los estudiantes de dicha Comisión Mixta, y, robustecidas las pruebas con la aparición de tal libro, pidió a la asamblea que pidiera a los integrantes de la Comisión Mixta, si mantenían sus fallos más o menos absolutorios sobre los profesores culpables. Una gran ovación aprobatoria cercó sus palabras y se sucedieron entonces las explicacio-

nes de Don Carlos, primero, y después de Vilaseca y Portuondo.

La personalidad lograda con el sacrificio

Ante el problema planteado por Carlos Martínez con la aprobación de la asamblea, Don Carlos se levantó para explicar que él nunca había hablado de falta de pruebas para juzgar, sino de incapacidad moral para hacerlo, incidiendo sobre su concepto de la parte de culpabilidad que le cupo también a la masa estudiantil. Fue interrumpido entonces por Quintana, quien aclaró una vez más el hecho de la presencia del ejército en la Universidad, y la protesta sorda que siempre existió. Don Carlos continuó y fue en este turno en que dijo singulares cosas, entre ellas, “que los estudiantes del 27 debían su personalidad a la expulsión” que los engrandeció. Y, enseguida, cambiando el tono de su peroración, aconsejó mucho juicio, mucha prudencia, “porque si no queríamos que se metieran en nuestros asuntos, debíamos no mezclarnos tampoco en los ajenos”, afirmando que de seguir las cosas como iban nada de particular tendría que viniese la clausura de la Universidad... “Por el Claustro”, le gritó uno. “Sí, por el Claustro”, afirmó Don Carlos.

Pérez Medina hizo una corta interrupción y enseguida, Carlos Martínez, llamó la atención de la asamblea sobre el hecho de que ya se estaba conspirando contra sus acuerdos y planteó a don Carlos de la Torre el problema de por qué habían votado por la expulsión de Recio y no de los otros, a lo que Don Carlos responde que se debió tal expulsión a que Recio [sic] Martínez entonces plantea el problema

desde el punto de vista general y hace el paralelo con la situación del año 27 en que hubo dos factores: revolución, estudiantes, o reacción, profesores, pidiendo, para finalizar, que dijeran concretamente si estaban o no con los estudiantes. La masa respondió, aplaudiendo: “Sí, que lo digan”.

La pregunta, en realidad, quedó inconclusa... Vilaseca sí aclaró que acataba el fallo de la asamblea y se unía a él, y más tarde Portuondo, relatando el primero cómo se había rehabilitado a un estudiante, lo que le sirvió de norma para pensar en una rehabilitación de algunos profesores, quedando pendiente en cuanto a los profesores, las palabras de Don Carlos de que no se sentían con fuerza moral para pedir el castigo de los profesores.

Una entrevista interesante

Aureliano Sánchez Arango, consumiendo su primer turno, relató una importantísima entrevista verificada con los catedráticos de los Consejos, en la casa del Rector, y se refiere a las amnistías estudiantiles de 1929 y 1933 por las que quedó absolutamente probada la índole política de la causa de los castigos impuestos, leyendo unos párrafos de un folleto de Ferrara en los que los catedráticos quedaban en lamentable situación.

Fue al finalizar Aureliano Sánchez y con motivo de una frase de Heraclio Lorenzo, que Carlos Martínez expresó que él con su proposición, no había manifestado temor alguno a que la asamblea revocase sus acuerdos anteriores, sino a las maniobras posteriores a la asamblea.

Marcelino Dorado

Sardiñas provocó el primer tumulto de la mañana cuando mezcló extrañamente los nombres de García Montes, Guillermo Portela y otros, manifestando que habían hecho lo que habían hecho porque les convenía. Cuando fue aplacado, hizo uso de la palabra Dorado, quien se refirió a las palabras de Roa, y pidió que se fijara la atención sobre las maniobras del Claustro, demandando la necesidad de llevar adelante un escarmiento y, si era preciso, la renovación total del mismo.

Las sabandijas de diversos colores

Pérez Medina tomó las declaraciones de Dorado y pidió la necesidad de fijar excepciones que a su juicio fueron cuatro: Dolz y Zaidín, por Derecho, y Aballí y Grau San Martín, por Medicina; siendo los demás más o menos culpables y figurando entre estos, a última hora, muchas sabandijas de diversos colores...

Una vez, Gabriel Barceló

Jorge Quintana, obsesionado por la culpabilidad que los profesores insistentemente lanzan sobre la masa universitaria del 27, repite sus conceptos anteriores sobre la presión del ejército en la Universidad; la delación de los profesores (Gómez Murillo) y relata cómo una vez, Gabriel Barceló, Teodosio Montalván y él fueron a cirugía dental a romper una lista para impedir el curso de las clases y expone una vez más

las vicisitudes de aquel sombrío período de dos años que precedió al 30 de septiembre.

Claustro a puertas abiertas

En un momento oportuno Leo Alvaré se levantó para proponer que en vista de lo manifestado por los compañeros la asamblea pidiera que el Claustro de Profesores se celebrara a puertas abiertas con asistencia de todos los alumnos. Esta proposición origina otras varias que se confunden, pidiendo unos que asista no toda la asamblea sino una comisión; y otros solo la Comisión Mixta. Hay un debate casi interminable en el que intervienen Sánchez Arango, Álvaro Lozano, *Teté* Casuso, Saavedra, Palomares y otros, en el curso de los cuales Sánchez Arango fija un axioma irrefutable, cuando, al soslayar una vez más la posición del estudiantado y los profesores, afirma que es postulado pedagógico universal que a una masa de estudiantes no se le podrá imponer nunca un profesor que repudia.

En todo el tumulto que se arma, resalta la discusión entre Saavedra y Alvaré, defendiendo proposiciones distintas. Celia Melgarejo pide turnos y orden y Carlos Martínez, tratando de armonizar, propone que los “estudiantes se sitúen ni demasiado cerca ni demasiado lejos y esperasen la decisión del Claustro reunidos en el Anfiteatro”. Su proposición es desechada y por fin se admite el nombramiento de una comisión integrada por dos estudiantes por facultad, resultando electos Aureliano Sánchez Arango y Carlos Martínez, por Derecho; Ramiro Valdés Daussá y Ángel Colina, por Letras y Ciencias; y Bustamante y Valdés Faully, por Medicina.

Como resultado de la elección, el cansancio y el hambre, la asamblea se va desintegrando rápidamente y apenas escucha proposiciones de Utrera y *Teté Casuso*, acordándose reanudar la asamblea a las dos de la tarde.

Comienza la segunda sesión

La segunda sesión la abrió Morell y dio comienzo a las 4:10 de la tarde. La relativa escasez del público provocó el planteamiento del problema de si se suspendía o no la asamblea. En el debate, con diversas razones, intervinieron Saavedra, Pérez Medina, Tamargo –quien expresó que existía decretada la sesión permanente, desmintiéndole el Secretario Valdivia–, Colina, Pego –quien manifestó la simultaneidad de los exámenes–, Alvaré y otros, acordándose al cabo, que comenzara la asamblea, la que, en su transcurso se fue nutriendo hasta llenarse por completo el auditorium.

Gómez Murillo en la piqueta

Después del informe de Luis Martín, sobre las resoluciones recaídas en los casos de los profesores maculados después de los consejos del 27 y 28, Jorge Quintana consumió el primer turno para acusar abiertamente a Gómez Murillo, profesor de Medicina, que no había sido juzgado y el que, a su juicio, había sido un delator de estudiantes. Se le dice que nunca había sido acusado y entonces Quintana se expresa en el sentido de que siempre lo atacó y que desde ese momento, oficialmente, quedaba acusado.

Oscar Jaime y Fernández Camús

El caso de los doctores Oscar Jaime y Fernández Camús, ambos de Derecho, ocupa el primer turno en la atención de la asamblea, la que, en cierto sentido, con las aclaraciones oportunas, involucró ambos casos. La defensa de Fernández Camús, acusado de haber sido compromisario presidencial, la realizaban principalmente *Leo Alvaré*, quien rectifica honradamente sus primeros juicios equivocados; y *Aureliano Sánchez Arango*, quien aclara que se ha podido comprobar cómo Fernández Camús jamás se interesó por la política hasta el extremo de poder mostrar su boleta electoral de aquella elección, en blanco; asimismo expresó Sánchez Arango el criterio sustentado para el juicio sobre la responsabilidad ante los cargos de índole política, que pudieran imputársele a los profesores juzgados, cuyo criterio se ha sustentado para no tener que remontarse hasta el famoso Doctorado Honoris Causa.

Fernández Camús fue absuelto, y, como caso único hasta ahora en el curso de las asambleas, su propio acusador, Alvaré, pidió a la masa un aplauso de desagravio para el profesor, que fue ovacionado, poniéndose de pie para dar las gracias, emocionado por la amplia rehabilitación que se le hacía. Portuondo, que también lo había acusado, rectificó también.

A continuación Saavedra expresó que iba a hablar en nombre de la madre de Rafael Trejo, quien se veía obligada a reconocer, en todo momento, la desinteresada y cariñosa ayuda que en todo momento le había prestado el doctor Oscar Jaime, y la absolución de este catedrático se obtuvo con facilidad de parte de la asamblea.

Moisés Chediak

La defensa de este profesor fue iniciada por Luis Martín, quien dio a conocer a la asamblea que, aunque no había firmado con los estudiantes, no había cobrado, pudiendo ofrecer, en lugar de su firma, una carta a Panchito María Fernández, secretario de Sanidad entonces, en la que manifestaba Chediak su apoyo al movimiento estudiantil. Este dato de la carta provoca la suspicacia de los asambleístas, suspicacia que se manifestó de diferentes modos. Alguien gritó: “¿Cómo apareció la carta?”. Lozano respondió a la interpelación expresando que era una copia presentada por el interesado. Colina respondió a esto diciendo que podía “estar fabricada”; y a la explicación que da Lozano añade Pérez Medina que “Chediak era hechura de Recio”.

María Teresa Suárez Moré, Dorado, Alvaré, Saavedra y Quintana manifiestan sus opiniones sobre el caso, casi todas adversas, llegando a afirmar Quintana que no creía en la autenticidad de la prueba. A esta actitud Martín responde leyendo la carta combatida y da lectura también a una adhesión de los médicos del Hospital que por aquella fecha —un día después de la carta, el 17 de diciembre de 1930— fue publicada en *El País*, en la que no aparece la firma de Chediak. La masa se queda impresionada por este hecho y por encontrar los nombres de algunos médicos actuales del Hospital Universitario entre los firmantes. La buena impresión causada por la falta de la firma de Chediak en el documento periodístico es destruida en buena parte al manifestar Pérez Medina que ese profesor era del Claustro y no del Hospital y por eso no tenía que firmar allí.

La masa se manifiesta rotundamente contra los actuales médicos del Hospital que se adhirieron a Machado entonces, y Aureliano plantea una cuestión incidental: la del caso de Durán Quevedo, profesor por decreto entonces –y todos han de caer ahora o más tarde, afirma– y quien va a tomar parte en un concurso ahora, llevando como premio de haber sido nombrado catedrático por un decreto de Machado, nada menos que ciento y pico de puntos sobre sus competidores.

Roberto Lago, Pérez Perlacia y Pérez Medina hacen distintas aclaraciones sobre la fecha y el caso y Cañizares obtiene un triunfo oratorio al hacer un llamamiento a la masa estudiantil hacia la justicia, la sensatez y la cordura para que sus fallos sean certeros y llenos de honradez, manifestando que Chediak no tenía nada que ver con el machadato.

Chediak obtiene su absolucióón.

Absuelto el hermano de Ramiro Guerra

Amador Guerra, hermano de Ramiro Guerra, después de oído el informe de Luis Martín, obtiene casi sin discusión un fallo absolutorio por comprobarse la normalidad de su conducta dentro de su posición.

En estos momentos, por una nimiedad, surgió un choque personal entre Pérez Perlacia y José Manuel Fernández, que se resolvió sin mayores consecuencias.

Jesús Govante

Aureliano Sánchez se encargó de exponer el caso de este profesor, que consideró como “raro”, pues si era

verdad que había cobrado y firmado, lo cierto es que pudo aportar testigos irrecusables de que había tratado de firmar, no llegando a tiempo para hacerlo; y en cuanto a su sueldo, lo cobraba no como profesor de la Universidad, sino como médico del Hospital Municipal. Fue absuelto a continuación del informe, por considerarse su situación más diáfana aún que la de Amador Guerra.

Carlos F. Cárdenas

Don Carlos de la Torre fue quien, de hecho, hizo la defensa de este profesor, manifestando su adhesión en el extranjero a la Junta Revolucionaria y [a] los estudiantes; y cómo, a pesar de estar tuberculoso y no tener recursos para vivir, pretendió renunciar a su sueldo. El estudiante Botet aclaró aún más el caso de este profesor, dando a conocer el detalle de que conocida su miserable posición y su lastimoso estado físico, minado por la tuberculosis, los profesores lo engañaron cariñosamente, remitiéndole su sueldo durante cuatro meses como si fuera obtenido por otro conducto. Fue absuelto entre aplausos después de oído el informe de Botet.

Orosmán López

El caso de Orosmán López fue más difícil. Comenzó su juicio con un ataque duro de Cañizares, quien expresó que dicho profesor era un especialista en ortodoncia que siempre había dado [sic] muy buen dinero y que, además, “no enseñaba su asignatura a conciencia”. Raúl Roa respondió a este ataque con

una hábil defensa, aclarando que sí era cierto que había sido un especialista, pero que la tuberculosis que contrajo le alejó la clientela y su hacienda se volvió precaria, justificándose con esto, desde cierto punto de vista, el que cobrara su sueldo.

A esta defensa alguien pidió: “Jubilación y va bien!...”.

Veterinaria se siente herida

Ocurrió en estos momentos el suceso de más movilidad de la asamblea. Al expresar Alvaré su opinión, un compañero hizo una interpelación que se estimó por Alvaré como burlona, parece, y mostró su indignación. Estimó acaso que se pretendía denigrar su condición de estudiante de veterinaria, por los que estudiaban medicina, y se solidarizaron con su actitud varios estudiantes de veterinaria que se encontraban en la asamblea, manifestando su decisión de retirarse de la misma. Instantáneamente surgió el tumulto, un verdadero torbellino de gritos e imprecaciones, en el que oía la palabra saboteo, con las voces “No se vayan” y llamadas personales. El escándalo duró varios minutos durante los cuales ni Morell ni Lozano ni Botet, lograron reimponer el orden y el silencio. Aureliano Sánchez al cabo logró dejarse oír, casi ronco, y expresó que no era necesario reivindicar a nadie allí porque todos eran estudiantes con idénticos derechos y atribuciones. Fue aplaudido, pero no tanto como Don Carlos, quien exaltó la carrera de Veterinaria hasta las nubes cuando recordó a los estudiantes que dos de las figuras máximas de los estudios médicos –Pasteur y

Bulin (este nombre no se oyó bien)— no habían sido médicos, ¡sino veterinarios!...

Continúa el caso de Orosmán López

Restablecido el orden, Sánchez Arango continuó la defensa de Orosmán López, siendo interrumpido por Alvaré, Rosell y Lozano, quien hizo narración del caso heroico de Pablo Miguel que se decidió a repartir su familia y vivir miserablemente para no recurrir al sueldo universitario. Alvaré interrumpió de nuevo a Aureliano y este entonces se muestra en extremo feliz al expresar que no era posible exigir que todos los hombres se comportaran como héroes; y que no era para arrojar profesores por la borda para lo que estaban allí, sino para proceder con criterio de justicia y de humanidad, diferenciando los grados de culpabilidad. Naredo refuerza los argumentos de Aureliano relatando el caso de la Normal “del señor Musiu Bon” y al terminar Alvaré manifestó irónicamente que retiraba por unanimidad su petición de expulsión, secundándolo Cañizares.

Ismael Clark

Martín narra pintorescamente el carácter arisco de este profesor y su posición áspera ante la Comisión Mixta, expresando que aunque cobró se vio precisado a vender billetes por la calle, estando también, como otros, tuberculoso. Colina, violento casi, expresa que Ismael Clark es un perfecto descarado, y la cabeza de Don Carlos oscila negativamente. Sardiñas ofrece un nuevo altercado y, al cabo, Chelala comienza a

hablar trazando una firme defensa de Clark desde un punto de vista de psicoanálisis. Cuando dice que Clark ni es un cínico ni un descarado, Don Carlos lo interrumpe para expresar que es un caballero. [Aplausos]. Chelala expresa que ese profesor había necesitado del dinero porque tenía un hijo moribundo a quien necesitaba, como último recurso, enviar al extranjero. La defensa de Chelala fue ovacionada y, a continuación, Don Carlos hizo otra defensa de Clark. Manifestó su extrañeza ante el desaprensivo ¡Ah!... con que la masa estudiantil habría acogido el dato de que Clark había sido un mambí, como si se le hubiese manifestado que había sido un voluntario o un guerrillero. [Aplausos].

Colina recoge todas las versiones emitidas y procediendo como un hombre honrado retira sus conceptos injuriosos para el profesor, obteniendo la absolución de este. La asamblea acoge jovialmente, antes, la opinión de la compañera Gladys cuando esta informa que Clark es solo un viejo intransigente. Por último, *Mongo Miyar* en unión de un alumno del Hospital, entre grandes risas, pide la canonización del doctor Clark...

No más miserias

La absolución del doctor Clark origina un diálogo entre Rosell y Sánchez Arango, dos del 27, en el curso del cual Rosell recuerda sus vicisitudes y las de Chelala, en París, cuando lavaban botellas en las boticas y pasaban constante hambre, a lo que Sánchez Arango respondió que ese argumento está de más esgrimírsele, a él que también había vendido helados en Nueva York y había dejado muchas

veces de comer. Aureliano afirma que los hombres que se habían defendido lo habían sido [sic] para justificar su derecho a comer, y comer no era estar maculado. “Está bien –respondió Rosell–, pero que no se evoque más la miseria”.

A continuación de este incidente se produjo una confusión cuando se propuso que, dada la hora, se suspendiera la asamblea, moción que al cabo no triunfó. En el curso del incidente intervinieron Dorado, Pérez Medina, Saavedra y otros, aclarando al fin Morell el sentido de la moción. La asamblea continúa.

Enrique Hernández Corujo

Al comenzar este juicio Aureliano explica que se trata de un caso típico de catedrático que no firmó por razones políticas, por ser hijo de Enrique Hernández Cartaya; por cuya razón le parece poco la amonestación propuesta. Saavedra informa entonces en contra del profesor y la masa lo secunda gritando: “¡Fuera! ¡Fuera!... ¡Expulsión!...”. Enseguida interpela a Rodríguez Fuentes, de la Asociación de Derecho, sobre ciertas manifestaciones que atribuía a Hernández Corujo y que aquel le aclara que fue de Hernández Cartaya.

La masa vota por la expulsión, respondiendo a una proposición concreta de *Mongo Miyar*.

Ricardo Núñez Portuondo y el doctor García Montes

Jorge Quintana pidió consumir el primer turno en contra de Núñez Portuondo. Afirmó, rotundamente,

que su único acto digno había estado en la renuncia que presentó en una ocasión al reconocerse culpable de machadismo; y que fue él quien puso de rodillas ante Machado a la Federación Médica de Cuba. Alvaré apoya a Quintana, asegurando que aquel profesor solo fue una eminencia machadista. Saavedra intenta defenderlo y provoca la exasperación furibunda de Sardiñas, ¡incontenible casi, que va de su asiento a los papeles de Martín en busca de la prueba terrible contra todos los García Montes!... Rosell continúa el cañoneo implacable contra Núñez Portuondo, recordando que su discurso del año 32 fue la oración más vergonzosa que se recuerda, verdaderamente sucia... Alvaré cita a García Montes y de nuevo Sardiñas se exaspera, suspendiéndose los debates. María Teresa Suárez Moré se levanta para hacer la defensa de Núñez Portuondo, basándola en una debilidad de carácter “poco disculpable en un hombre” y manifiesta que ella expone atenuantes para disminuir la gravedad del fallo. Luis Martín expresa que el fallo de la Comisión Mixta se había apoyado en el anterior de una asamblea de 4 000 estudiantes. Y Botet, *Mongo* Miyar, Quintana, Prieto y Lago hacen pertinentes aclaraciones. Roberto Lago aclara la cuestión de la fecha de la carta del año 30, de Núñez Portuondo.

La asamblea se va desintegrando y perdiendo disciplina. Se acusa a García Montes de ser el abogado del Chase Bank, agente de todos los bandidajes del «Asno errante». Naredo exige que si se exculpa a García Montes habrá que traer a Averhoff al rectorado de nuevo. Palomares recuerda un telegrama de felicitación a Machado por haber escapado este de un atentado... Pero apenas se oye. Prácticamente, la asamblea termina cuando Ramiro Valdés Daussá lee

la comunicación de que la asamblea hace portador a Ramón Hermida, pidiéndole la renuncia a Mañach...

Hoy a las nueve continuará la asamblea, que gana en interés con la gravedad de los casos juzgados. El Claustro de profesores se suspendió, según parece, hasta que la asamblea termine sus labores.

La petición de la renuncia a Mañach

La Habana 9 de junio de 1934.

Sr. Ramón Hermida.

Señor:

En la Asamblea General de estudiantes celebrada en esta mañana en el Anfiteatro del Hospital Universitario, se acordó por decisión unánime de la asamblea, que Vd. como estudiante expulsado por los llamados CONSEJOS DE DISCIPLINA de 1927 y 1928, pida al Sr. Jorge Mañach, su renuncia al cargo de Secretario de Instrucción Pública, por los siguientes motivos:

1. Por su actitud reaccionaria demostrada en todo momento, responsabilizándose públicamente con los salvajes ataques del ejército al estudiantado.
2. Por sus insidiosas declaraciones en las que trata de hacer aparecer cada masacre estudiantil como originadas por un grupo agitador, falseando de todo punto de vista la verdad, conocida ampliamente por todos, estudiantes y pueblo.
3. Por sus ataques continuados a la libertad de pensar, tratando de imponer líneas políticas a

sus subalternos, y a los MAESTROS particularmente, cesanteando a los que no comulgan con sus ideas y pensamientos torcidos.

4. Por negarse a reponer al señor Fermoselle Bacardí, maestro que está justamente en el caso anterior, y cuya reposición exigen todos los estudiantes y maestros cubanos.

5. Por sus antecedentes contrarrevolucionarios, conocidos por todos a través de sus escritos en que elogiaba al asesino Castells, al tirano Machado, etc. y muy entrado el movimiento revolucionario contra la dictadura.

6. Por considerarlo una positiva amenaza para la autonomía universitaria y demás demandas estudiantiles, contra las que desplegó todas sus artes: agentes desmoralizadores y saboteadores dentro del estudiantado y profesorado; anuncios de disolver las juntas de gobierno en que toman parte los alumnos, en todos los planteles; amenazas de expulsión de profesores y alumnos; campañas insidiosas y justificación de ataques y detenciones a estudiantes y profesores; amenazas de cierre de establecimientos docentes; todo lo cual tiende a frenar el movimiento estudiantil y destruir las demandas obtenidas.

Y para que se sirva usted cumplir el acuerdo anteriormente expresado por la Asamblea General de Estudiantes le hago a Vd. las presentes líneas.

De Vd. atte.

Humberto Valdivia.

Secretario de la mesa en la Asamblea Gral. de Estudiantes.

Reposición de Fermoselle

La Habana, 9 de junio de 1934.

La Asamblea General de Estudiantes celebrada en el anfiteatro del Hospital Universitario, Universidad Autónoma de La Habana, el 8 de junio del presente año y conociendo el caso del Dr. Joaquín Fermoselle Bacardí, separado injustamente de su cargo de profesor de la Escuela Normal de Santa Clara en virtud de un decreto del Secretario de Educación Dr. Jorge Mañach, acordó lo siguiente:

Protestar de que se viole la inmovilidad del magisterio en sus puestos y del derecho elemental de todo maestro a no ser movido sino por consecuencia de un expediente que [sic]

Protestar de que se halla [sic] el Dr. Fermoselle y Bacardí, según es público y notorio, por [...] las del Dr. Mañach, lo que constituye un gravísimo atentado a la libertad de pensamiento.

Contraerse a la declaración unánime de los estudiantes de Santa Clara, sobre el hecho de que el doctor Fermoselle utilizaba su cátedra para hacer propaganda política de ningún género.

Protestar de las declaraciones del Sr. Mañach de que “habrá de continuar cesanteando profesores”.

Exigir la inmediata reposición del Sr. Fermoselle en su cargo y el inmediato restablecimiento de la inmovilidad del magisterio.

UN *CHECK* DE MIL PESOS QUE VALE CINCO MIL...¹²¹

Eduardo Chibás revela datos desconocidos de una defensa del bufete del doctor Dolz

Con motivo de unas afirmaciones publicadas antes de ayer en periódicos de la tarde, desmintiendo la acusación lanzada por el estudiante Porfirio Pendás contra el doctor Cué, exprofesor universitario, de haber este cobrado una defensa hecha al estudiante Eduardo Chibás, varios compañeros formulamos a Chibás preguntas en relación con este problema, para conocerlo en todos sus detalles. Como consecuencia de estas preguntas, Eddy Chibás se mostró extrañado de afirmaciones tan categóricas expresadas por Cué, como miembro entonces –y ahora– del bufete del doctor Dolz, y ofreció mostrarnos a todos, para que la conociéramos, la prueba indubitable: el cheque de \$1 000,00 pagando la cuenta...

Ayer, cuando la asamblea fue suspendida por falta de quórum, Chibás nos mostró a los mismos individuos que lo habíamos interrogado, el cheque en cuestión, el que, según comentario de uno de los estudiantes, aunque ya estaba cancelado por el banco, bien podría valer ahora, no mil, sino cinco mil pesos!...

El cheque, a la orden del doctor Ricardo Dolz, está fechado en 22 de julio de 1929, y tiene el número 22 720 del Banco de Canadá.

¹²¹ 11 de junio de 1934, pp. 1, 2.

Se trataba de un “plato fuerte”, y como tal había que sazonarlo bien por lo que, en el local de la Asociación de Derecho, mientras la lluvia, copiosa como un cheque de mil pesos, no nos dejaba salir, Chibás relató los orígenes del documento. Es interesante el relato.

Dolz, líder y decano

Hay que aclarar: el doctor Ricardo Dolz, decano de la Facultad de Derecho, y líder, dentro del Senado, de la campaña contra la prórroga de poderes. Con tal cúmulo de honores, Dolz, a pesar de ser político, se granjeó en un inicio la simpatía de muchos estudiantes del Directorio Estudiantil del año 1927, y entre ellos Chibás. Este recuerda cómo el apóstol senatorial, tremante, lapidario, sentenciaba que “si a ustedes se les expulsa de la Universidad, yo me iré también con ustedes”. Y, como si ello fuera poco, renunció “a los beneficios de la prórroga de poderes”. A los beneficios de los beneficios, aclaró un oyente, amigo de las frases filosóficas. Otro, más “académico”, fanático de la historia, aseguró: “Y, sin embargo, luego se dio la puñalada!...”.

Chibás, preso

Una vez, con motivo de la famosa “Causa 13, por rebelión”, en febrero de 1929, cuando ya el movimiento estudiantil precursor había sido sofocado en buena parte, Eddy Chibás fue preso al Castillo del Príncipe... Era necesario nombrar un defensor. Chibás pensó que nadie mejor que Ricardo Dolz, decano

de la Facultad en que cursaba estudios... Además, recordaba sus hermosas frases. Le había llegado al catedrático la anhelada oportunidad de defender a un estudiante, para lo que siempre se había ofrecido calurosamente...

Una visita inolvidable

Un día el doctor Ricardo Dolz, franqueó las rejas del Castillo para hacer una visita a su “defendido”.

“Mañana te puedes embarcar para los Estados Unidos. Ya he hablado con Machado y te manda un abrazo, y te autoriza para embarcar mañana. Así dejarás tranquilo a tu padre, que se encuentra preocupado por tu enfermedad”... Estas fueron las palabras –más o menos– con que comenzó jovialmente su visita el doctor Ricardo Dolz, según cuenta Eduardo Chibás. Y nos aclara enseguida a sus oyentes que la “defensa” de Dolz había consistido solo en eso, en visitar a Machado, y en negarse a presentar el recurso de *habeas corpus* que parecía natural, por sostener el criterio de que con ello “solo agravaría su situación”...

Eduardo Chibás le expresó a Dolz su extrañeza por haberse dirigido al presidente Machado –a quien él no había pedido nada– y no a los tribunales de justicia, a quienes sí estimaba con la capacidad necesaria para resolver su caso. Además, naturalmente, él no saldría sino en unión de sus compañeros de “delitos”.

La actitud de Chibás produjo la natural desazón en el senador, a pesar de su habilidad parlamentaria para evadir situaciones escabrosas. Y así, en el curso de tres meses más, hasta la salida

de Eduardo Chibás del Príncipe –cuando Machado tuvo un alegre amanecer y decidió soltar a sus presos políticos– más nunca volvió a ver al estudiante que “defendía”...

La sorpresa

Pero los servicios de un letrado del prestigio del doctor Ricardo Dolz, deben pagarse muy caros. ¿Cuánto podría cobrar por una visita a un estudiante, rico, enemistado con Machado, y alojado en la cima de la fatigosa loma de El Príncipe?... ¡Mil pesos!... Había que ser moderados, después de todo, por aquello de la oposición a la prórroga, etc... ¡Mil pesos sería una buena y honrada cantidad exigida por subir una vez la loma del Castillo!...

Eddy, con una perspectiva de futuro realmente, pensó que era mejor que se le pagara, porque acaso algún día el doctor Dolz llegaría a estimar en mucho más de esa suma la pifia de presentar una cuenta por defender a un estudiante expulsado de la Universidad; y acaso también –pensó Chibás entonces, con un don adivinatorio digno de Zulema Morayma– puede ser que el doctor Dolz quiera ahora esos mil pesos para ponerlos a interés, y el día menos pensado contribuir con ella a una gloriosa revolución más propicia que esta de nosotros, fracasada ya!...

Queda, pues, palpablemente demostrado, que el estudiante Porfirio Pendás sufrió un error de calidad al acusar al doctor Cué por haber cobrado \$1 000,00 por “defender” a Chibás... Esa suma no la cobró el doctor Cué, sino Ricardo Dolz. Pero por ello no hay culpa para nadie. La culpa, si acaso, la tuvo la prórroga de poderes, que dio oportunidades

para tan sabrosos episodios retrospectivos, que sirven para animar hoy las asambleas estudiantiles depuradoras, que tan singulares hallazgos está obteniendo para la historia...

UN VIOLENTO ALTERCADO SE PRODUJO AYER EN LA ASAMBLEA ESTUDIANTIL¹²²

Durante cuatro horas, la masa estudiantil debatió con ardor la renuncia del profesor Núñez Portuondo

La asamblea estudiantil depuradora celebró en la mañana de ayer su cuarta y más tempestuosa sesión, que duró desde las diez y media de la mañana hasta las dos y media de la tarde, caracterizándose, en tonos generales, por un cierto grado de desmoralización con respecto a las anteriores, por la decisión firme, absoluta, de un gran número de asistentes, de no dejarse convencer por ningún argumento, cualquiera que este fuese. Esta actitud motivó innumerables actos de sabotaje, aunque es justo reconocer que este sabotaje en la mayor parte de los casos era motivado por el grado de apasionamiento de los asambleístas; apasionamiento, desde luego, culpable también en alto grado.

Hubo durante el transcurso de la asamblea un incidente más penoso que todos los ocurridos hasta ahora, cuando se originó un incidente personal entre Rodríguez Díaz y el doctor Alvaré —hermano de Leovigildo— al pronunciarse este profesor en contra del doctor Núñez Portuondo. El incidente, dado el calor tempestuoso de la asamblea, degeneró instantáneamente en una lucha colectiva en la que intervinieron casi todos los que rodeaban la mesa presidencial.

¹²² 12 de junio de 1934, pp. 1, 7.

En otro sentido durante el desarrollo de la asamblea se destacó la interpretación política dada por Chelala a la posición del Claustro y el gobierno con respecto al problema universitario y de la cual daremos detalles en el curso de la información.

Marcelino Dorado representa un discurso tremendo

La asamblea, una vez abierta por Morell, quien realizó inauditos esfuerzos por ponerle orden, llegando inclusive a renunciar una vez a la presidencia de la misma, tuvo un comienzo poco afortunado cuando una proposición de Voz, sobre el derecho o no a votar de determinados asistentes, fue interpretada de diferentes maneras. Una vez aclarado este asunto, Marcelino Dorado, que tenía el primer turno, comenzó a consumirlo.

Marcelino Dorado esgrime en sus manos un folleto. Pronto explica que se trata del discurso pronunciado por Ricardo Núñez Portuondo el 24 de febrero de 1930, en el Homenaje Nacional tributado por la Federación Médica de Cuba al general Gerardo Machado y Morales, siendo él, a la sazón, vicepresidente de la misma.

Apenas había comenzado los primeros párrafos, Rodríguez Díaz interrumpe a Dorado para preguntarle que a quién está dedicado el discurso. La lista de dedicatorias es una sentencia de muerte para muchos: Presidente, Supremo, Senado, Cámara, Federación, Claustro... Rodríguez Díaz tiene que exclamar: "¡Me basta!".

Vuelve Dorado a hacer uso de la palabra, de la lectura mejor, y otro estudiante plantea el proble-

ma de la fecha del discurso y que si la depuración es desde los sucesos estudiantiles de 1930 o desde cuándo.

Aureliano Sánchez obtiene una aclaración y deja sentado que cae Núñez Portuondo en la depuración de 1930, por no haber firmado la adhesión de los profesores al Directorio de 1930, y que en este caso se había procedido a buscar toda la documentación de dichos profesores por lo que procedía perfectamente analizar el discurso presentado por Dorado.

Dorado no acierta a agradar a la masa en la lectura del discurso, aunque le interesa oírlo y ocurren casi simultáneamente dos incidentes. Un estudiante, Asel, creo, hace una interpelación, apenas escuchada, pero que traduce sus dudas sobre la moral revolucionaria del orador, y una petición de Carlos Martínez de que se lea, antes que nada, la cita que en su famoso discurso hace Núñez Portuondo a la Universidad de Averhoff, elogiándola, lo que implica una censura a la Universidad de Rafael Trejo. Esta proposición ganó formidables aplausos y al cabo se consiguió que el folleto pasase a Carlos Martínez, quien, después de buscar afanosamente el párrafo, le dio lectura, que produjo intenso efecto entre los estudiantes. La interpelación hecha por Asel a Dorado, en realidad no interesaba a la asamblea, y al cabo se redujo a una explicación personal a *posteriori*. Al terminar Dorado, Rosario Rexach pretendió hablar sin turno y no fue escuchada, y Lozano, que descansaba en los grados de su labor de Presidente, pidió que se sometiera a votación el asunto, a lo que Morell, a nombre de la mesa dijo que esta tenía que ofrecer garantías o renunciar, no considerando aún concluida la exposición sobre Núñez Portuondo.

Filiberto Ramírez Corría consume un turno de defensa

Filiberto Ramírez Corría formula una sincera defensa de Ricardo Núñez Portuondo, aunque no logra disipar la sombra de machadismo que pesa sobre el profesor. Expone que Núñez Portuondo cometió el grave delito de ser sincero, de opinar en público lo que opinaba en privado el 99 % de los profesores de Medicina. [Aplausos].

Al interrumpirlo un oyente, Ramírez Corría recuerda que él no viene a defender por sí a Núñez Portuondo, que ya en anterior asamblea ha condenado a Pardo Castelló, de quien es amigo. Añade que Núñez Portuondo ha presentado la renuncia hace tiempo y que hubo una gran desproporción entre su machadismo verbal y activo. “¡Eso no vale!”, gritó uno. Afirma rotundamente que Núñez Portuondo nunca puso al servicio de Machado la Universidad y que era necesario no ensañarse tanto con los machadistas que tuvieron el civismo de declararlo entonces y buscar con más tesón a los enmascarados que pretendían ocultarse con habilidosos recursos. Terminó Filiberto haciendo una pintura de la inmoralidad reinante y recordando a la asamblea cómo, bajo el gobierno de Grau San Martín, se le había concedido al doctor Recio, expulsado de la Universidad hasta por los mismos profesores, una condecoración o algo así de la orden de Finlay...

El doctor Bisbé defiende a Núñez Portuondo

El doctor José Bisbé, bien querido y respetado de los estudiantes, solicitó de la asamblea rendir un infor-

me sobre el caso del doctor Ricardo Núñez Portuondo y se le concedió por unanimidad, aclarando un estudiante que la asamblea se fijara cómo siempre los estudiantes permitían a los profesores acudir a sus actos públicos, para que luego no se anduviera poniendo obstáculos por los profesores para que aun simples comisiones estudiantiles asistieran a los de ellos.

Bisbé fue aplaudido y comenzó diciendo que había venido porque creía en la justicia de la asamblea. Que todos en la Universidad habían sido culpables de machadismo porque la Universidad había nombrado doctor Honoris Causa a Machado... Una gran parte de la asamblea aplaudió. Un estudiante aclaró oportunamente: "Nosotros no"... El doctor Bisbé afirmó que la única culpa de Núñez Portuondo consistió en no haber firmado el manifiesto de los profesores. Ocurren en este momento distintas interrupciones que obligan a Chelala a pedir una cuestión de orden, llamando la atención sobre los sabotajes que está sufriendo la asamblea y pide autodisciplina y calma, porque los argumentos de defensa son pobres y se rebatirán fácilmente pidiendo un turno para ello. El doctor Bisbé continuó afirmando que Núñez Portuondo no firmó el documento porque pensó siempre que la Universidad no debe mezclarse en política y que su actuación, por amistad al lado de Machado, fue en todo caso desinteresada, aunque fuera equivocada, pues no se aprovechó de ella, como otros; alegó también que, posteriormente, Núñez Portuondo ayudó en todo lo que pudo a la revolución e inclusive les salvó la vida a muchos de los que actuaron en la revolución. En este punto personalmente hice la aclaración al doctor Bisbé de que

a Ferrara también muchos le debían la vida; y que si a alguien salvó Núñez Portuondo con su actitud anterior, apoyando al machadismo, también contribuyó a la muerte de otros. El doctor Bisbé no admite la comparación entre Ferrara y Núñez Portuondo, porque este último no se aprovechó de la amistad de Machado para medrar y aclaró, firmemente, que muchos profesores que ahora se dan pisto por haber firmado el manifiesto, lo hicieron a la fuerza. Terminó el doctor Bisbé pidiendo calma, que la asamblea le parecía hostil y que no debía tener prejuicios. Al terminar, Lozano le pidió que dijera el nombre de los profesores que estaban en el caso soslayado por él, pero Bisbé declaró que era cuestión colectiva del claustro. Acaba aclarando que su misión era informar —“defender”, gritó alguien—. Antes del año 1930 los mismos estudiantes saben lo que era todo esto. Así también el doctor Bisbé.

Un tumulto

El estudiante Rabiña provocó inmediatamente un tumulto en la asamblea cuando citó el caso de Durán Quevedo, nombrado catedrático a la sombra de la protección de Grau San Martín. Esta afirmación originó una violenta protesta de índole puramente política por una parte de la asamblea y en ella lograron hacerse notar *Leo Alvaré*, Argudín y el propio Rabiña; Morell, fatigado en los esfuerzos que realiza por poner orden, decide abandonar la presidencia y con ello se consigue apaciguar los ánimos, ratificándole la confianza la asamblea, entre aplausos.

Pina

Este estudiante plantea lo que él llama el punto ético del problema y afirma también que se está tratando un caso de derecho. “Tú, ¡no!”, le responden varios. Pide que se aprecie si la actitud de Núñez Portuondo afectó a la Universidad o a la República o a las instituciones, para proceder de acuerdo en cada caso, y rechaza, como el doctor Bisbé, la comparación del profesor con Ferrara, verdadero organizador del engranaje machadista. Escuchado con singular silencio, da las gracias por ello y es aplaudido.

Nueva confusión

Rodríguez Díaz trata de leer algo relativo al profesor Carrera Jústiz, y no logra conseguirlo. *Teté Casuso* plantea una cuestión de orden que apenas se escuchaba lo que dice. Morell clama por un poco de orden; *Mongo Miyar* grita desde lo alto, con su voz de tenor, que decida la asamblea si lee o no. Un estudiante desvía a un peligroso terreno la cuestión y afirma que los estudiantes de Medicina no permitirán que se expulse a Núñez Portuondo. Gritos de “¡Fuera, Fuera!...”, chiflidos, gritos. Argudín logra hacer oír su afirmación de que los estudiantes de Medicina no tienen prejuicios y que votarán de acuerdo con lo que les dictan las pruebas del juicio. En este momento comienzan a escucharse los gritos persistentes de “¡Que hable Chelala! ¡Que hable Chelala!”, y que no cesaron hasta que a este le llegó su turno. Rodríguez Díaz habla por un momento y solo se oye que habla sobre García Montes... Pero el *Loco Sardiñas* no puede permitir que este nombre

se cite en la asamblea y se desarticula en violentos gestos. Pérez Medina expresa que el caso está dilucidado y que procede votar: Que Núñez Portuondo no le ha hecho nada, sino bien acaso... “¡Desagradecido!”, le grita uno en burla. “¡Que hable Chelala!”, repite una parte de la asamblea. Al cabo, Morell normaliza el curso de los debates y después de aclarar que quedan 10 o 14 turnos, la asamblea decide que se consuman todos. Le toca su lugar a Musa, de Medicina, del hospital.

El enojoso incidente

Musa comienza afirmando que el discurso de Núñez Portuondo fue hecho ante la representación de todos los médicos de Cuba, que lo aprobaron, y que también había que expulsarlos a todos de Cuba. El doctor Alvaré se presenta entonces en escena y aunque está cerca apenas se oye. Lo cierto es que rebate lo dicho. Instantáneamente se produce un altercado entre él y Rodríguez Díaz y retumba la primera bofetada. El escenario se convierte en un violento *scrimmage*¹²³ de fútbol, en el que hay trompadas, empujones, bofetadas, pisotones. Las gradas se desintegran y muchos bajan al *ring*, entre ellos Leo Alvaré en defensa de su hermano. Por separar a los contendientes, muchos contribuyen al tumulto. Casi un cuarto de hora dura todo esto y por fin logra Morell restablecer el orden increpando a los sabo-

¹²³ En el fútbol norteamericano la línea de *scrimmage* es la línea imaginaria que atraviesa transversalmente el terreno por su parte más estrecha. Ningún equipo puede cruzarla hasta que la siguiente jugada haya comenzado.

teadores y pidiendo a la asamblea, que lo aplaude, que si alguien más reiteradamente molesta, se le tire por la ventana. “¡La orfenestración!”, pide uno. Alvaré, *Leo*, pide decir dos palabras: “Mi sangre no necesita decir que no es machadista”, exclama.

Musa continúa y declara que después que Núñez Portuondo habló en una ocasión con Aldereguía, aquel no habló más en favor de Machado (se dirige a Jorge Quintana). Además, fue un hombre que cuidó a la madre de Ramiro Valdés Daussá; se ocupó del caso del doctor Vergara; dio dinero; salvó estudiantes. “Di cuáles fueron”, grita *Mongo Miyar*. Musa no oyó, o no da importancia a la pregunta y entre palabras que no se logra percibir bien, pasa a formular una acusación contra los obreros por el fracaso de la huelga médica... “Eso es mentira”, ¡grita *Chelala!*... “¡Que hable *Chelala!*!...”, repiten varios. Musa da lectura entonces al mejor documento que pudo sacar y del que no supo sacar el provecho que pudo: una carta de Gustavo Aldereguía, verdadero revolucionario, y el cual, por no sé cuáles razones, formula una verdadera defensa de Núñez Portuondo. La carta la lee Valdivia a petición de la asamblea. A continuación, más silenciosa la asamblea, Musa expone que Núñez Portuondo rechazó la Secretaría de Sanidad, la dirección del Hospital, todo, y que, cuando presentó la renuncia, estudiantes de todas las facultades, médicos, etcétera, lo fueron a buscar para que volviera a su cátedra. Carlos Rafael Rodríguez, con habilidad de parlamentario, deja caer una pregunta que irrita a Musa, cuando sospecha de la integridad de convicciones del profesor juzgado: “Núñez Portuondo nunca ha traicionado a nadie en ningún momento”. “A los estudiantes”, dice uno. “Y

a Machado”, dice otro. Enrique León dice algo poco audible y comienza el turno de Sanjurjo.

Sanjurjo

Breves palabras dice este compañero, pero ciertas: “Los discursos como ese de Núñez Portuondo, prepararon la voz de fuego, ¡al eco de la cual cayó muerto Rafael Trejo! [Grandes aplausos]. Además, para juzgar a estos hombres debemos siempre tener presente las torturas, las prisiones y los muertos que ellos ocasionaron con su actitud. Es lo que tenía que decir”. Y se sienta, aplaudido por muchos.

Un nuevo incidente

Ulises Estrada, orador nuevo en la asamblea, habla bien y con una honradez convincente: ataca a Núñez Portuondo en sus defectos y le ensalza en sus virtudes, con estricta justicia. Tiene una frase feliz, cuando afirma –refiriéndose a los argumentos de la defensa de Núñez Portuondo– “que no se puede salvar un glorioso mambí con las diez mil desvergüenzas en que se vio envuelto”. “Además –continúa– no solo se beneficia uno en sí mismo, sino en su familia también, y Núñez Portuondo siempre justificó los latrocinios de su hermano Emilio”. [Aplausos]. “Su propia renuncia –dice– no es más que el reconocimiento de su culpa”. [Aplausos mayores]. “Y en la Federación –termina– se le eligió precisamente porque era el más allegado a Machado”. Al terminar, aparece como impropio su voto personal des-

pués de tan sólida argumentación contraria: vota por la renuncia...

Alvaré aclara su posición

Alvaré cuenta que un grupo de estudiantes de Medicina le han hablado el día antes y lo han convencido de la efectiva colaboración de Núñez Portuondo a la revolución, después de sus errores. “Fue un grandioso machadista antes de 1930 –dice–, pero si la asamblea cree que se reivindicó, estaré con la asamblea.

”Y debe tenerse en cuenta que otros han sido absueltos”. [Aplausos].

Argumentación de Jorge Quintana

Jorge Quintana estuvo feliz en su ataque a Núñez Portuondo, a quien admitió como un “machadista romántico”. “En su discurso –dice– parece como que Machado era la panacea de Cuba, y es necesario recordar, compañeros, que ya había asesinado a Mella y a comunistas y a derechistas de todos los matices”. [Aplausos]. Reconoce que Núñez Portuondo puede ser un hombre de honor en el terreno doméstico y le aplaude su gesto de renunciar, al considerarse culpable, por creerse incapaz de dar clases a alumnos que lo subestiman. Dice que “le encendió una a Dios y otra al diablo”. [Risas]. Con un argumento hábil, Quintana destruye los supuestos aportes de Núñez Portuondo a la revolución cuando afirma que muchas veces Alberto Riera, traductor de cables entonces del *Heraldo de Cuba*, lo escondió en aquella

sentina, lo mismo que a Alberto González y a otros. Acumula nuevos cargos cuando asegura que no fue solo su hermano Emilio, sino también una hermana quien se benefició con la actitud de Núñez Portuondo, pues esta consiguió botellas para numerosas familias. Y termina exponiendo que si se toma como argumento en una depuración política la capacidad académica, si Núñez Portuondo se salva como cirujano, Averhoff y otros tendrían que ser salvados. [Grandes aplausos].

Admirable exposición de Chelala

Chelala comienza defendiendo la buena fe absoluta del doctor Bisbé, asegurando que por ella ha sido perjudicado más de una vez. Dice que nunca fue machadista y que su culpa ha sido su buena fe en la buena fe de los demás. Enseguida enfoca a fondo un problema de gran importancia: la posición del claustro frente al alumnado, valiéndose de un recurso totalmente desprestigiado ya en la asamblea: el de la responsabilidad diluida “a la millonésima” [Risas], concepto en el que se quieren encasillar muchos profesores. La realidad es –sigue Chelala– que un problema se plantea por el gobierno: el cierre de la Universidad. Pero el gobierno no puede hacerlo por sí mismo ahora, por la fuerza, porque carece de ella, dada la magnitud de problemas que afronta: 128 huelgas planteadas en la república, servicios públicos abandonados, presupuestos desequilibrados, Nuevitas minada por la epidemia, mientras se conceden millones para unas ilusorias elecciones. [Grandes aplausos]. Y ante esta posición, el gobier-

no, como Machado en el 27, pretende cerrar la Universidad con la alianza cobarde de los profesores. [Chelala recibe una ovación]. Pero –continúa– este problema está previsto y la Universidad, cerrada por el Claustro, sería abierta por los estudiantes y el grupo de profesores dignos que sin duda nos seguirá. [Nueva y formidable ovación]. A continuación aclara una vez más la diferencia entre la responsabilidad que ahora –políticamente– quieren equiparar los profesores, y refiriéndose a Núñez Portuondo, dice que se bañó en el Jordán en que tantos sumergieron su honorabilidad en entredicho. [Aplausos]. Hablando como miembro del partido de la clase obrera, rechaza la acusación lanzada por Musa, desconocedor del problema sobre la huelga de la Federación.

Habla Carlos Manuel Ramírez Corría

En realidad, Carlos Manuel Ramírez Corría formula su anatema contra el machadismo. Narra que por dos veces Núñez Portuondo le salvó la vida. Pide que se vayan todos los machadistas uno por uno. Que machadismo sigue siendo la reacción que impera hoy hasta en la Universidad, machadismo la inmoralidad de regalar notas. [Aplausos]. Pide que los que doblaron entonces el lomo ante Machado no se levanten ahora a protestar. En este punto una proposición de Pérez Peraza origina un pequeño escándalo y Aureliano Sánchez plantea una cuestión de orden, pidiendo, ya que Ramírez Corría ha hablado de soborno, que señale a los autores. Carlos Manuel aclara que se ha expresado mal.

Están tocando a muerto

Carlos Manuel continúa diciendo que el apasionamiento de la asamblea revela que no se trata de un caso vulgar, y pide justicia. Si fue machadista, en cambio prestó enormes servicios a la revolución y pide que se aplique a todos el metro *standard* del juicio. En este momento suenan las dos de la tarde y un estudiante dice: “¡Están tocando a muerto!...”. Termina Carlos Manuel pidiendo que se guarde el caso para el final, cuando haya menos apasionamiento. Es rechazada la proposición.

Refutación de Aureliano Sánchez

Sin voz casi, Aureliano Sánchez usa de nuevo un turno. Aclara que en lo dicho por Ramírez Corría hay cosas nuevas que refutar; que por qué los que ahora vienen a la asamblea a lanzar acusaciones contra un estado de cosas no lo han hecho antes, públicamente; que machadismo mismo, maniobras machadistas, resultan también las que tienden a crear en una asamblea que tanto trabajo ha costado llevar adelante, nuevas fuentes de confusión y de turbulencias y que estas maniobras, en realidad, solo tienden a la destrucción de la Universidad. [Aplausos].

Votación

Leo Alvaré, Teté Casuso, Morell, Rosario y otros no acaban de hacerse oír en cuestiones de orden, incidentales, aclaraciones, etcétera. Botet, al cabo, logra exponer la opinión de la mesa de someter a votación el pro-

blema, exponiendo cuatro proposiciones, de las cuales las dos poderosas son la expulsión y la aceptación de la renuncia planteada. La primera votación arroja 130 votos, expulsión; 114, renuncia, 11, absolución con desagrado y unos pocos votos absolución total.

Hay protestas, discusiones y gritos de “¡Expulsión! ¡Expulsión!...”. Logra Aureliano someter una nueva cuestión: dos votaciones. Primera, si fue o no responsable: la asamblea, casi por unanimidad, acuerda que sí, que Núñez Portuondo fue responsable. Segunda: expulsión o renuncia. La expulsión alcanza 158 votos, pero es evidente la mayoría de los que votan por la renuncia.

Y usando el ritmo, la manera de Carlos Manuel Ramírez Corría, se puede decir que esta fue una maniobra machadista, que muchos de los que se habían mostrado partidarios de la “absolución” unieron sus votos a los partidarios de la “renuncia”, para evitar la expulsión del profesor; es decir, que cambiaron instantáneamente de criterio. Además, muchos no votaron en un caso y en otro sí. A la salida, muchos pensamos, ante el ardor con que fue defendido Núñez Portuondo por sus discípulos, qué méritos muy singulares debe haber tenido cuando ni con la prueba abrumadora pudo ser castigado.

La asamblea continuará hoy a las nueve.

ESTOY EN LA UNIVERSIDAD COMO EL CAPITÁN DE UN BUQUE; SERÉ EL ÚLTIMO EN ABANDONARLA¹²⁴

Con motivo de la efervescencia estudiantil motivada por las sesiones de la asamblea depuradora, en la Universidad, por estudiantes, en su mayoría temerosos de que pudieran producirse condiciones extraordinarias que culminaran, bien en un *lock out* profesoral, bien en la decisión de clausurar la Universidad, se han originado, especialmente ayer, corrientes de temor que dieron lugar a varios conatos de protesta en pequeños grupos en los cuales, individuos despreocupados en lo absoluto de todo interés puramente universitario, empeñados únicamente en obtener pronto sus títulos y notas, trataron de arrastrar a sus compañeros a una posición divisionista, con perjuicio para la Universidad entera.

Para que el estudiantado consciente supiese con certeza cuál era la opinión actual de las autoridades académicas de la Universidad y, en buena parte, se disipasen las sospechas y temores de los timoratos, entrevisté ayer, simultáneamente, al rector, doctor José A. Presno¹²⁵ y al exdecano de Letras y Ciencias, doctor Luciano R. Martínez, profesores que, además, gozan de la general estimación del alumnado.

Fui amablemente recibido en el severo despacho del Rector, a quién expuse con la mayor claridad

¹²⁴ 13 de junio de 1934, pp. 1, 6.

¹²⁵ José Antonio Presno Albarrán. Cirujano eminente que desarrolló además una importante labor docente.

que me fue dable, un cuadro general de la situación estudiantil. El Rector y el doctor Luciano Martínez, demostrando que ellos se habían estado ya ocupando del asunto, ante mis afirmaciones cruzaban aprobatorios movimientos de cabeza.

Expuse a mis interrogados la conveniencia de disipar en el mayor grado que fuera posible, los temores que pudieran incubarse en la masa estudiantil, y lo provechoso que sería que ellos, en quienes el estudiantado tenía depositado una buena parte de su confianza, disipasen sospechas fantásticas y ridículas.

El rector, doctor Presno, como autoridad máxima del engranaje académico universitario, vertió entonces hermosas frases, de una firmeza, de un amor a la Universidad tal, que sin duda harán sonrojarse de vergüenza a los débiles y timoratos. Quiso poner como testigo de sus pensamientos al doctor Luciano Martínez, pero yo le afirmé, creyendo interpretar el sentir estudiantil, que él no necesitaba testigos.

“Yo estoy en el rectorado de la Universidad como el capitán en un buque, y en caso de tormenta, seré el último en abandonarla...”. Recojan esta hermosa frase los que ante un conato de conflicto, solo piensan escapar precipitadamente con un título...

“Usted puede asegurar que yo, ni con una ametralladora en el pecho, firmaré el decreto de clausura de la Universidad... Respiren tranquilos, pues, los que sintieron el terror de quedarse sin ella, como si la amaran tanto...”.

En esta posición está el Rector de la Universidad, “ni con la ametralladora en el pecho firmaría la clausura”, “ni la abandonará en la tormenta sino el último”.

Pero queda, estudiantes, una posibilidad contra la que habrá que estar en guardia. El doctor Presno también me manifestó: “Me había costado bastante trabajo aceptar el rectorado —el doctor Martínez me asiente—, pero me costaría muy poco trabajo entregarlo a otro, a la más mínima insinuación de los estudiantes o los profesores de desagrado a mi actitud...”.

Le rebatí al doctor Presno esta posición suya, por cuanto de ella pretenderían aprovecharse los que quisieran poner a otro rector que sí se prestase a tales manejos, y es de esperarse que el razonamiento pesará en los juicios del doctor Presno, por lo menos mientras dure este ambiente provocado por la depuración profesoral.

Cuando ya abandonaba el local del rectorado, el doctor Luciano Martínez me afirmó, categórico:

“Ustedes pueden estar seguros de que muchos de nosotros tampoco dejaríamos solo al doctor Presno ni a ustedes...”. Y ya, con el apoyo del Rector y del doctor Martínez, puede ser que no se sientan tan solos los que tan sola quieren dejar a la Universidad.

ENTRE APLAUSOS FUE ABSUELTO POR LA ASAMBLEA UNIVERSITARIA EL PROFESOR ÁNGEL A. ABALLÍ¹²⁶

La quinta sesión de la asamblea estudiantil depuradora no ofreció otro aspecto de distribución que la demora de más de dos horas en constituirse la mesa, motivado ello por la ausencia de casi todos los integrantes de la misma, los que expresaron luego que ello se debió al agotamiento físico en que están.

Hay que hacer dos salvedades: Martín y Vadura. Otro motivo de interés en la asamblea estuvo en el tan esperado discurso del *Loco* Sardiñas, que estuvo bastante cuerdo –sobre García Montes–; también habrá que mencionar la descomunal sesión ofrecida por Sigler, Campillo y Sardiñas, y con la cual se obtuvo demorara la impaciencia de los asambleístas.

Mesa provisional

A las once menos diez, Carlos Martínez propuso que se buscasen los miembros de la mesa, y se aprobó la moción, pero no aparecieron, y a las once y cuarto, tras una breve elección, Ramiro Valdés Daussá resultó electo presidente provisional de la mesa, en contra de Pérez Lamy y Borroto.

¹²⁶ 13 de junio de 1934, pp. 1, 2.

Un mensaje del Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza

La mesa sometió a la consideración de la asamblea una cuestión previa: si se leía o no el mensaje de congratulación del Sindicato de los Trabajadores de la Enseñanza con motivo de las labores de la asamblea y del cual era portadora la señora Elena Blanco. Hizo dos o tres protestas aisladas, que a su vez fueron protestadas por la asamblea, y se dio comienzo a la “lectura del documento de congratulación”, que fue aplaudido dos veces cuando se refirió a la renuncia del doctor Mañach, pero que, al cabo, resultó muy largo para la asamblea, que, no obstante, lo aplaudió cortésmente.

Primer escándalo de la mañana

Terminada la lectura, uno de los agentes que había pretendido impedir la lectura del documento y cuyo nombre no conozco, lanzó fuerte imputación contra los maestros “que habían estado a los pies de Machado y que ahora no tenían derecho a ser oídos en la Universidad”.

Tuvo un enorme éxito de chiflidos y gritos, por interpretar la asamblea que su intención era la de restar importancia a la adhesión de los maestros. En medio del escándalo, Naredo logró hacerse oír y afirmó que “solo la vesania del compañero lo impulsaba a hacer tales imputaciones, que los maestros, como todos, tuvieron sus machadistas y sus revolucionarios y que él –y no es lija, aseguró entre risas– estuvo en la vanguardia de la lucha en donde nunca vio al acusador de los maestros”. Cuando se disipó el

calor del martilleo de Naredo, *Teté Casuso* aclaró a la asamblea que sí hubo maestros machadistas y que fueron precisamente los que hoy el gobierno utiliza desde la Unión de Maestros para romper el Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza, en donde militan los que de veras hicieron oposición a Machado.

Ya terminándose este primer incidente, Pérez Medina llama la atención sobre el hecho de que no se ha tomado acuerdo ninguno sobre el documento y la asamblea afirma que es claro que se dará las gracias por la adhesión. Pérez Peraza pretende construir un párrafo demasiado extenso para sus pulmones y se le acaba el aire, por lo que los asambleístas, entre risas, no le permiten continuar.

El juicio del doctor Aballí¹²⁷

Ramiro Valdés Daussá expone a juicio el caso del doctor Ángel A. Aballí, y al abrirse el debate, Palomares pide que se tenga en cuenta lo ya acordado por la asamblea en otros casos y que se proceda con el doctor Aballí con el mismo criterio.

Leo Alvaré y *Quintero* –que resultó campeón de interrupciones– se enredaron en un diálogo sobre el paralelismo entre los casos de Aballí y Fernández Camús. Palomares tercia en el diálogo y afirma que Aballí figuró como candidato a un partido progresista que era de oposición a Machado, y que solo figuró en el partido para darle prestigio y que tampoco votó. Pérez Medina dice algo inaudible por las muchas voces y se logra percibir que Aquino afirma

¹²⁷ Ángel Arturo Aballí es considerado uno de los pediatras más importantes de la historia de la medicina cubana.

que el tal partido progresista no era opositorista ni nada por el estilo. Vuelve Palomares a contestar y, por último, *Leo Alvaré* insiste en la igualdad de los casos, Aballí y Camús, pidiendo también un aplauso para Aballí, que consigue parcialmente. Roberto García habla el último en este juicio y refuerza los conceptos de Alvaré. Se somete a la consideración de la asamblea el caso y se aprueba la absolución plena por una mayoría bastante numerosa.

Un juicio relámpago

Luis Martín expone el caso del profesor Manuel J. Rabasa, colocado por la Comisión Mixta en el mismo caso que Aballí... Cuando expone esto, gritos de la asamblea exclaman: “¡Aballí absuelto! ¡Absuelto!...”, y tras un examen vertiginoso de los datos se comprueba su identidad con el caso de Aballí, siendo absuelto.

Juicio de Jorge Roa

La acusación consiste en que no firmó el manifiesto de profesores de 1930. Iniciado el juicio, Quintero pide que ya ha llegado Morell, que ocupe la presidencia. Este rehúsa, alegando que Ramiro lo hace perfectamente. Martín informa enseguida que el caso del doctor Roa es especial porque está en duda su condición de profesor de la Universidad entonces, ya que estaba en comisión de la Escuela Elemental de Comercio. Esta duda determina un diálogo entre Saavedra y Pérez Peraza, alumno este de la Escuela, quien defiende calurosamente a

Jorge Roa, dando su palabra de honor sobre lo que dice. Ramiro pide que Morell, que conoce el asunto, lo aclare, y Morell responde que a él hay que aclarárselo. [Risas]. Entonces el asunto se desvía a la depuración de la Escuela de Comercio, que no interesa a la asamblea universitaria. Consumí un turno. Aclaré que no he defendido a nadie y que, desde un punto de vista político, solo defendería al doctor Kourí, por haber sido este el único que no firmó lo del “Doctor Honoris Causa”. Hay unos cuantos aplausos para el doctor Kourí que no fueron lo nutridos que debieron ser. Me lo explico, ante “revolucionarios” tan eminentes acabados de absolver; el doctor Kourí solo se limitó a ser antimachadista desde un principio. Gravísimo error; como a los demás, tampoco defendiendo al doctor Roa, pero ya que tantos otros han resultado a la postre mucho más revolucionarios que Rafael Trejo y Gabriel Barceló, pues también procede hablar de que el doctor Roa pasó miseria en Nueva York, de lo que puede dar fe el caricaturista Conrado Massaguer, y se vio enfermo y sin recursos. Y terminé pidiendo que la asamblea haga lo que le dé la gana. Se vota por la absolución plena del doctor Jorge Roa.

Se presenta la oportunidad ansiada por Sardiñas

Apenas se anuncia que va a comenzar el juicio del doctor García Montes, el *Loco* Sardiñas salta a la mesa de la Presidencia. Tiene el primer turno desde que comenzaron las asambleas.

Algunos protestan de que se le deje hablar y la asamblea aplaude estruendosamente a Sardiñas. Martín informa que ni cobró ni firmó, y que el claustro votó por su absolución, mientras que el tribunal estudiantil pidió amonestación.

Habla Sardiñas. Es una lástima que tantos hablen y rían, pues no lo hace desordenadamente. Afirma: “Su bufete estuvo abierto a todos los machadistas...” —“¡Mentira!”, grita una muchacha— [risas, chiflidos], y sigue Sardiñas. Dice que viene a declarar como caballero, sin inquinas, que lo que dice es su palabra de honor. Hace enseguida una cita de artículos de la Ley Electoral, que deja asombrados a muchos. Cuando ve que tantos hablan, afirma que lo quieren sabotear, pero que no lo conseguirán. Es aplaudido.

El hombre automóvil hace su segunda aparición en las asambleas tocando el claxon y se producen grandes risas. Sigue Sardiñas hablando y enfoca bastante bien el problema del Chase Bank, al que le cobró por mezclarlo en todos los manejos de Machado, termina afirmando que es uno de los firmantes de los Consejos Universitarios.

Se le tributa una ovación y es calurosamente felicitado por sus admiradores y amigos.

Defensa hecha por Gerardo Portela

Antes de comenzar este profesor su defensa del colega, Marcelino Dorado —que tuvo el día anterior un incidente con Asel— tiene un momento feliz cuando afirma que García Montes entró en la Universidad por la influencia de otro catedrático familiar suyo y que era necesario acabar con las “dinastías de profesores”.

Gerardo Portela pidió permiso de la asamblea, fiel a su costumbre de no negarle la entrada y la voz a ningún profesor. Comenzó su defensa de García Montes. Dice que por primera vez en diez años, desde que tomó parte en la revolución universitaria, habla ante la asamblea estudiantil. Aclara que conoce a la perfección todos los datos del caso, por haber sido el informante del mismo y asegura que la asamblea procede con ligereza no haciendo un examen más escrupuloso de las pruebas. “No firmó, es cierto, pero cuando Trejo fue herido, en reunión en el bufete de Dolz, firmó con nosotros un manifiesto protestando de la actitud de la policía”.

Habla también de la carta que García Montes le escribió a Machado cuando este cerró la Universidad, diciéndole que se solidarizaba con los profesores. A continuación, para terminar, cita los casos de las elecciones de Ciego de Ávila, en 1932, cuando ordenó que fueran suspendidas, por conocer la presión del Ejército y el de otro término —que no citó— en cuyo caso emitió un voto particular pidiendo la suspensión de las elecciones en toda la provincia. Es aplaudido al terminar. García Benítez grita que no es incapaz y muchos le dicen que nadie lo ha dicho y Pérez Lamy pide que el doctor Gerardo Portela no se retire para que ya que ha sido informante de muchos casos, dé datos a la asamblea si llega el momento.

Carlos Font rebate con éxito la prueba de Portela

Comienza por decir que la protesta de García Montes en el manifiesto fue contra la policía y no contra el gobierno; se refiere a los casos electorales citados

por el doctor Portela y le pregunta cómo es que no impugnó las elecciones de Las Villas, donde salió electo su hermano por un fraude. [Grandes aplausos]. Se niega Font a admitir la similitud del doctor García Montes con el doctor Núñez Portuondo, pues si los dos fueron machadistas este no lucró personalmente con su actitud política y aquel sí. Afirma Font cómo es escogido García Montes por Machado, por su condición de profesor de Economía Política para prestigiar el cargo de Presidente de la Comisión Técnica de Presupuestos.

Cuando hace una alusión a su posición de servilismo frente al imperialismo yanqui, es aplaudido por una parte grande de la asamblea y chiflado por varios grupos que acaban por ser dominados en un gran aplauso. Por no haber sido comprendido por algunos que interpretan su frase solo desde un punto doctrinario estricto, Font aclara que García Montes era el abogado del Chase y que el Chase no solo ha explotado obreros, sino que con su oro se desmoralizó el Congreso, se pagó a los porristas y se pagaron las delegaciones que propiciaron el asesinato de muchos compañeros. [Ovación]. Después hay que agregar —continúa Font—, García Montes no renuncia a ser abogado del Chase no obstante todas las acusaciones y asegura que durante el gobierno de Carlos Manuel de Céspedes, con la complicidad de Martínez Sáenz, gestionó el pago de un millón de pesos a dicho banco. Afirma que no puede hacer exámenes honrados, porque no tiene sobre los alumnos la fuerza moral de un hombre limpio y termina comparando el papel de García Montes con Machado, al de Don Carlos con Mendieta. Recibe muchos aplausos.

Se origina un escándalo cuando Ortega desmiente que sean inmorales los exámenes. Rigol afirma que sí y cuenta cómo iba a examinar a 400 estudiantes que eran 400 panteras dispuestas “a cobrar”; y que si no se impuso fue porque él mismo se consideraba muy maculado y muy sucio. [Aplausos]. El escándalo continúa y no se oye bien a Font hasta casi el final, cuando habla de depuración académica y pide la expulsión. [Aplausos].

Saavedra cultiva las frases elegantes

Dice Saavedra que la asamblea está procediendo desordenadamente, que “unas veces se deja arrastrar por los jacobinos que piden castigos terribles y otras, como doncella débil, propicia a las lágrimas, se deja conmover por sutiles razones de humanidad”. Es felicitado por la redondez de la imagen. Dice que si él, *Polo* Miranda y cuatro o cinco más no se retiran con García Montes, también se los comen las “panteras”.

“Pocos tienen aquí fuerza moral suficiente”. Y hay que señalar el hecho de que aquí, por tres veces, se ha aplaudido el hecho de haber sido candidato en tiempos de Machado. [Aplausos]. “Es cierto que fue machadista”. En este punto Saavedra provoca un rollo gigantesco cuando dice que los estudiantes de Derecho, a diferencia de lo manifestado en la asamblea anterior por uno de Medicina —comienza el escándalo— no vienen dispuestos a defenderlo porque sea profesor de la Facultad. El escándalo es monumental y lo oigo porque estoy a su lado. “¡No es cierto!”, gritan muchos, y Argudín logra hacer patente su declaración de entonces, cuando desautorizó a quien tal cosa había dicho,

y es muy aplaudido. A su vez, Carlos Martínez saca la cara por los estudiantes de Derecho, afirmando que nadie ha mandado a Saavedra a decir lo que ha dicho y reconoce que, en efecto, aquellas manifestaciones de un estudiante exaltado, defensor de Núñez Portuondo, fueron rebatidas por sus compañeros. [Aplausos]. Termina por fin Saavedra aclarando que no ha querido provocar conflictos y que ha sido siempre él quien ha planteado los problemas de Medicina, en Derecho. Pide la renuncia de García Montes.

El libro de actas deja pendiente la asamblea

Arna se levanta al terminar Saavedra y cuando Quintana ha comenzado su turno, plantea una cuestión previa. Se le concede y dice que “está bueno ya de discursos líricos y que se aporten pruebas, que se traiga el famoso libro de actas, y la asamblea oirá cosas que le harán taparse la nariz”.

El asunto es considerado y resulta que el libro no está en la mesa, y no lo tiene la comisión sino Vilaseca, que fue quien lo capturó.

Pronto determina la asamblea que el libro de actas aclara la responsabilidad de los miembros del Consejo Universitario 1927-28, entre los cuales se encuentran Salazar, Dolz y otros.

La asamblea se queda pendiente para por la tarde, a las tres, pero no se consigue quórum y se suspende para hoy a las nueve, en que probablemente se declarará en sesión permanente.

En los pasillos del anfiteatro, Valdés Fauly y otros compañeros me informaron que Ramón Hermida, comisionado por la asamblea para entregar a

Mañach la petición de renuncia de los estudiantes, se expresó en el sentido de que no lo había hecho ni lo haría, porque su soberanía estaba por encima de la asamblea, a quien daría cuenta de su actitud. Promete resultar interesante todo esto hoy.

DURANTE CUATRO HORAS LA ASAMBLEA UNIVERSITARIA NO PUDO LLEGAR A UN ACUERDO¹²⁸

Tres motivos se destacaron, con caracteres violentos, en la sexta sesión de la asamblea estudiantil de la tarde de ayer. La asamblea fue suspendida por la mañana a petición de una comisión nacida del grupo de estudiantes que había estado laborando la noche anterior por una solución al problema universitario, integrada por Aureliano Sánchez Arango, José Morell y Chibás,¹²⁹ para por la tarde a las dos, comenzando justamente a las tres.

Los tres motivos a que me refería anteriormente y que caracterizaron la asamblea, dándole un singular colorido, fueron: la manifiesta intención encabezada por Tamargo¹³⁰ de dividir la asamblea entre derecha e izquierda, asegurando que todo no era más que un mangoneo de la izquierda para tomar la Universidad y nombrar Rector a Chelala; segundo, el emocionante emplazamiento hecho a Hermida¹³¹ para que expusiera las razones por las cuales no había cumplido con el mandato de la asamblea de entregar a Mañach la renuncia que a este le pidieron los estudiantes, y, por último, el desarrollo apasionado del juicio del doctor Oscar García Montes.

¹²⁸ 14 de junio de 1934, pp. 1, 4.

¹²⁹ Eduardo R. Chibás Rivas.

¹³⁰ Agustín Tamargo.

¹³¹ Ramón O. Hermida Odio.

Comienza la asamblea

A las tres en punto, José Antonio Rubio Padilla, del Directorio de 1930, abre la sexta sesión de la asamblea, informando a esta del estado del problema estudiantil y de los trabajos realizados para conjurar todo peligro de *lock out* que considera ya imposible. El informe de Rubio Padilla provoca una serie de interpelaciones sobre el estado en que quedará la Universidad si el Claustro no acepta el resultado de los fallos de la asamblea, contestando Rubio Padilla que ya se cuenta con lo más brillante del Claustro. Alguien pregunta qué se hace con el resto si se opone y Tariche¹³² grita: “¡Que se les bote a patadas!”.

En su informe Rubio Padilla se ve obligado a leer la lista de los individuos que han tomado parte en los trabajos preparatorios de la nueva situación y a sostener diálogos de menor interés sobre cuestiones sin importancia, típicos en estas asambleas.

Habla Arnaldo Escalona

Arnaldo Escalona se levanta para afirmar que todos los que están en la mesa, cualquiera que sea su ideología, son de sobra conocidos de la masa, y que la realidad es que el profesorado ha “reculado como el chivo” ante el frente de hierro de los estudiantes, que hay que mantener a toda costa. Cita el manifiesto tirado por el Ala Izquierda en la misma asamblea y que proponga soluciones: la docencia libre para cubrir las cátedras abandonadas, en último

¹³² Oscar Tariche.

caso. Aplausos y chiflidos estruendosos se confunden. Chelala, al levantarse a hablar, logra restablecer el orden.

Hace un cuadro de la realidad de la situación y expone que no le parece tan cierto que el Claustro vaya a aprobar las decisiones de la asamblea estudiantil; repite su tesis sobre la presión del gobierno en los posibles manejos de los profesores para salvarse muchos y acusa las maniobras políticas contra los estudiantes para dividirlos. A continuación explica lo que es la docencia libre. Afirma que no quiere decir las plazas vacantes a profesionales e intelectuales acreditados ya y cuyas plazas se sacarían de todos modos a oposición poco más tarde. Termina pidiendo a la asamblea que hay que razonar los juicios y no recurrir a los argumentos de Mañach y de *Pepín* Rivero. Recibe grandes aplausos. A Chelala responde Pina, afirmando que ello, a la larga, traería una degeneración, pues las cátedras se volverían a dar a los preferidos, quienes, más tarde, al ser sacadas sus cátedras a oposición se las llevarían fácilmente, sobre todo apoyados por un claustro parcial. También es aplaudido.

La hidalguía de los conquistadores

Isabel Siero, una muchacha trigueña, no cuenta con la simpatía de la asamblea. Nunca la había oído hablar y no sé a qué obedece la predisposición contra ella, que pasa enormes trabajos para hacerse oír aunque apela –usando la ironía– a la hidalguía y la caballerosidad “si es que las novísimas ideas

importadas permiten que haya hidalguía y caballeridad”, dice.

Sufre con gran ecuanimidad las numerosas interrupciones y gritos. Apenas se le puede oír, pero en conjunto su idea es que la asamblea, ni aun en el caso de mayor asistencia es soberana. La tesis, el recurso, mejor, cada vez que se ha presentado, solo conquista el premio del escándalo en la Universidad. Esta vez también. Hay gritos de “¡Otro picher!”... “¡Que se vaya!...” y otros.

Aureliano Sánchez acude en su ayuda y pide que por la hidalguía de los conquistadores se la deje oír.

Un despliegue de oratoria

Velazco pregunta por qué se ha de temer al *lock out* si tienen el apoyo de lo más granado. Lo demás que va a decir ya lo dijo Arnaldo y la gente le pide que se siente. Inocente Álvarez le sigue en una inflamada alocución al confrontamiento de los problemas universitarios. Suelta frases de orador: “La diosa de la Justicia no se ha quitado aquí la venda, para ceder solo a la venganza”.

Termina pidiendo que se vaya a la depuración. Sardiñas habla en medio de un escándalo fenomenal. Solo se percibe: “unos... otros... otros”. Medina viene a reafirmar los conceptos de Inocente y con su característico gesticular se le descubre un pavoroso revólver. Se le desarma y explica que ha tenido un incidente personal, por lo que se le pregunta que si mató al otro. Pide unión para llevar la Universidad hacia el futuro. [Aplausos].

Aparece lo de la sargentada

Aureliano hace determinadas aclaraciones sobre el eclecticismo del grupo que ha informado a la asamblea y se suceden una serie de interrupciones, viéndose Prieto en el caso de leer la lista de los nombres de todos. Al terminar Rivero pregunta que se diga si se trata de una sargentada.

A la acusación Aureliano responde que pronto se sabrá si se trata de una sargentada y que entonces ya saldrán todos a patadas. Se aclara enseguida que el grupo –64– es muy numeroso para actuar con eficiencia y que por ello se escogió un grupo más limitado. Prieto lee los nombres: Palomares¹³³ y Prieto, por Medicina; Pazos¹³⁴ y Menéndez Masana, por Derecho; Calixta Guiteras y *Teté* Casuso, por Letras y Ciencias; Rubio Padilla y Felipe Martínez, por el Directorio de 1930; Aureliano Sánchez y Chibás, por el del 1927 y Ramiro Valdés Daussá y Valdés Fauly,¹³⁵ por el Ala Izquierda. La asamblea acoge con agrado la elección.

Un machadista en la asamblea

Se levanta uno a decir algo. Se llama Ernesto Debeche. Se le acoge con un furioso escándalo. Alberto Saumell consigue un poco de silencio y lo acusa de ser machadista. Se pone pálido el hombre y la asamblea lo increpa y lo chifla. Alguien me informa

¹³³ Francisco Palomares.

¹³⁴ Felipe Pazos Roque.

¹³⁵ Carlos Valdés Fauly.

que se trata de un individuo que quiere salir cuanto antes de la Universidad, sin importarle otra cosa.

Se amplía la explicación del plan a desarrollar

Terminado lo del asistente machadista, se plantean cuestiones previas, de orden e incidentales y Aureliano Sánchez tiene que explicar de nuevo lo de la sargentada, aclarando que la asamblea es soberana y dirá en definitiva lo que hay que hacer. Explica el plan: se obtendrá la renuncia de todos los profesores para poder realizar la verdadera depuración, buscando la manera que ello no implique el abandono de las cátedras para que no se interrumpa el desarrollo de las actividades académicas.

Declaraciones unánimes de Frente Único: Tamargo se apaga como un fósforo mojado

Leo Alvaré siempre oportunista, aunque antes ha aplaudido a Tamargo, rectifica al darse cuenta de la maniobra poco oportuna de este y, con dramáticas palabras, afirma que no es el momento del cisma; que él es el defensor más grande de la derecha —¿fascista?—. “No, no soy fascista —aclara—, yo fui amigo por igual de Gabriel Barceló y de Rafael Trejo, que no tuvieron más que un solo corazón de estudiantes”. [Grandes aplausos]. A continuación exalta a Aureliano Sánchez Arango, izquierdista; a Botet, abecedario, y a Palomares, auténtico. Condensa su exposición y dice: “Todos en este momento solo tie-

nen un propósito: salvar a la Universidad que se hunde”. [Ovación]. Al terminar se dirige a los que ha elogiado y les dice: “Os felicito compañeros”.

Botet sigue a *Leo* y está tan feliz como él. Declara que se está quemando el último cartucho por salvar la autonomía universitaria y que ante el peligro común no hay izquierdas ni derechas. La asamblea acoge con risas y aplausos sus palabras de que “en Cuba para que las cosas salgan hay que hacerlas callados”, con lo que explica por qué no se ha explicado antes a la asamblea los trabajos realizados. Sigue: “Solo estamos aquí porque creemos tener la confianza de los estudiantes”. [Aplausos]. Alonso grita: “¡Viva la Universidad!”, y se corea el grito. Termina Botet afirmando “que sacaremos la Universidad por encima de todo, caiga quien caiga”. Es ovacionado y un compañero desde las gradas altas pide un voto de confianza a los primeros organizadores.

Después, Aureliano, Ramiro y Torriente hacen aclaraciones sobre el origen de lo que ya se puede llamar movimiento. Aclaro cómo uno de los primeros pasos fue el visitar a Grau San Martín, defensor de los estudiantes del 1927, a cuya visita fueron tres izquierdistas y Chibás; luego leo la lista de los individuos citados para la primera sesión, tan acusada de “izquierdista” y declaro mi extrañeza de que el Sherlock Holmes universitario no lo hubiera conseguido, y en ella aparece cómo hay, inclusive, mayoría de compañeros derechistas, figurando abecedarios, auténticos e izquierdistas. Cuando termino reconociendo mi audacia por meterme con tan iracundo antagonista, *Teté Casuso* aclara que el tal Tamargo se ha pasado todo el día espiando por los rincones oliendo lo que se decía.

Luego Pina dice que por eso oyó lo que oyó y Ramiro le aclara que lo que oyó en su mayoría lo dijeron derechistas, en mayoría en el grupo y que fue este quien invitó al otro grupo para la reunión. La gente grita cansada: “¡Otra cosa!... ¡Otra cosa!...”.

Pero aún habla sobre el tema Chibás incidiendo en los argumentos de unión. Termina pidiendo que el estudiantado todo, como un solo hombre, marchara en bloque hasta el final. Grandes aplausos... Al terminar Chibás, uno pidió que ya se le había dado un voto de confianza a la mesa, que se suspendiese la asamblea. Fue rechazada con grandes gritos la propuesta y se pidió la continuación del juicio de Oscar García Montes.

Una “cuestión previa” que provoca una tempestad

Mongo Miyar propone una “cuestión previa” que iba a provocar una tempestad: que Hermida informase de la comisión que le había dado la asamblea de presentar a Jorge Mañach la petición de renuncia que le formulara la primera sesión de la asamblea estudiantil. En el curso de este debate, el más emocionante de todos los que han ocurrido hasta ahora en la asamblea, se oyeron singulares afirmaciones, que vale la pena recoger. Además, reiteradamente se pidió a los periodistas que tomaran nota de ellas.

Informe de Hermida

Este estudiante expulsado de 1927, comienza a informar con gran serenidad. Dice que quien lo designó a

él para tal comisión en la asamblea, o procedió festinadamente o con una aviesa intención. Afirma la entereza de sus convicciones y declara que pertenece “a la organización neopolítica antes revolucionaria –ABC–”. Declara que lo que menos le importa es pedir la renuncia, pero a lo que no se presta es a maniobras políticas, sirviendo de instrumento a otros.

Que personalmente, sí algún día él así lo pensara, podría hacer saltar a Mañach como un cohete, con su voto dentro del organismo supremo del ABC. Esta declaración provoca un escándalo de indignación en la asamblea. Habla enseguida de su prestigio revolucionario, que comienza en 1923, y dice que cuando subió Grau San Martín no lo combatió, mientras que ahora se le pretende provocar un conflicto. Afirma que es estudiante porque paga su matrícula y no le reconoce a nadie el derecho de discutirle su condición de revolucionario.

Cuando termina, Pérez Pita provoca un escándalo enorme cuando pregunta a Hermida que por qué aceptó entonces la comisión. Hermida contesta que no estaba en la asamblea entonces y es desmentido por muchos.

Ramiro Valdés Daussá refuta a Hermida

Declara que su intención fue de las más aviesas al designarlo para la comisión; pero no para Hermida, sino para “el señor Mañach” (Ramiro siempre dice así). Con palabra vehemente le pregunta a Hermida si no cree que los salvajes atentados de que ha sido víctima el estudiantado con la anuencia de Mañach

y la separación de Fermoselle, expulsado también del 27, no le parecen suficientes para pedirle la renuncia. [Aplausos]. Acusa enseguida a Mañach por sus ataques al magisterio que es base –“La más importante”, grita alguien– del estudiantado; y si no sabe que Mañach está reponiendo a maestras machadistas. [Ovación]. Añade aún Ramiro que Hermida sí aprobó la renuncia de Don Carlos y en cambio no piensa así de la de Mañach, y termina pidiéndole que si ya no se siente estudiante que no vuelva más ni por la Universidad ni por la asamblea. Hermida quiere responder, pero el escándalo se lo impide y el propio Ramiro pide a la asamblea que lo deje hablar por si encuentra argumentos con qué defender “al señor Mañach”.

Hermida responde con firmeza: “Don Carlos si no se consideraba a gusto en el Consejo de Estado, debió renunciar antes de que se lo pidiera la asamblea”. Hay enormes protestas y aplausos también. No puedo oír lo que dice después. Solo sé que ha aclarado que no compara a Don Carlos con Mañach como sabios.

Refutación de Chelala

Chelala llama la atención a la asamblea sobre las maniobras políticas de que es víctima y protesta en nombre de la izquierda. [Aplausos.] Pide a la asamblea que se fije, cómo Hermida se ha prestado a servir de vehículo a la más insolente bofetada de Mañach al estudiantado. [Enorme ovación]. Continúa Chelala que le parece una burla que se diga que el Ejército asesina cuando todos los gobiernos que se han sucedido desde Machado lo han utilizado lo mismo. [Ovación].

Y concluye pidiendo a la asamblea que exija de nuevo la renuncia de Mañach. Recibe Chelala una ovación gigantesca. Hasta que Chelala ha hablado, Hermida ha permanecido inmutable. Ahora pierde la ecuanimidad y se irrita: Pregunta qué cosa es más denigrante, si la Rusia de los Soviets, con su bandera cuajada por el peso de la sangre coagulada... No se le oye más nada... La asamblea lo apaga y le impone el silencio con su repulsa. Puede decirse que su historial como estudiante ha sufrido una fractura que siempre persistirá.

Llega Fermoselle

Fermoselle ha llegado a la asamblea cuando Chelala atacaba a Hermida y es presentado por Aureliano, quien aclara que va a hacer una distinción, que Fermoselle pertenece a la promoción de 1927 y Mañach a la de 1933 o 34 [risas], y que a pesar de ello ha sido desplazado. A continuación se lee un vibrante manifiesto de los claustros de profesores y alumnos de numerosos centros de enseñanza que piden la reposición de Fermoselle y después de explicar cómo fue la entrevista entre Mañach y Fermoselle, Álvarez declara como derechista, que Fermoselle es solo un profesor, lleno de prestigio, y pide un aplauso en pie de la asamblea para él y se le tributa. Fermoselle antes de retirarse narra algo del Caso Mañach, quien dice “que solo se deja gobernar por el Consejo del ABC”.

Y aclara que en tiempos de Grau también hicieron en Santa Clara una normal casi autónoma y no se metieron con ellos. [Aplausos]. Aureliano pide a los periodistas que ya que Hermida no lleva la

renuncia a Mañach se le haga saber a este por la Prensa la ratificación del deseo de la asamblea de que renuncie y se reponga a Fermoselle.

El juicio de García Montes

Comienza cuando Abad pide, estérilmente, por tercera vez, que se declare la sesión permanente. La falta de espacio me obligará a cortar la descripción. Comenzó por una defensa encendida, lírica, de Inocente Álvarez, quien pronuncia con potente voz, frases felices, como la de que el anfiteatro no es un comedor a donde se vayan a saciar apetitos y venganzas. Razona sobre los argumentos que defienden a García Montes, citando el caso de la elección de Ciego de Ávila, y Collado lo interrumpe para decirle algo sobre las bravas de García Montes. Inocente responde con un hábil truco oratorio que él no es político viejo para conocer esas cosas de muñidor electoral. Es aplaudido, pero se aclara que Collado es demasiado joven para ser político viejo. Además es izquierdista y se ha referido a un caso de “nacionalistas”. Inocente arguye que hay que aportar pruebas, que la palabra no vale, que el “fantasma verde” ha lanzado contra Grau la desvergonzada falsedad de que fue a felicitar a Machado.

Defensa de Pérez Lamy

Guillermo Pérez Lamy pide cuatro minutos para aportar la prueba documental que habrá de terminar la absolución de García Montes. En efecto está bien preparado para la defensa. Elogia los términos

del manifiesto del AIE. Enseguida, como un abogado en juicio, interpela al doctor Gerardo Portela, presente, sobre distintos puntos. Caso de Santiaguito Rey y carta dirigida a Machado, solidarizándose con los profesores por estar ocupada la Universidad. Lee también parte de un discurso en elogio de los muertos de la Universidad. Luego analiza las pruebas que pueden caer contra García Montes por haber tomado parte en un organismo electoral y demuestra que en el mismo figuraron el doctor Giraudy y Llaca Argudín. [Risas burlonas]. Al referirse a la acusación de haber cobrado del Chase, Isabel Siero pregunta: ¡Quién que le paguen bien no defiende! Es obsequiada con una protesta de chiflidos. Saca un artículo de *Bohemia* sobre el Chase en que hacen acusaciones contra *La Marina*, *El Mundo*, *La Prensa*... y donde no aparece el nombre de García Montes. Termina pidiendo que se le expulse por completo. “No”, gritan muchos.

El tumulto final

Los que querían atacar a García Montes, en realidad no se habían preparado para contestar la prueba ordenada de Pérez Lamy y se pierde tiempo buscando algo en las actas. Se originan grandes protestas y aplausos ante las reiteradas peticiones de suspensión de la asamblea. Intervienen Abad, Arnaldo Escalona, Aureliano —ya sin voz—. Inocente Álvarez, que lo ha defendido, aclara que no puede pasar como en el 71¹³⁶ en que se condenó a inocentes

¹³⁶ Alude al fucilamiento de los ochos estudiantes de medicina por el regimen colonial, el 27 de noviembre de 1871

y que es prudente dar un plazo más para el aporte de pruebas, que, si aparecen, retirará su defensa. José Miguel Pérez Lamy declara que la asamblea es un relajo, porque se quiere suspender cuando se traen pruebas; que los contrarios han tenido tiempo de conseguir pruebas. El tumulto es interminable. Botet puede hacerse oír. Se somete a votación si se suspende o no la asamblea hasta mañana a las ocho y la votación es la más cerrada que se conoce: 208 votos porque se suspenda por 204 porque continúe. Algunos gritan que se rectifique. Pero la asamblea se desintegra inevitablemente, cansada. Lleva cuatro horas y media de apasionados debates. Es su única explicación para no haber rectificado la votación.

DESPUÉS DE MÁS DE CUATRO HORAS DE GRAN ESCÁNDALO, LOS ESTUDIANTES ACORDARON EXPULSAR A GARCÍA MONTES¹³⁷

Cuatro horas de tumultos, interpelaciones, aplausos, chiflidos, ovaciones, gritos y discursos, dieron un violento color apasionado a la séptima sesión de la asamblea depuradora estudiantil que ha venido celebrándose en el Anfiteatro del Hospital Universitario.

Las cuatro horas —3:28 a 7:20— se dedicaron íntegras, sin desviaciones de importancia, a tratar del juicio del doctor Oscar García Montes, del cual se había ocupado ya la asamblea en sus sesiones quinta y sexta.

Apasionada, tanto como en el caso del doctor Ricardo Núñez Portuondo, la sesión se distinguió por un ataque implacable, eslabonado con razonamientos de hierro, de los partidarios de la expulsión del doctor García Montes, basado en un trabajo estupendo de Arnaldo Escalona; y en la defensa a la desesperada y hábil, pero frágil, más bien, oratoria, de Inocente Álvarez y Guillermo Pérez Lamy que lucharon a brazo partido hasta el final por obtener la absolución.

Sardiñas y Pérez Lamy

La mesa se constituye casi revolucionariamente, cuando la asamblea exige que comience el acto. La presiden Heraclio Lorenzo, Lozano y Martín. Enseguida Heraclio

¹³⁷ 15 de junio de 1934, pp. 1, 2.

lee la acusación por escrito de Sardiñas a García Montes, bien argumentada, pero de poco efecto. Tiene un momento feliz cuando dice que García Montes se prestó en las elecciones a servir de único elector que entonces tuvo Cuba: Gerardo Machado. Gritos de “¡Fuera! ¡Fuera!...” acogen el escrito y cuando comienza Pérez Lamy su defensa, Sardiñas lo mira con siniestras intenciones. Comienza Pérez Lamy felicitando al Ala Izquierda por su actitud ante la solución de los problemas universitarios y aclarando que la referencia que había hecho a mí y a *Ahora* en elogio de nuestra moral periodística, extrañándole que no saliera en la información de ayer. Dice que él no milita en ninguna organización porque se siente anarquista e incapaz, por tanto, de seguir ninguna línea política. Reconoce, pues, que no había habido tal maniobra del Ala Izquierda al plantear la suspensión de la asamblea, sino un verdadero cansancio de esta. Cuando termina, entre aplausos y bromas —ha aclarado con uno de sus gestos característicos que no es guataquería— viene a sentarse junto a un grupo de izquierdistas.

Comienza un “rollo”

García se levanta para declarar que cree que aunque se haya hecho la comparación entre Núñez Portuondo y García Montes, la asamblea no debe dejarse coaccionar por un pensamiento de justicia rígidamente igualitaria y que este caso —García Montes— debe juzgarse de acuerdo con las pruebas que se aporten. Alvaré se levanta y con su voz de barítono con faringitis, proclama enfáticamente que la Facultad de Medicina pedirá la revisión del fallo de Núñez Portuondo, caso de que no se castigue a García Mon-

tes, por entender que hay grandes diferencias entre el machadismo de uno y de otro. Aclamación enorme sigue a estas palabras y se oyen chiflidos. García logra decir que eso también lo iba a pedir él. [Aplausos]. Carlos Rafael [Rodríguez] hace un llamamiento a que no surjan inquinas estériles entre facultades y hay aplausos, gritos, comienza un verdadero desorden. Parece que el apasionamiento va a sabotear la asamblea. Propongo entonces que esa cuestión de la revisión de los fallos se haga al final de la depuración y triunfa la moción. Termina este peligroso período de la asamblea al dejar Quintero –que va perdiendo su fama de interruptor– su turno para cuando haya algo que refutar y pidiendo Palomares lo mismo que había pedido Alvaré. “Medicina lo pedirá”, dice.

Arnaldo Escalona destroza materialmente a Oscar García Montes

El trabajo de Arnaldo Escalona fue en realidad un trabajo de fondo marxista encadenado de una manera brillante y subrayado por felices comparaciones y acusaciones enérgicas. En realidad, después de su discurso la defensa de García Montes fue solo una agonía valerosa, que apeló a todos los recursos. Comienza Arnaldo diciendo que como se querían pruebas las había buscado y conseguido. Saca una amarillenta Gaceta Oficial del 14 de noviembre de 1930. Aclara que ese día ocurrieron los sangrientos disturbios de Santiago de Cuba, cuando se mató al obrero Quindelán en la Alameda y fue herida la normalista Abril. Y ese día de lucha para el estudiantado, proclamó, García Montes es nombrado por Machado –por un decreto, el 1511, no por una ley

como se ha dicho— para que integrara con Montoro y Wolter del Río la famosa Comisión Técnica Económica.

Esto ocurre, compañeros, al mes y pico de haber sido asesinado Rafael Trejo. [Gran ovación]. Le piden aclaraciones y, refiriéndose irónicamente a la técnica oratoria de Pérez Lamy, dice que en la Audiencia no se dan aclaraciones cuando se hacen acusaciones y defensas, para que esperen al final. En un magnífico párrafo que produce enorme efecto en la asamblea, dice que no solo se defendió a Machado asesinando estudiantes, como lo hicieron Balmaseda, Souto y otros, sino poniendo también a su servicio los cerebros poderosos que le suministraban soluciones a sus crisis, como hicieron Bustamante, Averhoff, Ferrara y García Montes. [Ovación]. Silenciado el auditorio, expresa cómo siete días antes, por el decreto 1484, se había dispuesto la primera rebaja de sueldos y de presupuestos, rebajas que se hicieron sucesivas, en cuyo trabajo, que fue nada menos que de solución a los problemas económicos, verdadero punto de combate contra Machado, intervino tan directamente García Montes. Recuerda lo que representaba apoyar a Machado en aquellos días, cuando había tánganas diarias y en todas las ciudades. Relata cómo *El Heraldo de Cuba* tenía siempre llena la primera plana de noticias de disturbios estudiantiles y se refiere a la traición de un estudiante que escribió allí cierto artículo —“¡Gavi-londo!”, gritan varios—. Por aquellos días, dice, tres señores se reunieron con Machado, en su despacho particular, y acaso le dijeron al llegar: “¡Tú dirás, Negro, lo que vamos a hacer!”. [Grandes risas]. Presenta una certificación de todo lo que dice, por

no poderse sacar documentos de la Biblioteca Nacional. Uno, creo que Pérez Lamy, le grita: “¿Qué acordaron en esa entrevista?”. Y Arnaldo, con gran habilidad sarcástica, proclama ¡que “acordaron defender palmo a palmo al estudiantado!”. [Grandes aplausos y risas]. Afirma enseguida que en aquellas condiciones fue que debió renunciar, que era cuando el estudiantado lo necesitaba y no cuando lo hizo, en que ya muchos se habían virado.

Afirma que no cabe duda de su machadismo, al haber sido escogido tan distintamente. Y se refirió al mensaje de Machado a la Cámara, dando cuenta de ciertos técnicos extranjeros que en unión de los “su-yos” iban a tratar los asuntos económicos, aprobando aquellos presupuestos de la Cámara en 72 horas. Enseguida se refiere a la acción de Rivas Vázquez en aquellos problemas y que se concedió cuatro millones de pesos al presupuesto de la Marina, buena parte de cuyo dinero se destinó a formar nuevos cuerpos de porristas. [Aplausos]. Era rico, ¿qué falta le hacía cobrar su sueldo de profesor cada vez más miserable? [Aplausos]. Se refiere también al cambio de Machado del National City Bank, cuyo abogado, Martínez Sáenz, cayó entonces en brazos de la oposición –risas– al Chase, y terminó esta parte de su ataque, diciendo que todavía hoy García Montes defiende al Chase y trata de obtener que el gobierno pague a este su deuda. [Enorme ovación].

Ocurre entonces un momento de expectación, cuando Arnaldo le pregunta a Inocente Álvarez si no es cierto que por la mañana lo había visto en el Chase hablando con García Montes. Resulta que Dorado también había ido. Entre muestras sospechosas de la asamblea, Arnaldo aclara que ni por

un momento sospecha de Inocente y que todo es debido al interés por el caso. Arnaldo pide que sea así, aportando cuestiones centrales y no desviándose por pequeñeces, cómo debe juzgarse el asunto. [Aplausos]. Comienza un nuevo bombardeo al decir que García Montes prestó sus gloriosos conocimientos a Machado, como Bustamante, cuya famosa inteligencia “solo sirvió para alumbrar al machadato para que lo viera el mundo”. [Enorme ovación]. Al citar el problema electoral, siempre analizando a fondo, dice que no es excusa que impugnara algunos términos, porque las elecciones fueron ilegales en toda la República. [Ovación]. Termina brillantemente haciendo una llamada al estudiantado contra el Chase, Martínez Sáenz y los explotadores. Recibe prolongados aplausos. Pérez Lamy pregunta si García Montes cobró, o no sus servicios, y le gritan que “¡Si no cobró, peor!...”.

Defensa de Inocente Álvarez

Inocente, sin duda, por coquetería, dice que no es orador. La asamblea “no traga”. Es orador, y de recursos, y la prueba es que no deja nada sin contestación. Se aclara por qué estuvo en el Chase.

Expone que los estudiantes estudian para lucrar con sus títulos y que lo único que hay que juzgar es si lo hacen honradamente. [Grandes aplausos]. Expone su caso, de un pequeño negocio que ha levantado con perseverancia y trabajo. Sufre la primera interrupción cuando Rossell, compañero suyo del 27, le dice que parece mentira que haya venido a la asamblea a defender a García Montes. Esto origina

una apasionada respuesta de Inocente y un escándalo gigantesco.

Apaciguado el ambiente, asegura que aquella comisión no fue el cimiento económico del machadato, como se prueba, que siempre Machado rechazó sus informes; esto es, según una certificación expedida por el comandante Juan Maspons. “¿Por qué no renunciaron entonces?”, gritó Montero. Otro dice: “¡Entonces solo era un muñeco!”. Amat asegura que ese documento es solo una afirmación individual y los partidarios de García Montes arman un escándalo descomunal. Dorado aclara que conoce íntimamente a Maspons y que este solo era jefe de Despacho de la Comisión, lo que utiliza Inocente para exponer que debe ser el que mejor conociera las interioridades de aquello. [Aplausos]. Sanjurjo cita unas palabras anteriores de Inocente sobre sus “muchas aspiraciones” y no le dejan seguir entre espantosos chiflidos, que se prolongan indefinidamente cuando *Teté Casuso* plantea una de sus clásicas “cuestiones de orden”. Como se niega a sentarse si no la oyen, transcurre una sinfonía entera de chiflidos dedicados a la compañera. Hasta una habilísima filarmónica suena. Por fin se consigue que hable y dice que es necesario callar a la “clac” que forman los alumnos de Economía Política, de García Montes. A cambio de los chiflidos anteriores, recibe ahora aplausos. Arnaldo dice que se trata de sabotear la asamblea. Alonso se enreda a trompadas con no sé quién, pero se localiza el “incendio” y termina Pérez Lamy el entreacto recibiendo una tremenda rechifla, acompañada con filarmónica y gritos de “¡Expulsión! ¡Expulsión!...”.

Inocente reanuda su defensa

Señala la necesidad de ser responsables y asegura que no hay un solo proyecto de ley aprobado por la Cámara, producto de la combatida Comisión. “¿Cuál ha sido entonces su colaboración?”, pregunta. “¿Complicidad!”, gritó Ulises Estrada. [Aplausos.] “¿Complicidad y son echados al cesto sus trabajos?”. [Grandes aplausos]. “Y dice que no es orador”, comenta uno. Cuenta su entrevista con García Montes en la que participa Dorado, y repite una frase de aquel: “Mi caso es como el de un huracán que tumba una casa, qué se le va hacer”. Reconoce que no fue un revolucionario, pero pide un aplauso para García Montes, porque es sincero y honrado. Hay aplausos y protestas.

Confusión. Termina asegurando que impugnó las elecciones. Cuando se baja de la mesa, Rossell le hace dos preguntas que resultan definitivas. “¿Fue o no García Montes abogado del Chase?”. Inocente dice que “tuvo pequeñas igualas, que...”. “Contesta, sí o no”, le gritan. “Creo que es o que fue, pero su conducta me parece honrada”, dice. [Gritos prolongados]. Segunda pregunta de Rossell: “¿El *Chase* está o no en contra del pueblo de Cuba?”. La pregunta es ovacionada. Inocente solo acierta a responder que le consta que durante el gobierno de Grau San Martín, García Montes no gestionó ningún pago. “¡La expulsión! ¡La expulsión!”, gritan las gradas ante la flojedad de la argumentación. José Miguel Pérez Lamy intenta reproducir el sistema socrático empleado por Rossell y pregunta: “¿*Pepín* Rivero es o no perjudicial al pueblo de Cuba?”. “Si...”. “Pues el doctor Presno es culpable por haberlo curado...”. Y

pide su expulsión. Le aplauden lo de *Pepín*, pero le chiflan lo de Presno.

Fuego verbal

Ocurre enseguida una sesión de fuego verbal. La comienza Miranda, quien destruye lo de la adhesión a los estudiantes de García Montes por haber ido a Emergencias, “porque también allí fue el estudiante traidor Vicente Pardo Suárez, que hasta ofreció su sangre...”. [Ovación]. Dice que le ha llegado el turno del castigo a los estudiantes. Continúa explotando el filón de los argumentos de Escalona y pide que no se use más del chisme de si firmó o no; que lo que hay que hacer es diferenciar y destruir las pruebas, que están sobre la mesa. [Aplausos]. Sánchez habla para decir algo sobre las notas regaladas... [Espantosos chiflidos]. Saumell pide que se bote a un grupo que está hablando y se aprueba, pero se quedan. Laureano Ibarra, situado en lo más alto, con muy poca voz, apenas si se oye lo que dice. Se le oye: “El título no debe servir para que un hombre mancille su nombre”. [Aplausos]. Un estudiante de Medicina grita con éxito: “¡Que no nos restrieguen más lo de las notas regaladas, que con eso nos ofenden a todos!”. Sánchez, que seguía en el turno, aunque pareciera extraño, asegura que García Montes pertenecía al mismo organismo que dos hombres inatacables: Llaca Argudín y Giraudy. [Tremenda pitada]. “¡Afuera!”. Lozano y Horacio hablan de saboteo. Amat acusa de ser “un emigrado de las universidades del Sur” a Sánchez. [Escándalo]. Niega el muchacho. En este mal momento, la mesa plantea el problema de que se tiene que ir y el escándalo

se multiplica. Un rato de confusión. Preside Febles, que se desgañita para conseguir que dejen hablar al muchacho. Fernández Centurión grita que “ya que sabe tanto de Montoro y los autonomistas, que explique por qué se fue a los Estados Unidos cuando aquí se batía el cobre”... [Escándalo]. Habla Enrique León. [Escándalo]. Comienza a hablar de nuevo Sánchez y lo aplauden rabiosamente para que se vaya. Febles hace enormes esfuerzos por poner orden. Imposible. Se baja por fin el muchacho. Y lo aplauden como a Caruso en *Aída*.

Se limita el tiempo

Castellanos formula una cuestión previa de que dada la hora y el número de turnos, se limite a cinco minutos el tiempo de cada orador. Un éxito la proposición. Uno grita. “¡Estaban ganando tiempo para suspender!”. La mayoría de la votación viene a verse cuando se atreven a levantarse los pocos que no querían que se limitase el tiempo y que son generosamente pitados. Yara, de Medicina, dice que sí se suspendió la asamblea ayer, pero para que se trajeran pruebas. [Aplausos].

Gerardo Portela vuelve a defender a García Montes

La asamblea, después de varias protestas, concedió que hablara de nuevo Gerardo Portela, profesor informante de la Comisión, y que ya lo había hecho en anterior asamblea. “Juez y parte”, como dijo Quintana. “Si tenía pruebas, ¿cómo no las presentó

antes?”, dijo uno. Naredo pidió que las diera a Inocente para que este las utilizase. Saavedra se fue de demagogia y aseguró que no debía haber diferencias entre profesores y alumnos. Febles, Pendás, Arnaldo, muchos más, confundían sus voces, protestas y gritos. Escándalo multiplicado por mil. Al fin se obtiene que hable los cinco minutos y que ocupe el primer turno y no el último. Comienza a las 6:02. Es emocionante este juicio con cronometristas, como si se tratase de una carrera de caballos. El doctor Portela habla algo de su *ballyhoo* estudiantil cuando figuró en la revolución de 1923 y pidió silencio. Lo obtuvo. Dice que se equivocó al informar la otra vez y que no pidió la suspensión de las elecciones en una provincia sino en toda la Isla. [Gran ovación]. Analiza detrás las pruebas del informe del Senado americano y resulta que solo cobró 1 500 pesos por sus servicios al Chase.

Expresó también al Presidente su desagrado por el nombramiento de catedrático de Santiaguito Rey. Habla algo del civismo de García Montes y Amat inventa un ingenioso adjetivo: “El Chivismo”... [Risas. Silencio enseguida]. Portela dice que siguió el criterio recto y la línea exacta y Saumell me exige que tome nota. La tomo. Llega Colina y dice que Guillermo Portela dice [burlas] que García Montes una vez le dijo que “quería dar dinero”... [Escándalo pintoresco de chistes].

Quintana durante cinco minutos

Habla que de la protesta por lo de Rey obedeció a que era hijo del cacique político rival de su hermano

Jorge. [Escándalo]. Habla de la conversación de la deuda, pero urgido por el tiempo no estuvo preciso.

Pendás durante cinco minutos

El *Guajiro* Pendás estuvo elocuente y arrebatado. Declaró que pensaba que se seguiría la línea justa, honrada, revolucionaria, pero que no ha sido así. García Montes supera a Maquiavelo y a Fouché. [Escándalo]. Al mes de asesinar a Trejo acepta un cargo y todavía se quiere [sic] lo ha enterrado al confesar que ha recibido cantidades del Chase, aunque sean 1 500 pesos. [Aplausos]. epito [sic], su ayuda, para llenarle los bolsillos a los porristas. [Ovación]. En el 27 no protestó por la expulsión y firmó el libro de actas. Pide la expulsión. [Aplausos]. Lee el acta del 16 de noviembre de 1927 constituyéndose el Consejo de Disciplina. Inocente, a la desesperada, recurre al concepto de la responsabilidad diluida. Fracasa. La asamblea se ha decidido ya de hecho. Pendás termina diciendo “que la chaqueta del político se debe dejar a la entrada de la Universidad y que hay que expulsar a García Montes por machadista”. Es ovacionado, puesta en pie la asamblea.

Enrique León un solo minuto

Después de que Quintero y Pego renunciaron a sus turnos, Enrique León obtuvo uno de los grandes éxitos de la sesión en solo un minuto. Cogió frases de Inocente y dijo que no era ratón de biblioteca para acusar ni hombre de grandes inspiraciones para atacarlo. [Ovación].

Declara que sabe que en lo sucesivo tendrá que estudiar muchísimo, que se enredará con las copias kilométricas del doctor Portela. [Una de las ovaciones más grandes de la tarde]. Ha sabido expresar en síntesis el porqué de la defensa de muchos a García Montes, “por el temor de pasar a la clase de Portela... Un poco de ignominia; pero la verdad hay que decirla”. Termina, en medio de frenéticos aplausos, diciendo que el mayor homenaje que a los mártires pueden rendir los estudiantes de Economía Política es el estudiar mucho la asignatura.

Teté Casuso se desquita

Teté Casuso, chiflada generosamente antes, toma su revancha. Preguntó a Inocente Álvarez por qué siendo de los expulsados de 1927, ¿no se había ocupado de venir a la asamblea sino solo para defender a un machadista!... [Ovación]. Inocente quiere contestar, pero no lo consigue. *Teté Casuso* pide enseguida que su tiempo se emplee en leer el Acta del Consejo Universitario del 14 de noviembre de 1927. Lo importante dice, más o menos: “El Consejo escucha el informe del señor Rector sobre los desagradables sucesos del recinto universitario y acuerda esperar que se celebre la entrevista solicitada por el señor Rector del Honorable señor Presidente, para tomar los acuerdos y orientaciones que procedan...”. Hay aplausos, pero pocos. En realidad ocurre algo como si la multitud se hubiera puesto a pensar todo lo que aquello significaba de humillación y servilismo. *Teté Casuso* termina pidiendo la expulsión de todos los firmantes de aquel libro.

Entonces llega la ovación. Y el escándalo. “*Los intereses creados de Benavente*”, murmura alguien. Alonso del Portillo, estudiante, aterrado, comenta que eso quiere decir que no haya catedráticos, que se van a quedar sin nadie. Le preocupa esto más que que se vayan los machadistas. Aún dice algo más *Teté Casuso*. Pide a los expulsados del 27 que voten sin compasión por la expulsión de todos los firmantes del libro. [Nueva ovación].

Pérez Lamy intenta una nueva defensa

“Mi representado...”. [Escándalo]. La asamblea no parece gustar del formulismo jurídico. Dice que parece que hay tres machadistas: Portela, Inocente y él, porque han venido a defender a otro machadista. Hay protestas por el sofisma. Expone que ha sido suspendido varias veces por García Montes y que desde el 1925 al 1930 estuvo en Economía Política. [Risas y comentarios sangrientos]. Afirma –sin duda, para elogiar a la carrera de Derecho– que todas las empresas explotadoras extranjeras tienen abogados cubanos. Sardiñas patalea sobre la mesa. Se pone a leer algo.

Pruebas que la asamblea grita que ha dado Portela y no se oye. Gritos de “¡Votación! ¡Votación!”, como un *cheer* de *stadium*, llenan el Anfiteatro... Pérez Lamy lee algo de *Ahora* en relación con el Chase... No se oye. Se le van los cinco minutos.

Votación: expulsión

Martín propone las cuatro penas: absolución; absolución con desagrado; renuncia o expulsión. “¡Expulsión!”,

retumba el grito. Díaz de Villegas aclara que primero la asamblea declare si es o no culpable. Culpable por enorme mayoría.

Quince o 20 se levantan para votar por la no culpabilidad. Son chiflados. La masa protesta de que se someta a votación la absolución con desagrado. La renuncia tiene unos 50 o 60 votos. La expulsión pone en pie a casi toda la asamblea. ¡García Montes es expulsado de la Universidad por machadista!... Le llegó el turno a los estudiantes, de que había hablado Miranda.

Asamblea hoy a las 2 de la tarde.

LA ASAMBLEA ESTUDIANTIL SE PRONUNCIÓ CONTRA LA CONCENTRACIÓN ABECEDARIA¹³⁸

La octava sesión de la asamblea depuradora estudiantil, que estuvo a punto de carecer de colorido, por el poco fuego con que, en comparación con las anteriores, desarrolló el juicio de los catedráticos juzgados, gracias a un singular incidente, terminó con una vibrante pronunciación política de todo el estudiantado en contra del fascismo, la guerra y la próxima concentración abecedaria.

Un profesor de la Universidad de Nueva York, el doctor John Varny, de la cátedra de Literatura y Poética, al ofrecer a la asamblea un mensaje de simpatía del estudiantado americano, dio lugar a una serie de preguntas y respuestas que conquistaron los aplausos entusiastas de los asambleístas. De hecho determinaron una pronunciación política de la asamblea que arrojó con claridad el resultado siguiente: las fuerzas del ABC en la Universidad son muy escasas o no se atreven a pronunciarse. Asimismo, se hizo patente también la simpatía con que el estudiantado mira la lucha contra el fascismo y contra la guerra imperialista. La limitación del espacio a que debo someter hoy la información, por sucesos que reclaman una atención preferente, me obligará a pasar rápidamente por sobre los asuntos de menor interés de la asamblea.

¹³⁸ 16 de junio de 1934, pp. 1, 6.

El primer turno de la sesión lo consumió, a las 3:20, Delia Echevarría, Miss Universidad, para pedir apoyo a la lucha que sostienen las normalistas de Camagüey y por seis compañeros desplazados ilegalmente. La asamblea lo acuerda.

El juicio del doctor Del Junco

Este juicio fue el más importante de la tarde, aunque no llegó a revestir los caracteres de apasionamiento que otros ya celebrados. Intervienen, sin embargo, numerosos oradores en el curso del debate. Quintana, el primero, quien comienza afirmando que su caso es peor que los de Núñez Portuondo y García Montes, y formula los cargos que contra él existen: no firma, no cobra (porque cobra por su cargo en la Comisión del Turismo); delegado del Partido Liberal, durante una reorganización machadista. Alega que el doctor Capablanca le ha mostrado algunas pruebas a favor de Junco pero que no le parecen suficientes. Dice que reconoce la labor revolucionaria de muchos de los profesores enjuiciados –Núñez Portuondo– pero que no es tanto como para no culparlos, porque a ese paso, Averhoff, Ferrara, etcétera, volverían a la Universidad y entonces nombrarían a Batista Rector Honoris Causa. [Risas]. Tamargo pide que la Comisión Mixta informe sobre el caso y así lo hacen Heraclio y Martín.

Preside Botet.

Ataque de Raúl Roa

Raúl Roa tiene que irse a una reunión del Comité Conjunto e informa él primero. Su ataque es durí-

simo. Aclara que no solo se trata de un machadista eminente, sino también de un profesor superiormente incapaz. [Risas]. Por estas razones se ha hecho “amigo” de los estudiantes... Tiene un concepto feudal de la cátedra: divide a los profesores y alumnos en señores y vasallos.

Narra cómo en una conferencia que Junco dio en la Universidad de México, se pronunció en contra de la posición política del estudiantado. Y era la época de las luchas estudiantiles contra Machado.

Termina afirmando que en 1932 le propuso al doctor Dolz la reapertura de la Universidad, por lo que pide su expulsión definitiva. [Muchos aplausos].

Se sucede un diálogo entre Martín y Tamargo y como consecuencia Heraclio lee unos documentos de los que resultan cargos contra Junco como político y miembro de la Comisión del Turismo. “¡Expulsión!”, gritan muchos.

Defensa de Saavedra

Con unos “¡Uh...! ¡Uh...!” de broma es acogido. Da lugar a que reclame su derecho a hablar.

Relata que el doctor Junco tuvo un hermano que había matado y estaba loco y lo quería traer a Cuba. Pide la lectura de unas actas de la Comisión del Turismo, en donde aparece un señor, José Casuso, familiar político de Junco, según parece, que es la persona importante de la misma, y de quien era asesor legal Junco. Dice que con el castigo de dos años de suspensión seguramente no volverá nunca más por la Universidad.

Hay una serie de diálogos entre María Teresa Suárez Moré, Jacinto Torras y Quintana y Arnaldo

y Saavedra. Al defender este a Junco porque compró bonos del Directorio, Arnaldo le dice “que también *Pepín* los compró”... “También es verdad”, confesó, abrumado Saavedra...

Después Pablo Lavín comenzó su defensa... Distingue dos clases de machadistas: los ocasionales partidarios de Machado y los que están siempre, entonces y ahora al servicio de la abyección. [Aplausos]. “La revolución no se ha hecho”, pregona entre aplausos. Habla de que hay individuos para los cuales no debía existir sino la justicia popular. [Ovación]. “Muchos profesores no firmaron, pero no hicieron otra cosa por la revolución ni los revolucionarios”. Se refiere a los servicios que el bufete de Junco prestó a los revolucionarios y recuerda entre otros a Marcio Manduley y al doctor Portuondo. Analiza la época en que Machado no respetaba ni a sus amigos y cuenta cómo Junco falsificó el libro de contabilidad de la Asociación de Estudiantes de Derecho para justificar un dinero que era para la revolución. Cuenta que les salvó la vida a Santos Jiménez y Capablanca. Se refiere al atentado a Vázquez Bello cuando fue acusado Saumell y narra cómo Junco desglosa de las actas del juzgado la carta de Sacassa que comprometía a Rubén León. Es miembro de la Comisión de Disciplina que absolvió la primera vez a 300 estudiantes. Recibe grandes aplausos. Chelala le hace una pregunta que le lleva a citar cómo Irisarri se separó del bufete de Sardiñas, por no estar de acuerdo con la línea política de este, y yo aclaro que Irisarri se separó entonces de Sardiñas porque desde el presidio no podía defender a nadie, y allí lo iba a visitar Sardiñas, amigo suyo siempre. Hay una serie de diálogos entre Quintana

y Julio César Fernández sobre Santos Jiménez, y Saumell se levanta para afirmar que cuando se le hizo aquella acusación de lo de Vázquez Bello, nadie lo defendió, “ningún abogado”. [Aplausos condenatorios].

“¡Tiene que ser defendido por un abogado de oficio!”, dice.

Defensa del doctor Portuondo

Defiende con calor al doctor Junco y hace verdaderos esfuerzos por aportar buenas pruebas.

Produce hábilmente [sic] cuando mezcla la labor de Junco con la del coronel Despaigne y más tarde con las de Lendián, Grau y Portela. Pregunta si estos son o no son revolucionarios, y la asamblea responde con varios “¡No! ¡No!...”. Pero en realidad ha hecho efecto. La frase del “sargento liberal” que había caído sobre Junco repetidas veces la utiliza Naredo, cuando el doctor Portuondo pretende unir a Amador Guerra con aquel, y conquista aplausos. Mantiene el defensor que sí fue delegado, pero en contra de Rafael Jorge Sánchez, yerno de Machado, que lo derrotó y se incorporó a esa lucha política para combatir a *Pepito* Izquierdo. En virtud de una insinuación que ha dejado caer sobre los estudiantes del Seminario, Amat le plantea la cuestión de si alude a Raúl Roa, que fue quien combatió a Junco y rechaza toda sospecha sobre ese compañero.

Habla Dorado, pero no se le oye. Después Rosario Rexach analiza la defensa de Lavín y cita que Ferrara salvó vidas y Cortina salvó a Ramiro, Rubén y Escalona; que Carlos Miguel de Céspedes facilitó el embarque de Rubén Martínez Villena. Termina

diciendo que toda esa gente no hizo más que ponerse una capa para cuando lloviera. “No fue más que un machadista mil por mil”, afirma, y es aplaudida.

Chelala realiza el ataque más efectivo

Comienza: “Cada vez que un profesor viene a hablar ante la asamblea diciendo que no viene a defender sino a informar...” [Risas]. Se refiere a la clasificación de Machado que hizo Lavín calificando de “piratas” un tipo de estos machadistas, y Chelala pregunta: “¿Quiénes fueron piratas ayer y hoy?”.

“Todos los piratas asaltadores de puestos públicos, que hoy se encubren con una máscara verde”. [Ovación prolongada]. Primer ataque al ABC. “Piratas también, los que siendo fiscales permiten la absolución de Fors, y otros”. [Se repite la ovación]. Pero Chelala reconoce que ha tenido un *lapsus linguae*, que no ha atacado al Fiscal, sino al Tribunal de Sanciones. (Lavín se ha retirado de la asamblea sin el permiso de esta y el doctor Capablanca es ahora el defensor de Junco). Termina afirmando que la comisión de Turismo, en la que trabajó Junco, se dedicó a preparar lugares en donde se diera una apariencia de tranquilidad del país al extranjero que nos visitara. Pide la expulsión. [Aplausos]. Quintana reafirma que Machado controlaba los puestos de barrenderos y que cómo no iba a tener control sobre los puestos de la Comisión de Turismo. Hay un diálogo entre Quintana y Capablanca en el cual este último impresiona mejor a la mesa; sobre todo cuando dice que Junco no fue revolucionario y que no pide su absolución, sino la pena justa, haciendo la observación de que la asamblea solo se pronunciaba en dos sentidos y que había una escala de penas.

El doctor Capablanca, buen ajedrecista del razonamiento

Fue realmente Capablanca quien ganó el juicio equilibrado de la asamblea entre la pena máxima y la mínima.

Pendás lo interrumpió hábilmente y conquistó aplausos cuando afirmó que si la puerta había quedado abierta para algunos machadistas, no se iba dejar que por ella entraran todos.

Contestó sucesivamente a Pendás, Arnaldo y Ramiro. Este le refutó su dato de que Junco no había aceptado la Secretaría de Instrucción Pública, diciendo que nadie la quiso y tuvo que cogerla Carlos Miguel de Céspedes. Capablanca exhibió dos bonos comprados por Junco a Mella; exhibió un cheque para un asunto en relación con Trejo, una felicitación del 3 de enero de 1931, de la Asociación de Estudiantes de Derecho, por Año Nuevo y en muestra de gratitud. Asegura que el bufete de Junco fue domicilio oficial del Directorio y del Comité 27 de Noviembre; asegura que se opuso a los registros de los expertos. A continuación se refiere a la petición de cuando la policía entró en la Universidad el 28 de abril de 1927 por 300 estudiantes, y de cuyo Consejo de Disciplina, que votó una simple amonestación, Junco fue secretario. Solo Cueto y Zamora pidieron penas entonces. Termina pidiendo dos años de separación y es aplaudido y felicitado. Su éxito estuvo en la sencillez, en haber hablado sin trucos oratorios; en haber convencido a la asamblea, más que de la culpa de Junco, en la mucha buena fe de su defensa. Su moción, tras una advertencia de Pendás de que no se podía perder de vista el carácter democrático de la asamblea, cuando se quiso coartar el

derecho de hablar a los oradores; turnos no utilizados por Tamargo, Ramiro, proposición de Bustamante, etcétera. Vence por una votación de 295 contra 110, la renuncia. Muy pocos votaron la expulsión. Carlos Martínez aclaró enseguida que todas las cátedras se sacarán a oposición [aplausos] y que la votación solo implicaba que si pasados los dos años Junco quería oponerse a una cátedra podía hacerlo.

El Boletín número uno

Botet aprovechó un momento de silencio en la asamblea para leer el primer Boletín del Comité Estudiantil Revolucionario, dando cuenta a la asamblea de que ya el Claustro de la Facultad de Derecho, había puesto sus renuncias a la disposición del Nuevo Consejo Universitario; el de Letras y Ciencias había dado un voto amplio de confianza para que su Decano dispusiera de sus cátedras y se esperaba que el de Medicina y Farmacia también se manifestara favorablemente al movimiento, en breve. Se leyó que la depuración académica vendría después y que se mantendrían las demandas académicas logradas este curso, reanudándose las clases el lunes próximo. [Aplausos].

Juicio de Felipe García Cañizares

Careció de interés. Se probó que ya estaba jubilado y que la asamblea no podía ejercer sobre él sanción económica. Pendás, Quintana, Heraclio, Alvaré (que pidió que se dejase jubilado “a ese veterano machadista”), Aurelio Hernández (que dijo que había cobrado \$300.00 por la Quinta Balear). Amat, Arnaldo y yo intervenimos

en el debate poco importante. Ramiro pidió que con los cargos contra Cañizares, lo menos que podía hacerse es pedir su separación por dos años. [Aplausos]. La votación final fue que quedase jubilado, pero que no pudiese volver a la Universidad.

Un profesor de la Universidad de Nueva York

Desde el comienzo de la asamblea, un señor americano y su señora se habían sentado en las gradas altas del anfiteatro. Parecía un turista equivocado. Luego resultó que quería hablar, que era profesor de Literatura y Poética de la Universidad de Nueva York; que se llamaba John Varny y que traía un mensaje de los estudiantes de su Universidad para la de Cuba. Pendás lo presenta y luego el doctor Portuondo traduce párrafo a párrafo lo que dice. Da las gracias por el silencio con que se le oye y expresa que está haciendo un viaje por Latinoamérica para desvirtuar malas opiniones norteamericanas. Expresa que simpatiza con el movimiento estudiantil. Dice que también allí los estudiantes se están uniendo para luchar contra el fascismo y la guerra; todos, derechas, centros e izquierdas. Es aplaudido y pregunta que si alguien le quiere hacer algunas preguntas, que gustoso respondería. Es el momento en que la asamblea toma vigoroso y nuevo colorido.

Un estudiante negro que habla inglés

Soblan —que aprendió a hablar en el barrio Harlem— levanta su voz para preguntarle al profesor americano

cuál es el papel que juega en los Estados Unidos, la Liga Nacional de Estudiantes. Se le contesta que es una organización de frente único contra el fascismo y la guerra. [Aplausos]. Soblan entonces le pide a la asamblea permiso para que el Ala Izquierda le haga portador de un mensaje a los estudiantes de los Estados Unidos como expresión de nuestra lucha contra el fascismo.

La asamblea expresa, levantándose casi todos, que es ella quien envía el mensaje. Es una ovación en pie la que sucede. Pendás enseguida le pregunta qué piensa del movimiento de izquierda contra el imperialismo yanqui. Un aplauso cerrado acompaña a su pregunta. El profesor responde que los estudiantes de allá miran con simpatía esta campaña, y que se han pronunciado en contra del aumento del presupuesto para la armada pedido por Roosevelt. [Grandes aplausos].

Chelala habla en francés

No es corriente el francés en el anfiteatro. El chino lo es muchísimo más. Por eso hay silencio. Tiene algo de espectacular. Pero no hay dudas, lo habla bien Chelala, se dirige al embajador de los estudiantes de derechas e izquierdas y le pregunta que si allá no tiene simpatía nuestro movimiento de liberación, nuestra pronunciación antifascista que se manifiesta ahora en Cuba contra la concentración abecedaria. Unos aplausos en pie, enormes, interminables. Sin duda el ABC tiene muchos enemigos en la Universidad. Amat dice: “Le da sabroso al francés...”. El profesor informa que somos estudiantes mucho más adelantados que los americanos y que llevará

el mensaje a los centros e izquierdas, porque la derecha de allá no es como la nuestra, pues tiene el apoyo del capitalismo más directamente que la de aquí. En este punto Ramiro Valdés Daussá pide una resolución concreta contra la concentración abeceísta y lo acompaña una ovación.

Cuando se restablece un poco el silencio alguien grita, entusiasmado: “¡Fuego a la paloma verde!...”. Ramiro pide, también, que los periódicos reproduzcan esta actitud y Torrás pide que se añada el ataque contra Mañach. [Aplausos]. Por su actitud contra los estudiantes del Instituto, contra los maestros y contra Fermoselle, Saavedra, Bustamante y Torrás formulan proposiciones. Saavedra pide que lleve el mensaje de los esfuerzos que estamos haciendo por renovar la Universidad. [Grandes aplausos]. Ha sabido añadir un punto importante. El profesor repite que allí es distinto que aquí y que ellos se limitan a luchar contra el fascismo y la guerra. *Leo Alvaré* pide hacer una proposición más y le indica al profesor que debe añadir también un mensaje de nuestra nacionalidad empeñada en su liberación. El profesor se retira entre aplausos. Tal vez él no sabe que ha conseguido nada menos que una pronunciación del frente único, formidable, contra el ABC.

En medio de la tempestad de aplausos y gritos, Sardiñas se desarticula en emocionante discurso que nadie oye.

Luego me dijo que se había referido nada menos que a los Mangos de Baraguá...

Para hoy, a las dos, quedó la continuación de la asamblea con el juicio de Echegoyen, sobre el que ya algunos informaron.

LA ASAMBLEA ESTUDIANTIL DECRETÓ AYER NUMEROSAS EXPULSIONES DE PROFESORES¹³⁹

La novena sesión de la asamblea depuradora estudiantil, animada de un espíritu realmente “masacrador”, como en el pintoresco argot estudiantil se decía ayer, votó la expulsión de un grupo de profesores y consumió el primer turno del juicio del doctor Antonio Sánchez de Bustamante.¹⁴⁰

La asamblea se caracterizó por la violencia de sus juicios y por la defensa interminable hecha por el doctor César Salaya del caso del doctor Bustamante, defensa que quedó suspensa para hoy a las ocho de la mañana.

Dos jubilaciones

A las 3 y 37 comienza la asamblea, abriéndola Morrell, poniéndose enseguida en conocimiento de los estudiantes los casos de los profesores Francisco Etchegoyen y García Rivera, que se encontraban ya jubilados y sobre los cuales, como en el caso del doctor García Cañizares,¹⁴¹ no podía recaer otra sanción.

¹³⁹ 19 de junio de 1934, pp. 1, 9.

¹⁴⁰ Doctor Antonio Sánchez de Bustamante y Sirvén.

¹⁴¹ Doctor Felipe García Cañizares.

El primer expulsado

Apenas suena el nombre de Juan Clemente Zamora, se levanta un gran rumor de protesta. El juicio es unánime, espontáneo y violento. Saumell, Alvaré, Alonso y Peláez, piden su expulsión y la asamblea aplaude y aprueba.

¡Expulsado!

Enrique Hernández Cartaya

El nombre fue acogido con miles de chiflidos y gritos de “¡Fuera!”. Tariche aclara que se trata de una “expulsión al cuadrado”, porque ya ha sido expulsado en anterior asamblea. Alvaré aclara que “el hijo tiene que ser obra del padre” y Alonso, al saber que Martín pidió una pena inferior a la expulsión, le grita entre risas: “¡Patinaste, Gordo!”... Expulsado por unanimidad.

Estela Agramonte

“Secretaria de Ramiro Guerra”, informa Alonso; Saumell pide “que se le expulse por ser secretaria de Ramiro Guerra”, Cañizares explica que se graduó “por electricidad” y expone una serie de datos que hacen exclamar a Medina: “¡Me basta, me basta!”. “¡Masacre!...”, grita alguien.

Expulsada también.

***Fifi* Bock desata el tumulto de la tarde**

El nombre del doctor Gustavo A. Bock provocó una tempestad de chiflidos y dicterios. “Traidor dos veces”,

gritó uno cuando se hizo un poco de silencio, y Saumell se levantó para pedir que su expulsión fuese “deshonrosísima”. El Loco Alonso gritó “que había nacido traidor”. Pendás pronunció un breve y violento discurso diciendo que *Fifi* Bock se había vendido en 1925 por un título y que luego en 1929, el día de la muerte de Mella, había dado en unión de Johny Castro, un baile en la Asociación de Medicina. Pidió un minuto de silencio en memoria de Julio Antonio y durante ese tiempo la asamblea se mantuvo en pie y callada en la evocación. Cañizares estuvo poco afortunado cuando comenzó a defender a *Fifi* Bock tratándolo de “compañero”.

Alvaré pidió a los periodistas y al Secretario, para que constara en actas, la protesta estudiantil porque aun después de una revolución *Fifi* Bock continúe disfrutando de un puesto en Sanidad. Cañizares dice que quiere oír más cargos y entonces Alvaré le narra un episodio ocurrido en la calle de San Rafael, por abril de 1931, cuando *Chacho* Hidalgo¹⁴² golpeó rudamente a *Fifi* Bock cuando este pretendió responder a la acusación de traidor que le hiciera Febles. Pero Cañizares insistió en lo del “compañero *Fifi* Bock” y la asamblea airada, prorrumpió en gritos. Chibás y Alonso le dijeron que si era compañero de *Fifi* Bock no podía serlo de ellos y Saumell pidió que si insistía en su posición, la asamblea debía declararlo traidor a él también. Naredo le cuenta a Cañizares las gestiones que hizo para que se sus-

¹⁴² Eusebio Hidalgo Fernández. Estudiante. Integró el grupo del general Francisco Peraza, alzado en Pinar del Río al estallar la insurrección de agosto. Asesinados ambos tras el combate de Loma del Toro, el 11 de agosto de 1931.

pendiera aquel baile en la Asociación de Medicina, sin conseguirlo; intervienen de nuevo Pendás, Saumell, Alonso y Cañizares y termina Alvaré pidiendo “en nombre de la revolución” que se retirara su defensa. Cañizares dice que siempre se somete al criterio de la mayoría, y desiste de la defensa entre aplausos. Martín alega que *Fifi* Bock presentó unas entradas de aquel baile, de fecha 12 de enero y no diez; pero la asamblea aprobó la “expulsión deshonorosísima”.

Un racimo de expulsiones

Gustavo Gutiérrez, Ricardo Martínez Prieto, Ramiro Guerra, Francisco María Fernández y Alberto Recio fueron expulsados individualmente. Se hicieron algunas aclaraciones al respecto. A Gustavo Gutiérrez se le dijo que había aceptado la Secretaría de Justicia en tiempos de Machado, cuando más feroz era esta bestia; para Martínez Prieto pedía el castigo de ser ahogado a escupitajos de los estudiantes, y en abono de Ramiro Guerra argüí –sin que ello indicase una defensa– que me constaba que había salvado de una situación en extremo difícil a Generoso Funcasta, hoy *repórter* de *Ahora*, y que fue el autor de las fotografías de Rubierita muerto. *Mongo* Miyar pidió una expulsión especialísima para Martínez Prieto, rector de la Universidad el 30 de septiembre, y Tariche gritó que “expulsión al cubo”. María Teresa Suárez Moré preguntó por qué no había sido unánime la expulsión dada por los profesores a Martínez Prieto y se supo que Fernández de Castro había votado por la renuncia. A continuación Naredo planteó una cuestión

sobre el profesor Alberto Blanco, Alfredo Méndez otra sobre Gómez Murillo, acusándolo de delator de estudiantes, y Alberto Saumell pidió la expulsión de nuevo de Arturo Mañas Parajón.

El primer ataque a Bustamante

Me cupo el honor de realizar el primer ataque a Bustamante. Fue violento, rudo, bárbaro casi. Utilizando el sarcasmo hablando como un hombre irritado, estuve excesivo quizás, en la forma, pero sigo creyendo que no en el fondo, pues siento que Bustamante está juzgado por el pueblo de Cuba desde hace años. Expresé que a mi juicio la asamblea estudiantil tenía un honor insigne al juzgar a Bustamante, puesto que era en ese caso un tribunal por delegación del pueblo de Cuba. Luego analicé los méritos de Bustamante en la cátedra, en la vida republicana y en la vida internacional. Alegué que llegó a la cátedra, en tiempos de Weyler, por oposiciones en que Lendián “lo rompió”; lo acusé de haber sido el precursor de los “cursillos” con sus viajes prematuros al extranjero y de haber sido “el apóstol de los catedráticos de dedo”; lo acusé también de no haber cooperado a la guerra de independencia; de haber servido de pantalla de Machado para la Constituyente y la prórroga de poderes, así como también de su papel en la Sexta Conferencia Panamericana al lado de Ferrara. Me referí de modo burlón a su sabiduría en una ciencia de salón —el Derecho Internacional— que ha culminado en dos pasteles hipócritas: el Tribunal Permanente de la Haya y la Liga de las Naciones, cuyo máximo triunfo, mientras se destrozan el Paraguay y Bolivia, ha consistido en el laudo entre médicos y quintas regionales...

Terminé alegando que ya cansaba el argumento del prestigio de la Universidad basado en los profesores, cuando en la realidad era que el prestigio de la Universidad siempre había descansado en los alumnos; primero con los fusilados de 1871; después en Martí, Agramonte y Céspedes; Mella y Rubén Martínez Villena; en los expulsados de 1927 y en los que ahora estaban realizando la labor depuradora. Estuve duro y cruel, pero solo en la forma.

Pendás hace el segundo ataque

Pendás estuvo certero en su ataque. Se refirió a los oradores de floridas frases que vendrían a defender a Bustamante y aclaró que se ha dado ya varias veces el caso de profesores “que habían guardado sus valecitos de la quinina”, lo que probaba su culpabilidad, al paso de que ninguno de los estudiantes que estuvo en Presidio pidió su vale de estancia allá. “¡Métele, *Guajiro!*”, gritó alguien... Afirmó que se trataba de un día grande para la Universidad porque en él se le quitaría la capa de prestigio internacional que cubría a Bustamante. Señaló las visitas de Bustamante a Machado cuando ya habían sido asesinados Yalob y Bouzón.¹⁴³ Se refirió al discurso

¹⁴³ El español Claudio Bouzón Sevido y el obrero polaco Noske Yalob. Comunistas; detenidos el 14 de enero de 1928, en ocasión de celebrarse la Sexta Conferencia Panamericana y el arribo a Cuba del presidente de los Estados Unidos Calvin Coolidge. Asesinados por órdenes de Machado y sus cadáveres arrojados al mar. El 5 de marzo, un pescador encontró en el vientre de un tiburón el brazo izquierdo de un hombre. Fue identificado por la viuda de Claudio Bouzón.

a los delegados del Congreso de la Prensa Latina a quienes les hizo ver que este era un paraíso.

Provocó un escándalo cuando se refirió al prólogo que puso Bustamante a la obra de Berenguer en elogio a Machado. Narra el caso de Laguado Jaime, comparando con la frase de Bustamante relativa “a los beneficios que al mundo americano estaba reportando la actuación de Machado”.

Dice que el hombre que se opuso a Martí solo se suma a la república para hundirla en el fango machadista. Entre ¡Ah! de asombro, lee parte de un discurso de Bustamante, cuando ya Gabriel Barceló se encontraba preso en el *Máximo Gómez*. “Hasta hoy la lengua castellana me pareció rica, pero hoy me parece pobre para expresar mi gratitud al Honorable Presidente...”. Se refiere a otro discurso de Bustamante en que pidió a [sic] Machado el título de Ilustre y Ejemplar Ciudadano de la República... Tuvo una frase feliz cuando dijo que después de mandar estricnina no se podía mandar quinina... Termina recordando cómo a propuestas suyas los miembros de izquierda en el Directorio del 30 protestaron de que se contara con Bustamante y pidiendo que si el tamiz revolucionario no había dejado a García Montes ni a Julio San Martín, menos podía permitirlo a Sánchez de Bustamante.

El nieto de Bustamante comienza la defensa

El nieto de Bustamante, Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro, comenzó la defensa demostrando que en las sesiones del Senado no había habido polémica entre Bustamante y Sanguily por la nacionalización de las tierras. Después lee párrafos del

libro de Fermín Valdés Domínguez, *27 de noviembre de 1871*, que acreditan una buena actitud de su bisabuelo, el padre del profesor juzgado, quien se pronunció en defensa de sus alumnos de entonces. Pero el nieto de Sánchez de Bustamante, afectado por la rudeza de los ataques desplegados contra su abuelo; sin costumbre de enfrentarse con la irritación turbulenta de las asambleas estudiantiles y sin voz para llenar el rumor del anfiteatro, pidió delegar la defensa en el doctor César Salaya. La realidad es que la masa se lo hubiera oído a él con más gusto que al doctor Salaya, aunque sin duda este no se podrá quejar de la atención que se le prestó y que ha sido la más sostenida y la menos interrumpida de todas las que ha prestado la asamblea hasta hoy.

López continúa el ataque

César Salaya aprovecha una alusión de López, expulsado de 1927, para tomar la palabra. Antes López había tenido momentos de éxito cuando dijo que había que hacer como en México, que cuando se descubría a un traidor luego se le formaba proceso, y que Bustamante hacía tiempo que estaba expulsado de todos los corazones cubanos. Cuando López se refirió a los dos defensores de Bustamante, el nieto y Salaya, este recogiendo una alusión mía, hizo historia de su labor universitaria, muy plausible sin duda. Teniendo este incidente durante el cual Salaya citó entre rumores una frase de Platón sobre la justicia “la resultante de todas las virtudes”, López continuó diciendo que ante una oratoria de salón su oratoria de barrio no podía competir. Se refirió a la obra depuradora universitaria y alegó que si se

había retirado de la Universidad cuando la ocupación de esta por el ejército también se retiraría ahora si la Universidad no expulsaba de su seno a Bustamante, responsable de los máximos de lo ocurrido.

Palabras de Chibás

Chibás expresó su simpatía por la defensa del nieto de Bustamante y enseguida comenzó contra este el ataque, admitiendo todo su prestigio, lo que, por ende, aumentaba su culpabilidad. Estuvo enérgico y preciso y terminó diciendo que pedía la expulsión de Bustamante aun en el caso de que se perdiera la Universidad, pues prefería la bancarrota técnica a la moral.

Salaya venció a la asamblea en una prueba de resistencia

César Salaya, abogado del bufete de Bustamante y su auxiliar en la cátedra de Derecho Internacional, demostró poseer una palabra fácil, foral, aunque un tanto académica, y ser hábil manejando argumentos. Tuvo un período inicial en que costó cierto trabajo escucharlo y después, por casi tres horas, la asamblea lo estuvo oyendo sin interrupciones apenas, realizando un violento esfuerzo de atención que rompió con la resistencia del público, el que, al final, a las 8 menos 20, accedió sin protestas eminentes, a la decisión de Lozano cuando suspendió la asamblea al no callar esta su escándalo cuando comenzaba a tratarse la posición de Bustamante ante la Constituyente.

Yo tomé las notas de la prolongada defensa de Salaya. Por ella se ve un vehemente deseo de conquistar la opinión de la asamblea, que estaba ayer especialmente agresiva. Pero Salaya empleó un método que le ganó un día, pero que le perdió simpatías. Empleó largos períodos, en desuso por completo en asambleas estudiantiles y en casi todos los casos de elogio a quien se refería, lo que siempre disgusta a la masa. En tres horas de discurso sumó a la causa de Bustamante innumerables circunstancias favorables; pero por desgracia de las pequeñas, de las que la masa no considera concluyentes, y no pudo borrar la tremenda mancha de machadismo que pesa sobre Bustamante por sus discursos, por su labor al frente de la Constituyente; por la prórroga de poderes y la Conferencia Panamericana. Algunos argumentos esgrimió en estos últimos aspectos, aunque para nada mencionó lo de los discursos en elogio a Machado. Sin duda Salaya publicará su defensa del caso Bustamante y entonces la confrontaré con mis notas y podré apreciar hasta qué punto fue acertada la defensa de Salaya.

Esta mañana a las ocho —y no a las dos de la tarde— continuará la asamblea depuradora para dar fin al juicio del doctor Bustamante.

EN UNA ASAMBLEA CASI SOLEMNE LOS ESTUDIANTES ACORDARON EXPULSAR AL DOCTOR BUSTAMANTE¹⁴⁴

En un día verdaderamente memorable para la Universidad, esta expulsó de su seno al doctor Antonio Sánchez de Bustamante y Sirvén,¹⁴⁵ catedrático de Derecho Internacional y Juez del Tribunal Permanente de La Haya

La décima sesión de la asamblea depuradora estudiantil tuvo una característica completamente excepcional en relación con las demás sesiones: la de una tranquilidad expectante muy pocas veces interrumpida; la de un silencio extraordinario dentro del ambiente estudiantil –típicamente ruidoso–, que escuchó con igual atención a los defensores y a los acusadores. Por otro lado, la asamblea, con la excepción del final aclamatorio, tuvo un tono de sequedad extraño, una falta de ese casi deportivo apasionamiento en que suelen manifestarse los estudiantes. Fue la asamblea, en tonos generales, fría y severa: fue un tribunal. Un tribunal que sin duda había deliberado hacía tiempo ya su fallo.

Protesta por la masacre

A las 3:37 comenzó la asamblea con unas palabras de Medina, que no oí, y enseguida consumió el pri-

¹⁴⁴ 20 de junio de 1934, pp. 1, 2.

¹⁴⁵ Observará el lector que el doctor Sánchez de Bustamante (1865-1951), acusado de colaborar con Machado, era, no obstante, un jurista eminente, de prestigio internacional.

mer turno formal Eduardo Chibás, quien expresó que la asamblea había protestado de las masacres de estudiantes, de obreros, de las persecuciones, de los métodos fascistas empleados por el gobierno en La Habana, en Santiago, en Camagüey y en diversos lugares de la República, y que por tanto, animada del mismo espíritu, la asamblea debía protestar contra el ametrallamiento del domingo sobre las masas abecedarias. La asamblea acogió con aplausos aprobatorios la moción. A continuación se paró Chelala para manifestar que hacía suya la protesta de Chibás, recalcando cómo siempre los individuos de su ideología habían luchado por los movimientos de masas, repudiando en todo momento los métodos terroristas, impulsados en Cuba, precisamente por el ABC, que fue víctima el domingo de ellos. Y que protesta de la masacre hecha sobre los miembros de fila del ABC, por la misma razón, porque protesta de la conducta asumida por esta organización quemando ómnibus. [Aplausos]. Alvaré consumió el último turno del tema pidiendo que la asamblea, puesta en pie, condenara la masacre. Entre aplausos la asamblea manifestó su aprobación.

Protesta por la prisión de Quintana

Aureliano Sánchez Arango, haciéndose eco de una información hecha en *Ahora*, sobre la injusta prisión del estudiante Jorge Quintana, informó a la asamblea sobre su caso, recordándole cómo era ridículo que se acusase a Quintana de estar complicado en la bomba a Mendieta, cuando más de dos mil estudiantes a lo largo de ocho asambleas, lo habían visto ocuparse intensa y continuamente de los problemas

estudiantiles actuales, hartos complicados para dejar tiempo a otra cosa, y de tal naturaleza nada menos. Además —aclaró— Quintana es un estudiante de filiación marxista, que repugna todo acto de terror individual, por considerarlo estéril y contraproducente. Alvaré reforzó los argumentos de Aureliano y como este pidió que la asamblea exigiese la libertad de Quintana, pidiendo entonces Pendás que el Consejo Universitario se hiciera portador, ante las autoridades, del pedimento de la masa estudiantil. Aplausos numerosos acogieron las peticiones de los oradores. Cuando terminaba este asunto, el estudiante Capablanca invitó a la asamblea para la conferencia que dará mañana en Letras y Ciencias el doctor Boza Masvidal, sobre Leonardo da Vinci.

El doctor Salaya reanuda su defensa

El doctor Salaya fue oído de principio a fin con verdadero respeto y hasta con simpatías. Comenzó planteando el problema de si Bustamante, como presidente de la Constituyente violó o no el Artículo 115 de la Constitución de 1901 (Cláusula de Reforma). Aclara que la Constitución nada determina sobre si se ha de emplear el plebiscito o el plebiscito de segundo grado, y pasa a analizar si la actitud de Bustamante en el caso implica error, culpa o negligencia.

Pasa a considerar el problema de las asambleas deliberantes en derecho civil, que se prestan a coacciones, y expresa que las leyes globales no pueden existir por ser contrarias a la democracia, exponiendo el caso de la Constitución de los Estados Unidos.

Termina esta parte de su peroración haciendo un nuevo llamamiento al espíritu de la justicia y citando un precepto del derecho romano: “Hágase siempre el derecho aunque el mundo perezca”. Pasa a estudiar el problema de las disposiciones transitorias y se refiere a la diferencia de criterio entre el Congreso y la Constituyente, alegando que la actitud de esta favorece al pueblo.

Leyó enseguida un artículo publicado por *La Correspondencia*, de Cienfuegos, el 12 de abril de 1928, por el que Bustamante se muestra partidario de que los candidatos se presentasen a elecciones y opuesto a la prórroga inmediata. Haciendo una interpelación a Dorado se refiere a la disposición transitoria Número 6, y analiza que si por el proyecto de ley de junio de 1927, los poderes se prorrogaban hasta 1940, la Constitución solo los extiende hasta 1938, en lo que se refiere a gobernadores, consejeros, alcaldes, y miembros de las Juntas de Educación; añadiéndole un año —hasta 1941— con respecto a los representantes! El doctor Salaya expone que sostiene criterios para llegar a una finalidad; que solo con la conciencia levantada se puede llegar a una finalidad; que solo con la conciencia levantada se puede llegar a administrar justicia y alega que el derecho no es una ciencia exacta, por lo que más de una tesis puede ser atacada y defendida a la vez.

Alega que él no sostiene que fuera la exacta la interpretación dada por Bustamante a aquellos hechos, pero que el complejo de circunstancias existentes demandaba un juicio más maduro de la posteridad.

Enseguida se refiere a la fina penetración de inteligencia de Chelala, que había mencionado en anterior asamblea la Ley de Emergencia Electoral,

haciendo recaer sobre esta toda la culpabilidad de los errores políticos, pues ella propició lo del candidato único. Salaya tiene un momento feliz cuando, saliéndose de la obligada aridez del aspecto legal del problema, se refirió al “calendario estudiantil”, marcado con hitos sangrientos, y en el cual el 30 de septiembre de 1930 marca el comienzo de la liberación universitaria. Cita el pensamiento de Saco sobre la fiebre del oro *invivita* en el pueblo de Cuba y la paraleliza con la evidente fiebre de poder que ha caracterizado a la República, característica de todos los tiranuelos de América; hace el elogio de Sanguily y proclama que otros presidentes han clavado también sus garras sobre el pueblo de Cuba, a quien el estudiantado, en 1927, señaló el derrotero de la lucha a seguir. [Grandes aplausos].

Salaya continúa atacando la moral republicana y pregunta que si alguna vez hemos tenido democracia; que si el voto no ha sido siempre vendido de manera miserable; ¿es que no hay, señores, un substrato de todo esto, una responsabilidad general! Entonces formula que Bustamante ha incurrido en un error de responsabilidad histórica y política. Realiza un resumen de su defensa y de nuevo se refiere al progenitor de Sánchez Bustamante, defensor de los estudiantes de 1871; a su rol en la Conferencia Panamericana, mal comprendido; a la personalidad internacional que le ha dado a Cuba; a la acusación de imperialista que se le ha echado encima.

Pide entonces que se pongan en relación los cargos con el fallo, y termina haciendo un símil de la estatua de la Justicia, ¡que se pone la venda para ser imparcial!; que sostiene la espada para simbolizar la fuerza de la ley y que utiliza en su balanza los

dos clásicos platillos de la acusación y la defensa, pidiendo a los estudiantes que procedan de acuerdo con los dictados de la diosa insobornable. Entre grandes aplausos de simpatía, el doctor Salaya da las gracias por la atención con que se le ha escuchado, y se sienta, teniéndose que levantar de nuevo para responder a los aplausos.

Como la defensa de Bustamante ante el tribunal de la asamblea estudiantil se limitó —con la excepción de la breve actuación de Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro— al trabajo largo, con frecuencia demasiado técnico y lleno de citas de fechas, del doctor Salaya, estimo que la precipitada interpretación periodística no puede ser todo lo exacta que debiera ser y me permito invitar al doctor Salaya para que desde estas mismas columnas subsane los errores que he cometido y las omisiones en que haya incurrido. Ataqué el primero a Bustamante y con más vehemencia que nadie, con violencia acaso bárbara. Sigo creyendo que tenía la razón; hablé contra Bustamante como un hombre irritado de la muchedumbre que se mantuvo mucho tiempo en silencio porque sonaban voces altas, contrarias a su pensamiento; pero mantengo aquí, como lo mantuve en la asamblea, la obligación del respeto a la defensa; la obligación de oírla.

Aureliano refuta a Salaya

Aureliano comienza elogiando la actitud de Salaya defendiendo a Bustamante, del que es ayudante. Declara que no trae papeles y la asamblea se ríe cuando busca varios, para extraer uno.

Analiza antes que ninguno el caso de Mella cuando la huelga de hambre, del que Salaya había hecho mención en la asamblea anterior ligando a Bustamante a la defensa de Mella y se refiere a las labores del Comité Pro Mella que fue quien realizó toda la agitación. Cuenta la crisis planteada al Comité por un colapso de Julio Antonio que se estimó grave y cuya crisis se resolvió en el gabinete de Gustavo Aldereguía reafirmando la decisión de que Mella continuase la huelga aunque le costase la vida; a petición mía, como episodio importantísimo, narra la entrevista entre Barraqué, Machado y Rubén Martínez Villena, al salir de la cual, y con motivo de la estupidez e ignorancia capitolina de Machado, Rubén lo bautizó con el famoso calificativo de «Asno con Garras». A continuación —y una vez más—, destruyó la tesis de que no recibiera apoyo el movimiento de 1927, refiriéndose a la conferencia boicoteada de *Fifí Bock*. A la bola negra de la Asociación de Derecho, a los estudiantes machadistas y otros casos. Concreta luego que la polémica entre Sanguily y Bustamante ocurrió con motivo del tratado de reciprocidad con los Estados Unidos que Sanguily atacó y Bustamante defendió. Leyó algunos fragmentos del discurso de Sanguily que causaron cierta impresión de la masa. Al hacer mención a la Sexta Conferencia Panamericana basa su ataque en el libro de Márquez Sterling *Las Conferencias del Shore Ham*, algunos de cuyos párrafos califica de “absolutamente cobardes”. La asamblea conoce entonces la decisión del gobierno de desautorizar al delegado cubano que no estuviese de acuerdo con Ferrara en su misión servil de intervencionista, razón de que no protestaran, como Puyrredón, de

la Argentina, y el delegado de El Salvador. Pasa a analizar lo que titula “el argumento Aquiles” del caso: la Constituyente. Asegura que Salaya no ha ofrecido un argumento sólido para destruir la acusación estudiantil.

Cuenta cómo ya en 1927 Machado había decidido prorrogarse a despecho de una oposición decidida, aunque de escasas fuerzas. Narra las maniobras de Machado para permanecer en el poder seis años más. Para probar la ilegalidad de la Constituyente, afirma que el Supremo consideró que se había extralimitado y que no la declaró inconstitucional para no provocar el caos en la República, y remata esta parte diciendo que si no hubiera sido así se caía por su base toda la oposición a Machado, a partir del 27, a la que habría que considerar como ilegítima. Narra a continuación los detalles de la comparecencia de Bustamante ante el tribunal estudiantil, cuando dividió el machadato en dos períodos de “esperanzas” y “desilusiones”. Dice que le pidió que precisara las fechas y dio el límite de su adhesión más o menos al movimiento, y que entonces le precisó todos los crímenes cometidos en ese período de “esperanzas” (Armando André, Duminigio Cexart, Varona, Alfredo López, y los cuatro o cinco mil isleños ahorcados en Ciego de Ávila). Ante este cuadro, Bustamante –dice Aureliano– se le fue por la tangente y consideró que en los platillos de la balanza pesaban más las reformas de la Constituyente que los crímenes de Machado. Es decir –termina– que por apoyar un daño por venir apoyaba un daño cierto. Apoyó a Machado hasta el año 1930 y después pretendió salvarse. No hay nada que añadir, termina.

El nieto de Sánchez de Bustamante

El nieto de Sánchez de Bustamante fue acogido con aplausos de aliento. La masa lo interrumpió varias veces, pero para oírle, para pedirle que hablara más alto. Debo confesar que se ganó la simpatía estudiantil por un hecho que la masa no llegó a determinarse con claridad, pero que no es otra cosa que por su actitud sencilla, por no haber recurrido a ningún recurso sentimental, que aunque hubiera conmovido momentáneamente al auditorio, a la larga hubiera mortificado a este.

Aparte de esta actitud honrada, Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro trató de precisar la índole de los cargos contra su abuelo haciendo por desvirtuar la gravedad de muchos de ellos, tales como el Tratado de Reciprocidad, alegando que en ningún momento procedió por intereses particulares; sostiene que una amplia masa apoyó a Machado y que la tesis de Bustamante era que las elecciones decidirían. Entabla un diálogo con Aureliano en el que este expone cómo la protesta contra Machado era enorme aunque carecía de un cauce prominente. Le recuerda a su interrogador que si no leía *La Semana*, que era entonces el órgano en que se plasmaba el ánimo opositor del pueblo. Celia Melgarejo le hace una interrupción y le dice que las protestas por su miopía no hacen más que aumentar su responsabilidad. [Aplausos]. Aureliano añade que dado el carácter de Bustamante era demasiado pedirle que se opusiese a Machado, pero que por lo que se le culpaba era por haberle servido de pantalla. [Aplausos]. Naredo conquista aplausos de la asamblea cuando se dirige a Salaya y le dice que

si él, que no tiene una inteligencia tan privilegiada como Bustamante, ha podido decir a la asamblea que todas las elecciones han sido trampas, Bustamante no tiene defensa si alega ignorar que aquellas también lo fueron. Enrique León cuenta enseguida que a cada colegio se le dieron cien pesos y un arroz con pollo y Pina cuenta inmoralidades ocurridas en colegios de Puerto Padre, Holguín y Regla o Guanabacoa, que probaban la real falta de cooperación del pueblo de Cuba al machadato, cuando se negó a concurrir a aquella farsa. El nieto de Bustamante cuenta que la adhesión de su abuelo fue obra de Don Carlos, que él no buscó la oportunidad de firmar el manifiesto. Pendás vuelve a referir por qué se opuso a que Bustamante firmara el manifiesto, que le iba a servir de salvavidas algún día, y asegura que fue elegido en 1928 con Zubizarreta, Viriato y Matías Duque. Luego Ramiro relató cómo Don Carlos, hacía muy poco, le había relatado que el propio Bustamante le había pedido la oportunidad de firmar el manifiesto. El nieto del profesor acusado, dijo que se solidarizaría con el concepto que del pasado político de su abuelo se formara en la asamblea y expresó cómo el silencio de Bustamante ante la acusación no era sino un acto de acatamiento a la revolución.

Después se entabla un diálogo entre Aureliano y el defensor sobre el artículo de la disposición transitoria conectado con el 66, sobre si en él no había habido creación y sí trámite reglamentario.

Cuando termina, el nieto de Sánchez de Bustamante recibe muchos aplausos. No ha estado brillante. Ha conquistado simpatías. Pero la asamblea se dispuso a votar con inflexibilidad romana.

Chelala distingue entre revolución y depuración

Ni Carbajal ni Alonso consumieron sus turnos y entre aplausos comenzó Chelala a consumir el suyo. Habla de los papelitos que le han llegado acusándolo de que iba a defender a Bustamante y específica por qué defendió a Ismael Clark. Luego elogia a Salaya y obtiene un éxito cuando observa a la asamblea que “ningún profesor de los que ha declarado ha venido a defender a la revolución sino a defender profesores”. [Aplausos].

Luego distingue entre la depuración universitaria y la revolución universitaria.

Para esta última aclara que será necesario un cambio de estructura económica que destruya la superestructura política y propugna que en marcha hacia la revolución universitaria la depuración continúe con la misma energía y la misma violencia que ha mantenido. Concluye dirigiéndose al nieto de Bustamante y preguntándole si no piensa, por sus conocimientos de filosofía, de economía política y en otras materias, que era necesario que la Universidad procediera drásticamente en su depuración. Roberto Vieti Romero, hablando por primera vez en estas asambleas, preguntó a Chalala de pronto cuándo es su próximo examen. Chalala respondió que no tenía ninguno señalado ahora, que acaso pronto le señalarían alguno en filosofía... La pregunta molestó a la asamblea y uno, detrás de mí, le gritó: “¡Cállate, filomático!”.

Porfirio Pendás ataca de nuevo

La asamblea comenzaba a cansarse. La palabra potente de Pendás resonaba con exceso en el anfiteatro

y provocó algunas muestras jocosas de la asamblea, que había permanecido excesivamente seria. Pero Pendás estuvo muy certero en sus argumentaciones y frases, legó que no iba a trepar por el andamiaje del Derecho para llegar al artículo 115 [risas] y que sí era traer valecitos de quinina el apoyarse en la firma de Bustamante en el manifiesto del año 30. Termina con una anécdota feliz, narrando el caso de un voluntario que en la Guerra de Independencia mandó cierta quinina y vendas a la manigua, y el cual, al entrar los mambises a su pueblo, fue fusilado por estos después de romperle el valecito. [Risas]. “Así debe proceder ahora la Universidad, que está obligada a expulsar de su seno a los que como Sánchez de Bustamante, apuntalaron durante tanto tiempo el machadato”. [Numerosos aplausos]. Después le tocaba hablar a Dorado, que iba a decir algo de interés, pero la asamblea, en su único escándalo de la tarde, se lo impidió.

Rubio Padilla muestra documentos

Rubio Padilla, con irónica crueldad, ataca a Sánchez de Bustamante. Ha conseguido unos documentos de una fuerza acusadora terrible y los maneja con la sagacidad de un gato.

Se da gusto destrozando a Bustamante. Primero cuenta cómo los estudiantes, el 30 de diciembre, quisieron lanzar escalinatas abajo el busto de Bustamante, lo que impidió Don Carlos con la tesis de que se hacía algo quitándole a Machado el apoyo de Bustamante. Enseguida cuenta cómo escapando a la acción de la policía, mientras el resto de los compañeros cumplía la condena de los “105 días”,

en unión de Justo Carrillo y García Bárcenas, trató de obtener dinero de Bustamante y este, después de varias largas, de un verdadero asedio, ¡se apareció con un peso!... Un “¡Ah!... ” de asombro, de burla y hasta de rabia se levantó de la asamblea. “Que se le devuelva el peso”, gritó alguien con bata de Medicina. Enseguida leyó la carta de Bustamante a Machado. Comenzó: “Chaverim...”. Enormes carcajadas y burlones chiflidos acogieron la palabra... Cuando la asamblea se satisfizo pensando que era un calificativo cariñoso de Bustamante a Machado, Rubio aclaró ¡que era un pueblecito de Holanda!... Nuevas risas y escándalo. La carta era del 18 de agosto de 1927, cuando, según Rubio, Cortina llamaba a Machado ¡Moisés!

Era una felicitación a Machado por la ratificación del tratado con España...

En este momento afuera dos se entraron a trompadas. Pero parecían veinte. La asamblea empezó a disgregarse rápidamente, pero los gritos de “¡Saboteo! ¡Saboteo!” la contuvieron. Rubio leyó entonces una entrevista en el *Heraldo de Cuba*, de octubre de 1929, en la que había elogios a Carlos Miguel, Machado y a otros, y ataques a los que como los estudiantes exiliados, Seigle y otros, desprestigiaban al machadato en el extranjero...

La votación de expulsión fue prácticamente unánime, ya que nadie se levantó por la pena de renuncia.

Sardiñas fue el último orador de la asamblea y se refirió al paso de nivel de Agua Dulce, impedido por Bustamante como abogado de los ferrocarriles y a que si la asamblea de los muertos de la Universidad no hubiera absuelto a Bustamante, tampoco podían absolverlo ahora los que aún están vivos.

ES POSIBLE QUE DON CARLOS DE LA TORRE SEA EL PRÓXIMO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA¹⁴⁶

Don Carlos de la Torre, con ese humor estudiantil que le han infiltrado en el carácter cincuenta años de Universidad, antes de que *Kiko* le capture con su cámara, pregunta que si no tiene bomba... Después, se sienta junto a la fresca pecera de su portal, en donde las negras y elegantes *molynesias* y un bello y exótico *scalary*, procuran entretenidos ratos al sabio profesor. Por último, junto al doctor Salvador Salazar, con los nuevos estatutos de la Universidad, *Kiko* prueba otra vez su cámara.

Hay preguntas importantes que hacerle a Don Carlos, cuyas contestaciones demandan la atención del pueblo universitario. Y aunque Don Carlos está apurado para asistir a la Conferencia del doctor Fernando Ortiz en el Colegio de Arquitectos, habla larga y fluentemente.

Por lo pronto comienza diciendo que es cierto que va a presentar a la asamblea estudiantil un escrito —cuya copia me da— por el que informa a los estudiantes de su decisión de continuar en el Consejo de Estado en unión de los demás profesores universitarios... “No encuentro que haya lucha alguna entre la Universidad y el gobierno. Si renuncié lo hice presionado por una conmoción emocional provocada por la decisión de la masa estudiantil a la que ligado he estado siempre...”.

¹⁴⁶ 21 de junio de 1934, pp. 1, 11.

—Don Carlos —le interrumpimos—, ¿usted no cree que la petición de renuncia que le formuló la asamblea universitaria obedeció, más que a problemas universitarios, a la posición del estudiantado en general frente al gobierno, por los sucesos del Instituto de La Habana, Normal de Santiago de Cuba, etcétera?

—Bueno, pero es que nosotros fuimos nombrados consejeros después de todos esos acontecimientos en los cuales la Universidad nada tuvo que ver...

Don Carlos siguió hablando. Los consejeros de Estado no son otra cosa que funcionarios técnicos. Vienen a construir una especie de Cámara Legislativa sin legislación, y es natural que se escogieran en la Universidad, en donde figuran tantos hombres de conocimientos especializados, muchos de los integrantes del Consejo. Además, aunque la Universidad es autónoma, la realidad es que todos sus emolumentos le vienen del Gobierno. Nosotros, en el Consejo de Estado, representamos el lazo de unión entre la Nación y la Universidad, que de otra manera quedaba desamparada...

Antes de esto, Don Carlos ha hablado de la génesis de su renuncia. Conforme dijo ante la Asamblea Estudiantil, la Comisión Mixta de Profesores y Alumnos supo de su ánimo de no aceptar la designación si no era del agrado de la Universidad. Entonces se retiró toda moción presentada para que renunciase. Después, las extremas izquierdas, en su constante política de oposición al gobierno, siempre habían sido partidarias de plantear la cuestión, y *Leo Alvaré*, líder auténtico que no había podido conseguirlo en una primera asamblea, lo obtuvo en esta última, cuando el ambiente le era más propicio...

Ahora Don Carlos se muestra al parecer decidido a permanecer en el Consejo de Estado. Le agradaría mucho poder cumplir a la par con sus deberes de profesor y de hombre público y manifiesta que haría enormes esfuerzos por afrontar una triple y gigantesca tarea: la del Consejo de Estado; la del Consejo de Secretarios y la de la Universidad; pero —dice— “si ello ha de despertar suspicacias y molestias, me dedicaré a servir a la República —tarea mayor—, a lo que me autoriza el artículo 168 del Capítulo III de los nuevos Estatutos...”. Don Carlos, para reforzar su decisión, me recuerda cómo numerosos profesores universitarios, en todas las épocas, han desempeñado tareas públicas fuera del Alma Mater. En los últimos tiempos, por ejemplo, Grau San Martín, expresidente de la República; Massip, embajador; Finlay, Presno, Costales, González Rubiera... secretarios. Nadie los ha molestado luego, al volver a sus cátedras.

Pero yo tenía una pregunta especialísima que hacer a Don Carlos y no me podía ir sin formularla. Era un rumor que nos había llegado por conducto de los repórters políticos; la de que Don Carlos será el próximo Presidente Provisional de la República...

Cuando le hago la pregunta, don Carlos de la Torre se vuelve para el doctor Salvador Salazar en ese gesto característico del hombre que va a decir: “¡Ya tú ves!...”.

Entonces le expongo el origen del rumor, que es muy sencillo: los nacionalistas necesitan un candidato de personalidad y arrastre dentro de sus filas; el coronel Mendieta es el que reúne las condiciones necesarias, pero necesita abandonar la presidencia...

El doctor Salvador Salazar, hablando por Don Carlos, que se alegra de que otro conteste la pregunta,

me explica que la Ley Constitucional establece que en caso de ausencia definitiva del Presidente, el Colegio Electoral asumiría la responsabilidad máxima de la República. Ese Colegio Electoral lo forman, de acuerdo con la Ley Constitucional, los miembros del Consejo de Secretarios y los del Consejo de Estado, presidiendo el Colegio, el Presidente del Consejo de Estado; Don Carlos, para este caso concreto. Una vez constituido, el Colegio Electoral procedería a designar el Presidente Provisional de la República...

“¿Y qué sucedería en este caso, si Mendieta renunciara?”. Pues es sencillo: los señores Secretarios de Despacho obedecen a distintos sectores políticos: el Presidente de la República difícilmente podría ser elegido entre ellos... Lo lógico será que la designación recaiga entonces sobre un miembro del Consejo de Estado ante los cuales el punto de equilibrio viene a estar en don Carlos de la Torre...

“¿Y usted aceptaría, Don Carlos?...”. El sabio naturalista me insinúa que tendría que vencer poderosos imperativos familiares... Parece que no le es grato el plantearse imaginativamente el caso... “Sea discreto, no me gustan las estridencias...”.

El doctor Salazar, jovial e irónicamente, me dice que terminó, como hacen los periodistas, diciendo que “Don Carlos, mirando hacia el infinito azul del cielo deja la interrogación sobre la pregunta...”.

Y la realidad es que Don Carlos solo miraba para la pecera!...

LA ASAMBLEA UNIVERSITARIA RATIFICÓ LA COMISIÓN DE RENOVACIÓN ESTUDIANTIL¹⁴⁷

La más importante de las asambleas estudiantiles correspondientes a esta etapa de renovación tuvo su verificación en la tarde de ayer, resolviéndose en un tiempo mucho menor que los anteriores y con un carácter mucho menos serio también. En el fondo, la asamblea se caracterizó por una falta de responsabilidad en la masa estudiantil, actitud reprobable en extremo y que se hizo más destacable, precisamente por una seriedad en extremo plausible de los integrantes de la mesa –Morell y Botet, de modo especial.

El anfiteatro lleno como pocas veces y un calor enorme. Se trataba nada menos que de obtener de la masa un voto de confianza al Consejo Universitario –integrado por profesores y alumnos– para que resolviese todos los problemas de la renovación universitaria en marcha, así como las dificultades que pudieran surgir entre los fallos de la asamblea y el Claustro de profesores.

Además, a última hora, Heraclio Lorenzo planteó el problema de la decisión de Don Carlos de permanecer en el Consejo de Estado, asunto que, en realidad, no fue conocido por la asamblea al no adoptar esta una actitud sobre el mismo.

Morell y Botet, sucesivamente, informaron a la asamblea del motivo de la convocatoria, exponiendo este último la necesidad de finiquitar todos los

¹⁴⁷ 23 de junio de 1934, pp. 1, 2.

problemas de los profesores expulsados del 27 y de terminar de una vez y para siempre todos los problemas de la depuración. Se refirió al fracaso del “fenómeno tan temido” de un *lock out* profesoral y a la evidente necesidad de armar al Consejo Universitario del apoyo absoluto de la confianza estudiantil para lo cual pide que se apoye la siguiente moción:

“Reclamar de la asamblea estudiantil la conformidad plena con la depuración académica y cívica que efectúe el Consejo Universitario SIEMPRE Y CUANDO el Claustro de Profesores acuerde la suspensión de los estatutos y la presentación de sus renunciaciones”.

Carbajal¹⁴⁸ y Arnaldo Escalona llamaron la atención de la asamblea sobre la responsabilidad grave que ello entrañaba, pidiendo el primero el voto de confianza solo para los estudiantes y el segundo haciendo una llamada de alerta al exceso de confianza en la adhesión profesoral.

Saumell pidió enseguida que se leyesen las actas de la Comisión y como no habían sido traídas pidió un voto de censura para Febles,¹⁴⁹ excusándose este en el hecho de haber trabajado excesivamente y estar enfermo. Luego pidió ardorosamente la adhesión de la masa. Medina apoya también esta proposición y obtiene muchos aplausos. Al terminar cada párrafo termina con un cigarro. Al finalizar dice que no ve más camino y uno le grita que se vea con Horacio Ferrer...

Saavedra,¹⁵⁰ acabado de llegar, intenta hacerse oír, pero su voz incita los mugidos de la asamblea

¹⁴⁸ Ladislao González Carbajal.

¹⁴⁹ Juan Febles Secretal.

¹⁵⁰ José Saavedra.

que se divierte no dejándolo hablar e imitando su voz bronca.

En este momento Morell reclama un poco de serenidad. Es inútil, Pérez Peraza gesticula y chilla.

Nada. [Aplausos]. *Paco* tiene peor fortuna aún. Chiflidos y gritos. “¡Qué viva La Rubia de Platino!”, gritan varios. Sin embargo, se ha opuesto al voto de confianza porque la depuración “ya está hecha”...

Febles vuelve a hablar. La asamblea, con menor resistencia que nunca, empieza a pedir votación. Morell insiste en poner orden... Son inútiles las proposiciones de este, de Botet, de Alvaré, de Naredo. Chelala pide ser oído dos minutos. Nada. Chiflidos. Gritos: “¡Votación!... ¡Votación!...”. Carlos Martínez quiere pedir que se dejen dos turnos, como ha propuesto Alvaré... [Chiflidos]. Callejas utiliza inútilmente toda su voz para hacerse oír en medio de un escándalo fenomenal y amenaza con retirarse; y baja las gradas y se queda por fin al lado de la mesa. Pero el escándalo continúa. La asamblea está realmente irresponsable. Ni siquiera se pone de acuerdo en lo que desea. El mismo Callejas no iba a pedir otra cosa que se cumpliera con los deseos de la asamblea y se procediera a votar. Pero la asamblea no se oye ni a sí misma.

Morell trepa de nuevo a la mesa y “regaña” a la asamblea que está dispuesta a dar un voto de confianza para una misión tan importante como de la que se trata y en cambio no respeta a la mesa para poner un poco de orden. Logra entonces leer las mociones que existen: votación inmediata; consumo de todos los turnos; dos votos a favor y dos en contra.

Chelala intenta hablar. [Nuevo escándalo]. Pérez Pita se levanta para negarle a Chelala el derecho a hablar en la asamblea estudiantil...

Chelala en medio del escándalo le da las gracias irónicamente... Parece que no le extraña que sea Pérez Pita quien proponga tal cosa tratándose de un expulsado de 1927... Ramiro Valdés Daussá logra hacerse oír hasta tanto defiende la tesis de la misma mesa, de que se oiga la opinión de los que no estén de acuerdo... [Magníficos chiflidos].

Las mociones de Font de que cada Facultad depure a sus catedráticos es desecha y también la de las oposiciones escalonadas y obligatorias cada diez años. Triunfa ruidosamente la moción de la Comisión Renovadora Estudiantil.

Don Carlos otra vez en la asamblea

Heraclio Lorenzo leyó la carta de Don Carlos a la asamblea dándole cuenta de que se quedaba en el Consejo de Estado y de que su renuncia anterior “no valía”, por haberla presentado coaccionado por una emoción sentimental... Chiflidos numerosos y variados.

Alvaré vuelve a tronar por la separación del Consejo de Estado de los profesores de la Universidad.

Pero la asamblea está desmoralizada. Parece otra distinta de la que ha realizado con tanto tesón y empeño la larga depuración profesoral. La asamblea desaprueba la actitud de Don Carlos, pero con el comentario en los grupos, con chistes y burlas, pero sin decidir nada... Se desintegra, se abren claros crecientes en las gradas y en vano la mesa intenta contenerla... La asamblea le ha cogido miedo a estarse un par de horas discutiendo el asunto. Cansancio y desinterés.

MEDIO MILLÓN DE PESOS EXIGE EL HOSPITAL UNIVERSITARIO¹⁵¹

El doctor Costales Latatú expone a Ahora las necesidades de aquel centro

En la escalinata del Rectorado, el Dr. Costales Latatú departe con José Francisco Botet, sobre la moción presentada por este estudiante a favor de sus compañeros de los últimos cursos de Medicina que vivan en el interior de la República y para los cuales está gestionando alojamiento gratis, cerca del Hospital Universitario.

El Dr. Costales tiene en las manos el memorándum que a nombre de la Facultad de Medicina, dirige el decano Dr. Luis Ortega al presidente de la República y al Consejo de Secretarios, sobre las necesidades presupuestales del Hospital Universitario, y aprovecha nuestra llegada para darnos cuenta de las grandes deficiencias del hospital del cual es director.

Veinte años de mi vida de médico he dedicado al Hospital y lo quiero como cosa propia... Por eso mismo no estoy dispuesto a arrostrar el menosprecio que caerá sobre él de continuar en las mismas condiciones que hoy...

Por la autonomía universitaria, el Hospital *Calixto García* pasó a ser como una dependencia

¹⁵¹ 27 de junio de 1934, pp. 1, 2.

de la Universidad, de la Facultad de Medicina, que lo utilizaría como su máximo campo de experimentación y de estudio; se ve, pues, que el crédito o descrédito que alcance el Hospital, no caerá ya sobre un solo hombre —el director—, sino sobre toda la Escuela de Medicina y aun sobre la Universidad. Por eso es nuestro empeño en lograr que el Hospital Universitario, que tiene el carácter de un hospital general de servicio público, que realmente presta el servicio de un hospital nacional, recupere el prestigio que la barbarie machadista le arrebató.

Ustedes recordarán que en tiempos de Machado, este rebajó los presupuestos del hospital hasta el punto de que solo tenían un crédito de 16 centavos diarios por cada enfermo, al paso que las mulas de Obras Públicas y del Ejército tenían una consignación muchísimo mayor... Es una vergüenza que después de la revolución, los pobres abandonados sigan sin recibir la debida atención del Estado.

El Dr. Costales habla acentuando las palabras con la expresión de su rostro enérgico. Se comprende que estima al Hospital Universitario como un escritor a su libro más querido, cuyas pruebas corrige con intenso cariño. El Dr. Costales desearía “una edición” del Hospital Universitario a todo lujo, en cuero repujado de Córdoba, pero, urgido por la realidad, se conforma con que “su libro” pueda presentarse con cierta dignidad. Por eso nos dice a los que escuchamos:

La Escuela de Medicina no pretende convertir al Hospital en un artículo de lujo; pero quiere prestar un servicio honrado al pueblo. Con el

crédito de que hoy disponemos, no se puede hacer verdadera medicina. Actualmente tengo un déficit de 300 enfermos, que se mantienen a costa de la efectiva normalidad del Hospital. Nosotros, para evitar suspicacias, hemos querido tomar los presupuestos acordados por entidades extranjeras para un hospital de tipo estándar. Al efecto nos hemos ceñido a los presupuestos de la American Medical Association y del American College of Surgeons, y, haciendo un promedio para los 1 300 enfermos, que señala el límite de nuestra capacidad, calculamos una suma de \$32,00 por enfermo. En total esto representa una subvención de \$499 200,00 por parte del Estado, al año.

Ya los habitantes de La Habana, demasiado acostumbrados al imperio del “kilo”, nos espantamos ante la simple enunciación de esa cantidad estelar que viene a ser la cifra del medio millón...

Pero el Dr. Costales destruye con facilidad nuestro asombro.

Fíjense ustedes en que el Hospital Universitario no es en realidad un solo hospital. Comprende el Hospital *Calixto García*; la antigua Clínica para Mujeres *Francisco María Fernández*; el Hospital de Maternidad *Enrique Núñez* y una multitud de servicios que se atienden en sus numerosos edificios. Una capacidad constante de 1 300 enfermos da idea de su magnitud. Además, en ese presupuesto de medio millón de pesos, quedan comprendidos absolutamente todos los gastos del Hospital...

Abre el memorándum al presidente y nos lee:

Esa cantidad incluye los gastos del personal técnico y administrativo, alimentos, medicinas, adquisición de instrumentos, adquisición, funcionamiento y conservación de aparatos de rayos X, laboratorios, salones de operaciones, material de curaciones, vacunas y transfusiones de sangre, equipos y ropas de enfermos, fluido eléctrico, gas, conservación y reparación de edificios, etcétera, etcétera.

El número tiene una fuerza dialéctica formidable. Contra el número no hay más argumento que el número, y Costales lo utiliza como arma, mostrándonos algunos datos correspondientes al año fiscal de 1933-34. Durante ese tiempo, en el Hospital se han realizado 6 435 operaciones de cirugía mayor; 8 963 radiografías; 32 491 análisis clínicos y ha atendido 42 341 consultas externas.

El presidente Mendieta –termina Costales– ha ofrecido defender personalmente en el Consejo de Secretarios nuestra petición. Nos recordó a los que lo visitamos que él era médico también. Veremos si se consigue hacer del hospital un Hospital. [...] Y de todos modos es muy conveniente que el público conozca los números, porque entre nosotros siempre se sospecha que hay dinero para los servicios pero que este desaparece misteriosamente...

Y hay muchas veces en que el pueblo tiene razón, aunque en este caso solo la tiene para quejarse de que no se dote como debiera el más importante hospital de servicio público...

LA HABANA, CIUDAD DE LOS KILOS¹⁵²

KILOPÓPULIS pudiera llamarse hoy La Habana. En las vidrieras ya no hay zapatos de quince pesos; ni en los teatros hay ópera; ni en el hipódromo corren los Cromwell ni los Drs. Clark. Ya los puestos de fritura no son solo de chinos; ni las corbatas las venden solo los polacos; ni las bodeguitas son solo de españoles. Ya los habaneros arrogantes y lustrosos de hace apenas unos años, se visten con harapos; ya la ciudad de San Cristóbal de La Habana ha perdido su fabuloso prestigio de riqueza. Pero al pasar al estado de miseria, en lugar de, como un noble arruinado, conservar ese aire de dignidad característico en otras ciudades venidas a menos, su vitalidad extraordinaria ha encontrado nueva manera de manifestarse, más típica aún, y la ciudad que especuló en un tiempo con millones hoy lo hace con centavos, con el mismo ardor de siempre... Y el mismo aire burlón de todos los tiempos; y hay un poco más de color y de ironía en la ciudad.

Los comerciantes en “kilos”. El guarapo reivindicado por la miseria. El “pru”, panacea estomacal. Un vendedor de vianda que usa bombín. Una marquesa que ha incluido el signo de centavo en su escudo.

Una vez, cuando yo era muchacho, me hicieron el cuento de un inmigrante que al desembarcar por los

¹⁵² 1º de julio de 1934, *magazine* dominical, p. 1.

muelles de La Habana, se encontró un peso y no se agachó a recogerlo porque pensó que muy pronto se encontraría onzas de oro y no valía la pena molestarse por un modesto peso plata...

Después de aquel cuento, me hicieron muchísimos más que, aunque no tan fantásticos, hablaban de apuestas de cientos de “centenes”, de riquezas insolentes, de rastacuerismos insignes...

Más tarde sucedió aquello que yo puedo perfectamente recordar, de los trenes para los cuales había que sacar boletín con anticipación de las noches de Caruso a no sé cuantos pesos la luneta; de las carreras de caballos con el hipódromo lleno; de los pelotaris con sueldos de cinco mil pesos; de los millones danzando en vértigo loco de la ruleta del Casino...

Esa fue La Habana, la risueña ciudad cuyos despreciativos habitantes pagaban un peso por pelarse y una peseta porque le dieran lustre a sus zapatos...

Esa fue La Habana, la ciudad pimpante, que pagó a Caruso, a Lázaro, a Martinelli, Tita Ruffo y a la Bori; la que oyó tronar sobre la pista los carros fulminantes de Ralph de Palma, Peter de Paolo, Chevrolet e Ira de Vail; la que tuvo el puerto más próspero que Hamburgo o El Havre; la que fue más rica que Nueva York y más derrochadora que París... ¡Esa fue La Habana!...

La insolencia de ayer y el hambre de hoy

Hoy, ¿qué sucedería si, por singular milagro, un habanero de hace quince años, cuyo rostro no hubiera variado lo más mínimo a pesar del tiempo, se retra-

tase ahora y contemplase su fotografía actual comparándola con otra de entonces?

Los mismos ojos, la misma boca, idéntico perfil... Acaso hasta la misma sonrisa burlona... Pero algo, algo como una sombra, más que imperceptible inexplicable, diferenciaría los dos retratos...

Aquel aire insolente ya no existe, aquel desprecio por lo que no fuera oro, seda y diamante se acabó. ¡Hoy, el hambre larga y lenta volvió más humilde las caras; hoy el nickel minúsculo de los “kilos” y el cobre sucio de los centavos americanos tienen la elocuencia conmovedora de la posibilidad de comer!...

El “kilo”, dólar de La Habana

En aquel tiempo de antes, los presupuestos nacionales y los empréstitos tenían arrogancias astronómicas: \$100 000 000,00; en los bancos, las máquinas de sumar sentían la asfixia del cansancio; hoy nuestros empréstitos vienen a ser como donaciones de millonario yanqui para fundaciones de caridad y el lápiz de sumar le dura un año a los tenedores de libros...

La ciudad que tuvo como unidad monetaria la onza y el centén ha descendido hasta el nivel primario del “kilo” y hoy nada de lo elemental vale más de unos pocos centavos, desde la comida hasta el refresco; desde el tabaco hasta la mujer...

Y en medio de la ciudad depauperada, acentuando la ruina del pueblo hambriento, emerge el gigantesco Capitolio, que de vez en cuando, cada vez que hay nuevo presidente, ilumina las distancias anunciando que “la patria” está de fiesta...

El peso del inmigrante...

Vamos a suponer dos imposibles: primero, que a La Habana llegue ahora un inmigrante; segundo, que al desembarcar se encuentre sobre el muelle la estrella plateada de un peso.

Naturalmente, que de cumplirse ambas hipótesis, sucedería sin remedio que esta vez el inmigrante sí se agacharía para recoger ávidamente la moneda, en un tiempo despreciable por inferior. ¿Y entonces?

¡Ah!... Entonces, si el inmigrante tiene sentido de la realidad y espíritu de empresa, pues con esa suma fabulosa —¡cien veces un centavo!...— pondrá los cimientos de alguna notable fortuna...

Por lo pronto, con un peso puede abrirse hoy un establecimiento!... Vamos a suponer, por ejemplo, que se trata de “un establecimiento” de refrescos. Dos latones de gas o aceite, bien soldados con sus espitas: medio peso (los latones se consiguen en las bodegas a real, las espitas se compran en un rastro y el hojalatero, por un nickel “acaba” el recipiente). Después, agua de Vento y una arroba de hielo.

Después, tres vasos y un cartucho de limones... Después, ¡sobra lo menos una peseta para comer ese día y para dormir!... Sin contar con las ganancias, porque situado el establecimiento en una buena esquina, pues se pueden vender un par de pesos de vasitos de limonada... A la semana de negocio, pues casi que se podrían sustituir los latones por botellones transparentes y en uno poner limón, y en otro piña y en otro melón... El público, teniendo donde escoger, acude en mayor número y ya son, a la noche, tres, cuatro y cinco pesos de venta... Y el día menos

pensado, cuando ya se han reunido unos cuantos pesos, se adquiere un reluciente trapiche, y en la misma esquina o en un zaguán de poco precio “el ingenio” comienza a triturar caña “piojota”, informándosele al público, desde luego, que se trata de la mejor caña “cristalina”... Ya la fortuna va sobre ruedas... ¡Del trapiche al central no hay más que un paso!... ¿Acaso ha habido más de un paso del Central Jaronú al trapichito de zaguán?... ¡Oh sueño estupendo del peso hipotético del inmigrante imaginario!...

Verdadero valor de un centavo

La miseria ha reivindicado al centavo como la físico-química ha reivindicado al átomo. El centavo, átomo sucio de la economía, por el “bombardeo” continuo del hambre ha llegado a relucir como el oro.

Antes los centavos eran los regalos para los muchachos; ¡hoy los centavos son el pago del trabajo de los hombres!... ¡Ya hasta a Presidio se va por culpa de los centavos! (El otro día apuñalaron a un hombre para quitarle dos centavos...).

Y, sin embargo, como podría atestiguar cualquier sesudo economista, no es que el centavo haya aumentado de valor y de prestigio. Es que todo se ha desprestigiado, desvalorizado.

Por ejemplo: ¿qué es lo que vale la comida de un hombre? En la fonda de chinos, por cinco centavos dan arroz y frijoles negros (con derecho a echarle aceite). Por dos centavos más hay pan. Y ponen un vaso grande con agua fría y al final se puede pedir un poco de té hirviente. A la salida, en un puesto, se puede vitaminizar el organismo comiéndose los tres kilos que sobran del real, en frutas, plátanos y piñas o mangos.

Más tarde, a la hora de mayor calor, se puede tomar un vaso de guarapo o de limonada. Y hasta se puede repetir un poco más tarde, por cualquier lugar de La Habana que se esté.

El problema de la casa necesita ya un poco de capacidad combativa, porque, realmente, resulta un poco caro eso de pagar diez, quince y hasta veinte centavos por una cama y lo más práctico resulta gestionar un alojamiento gratuito, o en los hornos del Antiguo Tejar Matos, o en la casa que fue de Wifredo Fernández o en la de Averhoff, o en las cavernas de la calle 23, o en el reparto Las Yaguas. En todos estos lugares se vive en una promiscuidad deliciosa, con el ambiente perpetuamente animado de chillidos y olores y, además, no hay que pagar absolutamente nada. Gracias a esto, las ganancias del día pueden guardarse íntegras, lo mismo que las pérdidas.

La casa y la comida han sido resueltas satisfactoriamente. De la clásica “trinidad”: “casa, comida y ropa limpia”, solo nos resta solucionar esta última. Pero en el fondo este no es problema, en primer lugar, porque casi nadie usa ya ropa limpia; y en segundo lugar, porque un poco de agua y otro de sol nunca faltan para lavar y secar la ropa. Además, para las capas sociales “pudientes”, existen los establecimientos de “polacos” en los que todo se consigue siempre “por la mitad de su precio”...

A correr la rumba con un peso...

Pero podemos hacer una prueba absoluta de todo lo que vale hoy un centavo con solo seguir con el pensamiento al inmigrante imaginario que se encontrara

el hipotético peso, y que resultara al efecto un tipo desprendido y derrochador...

Antes un hombre como él, necesitaría cien pesos para correr la rumba. Pero hoy con cien centavos es suficiente.

Por lo pronto, para cambiar el peso, le echa dos kilos al mar a los muchachos de la bahía; luego, incitado por la frescura del carrito de cristal se come un pedazo de piña... ¡El bolsillo le suena como el de un conductor de guagua!...

Al pasar por Consulado, los manteles relucientes de un “chop suey” lo deciden a comer algo. Una lengua con papas. Un poco de arroz blanco. Una copa de laguer. Pan. ¡Diecisiete centavos!... Y en la esquina, para probar un vaso frío de “guarapiña”...

Paseo por Prado al anochecer. La estatua del Apóstol. El Centro Asturiano y el Centro Gallego... Un periódico de a kilo... Música frente al Capitolio. Son y carioca de gratis... Un cine, diez centavos, con tiros de Tom Mix y besos de Joan Crawford...

En la penumbra, muchachas ambiguas, pintadas y flacas. En la pantalla, primero, audacias del *cowboy* y después besos espeluznantes de la estrella. Roces sutiles. Efervescencia de la aventura amorosa...

Luego, la calle, las vidrieras, las muchachas solas, con la cartera bajo el brazo, en busca de abordaje!...

¿Qué vale hoy una muchacha en La Habana?... Por Monte y Pila, ¡desde diez centavos hasta cuarenta!... Por San Rafael y Neptuno, ¡desde cuarenta hasta un peso!...

Todas, además, perfectamente bacilíferas. Y la culpa no es de nadie. Antes lo fue del dólar, cuando el dólar era poco, y hoy lo es del centavo, cuando el centavo

es mucho... Por lo demás, “perseguidoras”, bombas y arcos triunfales... Y hay que reconocer que son más elegantes y más costosos que los “farolitos chinos”... Más aparte aún, doce presidentes y cuatrocientos secretarios de despacho y el reflector del Capitolio...

¿Qué vale una mujer, frente al Capitolio?... Para un habanero conocedor, cincuenta centavos... ¡Hasta un peso para el extranjero ingenuo!...

Pues bien, nuestro hombre se presta al abordaje. La “rumba” debe ser completa, Cuarenta centavos!... Más luego, la cama reparadora, el laguer, el ácaro barrenador de la sarna... y el compañero de cuarto de posada que da el “madrugón” y se lleva los “kilos” sobrantes!... ¡Todavía sigue siendo La Habana, la ciudad alegre y confiada!...

Topografía del “kilo”

Pero procede hacer algo práctico, algo así como una especie de guía para el visitante millonario que pretenda gastarse un peso en un día. Porque, indiscutiblemente, se necesita tener a mano recursos geográficos para poder gastarse un peso a gusto.

Por lo pronto, si es la hora de la mañana, el mejor lugar será el mercado libre de Carlos III, que comienza en la misma esquina de Belascoáin, y que se va extendiendo hasta casi el Hospital *Freyre de Andrade*, por donde vienen a quedar los rastros en donde al que se le haya roto una pila en su casa puede comprarse otra por un nickel.

Sin embargo, el prestigio de este mercado libre, viene a ser solo matutino en gran parte, porque, con el mediodía, los vendedores de viandas casi desaparecen y solo quedan los puestos de refrescos y algunos de frutas.

En cambio, en la calle Monte, sobre todo en determinados puntos de concentración, es una verdadera Bolsa de los Centavos. Los “polacos”, que fueron los embajadores de lo barato, hoy sienten la angustia de ver ante sus puertas los puestos de criollos que también venden collares, pulsos, peines y sortijas por cualquier cosa. Como la calle de Monte, la de Egido, la de Zulueta, y algunas otras, se han convertido también en un desfile de establecimientos ambulantes, muchos de los cuales, para vergüenza de los Ten Cents de Woolworth no tienen mercancía de un precio mayor del centavo. A los tranvías y las guaguas los toman por asalto muchachos harapientos y simpáticos que venden cinco lápices, una libreta de bolsillo, dulces y panqués; sandwichitos...

Un inventor

Entre los explotadores del negocio del guarapo, el más original de La Habana lo es Fernando Fernández Riera, que de auxiliar del Jefe de Fabricación del Central *Adela* ha venido a parar en inventor del trapiche ambulante Guarapiña, que dispone de unas copas cónicas de a kilo y que ha instalado su triturador de caña a bordo de un Oakland, al que desmonta una rueda y la convierte en transmisora continua.

El negocio le va bien. El público es amigo de lo excepcional y le interesa ver una máquina coja que muele caña. Además, está limpio el establecimiento. Y, cuando el público se cansa de ver la máquina-trapiche en una esquina, pues le vuelve a montar la rueda. Hace poco estaba frente al Cementerio...

Pero Fernando Fernández Riera, es hombre de ideas. El día menos pensado reúne un puñado de pesos.

Dice que el que se dedica de veras al negocio del guarapo le puede sacar algún dinero. Ahora, para aumentar la importancia de su industria y hacerla más variada, va a construir una Casita Criolla y un ingenito, un central en miniatura, para simular todo el proceso de la elaboración del azúcar. Uno de estos establecimientos lo pondrá en el Parque Maceo, donde por las tardes acuden cientos de chiquillos.

Y así, el siglo menos pensado, este animoso inventor logrará que el ciclo histórico se complete: del trapiche rudimentario al central fabulosamente complicado; de este, de nuevo, el modesto trapiche de guarapo, para, paso a paso, por el esfuerzo intelectual y constante llegará a devolver esplendor a la industria azucarera.

Pru vs. guarapo

El guarapo ha conquistado La Habana. Pero Santiago de Cuba hace muchos años que es súbdita fiel del pru, sabrosísimo refresco hecho de la raíz de varias plantas, entre ellas el jaboncillo, y al que los orientales siempre han atribuido estupendas propiedades estomacales. En Santiago, mucha gente solo se desayuna con pru. Y el pru ha invadido La Habana ofreciéndole batalla al guarapo.

Por lo pronto Ricardo García, conocido por Paquito, ha puesto su estandarte oriental en el mercado libre de Carlos III, y a kilo el vaso se propone dejar a La Habana sin un solo estómago enfermo. Como muestra de la potencia del pru, destapa una botella y el tapón salta como el de su aristocrático colega el champán... Ya vende dos y trescientos vasitos...

Un estratega del guarapo

Eladio Pérez no es un inventor, pero sí un estratega. Su trapiche se titula Central Aire Libre, y confiesa que “un día con otro puede hacer seis u ocho pesos”... El secreto es muy sencillo: Está en primera fila. Todo el que pase por Belascoaín, Reina y Carlos III, tropieza con su industria, y como hace tanto calor...

Un comerciante pesimista

Valentín Ramos es un viejo español que usa una boina negra. Parece que no encontró puesto en el mercado libre y vino a poner su “establecimiento” en la esquina de Reina y Amistad, a la salida del Edificio *Aldama*... Aunque parezca raro, la esquina “no es buena, señor”. Él para probar, tiene nada menos que tres ventas y un chiquito que le ayuda. Vende dulces, café y tabaco. A su lado, Manuel Graña en un par de latones reparte vasos de limonada a centavos, pero no logra vender los dos latones. “Ayer solo hice cuarenta y pico de vasos...”. Y es que no entiendo el negocio. Ha colocado su puesto de refrescos a la sombra de los árboles. Así gasta menos hielo, pero vende menos vasos.

Un bombín por un “Nicasio”

Santiago Toca es un negro que usa un bombín reluciente. Parece que le resulta lo más apropiado para vender viandas al detalle. Le da, en efecto, un aspecto de seriedad muy cómica. Tiene instalada su tienda sobre dos cajones.

Parece casi un magistrado del Tribunal Supremo que, al convertirse en comerciante, hubiera conservado la solemnidad de la justicia. A la derecha tiene una balanza de rastro.

Sus informes son tan socarrones como su cara: “Esto es como el juego de bolas, que sube y baja...”.

Pero lo interesante es su bombín más negro que él mismo. Está en perfecto estado y solo le costó “un Nicasio”, que le dio a un muchacho por él.

Blanca Arellano, rival de los chinos

Blanca Arellano es una muchacha joven que ha decidido cocinar al aire libre. Por lo pronto, no tiene jefe. Y cocina frituras y bollitos con la misma maestría que cualquier chino misterioso... Sin embargo, parece que por ser verano a la gente no le gusta lo caliente y prefiere los refrescos. Ni siquiera los sabrosos tamales tienen mucha aceptación...

La marquesa ridícula

Pero en el puesto de Blanca Arellano un chofer de guagua, según parece “académico de número” del Mercado Libre, me hizo un relato estupendo. Me dijo:

Usted ve todo esto que hay aquí, que es de a kilo nada más... Bueno, pues aquí viene todos los días en Packard una marquesa no sé cuantos, con un chofer con polainas, que es más rica que todos nosotros... Ayer mismo devolvió creo que tres libras de papas porque estaban mal pesadas... Y vino desde el Vedado a devolver las tres libras con su Packard y con su chofer...

¡Ah!... Bueno, yo no sé como hay gente así!...

Y dio la casualidad que la señora Marquesa del Mercado Libre, pasó con su máquina y su chofer en aquel momento, salvándose del recuerdo de la posteridad, gracias a que *Kiko* había disparado ya su última plancha sobre los buñuelos de Blanca Arellano...

Bueno, más vale así, dijo esta...

LA RAZÓN NO TIENE RAZÓN EN CUESTIONES DE SENTIMIENTO¹⁵³

El doctor Juan B. Kourí da su opinión sobre los problemas universitarios

Desde que el doctor Ramón Zaydín, en la última y memorable sesión del Claustro de Profesores, “les tiró a estos la toalla”, tengo un artículo dándome vueltas en la cabeza. Pero no ha habido tiempo suficiente para hacerlo. De todas maneras, como en el próximo número extraordinario de *Ahora* tendré que hacer el desfile anual universitario, en ese trabajo podré colocar mi juicio, hasta con más juicio tal vez.

No puedo, sin embargo, dejar de decir ahora, que es mi primera oportunidad, hasta qué punto repercutió en el estudiantado, con perjuicio del crédito moral de los profesores, la absolución con aplausos que estos dieron al caso Bustamante, la festinación con que liquidaron el problema de los profesores expulsados de 1927 a 1928.

Es inútil hablar de esta impresión.

Esos aplausos de los profesores resonaron como chiflidos a las decisiones estudiantiles, esas absoluciones precipitadas de profesores considerados como culpables por los estudiantes no equivalieron a otra cosa que a una aprobación de la actitud de dichos profesores en los Consejos de Disciplina de 1927 a

¹⁵³ 5 de julio de 1934, pp. 1, 2.

1928. Por hábil que cualquiera sea en el manejo del sofisma nadie podrá desvirtuar ante los estudiantes esa verdad.

Para apoyar la teoría de la “corresponsabilidad” en 1927, el claustro se convirtió en corresponsable —¡y mucho más efectiva y claramente!...

Ahora, después que muchos pasaron por la revolución... y muchos se han hecho esta pregunta ingenua: ¿se puede ser revolucionario y no aprobar los actos revolucionarios? o, ¿se puede haber sido revolucionario contra Machado para luego exculpar a los que contribuyeron con todo su prestigio a sostenerlo y darle brillo?

Bien, pero esos profesores fueron expulsados por los estudiantes y eso es lo que vale, porque cada día que pasa la Universidad es cada día más el estudiantado, sencillamente el estudiantado. Por los menos hasta que los mismos profesores no se sientan de veras un poco estudiantes también. Pero es hora ya de que hable el doctor Juan B. Kourí, profesor de Anatomía y cirujano notable. Y es necesario que hable el doctor Juan B. Kourí, porque yo me conseguí una copia de la carta que él dirigió al claustro “La noche de los sucesos” y es preciso que los estudiantes la conozcan.

El doctor Juan B. Kourí, es un hombre original. Tiene la cara joven, sin arrugas y todo el pelo blanco. Tiene el más brillante expediente del Instituto de Santiago de Cuba y a pesar de eso padece del prurito de pensar cada cosa por cuenta propia. Es mal hablado. Piensa que lo mismo que se dice boca, y nadie se espanta, se puede citar cualquier otra parte del cuerpo... ¡Todo es anatomía! Además, aunque no es militante activo de ninguna organización revolucionaria,

simpatiza con la revolución; hablando con él, de sus proyectos e ideas, le da a uno la impresión de que simpatiza con la revolución por un movimiento surgido de su mundo científico: piensa que hay que revolucionar la medicina. Por esta convicción profunda es que acaso Juan B. Kourí simpatice con la revolución de los hombres, grupos de seres anatómicos, al fin y al cabo.

El apasionamiento llegó en este juicio al máximo —el apasionamiento como virtud revolucionaria—, la asamblea estudiantil fue inexorable, rígida, implacable... Por eso, como dice el doctor Kourí, resulta tonto apelar a la razón en este asunto, “porque la razón no tiene razón, cuando se trata de problemas de sentimiento y los estudiantes se sienten heridos, maltratados por aquellos profesores a los que consideran sus antiguos verdugos”... “Cualquier esfuerzo en ese sentido será estéril. A esos profesores los absolverá todo el mundo menos los estudiantes”.

El origen de las simpatías del doctor Juan Kourí entre los estudiantes se encuentra en el hecho de que este fue antimachadista antes aun que muchos estudiantes. Por eso es que su actitud tiene más fuerza, más resistencia moral.

El doctor Juan Kourí, a preguntas, contesta que la renuncia de todo el claustro de profesores, sin la depuración académica, se realiza con mano firme, le parece una buena medida para evitar un choque entre el estudiantado y el claustro. Una medida de habilidad, sin duda, y que conjura el problema que la indignación estudiantil hubiera creado sin duda, con motivo de los fallos absolutorios del claustro.

Un estudiante se encontró al doctor Kourí, que le razonó de esta aplastante manera: “Si todos los profesores absuelven a sus compañeros culpables,

porque se crean responsables también, entonces que se vayan todos, porque nosotros no queremos a nadie que se sienta machadista ni apoye a los machadistas"... Sin duda la efervescencia estudiantil habría llegado a una solución revolucionaria. Zaydín logró un compás de espera que será tan largo como efectiva y honrada sea la labor del Consejo Universitario. ¿La docencia libre?... El doctor Juan B. Kourí me asegura que el título es algo, pero no todo y me recuerda que muchos de los más grandes hombres del mundo no tuvieron nunca título.

La misma Universidad de La Habana tiene dos figuras culminantes en Felipe Poey y Varona, que no fueron doctores... Pero sobre la docencia libre el doctor Kourí quiere hablar mucho y yo le sugiero que escriba sobre el tema un artículo para *Ahora*, a lo que accede gustoso.

La suspensión de los Estatutos dentro de la situación creada parece una cosa natural por completo. Dice: "Si se trata de hacer una reforma que en vano trato de conseguir con ello, no hay ni que hablar de la necesidad de suspenderlos para que esa reforma pueda llevarse a cabo".

Pero el asunto primordial que me llevó a hablar con el doctor Kourí fue el de los profesores de 1927, sobre los cuales los estudiantes de manera tan radical se pronunciaron.

Efectivamente, la copia que yo tenía de la carta del doctor Kourí dirigida al Claustro con motivo de este juicio era exacta, y él me autorizó a publicarla por ser ya pública desde el momento que fue leída en el Claustro General, siendo escuchada también por un grupo de estudiantes. La carta tiene un valor: el de ofrecer una actitud distinta sobre el criterio de la

generalidad. Es por eso que vale la pena conocerla, aunque Kourí afirma que le “importa tres pitos” que se sepa cuál fue su opinión, y que menos le importa aún la opinión de los que andan diciendo que él busca el Rectorado poniéndose al lado de los estudiantes, porque cuando estos no sigan la conducta que él cree justa ya estará también en contra de ellos. La carta dice así:

Al Claustro General de Profesores, por conducto del señor Rector.

Señores:

Por estar enfermo me encuentro imposibilitado de asistir a la reunión del Claustro esta noche, pero considero un deber ineludible dada la gravedad de los momentos actuales, emitir mi opinión sobre el asunto más importante que va a conocerse.

El problema planteado a la Universidad entre los estudiantes y los profesores del Consejo de Disciplina necesita una solución de extrema urgencia; la renuncia de esos profesores o de lo contrario la inhibición del Claustro en este problema, la aceptación de las penas impuestas por la asamblea estudiantil.

Por mi parte, como los considero responsables cuando menos de haber administrado una pena máxima por una falta mínima y los que menos culpa tuvieron confundieron un fenómeno social con un acto de indisciplina, yo aconsejo al Claustro que el mejor papel que puede desempeñar para hoy y para el futuro es inhibirse; y si el Claustro no tuviera visión suficiente de la

realidad de hoy como no la tuvieron oportunamente aquellos profesores, deben renunciar a sus cargos y dar acceso a elementos capaces de solucionar los problemas planteados.

Junio 23, de 1934

(Fdo. J. B. Kourí).

La carta de Kourí indicó una solución, Zaydín logró otra en momentos críticos. La solución que dé el Consejo Universitario, ¿cuánto crédito merecerá? Ello depende de que no se deje influenciar por la fuerza de las presiones amistosas; porque ya son muchos —¡oh suspicacia!— los que están en guardia ante una posible solución amañada que propicien todos aquellos que llegaron a catedráticos con “flus” para ello y que defenderán a la desesperada su trinchera.

LA LIGA “FUERA LOS MACHADISTAS” DEPURARÁ LAS OFICINAS PÚBLICAS¹⁵⁴

Será fundada por Santiago Álvarez

Me encontré a Santiago Álvarez en la secretaría de Educación, en donde acababa de ser designado para formar parte de una Comisión Depuradora.

Como el reportaje de la secretaría no suele pecar de interesante y como hacía tiempo que no hablaba con Santiago, preferí descuidar un poco mi trabajo de *repórter* para conversar con “el hijo del gallego Álvarez”, como le dice tanta gente.

Indiscutiblemente hice bien. Si hoy no puedo informar con detalles sobre si se firmó o no algún decreto en la secretaría, en cambio puedo ofrecer algo de interés para machadistas y antimachadistas.

Un jefe de Sanidad infectado

“Tenía ganas de verte —me dijo Santiago— para enseñarte esto”. Y sacó de sus bolsillos un sobre oficial, debidamente timbrado, de la jefatura local de Sanidad, de Los Arabos, en cuyo interior una breve carta, firmada, rubricada y sellada con el gomígrafo oficial, ofrecía la renuncia del jefe de Sanidad de aquel pueblo.

La carta en sí es una humillación terrible. Un ametrallamiento es preferible cien veces, a tener que confesar algún día semejante cosa.

¹⁵⁴ 13 de julio de 1934, pp. 1, 9.

Se lo dije a Santiago y este me dijo “que hiciera un escrito metiéndole candela, porque no se merecía otra cosa”.

Yo creo que nada más tremendo que la publicación de su carta. La firmó tembloroso, sin duda, acobardado; sintiendo sobre sí el castigo implacable que debe caer sobre todos los que en un tiempo, mientras había quien luchaba, quien exponía la vida, se mostraban sumisos y arrastrados, delante de la “Bestia”; haciendo befa de los luchadores, asesinados, torturados y encarcelados...! Tiene razón Santiago Álvarez, y con ellos no puede haber ni piedad, ni perdón...!

Este jefe de Sanidad de Los Arabos, que tenía el descaro, como tantos otros, de ocupar un puesto público después de la caída de Machado, había sido un machadista eminente en el pueblo. Sin embargo, con murmullos de rincón, como única protesta, seguía en su puesto, acaso pensando en un posible ascenso, ya que tantos otros machadistas habían podido llegar tan lejos en los cargos públicos y aun en las “organizaciones revolucionarias”.

Cuando Santiago Álvarez se enteró de quién se trataba, fue a verlo y, sin más trámites, le hizo firmar la renuncia que ahora publicamos y que hoy mismo presentará al secretario de Sanidad.

Se trataba de un jefe de Sanidad infectado y había que fumigarlo. No quedaba más remedio.

Hay que encauzar el movimiento depurador

Este caso aislado, cuya depuración realizó Santiago Álvarez; los movimientos que en el mismo sentido han venido pronunciándose en distintas secretarías

y en el Ayuntamiento, en contra de los descarados machadistas que como garrapatas se empeñan en no soltar la vaca del presupuesto, demandan una acción conjunta, un plan determinado; exigen que una organización, en la que militen revolucionarios sin máculas, y que cuente por lo tanto, con el apoyo de la opinión pública, arrase con los restos, cada día más insolentes, de la tribu machadista.

Hablando de esto, Santiago Álvarez me afirmó que estaba pensando en formar una asociación, que no sería secreta, sino bien pública, integrada por todas las tendencias, con la única condicional de que tuvieran una buena hoja de servicios en contra del machadato; gente de prestigio y de acción a la par, que se dispusiera a “limpiar” la vida pública cubana de los eternos parásitos que la infectan.

Esta asociación hará una investigación privada de los empleados públicos y una vez comprobada su filiación machadista, si antes no han abandonado sus puestos, procederá contra ellos con toda energía, y utilizando castigos proporcionales a la calidad de la adhesión a Machado, prestada por los que hoy hasta se titulan revolucionarios.

Como esta organización será pública, y será un honor pertenecer a ella, se pueden anticipar ya los nombres de los individuos que la encabezarán y que me dictó Santiago Álvarez, aun antes de haber hablado con ellos: Ramiro Valdés Daussá, *Pepe* Lin Leyva, Joaquín Bernal, Guillermo Ara, Humberto Ortega, Rafael Benavides, Cándido Cuto, doctor Vilela, Carlos Hernández, Carlos Martí, etcétera, etcétera.

Puede ser, pues, que pronto empiecen a darse a conocer las “renuncias” de “distinguidos” elementos

afines al “Hombre-Himalaya”, grande como Dios, convertido hoy, por la ingratitud de sus paisanos, en miserable “Asno errante”, como diría Raúl Roa.

MIENTRAS SE HABLA DE HACER UNA “REORGANIZACIÓN” HAY 1 400 000 NIÑOS ANALFABETOS¹⁵⁵

Amparo Alonso de Cáceres, jefe de Estadísticas, nos muestra desalentadores datos sobre Instrucción Pública

En la mañana de ayer, cuando llegué a la secretaría de Educación para el reportaje diario del Departamento, me salió al encuentro la señora Amparo Alonso de Cuervo, maestra durante 27 años, y ahora jefa del Departamento de Estadística, mujer a la par que simpatizó y se expuso desde largo tiempo en la lucha contra Machado y cuya casa sirvió de refugio a muchos de los que combatieron al “Asno con Garras”.

La señora Amparo Alonso me hizo una crítica muy razonable. En la mañana de ayer, salió en *Ahora* una información mía sobre los trabajos “depurativos” que va a iniciar Santiago Álvarez, y yo decía poco más o menos, que las noticias de la secretaría carecían de interés, por lo general. Aquí vino la crítica justa de la señora Amparo Alonso, quien me mostró, enseguida, que dominaba a la perfección lo que ya en anterior oportunidad he designado como “la elocuencia del número”. Y como prueba de que el número sí es noticia voy a señalar unos cuantos datos de tremenda impresión.

La infancia analfabeta

En Cuba, según el Censo, hay 1 930 046 niños. De estos, solo saben leer 523 140 mientras que

¹⁵⁵ 14 de julio de 1934, pp. 1, 2.

1 406 904 permanecen analfabetos para la enseñanza oficial.

De esos casi 2 000 000 de niños, solo 278 150 tienen acceso a las escuelas públicas, y de ellos pueden leer 160 047 y 118 103 no conocen la lectura.

Si estos datos no resultan “noticia”, me dijo la señora Amparo Alonso, “más noticia que una puñalada o una bomba, entonces no sé nada de nada”. Y tiene razón. Si no es noticia el denunciar que más de un millón y medio de niños no están matriculados en las escuelas, es porque de veras el petardo y la navaja han solicitado su ingreso en la heráldica nacional.

Un vampiro en el presupuesto

El presupuesto de la secretaría de Educación tiene un insaciable vampiro. Este vampiro no es otro que la consignación para el pago de alquileres de las escuelas. De nuevo el número tiene que hablar por sí solo.

La secretaría tiene alquiladas 1 745 casas para escuelas! La provincia de La Habana, sola, cuenta con 436. El importe mensual de estos alquileres se eleva a \$23 955,65 y el montante anual llega hasta \$287 467 con ochenta centavos. ¡Nada más!... Solo la ciudad de La Habana paga \$7 073,04 mensuales por el alquiler de las 85 casas que ocupa!

“Y lo peor es –nos dice la señora Amparo Alonso– que casi todas esas casas pertenecen a ‘pejes gordos’, a ‘figurones’ del tiempo de Machado, que se han buscado un subarrendador cualquiera, un testaferro de alquiler, y de ese modo continúan percibiendo retribución del Estado... Además, casi todas esas casas –quítele el casi– están en pésimas condiciones sanitarias”.

¿Dónde está la reorganización?

Después de mostrarme todos los anteriores datos, la señora Amparo Alonso me preguntó entre irónica y molesta: “Dígame... ¿usted cree que se debe hablar de ‘reorganización’ de la secretaría, ni se debe armar tanto ‘aparato’ alrededor de ella –que en realidad no es otra cosa que un arrebató de puestos–, cuando la población escolar sufre –y desde hace tanto tiempo– tal abandono escolar?”.

Luego, todo lo que me dice la señora Amparo Alonso, no es más que un desfile dramático de verdades, en el que se nota el dolor de una maestra, sinceramente enamorada de su magisterio, herida por los males terribles que azotan a su vocación. Vale la pena oírla. Lo que dice es tan elocuente como el mismo dato numérico que me ha suministrado.

Mire, en este curso, las escuelas no han recibido material. No se ha podido cerrar la estadística desde el mes de noviembre porque las juntas provinciales no han podido enviar sus datos. Hace 38 meses que no se les paga a los retirados y se le deben siete meses a los maestros en activo.

Yo no quiero atacar a nadie. Mi puesto siempre ha estado en el aire, porque nunca he tenido miedo a conocer la verdad. Solo veo con pena que se hable tanto de “reorganización”, que se “discursee” tanto, que se digan tantas falsedades y que se haga tan poco. Le digo todo esto como maestra que soy.

El hambriento pierde la vergüenza

La señora Amparo continúa su ataque demoledor a la realidad cuando me habla del hambre –hambre sin literatura– de los maestros.

El hambriento pierde la vergüenza!... El maestro se siente postergado, desmoralizado, humillado!... Es hoy nada más que un ente social. El hambriento pierde la vergüenza y el ideal, y si este mal no se ataca, si no se levanta el nivel moral y económico del magisterio, nada bueno podrá hacerse aquí para el futuro, ¡que es el presente del maestro!

Es necesario que aquí se resuelvan una serie de problemas; que los fondos se empleen honradamente y acertadamente en la escuela; que lo que llaman “reorganización” llegue hasta los maestros y no se limite a los mecanógrafos; que se aclaren a conciencia las cuentas turbias –¡que las hay!– y que se condene a los ladrones! Y que el niño sea de veras una preocupación, la principal, de los altos jefes de la secretaría!

Esto fue lo que me dijo una maestra de 27 años, que está en el secreto de los bajos fondos de la secretaría de Educación; que quisieron postergar los abecedarios, y que se atreve a dar a la prensa todos estos datos, porque prefiere el buen crédito público a los rincones para llegar al secretario.

Y dos cosas me han quedado bien impresas: “El hambriento pierde la vergüenza y el ideal” y “en Cuba hay 1 400 000 niños que no saben leer, que no tienen escuelas!...”.

RAMIRO VALDÉS DAUSSÁ DICE QUE NO LE PROPONGAN MÁS AMETRALLADORAS¹⁵⁶

Me encontré a Ramiro mientras hablaba con El Gallego Iglesias sobre las obras del *Stadium* Universitario, que, entre paréntesis, va a quedar estupidamente bien, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad asignada para las obras.

Hablaba con Iglesias, comentando ambos la nota que yo había publicado en *Polémica*¹⁵⁷ sobre el triste papel de los atletas en la revolución, cuando llegó Ramiro y con él me fui hasta el local de Letras y Ciencias, acabado de estrenar, como quien dice, y del que los muchachos están muy contentos. Materialmente “le han roto la cara” a las demás facultades.

Como pocos acaso, siente Ramiro la satisfacción y el orgullo de los adelantos universitarios. Ahora tiene el empeño de conseguir la Ciudad Universitaria y está realizando los estudios preliminares para calcular el costo de todas las obras y la apropiación de las faldas de El Príncipe.

No sé cómo fue que hablamos de los acontecimientos políticos recientes. Entonces supe que la máquina Nash de Ramiro, o Ramiro mismo, les está preocupando más de la cuenta a los sabuesos habaneros.

Parece que alguien utilizando una Nash está haciendo estremecer el universo entero, y la policía,

¹⁵⁶ 14 de julio de 1934, p. 4.

¹⁵⁷ Se refiere a “Deporte y Revolución”, publicada en la revista *Polémica*, año I, no. 2, 15 de mayo de 1934, p. 10.

con una sagacidad extraordinaria, ha pensado que solo la Nash de Ramiro Valdés Daussá puede ser.

Y alrededor de este hecho, una serie de medidas llenas de originalidad han sido tomadas.

Por lo pronto, lo detuvieron unas horas y en la máquina “le insinuaron” que él “era el maestro” de la X, organización terrorista; y hasta le indicaron, que “algún día se vería con el agua al cuello” y entonces le convendría estar bien relacionado con la policía. Ramiro, a esta “delicada” observación, hecha por un teniente a quien no conoce, contestó que “¡ese día le quedaba un recurso y era ahogarse!”...

Después, varias veces, le han propuesto la venta baratísima de ametralladoras de mano. Pero ni me interesan ya las ametralladoras de mano, ni tengo dinero con qué comprarlas, comenta.

“También en los últimos atentados han querido mezclarme —me dice—. Y yo considero que el atentado a Caffery carece por completo de significación política por cuanto no resuelve absolutamente nada de la situación política ni económica de Cuba. Es tan trascendente, por lo menos, como la derogación pomposa de la Enmienda Platt, mientras el *Richmond*, campeón de tiro de la Flota del Atlántico, permanece en la bahía de La Habana, y Caimanera sigue siendo Caimanera; y el azúcar cubano, sigue siendo americano...”.

Pero Ramiro quiere hacer una súplica: la de que no lo molesten más o que lo molesten definitivamente, a ver si vale la pena o no de seguir estudiando y laborando por la Universidad.

“LA FILANTROPÍA DEBE ORGANIZARSE BAJO EL APOYO SOCIAL”¹⁵⁸

La Escuela de Asistencia Social, propuesta por el doctor Roberto Agramonte, tenderá a tal fin

El biógrafo de García Moreno

El doctor Roberto Agramonte, profesor de Psicología, Sociología y Filosofía Moral de la Universidad de La Habana, es un hombre de trabajo. La cátedra no lo ha anquilosado y se mantiene “al día”, no solo en los estudios de las asignaturas de su especialidad, sino que investiga, escribe, trabaja, impulsando nuevas actividades. Es el prototipo de lo que no es un profesor actual de la Universidad. Por lo tanto, como Grant, es el prototipo de lo que debe ser el profesor universitario.

Ayer mismo el doctor Roberto Agramonte ha enviado a la imprenta un estudio biográfico, pleno de datos nuevos, de García Moreno, el dictador famoso del Ecuador, yunque sombrío el que golpeó infatigablemente Juan Montalvo.

El estudio del doctor Agramonte sobre García Moreno constituirá una novedad en nuestro mundo literario y científico, pues enfoca con criterio de psicólogo y sociólogo, la tenebrosa y genial personalidad de aquel hombre excepcional, y desentraña, por la vía del análisis, la razón científica de muchos

¹⁵⁸ 18 de julio de 1934, pp. 1, 6.

actos incomprensibles para el historiador hasta ahora. Aparte de esto, la cantidad de datos y documentos inéditos, copiados por el doctor Agramonte para realizar su trabajo darán a su libro sobre García Moreno un relieve tal que en lo sucesivo, quienes quieran escribir acerca de la vida del “yunque de Montalvo” se verán precisados a acudir a las nuevas fuentes de información ofrecidas por Agramonte.

Ahora, gracias a una delicadeza del doctor Roberto Agramonte, ofrecerá a sus lectores el domingo día 5 del próximo mes de agosto, en un *magazine*, el capítulo de la muerte de García Moreno.

¿Qué cosa es la asistencia social?

Pero no fue para hablar de García Moreno que yo visité al doctor Agramonte. Lo había oído hablar en el rectorado sobre su proposición de crear la escuela de Asistencia Social y consideré apropiado informar sobre los fundamentos de esta y sus propósitos.

El gabinete de estudio del doctor Agramonte, para el que haya siquiera hojeado sus libros, ofrece enseguida una interrogación. ¿Cómo es posible que Agramonte, tan rico en citas bibliográficas, posea tan pocos libros?... Cualquiera se imagina, al leer cualquiera de sus obras, que la biblioteca del profesor universitario debe constar de varios miles de volúmenes. Pero no pasa de unos cuantos centenares. Entre ellos la colección shakesperiana, sobre la mesa de trabajo, entre dos mujeres de bronce.

Al interrogarlo sobre sus propósitos, el doctor Agramonte hace una clara diferenciación entre “asistencia social” y “filantropía”.

La asistencia social se fundamenta en la justicia, que ha de ser extendida a todos los individuos que por determinadas circunstancias necesitan de la protección del Estado. No hemos de confundirla con la filantropía, que se basa en la asistencia ejercida voluntariamente. La filantropía es una dádiva misericordiosa; la asistencia social es un DERECHO. La filantropía se ejerce casi siempre por *amateurs* en la materia; la asistencia social ha de ofrecerse por personas que posean una preparación profesional para llevarla a cabo.

Enseguida analiza el problema de Cuba, y dice:

Debe notarse que en Cuba la dirección de las instituciones de asistencia social (reformatorios, creches, asilos, etc.) se ha conferido ora a “médicos”, muchos de los cuales han carecido o carecen de una “mentalidad social”, ya que el médico suele ser, salvo excepciones, “corporalista nato”.

Parece indiscutible para todos, que ha de ser la Universidad quien resuelva, a lo menos en el campo teórico, el problema, y Agramonte estructura así la organización:

Primero: señalar las disciplinas de Asistencia Social que se especifiquen en tales estudios.

Segundo: establecer el debido nexo entre dicha escuela y todas las instituciones de asistencia social existentes en la República.

Tercero: conceder el título a aquellos individuos que hubiesen cursado todas las asignaturas establecidas en el currículum y hubiesen hecho las prácticas e investigaciones exigidas.

Después el doctor Agramonte hace una descripción general del cuadro actual de nuestra situación económica y de la necesidad, cada día más apremiante, de atender al niño desvalido, al indigente, al delincuente, al anciano, a los inmigrantes, etc., etc., de todo lo cual se ocuparían los graduados de la Escuela de Asistencia Social, la que tendría una escuela anexa, que sería el centro de enseñanza de servicio social colectivo modelo, donde los niños, adolescentes y adultos encontrarían un centro educacional y de recreo y el estudiante experiencias provechosas en su carrera.

La organización de la escuela

El doctor Agramonte piensa que una buena conducta moral será necesario exigir a los aspirantes al ingreso en la Escuela, y estima que los graduados de bachiller, o los de la Normal, Kindergarten, Escuela del Hogar e instituciones análogas, deben tener acceso libre a la misma.

En cuanto al plan general de la carrera, esta se compondrá de tres años con dos cursillos de cuatro meses y medio cada uno y en total se cursarán treinta y dos asignaturas, que serán: Sociología Pura, Sociología Aplicada, Sociología Cubana, Cívica de la Comunidad, Biología Educacional y Social, Psicología General, Psicología Social, Psicología Infantil y del Adolescente, Psiquiatría, Higiene Mental y Salud Pública, Higiene Pública, Higiene Escolar, Higiene General y Personal, Higiene Infantil, Nutrición y Salud, Orientación Vocacional, Criminología, Historia de la Cuestión Social, Legislación Social, Economía Política, Doméstica y Social, Administración

de Instituciones, Métodos Estadísticos, Geneonomía (Ciencia de la familia), Desarrollo del Niño, Educación Parenteral, Asistencia Social de los niños que se desvían del estatus normal, Prácticas de Asistencia Social, Casos Sociales Individuales, Asistencia Social Domiciliaria, Filosofía de la Educación, Castellano e Inglés.

Conexiones prácticas

La Escuela establecerá contactos prácticos con hospitales, centros de maternidad, de higiene infantil, asilos y creches, las industrias, reformatorios, prisiones; realizará inspecciones del trabajo femenino y del niño; se ocupará de la protección de los menores, la educación de los padres, educación sanitaria de los centros rurales, etcétera.

Perspectivas de los graduados

Los graduados de la Escuela de Asistencia Social tendrán amplias posibilidades para desenvolver sus actividades y, a la par, ganarse honrosamente la vida, pues se luchará por obtener el reconocimiento oficial del título y el que se exija del mismo a los individuos que se encuentren al frente de esas instituciones.

Apoyo y propaganda

“Apoyo y propaganda necesita todo esto —dice el doctor Agramonte—. Aunque hace años vengo pensando en la creación de esta escuela e inclusive he dado

ya cursos sobre distintas materias relativas a las mismas, este esquema de programa lo he redactado teniendo a la vista el memorándum presentado por América Ana Sánchez Bonachea, quien ha cursado hasta 43 asignaturas de Asistencia Social en los Estados Unidos”, y cuya cooperación estima indispensable el doctor Agramonte.

En busca del apoyo y propaganda que su proyecto necesita, el doctor Agramonte citará en breve a una reunión de un heterogéneo grupo de escritores, profesores, médicos, abogados, etc., a fin de lograr un plan general de acción y una colaboración decidida.

La escuela se realizará en plazo más o menos lejano y, de todos modos, el doctor Agramonte creará el instituto que se ocupe, como vía de ensayo, de probar la necesidad absoluta de la creación de la escuela.

¿ES O NO DE LA UNIVERSIDAD LA CASA DE ORESTES FERRARA?¹⁵⁹

*Se están llevando las obras de arte y libros valiosos,
según el rumor popular*

Dolce Dimora

Desde los jardines de la Universidad, al lado del muro que limita el solar universitario, y que parece un dique, hay una bellísima residencia... “Renacimiento italiano”, me dijo, con toda sabiduría un ingreso de Arquitectura una vez...

Es bella la casa. Por fuera sugiere la idea de que su interior está decorado y amueblado con gusto, con elegancia, con magnificencia sin rastacuerismo. Además, ofrece una sensación de reposo, ahora que está deshabitada, tan grata, que muchas veces, sin saber, cuando uno está caminando por la Universidad, se llega hasta el muro para contemplarla....

Esta casa era de Orestes Ferrara y ahora es de la Revolución, que, en primera instancia, como probaré enseguida, la cedió a la Universidad, a quien correspondía mejor que a nadie, después que al pueblo de Cuba. Por una singular coincidencia, se cuenta que el propio Ferrara al construirla pensó siempre en legarla a la Universidad al morir. No sé si esto es rigurosamente cierto; pero los estudiantes la reclamaron al caer el machadato y la obtuvieron. Comentando esta

¹⁵⁹ 20 de julio de 1934, pp. 1, 2.

circunstancia, un compañero en el reportaje [sic]. La secretaria de Educación decía ayer con feliz frase que, “sin duda los estudiantes la reclamaban porque para ellos ya Ferrara estaba muerto y por lo tanto procedía apropiarse del legado...”.

El “señor” de *Dolce Dimora*

El señor de *Dolce Dimora* fue Ferrara. Su vida fue interesante, sin duda. Pero es demasiado conocida en Cuba para repetirla. Por eso del “Señor” de quien hay que hablar hoy es del que actualmente ocupa el palacio.

Naturalmente, no me he puesto a comprobar quiénes entran y salen en la casa; pero el rumor popular, la voz de los vecinos, es que en ella está viviendo un sobrino de Ferrara, el señor Maticena —creo que así se llama—, el que tiene menos fama que su tío, aunque tiene muy mala fama...

Sin duda la calumnia ha caído sobre el señor Maticena, pero a cada rato dicen en la Universidad, que el señor Maticena está cómodamente instalado en la regia mansión de su tío, de donde, de vez en cuando, saca “algo”, una estatuilla, un libro, un cuadro... De esa manera, cuando termine la obra de “la revolución”, los nietos del señor Maticena habrán vendido hasta el último azulejo de la casa...

Pero la calumnia es cosa que siempre es fácil de destruir. Y en este caso, existe un inventario realizado en la tarde del 5 de diciembre de 1933 por los capitanes auditores doctores Del Busto y Paniagua, en presencia del representante del rector Sr. Manuel Lozano Pino, líder estudiantil. Por lo tanto, nada más fácil que chequear el dicho inventario y una vez comprobado que ha desaparecido algo, pues a preguntarle al

calumniado señor Maticena a quien, además, se le puede preguntar con qué derecho vive y aún entra en aquel edificio, propiedad de la revolución. También, como es natural, procederá interrogar a los soldados que hacen la custodia de la casa y quienes, de ser cierto lo anterior, tendrán que dar cuenta de por qué han permitido la entrada al señor Maticena... Y, sobre todo, por qué le han permitido la salida!...

Un chisme “del barrio”

¡La gente es tremenda!... Nada menos que se han enterado de que la propia señora del doctor Orestes Ferrara, ha escrito a la casa de señor Charles Aguirre, a su hermana, para advertirle que su jardinero no debe entrar en “su casa”, porque el día menos pensado “le iban a echar la culpa de los robos que pudieran notarse en *Dolce Dimora* y de los que solo es culpable el señor Maticena”...

Desde luego que todo esto no es más que un chisme —me atrevería a apostar—, pero revela cómo la imaginación popular está alerta de todas las posibilidades...

Parece indicado que no se dejen aumentar todas esas versiones y que, previo nuevo inventario, lo que procede es hacer entrega formal a la Universidad de la residencia para que pueda tener un edificio apropiado a su biblioteca y algún buen salón para actos y conferencias, que no sea el tan socorrido del Aula Magna.

De esta manera se acabarán los “chismes”, dormirá tranquilo, sin el temor de caer en manos de la justicia, el señor Maticena, el calumniado sobrino, y hasta se cumplirán los deseos de Ferrara, de que “después de muerto la residencia pasará a ser propiedad de la Universidad”.

“CREAR HOMBRES, NO AUTÓMATAS,
ES LA FUNCIÓN PRIMORDIAL
DE LA DOCENCIA”. DR. JUAN B. KOURI¹⁶⁰

Le pedí al doctor Kourí, con motivo de una reciente *interview* que le hice, su opinión acerca de la docencia libre y ayer recibí la carta que sigue a estas líneas y en la cual expone sus puntos de vista sobre el tema en cuestión.

A mi juicio, la carta del doctor Kourí es una pieza maestra. Con criterio revolucionario, expresado con audacia también revolucionaria, en la que la nota entre humorística y sarcástica destaca, el profesor universitario analiza a fondo, a profundo fondo, la raíz de los males pedagógicos, parte ínfima en los males generales de la actual y ya vieja estructuración social.

Este enfoque del problema revela con toda claridad un pensar largo y detenido, una dedicación mental al problema, que no tiene nada de improvisada.

En realidad, la carta del doctor Kourí no es otra cosa que un programa, utópico acaso para el minuto actual, redactado en la forma original de una original personalidad. Los que sientan de veras los problemas de la enseñanza, encontrarán en ella punto de meditación, partida para magníficas orientaciones.

P. T. B.

¹⁶⁰ 22 de julio de 1934, pp. 1, 2.

La Habana, julio, 1934

Sr. Pablo de la Torriente

Ciudad

Mi querido amigo Pablo:

Tú quieres mi opinión sobre la docencia libre y voy a expresarla porque sé a lo que llamas opinión, que no es precisamente que te diga los procedimientos por medio de los cuales se ha establecido en casi todas las universidades la docencia libre, ya que para esto te bastaría con documentarte tan bien o mejor que yo, no teniendo más que hacer que un simple esfuerzo leyendo algunos libros, lo cual constituye a tu juicio, y al mío también, muy poco mérito.

Mas como esta ocurrencia tuya se debió a que el ambiente universitario está saturado de lo que se ha dado en llamar depuración académica, dilucidemos primero lo que esto significa, con la firme convicción de que solo se puede hacer una verdadera depuración académica con el establecimiento previo de la docencia libre, aunque no fuera más que como un ensayo.

Depurar significa limpiar o purificar, es decir, limpiar a la Universidad de lo malo que ella contiene o purificarle quitándole lo malo o añadiéndole lo bueno o ambas cosas a la vez. Y ahora te pregunto: ¿qué quiere decir bueno?, ¿qué significa malo?

Bueno y malo a ¿juicio de quién?

¿Qué criterio podemos seguir para aplicar con exactitud a fin de obtener mayor provecho y

utilidad para la enseñanza, el concepto de bueno y de malo?

¿Quiénes los que se sientan capacitados para aplicar ese criterio sin temor a equivocarnos?

¿Por qué procedimientos han de elegirse los hombres para los cargos? ¿Quiénes los jueces, en esta época de crisis de los valores conocidos? En esta época de bluff y de decadencia, por un lado, y de sorpresas y renacimiento, por otro; época de transición y por consiguiente de confusión de valores.

Siendo la enseñanza una relación entre la capacidad docente del educador y la capacidad receptora del educando, solo un ensayo de la docencia libre en un tiempo determinado puede orientarnos hacia una verdadera depuración académica, contando, desde luego, con nuestros propios medios y sin pensar, por ahora, en auxilios extraños.

Solo la docencia libre, que brinde igualdad de circunstancias a todos los que se sienten capaces de enseñar, estableciendo así una legítima competencia, una verdadera justa científica entre todos los docentes, libres u oficiales, puede darnos idea de la capacidad docente y de la capacidad científica de los hombres que han de regir en lo sucesivo la alta misión de la Enseñanza Superior en Cuba, sirviendo a la vez de norma y de directriz a todas las demás instituciones docentes de la República.

Porque entiendo que depuración académica no significa quitar un hombre para poner otro, ni

puede significar un despojo inicuo, ni tampoco la destrucción de intereses a capricho, ni la creación arbitraria de nuevos intereses; sino utilizar todas las fuerzas intelectuales de la nación, encauzarlas y dirigirlas hacia un fin que solo debe ser: el alto interés de la enseñanza.

Conocer profundamente a los que pueden y saben investigar; unirlos, estimularlos y ponerlos en condiciones apropiadas para producir y crear.

Crear: crear ciencia y crear escuela.

Dirigir y orientar: dirigir sin espíritu de explotar, orientar sin coaccionar.

Estimular la propia personalidad en vez de destruirla o de absorberla, personalidad propia, no reflejo ni imitada.

Formar hombres, no autómatas.

Difundir en las masas conocimientos apropiados para excitarlas a la propia observación y a la propia meditación, nunca a la creencia o a la fe.

Conocer las necesidades de la nación para organizar una enseñanza adecuada a fin de expedir títulos de cultura para unos, que no lo autoricen para jugar con la vida y la hacienda de los hombres; y títulos de capacidad para otros, que garanticen adecuadamente la salud, la vida y el bienestar de sus semejantes.

Organizar una verdadera enseñanza a fin de que surjan, en nuestra Universidad, los verdaderos mejores, capaces de llevar a una altura

inconmensurable el progreso de la ciencia para bien de la humanidad, pero nunca los mejores de acuerdo con los intereses de grupo; en una palabra: el cultivo de los valores.

Disminuir la candidez de los creyentes y aumentar la convicción en los prosélitos de la ciencia, estimulando y perfeccionando el uso de los sentidos y el de la razón, supliendo su deficiencia por la intuición.

Procurar que los que estudien se dediquen a observar y a pensar, no a leer y creer, y menos aún a leer y aplicar. En una palabra, organizar la enseñanza con el fin de educar.

Y educar, no es imitar, ni es creer, ni admirar, ni respetar ni temer, ni adular. Educar es estimular armónicamente todas las funciones orgánicas y espirituales del individuo con el fin de hacerlo útil y provechoso al universo, a la humanidad entera, a la sociedad que lo rodea, a su propia familia y a su propia personalidad.

Educar no es obedecer, ni ordenar, ni disciplinar, sino formar hombres conscientes con propia personalidad.

Ordenar y disciplinar significa mandar.

Mandar equivale a ser amo y obedecer, a esclavo; y Educación no puede significar relación entre amo y esclavo.

Educación quiere decir estímulo en el educando del espíritu de observación, de la reflexión, de la experimentación, de la investigación, del análisis y de la síntesis usando para ello todos sus

sentimientos, la razón, la intuición, y a veces sus secreciones intersticiales y su musculatura.

Educarse no equivale pues a obedecer ciegamente ni a creer al padre ni al maestro, sino a analizar y sintetizar, a creer o a no creer; a obedecer o a no obedecer; a investigar hasta llegar a la convicción o a la duda, convictos o escépticos. Jamás creyentes ni incrédulos. Tan pobres de espíritu y tan perjudiciales unos como otros.

Educar no es imponer criterios a seguir sino insinuarlos para que sean aceptados y seguidos por medio de la persuasión y de la convicción; es sugerir ideas para que se formen criterios, suministrarles medios para que formulen juicios. Tampoco es establecer un orden o una disciplina, previos, que sirvan de cauce para obligar a seguir una conducta determinada, al contrario: el orden y la disciplina han de ser precisamente consecuentes de la educación. Por consiguiente, siendo la educación una relación, de la calidad de esa relación nacerán como consecuencia natural: el orden, la disciplina, el respeto, la admiración, el afecto, el amor y la armonía; lo contrario significaría que uno de los términos de la relación no es apropiado o que ninguno lo es.

Educar tampoco significa el cambio de una palabra por otra ni de un hombre por otro, ni anular exámenes, ni dar validez a otros, ni aumentar ni disminuir el presupuesto, ni conceder matrículas gratis, ni aumentar o disminuir el número de profesores o de alumnos.

Para educar es preciso conocer o estudiar profundamente las necesidades de la nación con especial atención a sus necesidades intelectuales y afectivas, con objeto de resolverlas de acuerdo con las circunstancias actuales, sociales, psicológicas y biológicas, a fin de conseguir el bienestar de la sociedad, encauzando así la juventud de nuestros tiempos, que ha roto los diques de la antigua concepción educacional, no creyendo ya en los cuentos de *La Divina Comedia*, de *Las Mil y una Noches*, el de *La hija de Juan Palomo*, necesitando por consiguiente una comprensión de su nueva actividad y una concepción de su nueva ideología.

Entendido que depurar es llevar a la Universidad a mayor grado de superación para colocar la educación en su verdadero cauce, de acuerdo con las nuevas orientaciones del espíritu humano y siendo en nuestro medio condición previa la docencia libre, por las circunstancias especiales de nuestra Universidad, paso a decirlo, mi querido Pablo, lo que entiendo por tal.

Ya hace mucho tiempo que en Cuba está establecida la docencia libre, pero sucede que no se ha querido o no se ha sabido aplicarla, ¿qué significa si no, enseñanza libre? Enseñanza libre, lo mismo que docencia libre, significa libertad para enseñar, como diría Perogrullo, ese buen señor que, al igual que Sancho Panza, ha sido tan mal comprendido y tan despectivamente tratado por los serviles aplicadores del platonismo, por el tremendo delito de no creer en Proserpina, en Polifemo, o en Mefistófeles.

[...]

Reglamentar la docencia es imponer una docencia de acuerdo con el criterio de grupo, eso es limitar el espíritu, y nadie está capacitado a dar límites al espíritu más que para conseguir determinados fines. Con ello jamás se han obtenido los mejores resultados. Y eso ha sido precisamente el defecto principal de las universidades. Reglamentar la docencia es llevar a ella hombres determinados acordes con esa reglamentación, acordes con el criterio del grupo reglamentador. No sería dar acceso al valor, sino reconocer de antemano a hombres previamente valorados. Verdaderos sabios existen a quienes nadie conoce. La osadía, la audacia y el exhibicionismo, condiciones esenciales para el triunfo en la vida, son generalmente condiciones repulsivas a algunos sabios, que, sin embargo, lo son verdaderos.

Todas las razones para limitar la docencia son temores; todos los temores son infantiles; todas las trabas son miopías.

Solo pueden limitar la docencia las relaciones naturales entre el maestro y sus oyentes.

Así algún día podrán surgir los mejores por un verdadero proceso de selección, por un proceso semejante al de la selección natural.

Complacido, amigo Pablo, y queda tuyo afectísimamente,

J. B. Kourí

LA JUSTICIA DE PRESIDIO¹⁶¹

Un capítulo del libro Presidio Modelo

El trabajo que hoy ofrecemos en esta página es un capítulo del libro de Pablo de la Torriente Brau titulado *Presidio Modelo*, que en breve se publicará. En él recoge nuestro compañero, con su acostumbrada perspicacia, y relata con su fuerte prosa lo que percibió y averiguó de primera mano en el citado establecimiento penal durante su larga permanencia en el mismo en calidad de preso político en tiempos del machadato.

Los griegos, genialmente sutiles, creo que fueron los que idearon la imagen de la Justicia: la venda sobre los ojos, la balanza al fiel y la espada poderosa en la diestra. Algún estúpido de renombre lanzó la conocida interpretación que tanto se utiliza al final de los discursos: la venda es para que, al no ver a los litigantes, ningún reflejo externo la haga inclinarse a uno u otro; la balanza al fiel sirve para que las razones en contienda no encuentren ningún contrapeso amañado, y en cuanto a la espada, es solo el símbolo del sagrado poderío de la ley, igual para todos...

Pero yo estoy absolutamente seguro de que Aristófanes —que debe haber sido el griego que la ideó, si es que fueron los griegos quienes crearon tal imagen de la Justicia—, al adornar con esos atributos a la

¹⁶¹ 29 de julio de 1934, *magazine* dominical, pp. 1, 4.

suprema diosa de la ley, no pensó en tan hipócrita interpretación. ¡Él le puso la balanza, porque la balanza es el símbolo del mercader aprovechado; le puso la espada, porque la espada representa el atropello y la desigualdad; y, por fin, le puso la venda para que no tuviera que avergonzarse de sus propias decisiones!...

Y así es como ha sido la justicia en el mundo; una concreción de falsedades, de hipocresías y de atropellos; que, para hacerse más repulsiva y tangible, ha aumentado su dureza y crueldad a medida que ha ido descendiendo por el escalafón social.

¡Nunca conocí en Presidio un hombre rico!... Y si es que alguno pasó por allí, fue porque hubo la presión de alguien más rico que él. El Presidio es solo un cementerio para pobres!...

Y si así ha sido la justicia en el mundo, la del Presidio no podía ser muy diferente. Afortunadamente lo puedo probar. Lo puedo probar hasta como quiere “la ley”, nada menos que con prueba “testifical” y, con prueba “documental”, abundantes ambas.

En el Presidio Modelo hubo un poder judicial, encargado de administrar justicia, y un poder ejecutivo, encargado de todo. El poder judicial fue la “Comisión de mayores” y el poder ejecutivo, el capitán Castells.

Ocasionalmente, la de mayores, ahorcaba, estrangulaba, inyectaba, “daba cranque”, intrigaba, violaba, etc., etc., pero su misión principal era de imponer orden en el reclusorio, administrando justicia en todos los casos de que conociera, para lo cual se constituía en tribunal.

Y hacía las cosas con tan absoluta seriedad, que aún hoy pueden estudiarse los expedientes de muchos

de los casos enjuiciados por la Comisión y respaldados por el capitán Castells. Por ellos se prueba la atrocidad y la barbarie de los castigos; la grotesca pantomima con que adornaban sus actos y las trágicas y acusadoras consecuencias que solían tener para los sentenciados las penas impuestas. Y como toda máscara siempre deja descubrir algo, en esos expedientes se adivina algo así como la sombra de la sombría vida del Presidio... ¡El encanallamiento, la delación, la inmundicia moral, el pánico, la felonía, todo el desfile de las “virtudes” presidiarias se reflejan en ellos!...

Voy a hacer mención de varios de aquellos juicios y voy a reproducir íntegro, uno de los expedientes, para que el lector pueda por él mismo hacer su mundo imaginativo con los datos de la realidad

De Fernando Duthil Veranes, el 13226, ya hablé. Su juicio fue el “Caso 27” del año 1931, correspondiendo al 11 de febrero.

Desde octubre del año 1929, su saldo en caja se elevaba a la suma de un centavo!... Pasaba hambre y carecía, sin duda, de una estricta moral. Tentado por su cargo, que era nada menos que el de entregar las compras que los demás reclusos hacían a la Comisión de Compras, cedió, y se puso a falsificar vales de sus compañeros para comprar con ellos jamón, queso, guayaba, ropa, etc., hasta que un día fue descubierto, cuando uno de los reclusos perjudicados se atrevió a protestar del saldo de la Comisión de Compras.

Su caso fue completamente probado. Él mismo confesó

Que acepto los cargos que se me han hecho por el expresado Tribunal, admitiendo haber imitado la firma de los compañeros que más adelante expresaré, y extraído de sus fondos particulares las cantidades que se consignarán, por medio de vales cursados por conducto de la Comisión de Compras, oficialmente organizada, con el fin de adquirir distintas mercancías destinadas a mi uso personal.

Luego añade:

Asímismo declaro que es mi deseo reintegrar a cada uno de los referidos compañeros, en la cantidad que resulte perjudicado, si el señor Jefe del Penal me autoriza para pedirla a mis familiares, y estos acceden a enviármela.

Se trata de una estafa, o de doce estafas, porque fueron doce los compañeros perjudicados.

Había prometido pagar, pero en la madrugada del 13, *dos días después* de que había sido juzgado, “se suicidó” en una celda de castigo, en el sexto piso de la circular no. 5, “utilizando una sábana”... *¡del modelo de las que jamás se permitieron en aquellas celdas de hombres desnudos,* que dormían en las tarimas sobre el piso!...

Pero es que Fernando Duthil Veranes, había prometido pagar, y su hermano *El gato negro de Gibarra*, siempre le anunciaba entusiasmado unas peleas que jamás se llevaban a efecto...

Diego Torres Puga, el número 13845, fue juzgado el 31 de diciembre de 1930 por haberle dado una trompada a su compañero Ricardo Martínez González y la Comisión de Mayores constituida en Tribunal:

“con vista de lo actuado, acuerda elevar este caso al señor Jefe, respetuosamente, para su resolución, informándole que abrigan el pleno convencimiento de que lo ocurrido ha sido debido únicamente a los celos sustentados por el recluso No. 13845, Diego G. Torres Puga, quien al ver ingresar en el taller, en la mañana de los hechos, a su compañero No. 10527 Ricardo Martínez González, que antes había prestado servicios como encargado del soldador eléctrico temió que este pudiera volver a ocupar dicho puesto nuevamente, por lo que trató de provocarlo, con el deliberado propósito de agredirlo, lo que llevó a efecto, cometiendo una falta grave como es la de maltratar de obras a un compañero, a traición, sin motivo justificado, con la agravante de encontrarse el agredido en presencia del capataz de ambos, dándole las quejas, lo que constituye una grave falta de respeto a un superior jerárquico, con la consiguiente alteración del orden y disciplina que imprescindiblemente debe reinar en una institución de esta índole.

A la vista del anterior informe, el capitán Castells dictó la siguiente sentencia:

TREINTA DÍAS incomunicado, sin trabajar, con NUEVE DÍAS a ración corta: SESENTA DÍAS realizando los trabajos más penosos del establecimiento e incomunicado por las noches y días festivos y SESENTA DÍAS en igual clase de trabajo, sin estar incomunicado. Durante la vigencia del castigo que comprende incomunicación, le quedará prohibido recibir visitas y sostener correspondencia con el exterior.

¡Una montaña de castigos por un puñetazo!... ¡Se comprende entonces, que se ahorcara a un hombre por una estafa!

A Pedro Rondón Aleaga, el 2 de mayo de 1931 le siguieron un juicio por robarse unos chorizos. Su declaración fue:

De primera intención negó rotundamente las acusaciones que se le imputan, manifestando que los cuatro chorizos aparecidos no habían sido sustraídos por él; pero interrogado insistentemente por los miembros que componen el Tribunal de reclusos, se declaró autor, manifestando que realizaba dichas sustracciones en los momentos que se preparaba en el departamento de cocina, donde presta sus servicios, el jamón, chorizo, tocino y demás artículos para la condimentación de las comidas de la población penal y aprovechando los descuidos de los encargados del orden y disciplina en dicho lugar, los que sacaba y después proponía para su venta por cigarros entre varios compañeros que habitan en el edificio circular número uno.

Por el delito de robarse los cuatro chorizos, la Comisión de Mayores elevó su informe afirmando:

Que se confesó autor de la sustracción de los chorizos que se han ocupado, *deduciéndose por este motivo* que sea él el mismo autor de las faltas que se venían notando desde hacía algún tiempo en el jamón, chorizos, etcétera.

¡Y los que estuvimos en Isla de Pinos sabemos perfectamente que la Comisión se reunía en el hospital

a darse banquete, con todo lo mejor de la cocina, y en los que hasta ron bebían!...

Pero al infeliz de Pedro Rondón Aleaga, por los cuatro chorizos, también le cayó encima la misma montaña de castigos que a Diego Torres Puga... ¡Con alguien había que justificar los robos de la cocina!...

Los que he dado son fragmentos de casos, más o menos interesantes. Pero para conocer la “técnica” es necesario conocer un expediente entero. El que voy a utilizar tiene, además, la ventaja –la siniestra ventaja– de referirse a un caso típico de sodomía, en el que la intriga, el “número ocho” temido, fracasó, con trágicos resultados. El expediente comienza, pomposamente:

PRESIDIO MODELO. Caso No. 50. LA COMISIÓN DE SARGENTOS MAYORES EN FUNCIONES DE TRIBUNAL. Investigación llevada a cabo e informe rendido por la Comisión de Sargentos Mayores en funciones de Tribunal, y sentencia dictada por la jefatura de este establecimiento penal, en el caso de los reclusos No. 13802, BELARMINO DÍAZ SANTOS, (a) *Postalita*; 14993, ROGELIO BOCALANDRO JIMÉNEZ, (a) *La Bocalandro* y 14235, SERGIO RODRÍGUEZ REYES, (a) *El Chamaco*, junio 9 de 1932.

Después viene la orden de investigación:

A los reclusos que componen la Comisión de Sargentos Mayores. El recluso 12524, ROSENDO ISER QUINTERO, sargento mayor, distintivo rojo, jefe del orden y disciplina en la

cantera de piedra de este reclusorio, ha dado cuenta a esta jefatura de ciertas irregularidades ocurridas en la mañana del día de hoy en el sector de su mando, de las que, según le ha dado cuenta su igual 14235, SERGIO RODRÍGUEZ REYES, (a) *El Chamaco*, se derivan cargos de inmoralidad contra los confinados No. 13007, ENRIQUE GARCÍA, y 15462, LICO PÉREZ. Sírvanse constituirse en tribunal a fin de investigar los hechos denunciados, elevando el informe de rigor a esta superioridad, para proceder en consecuencia. Jefatura, 9 de junio de 1932.

Pedro A. Castells, M. M. Capitán infantería.
Jefe del Presidio Modelo.

Detrás viene ya el verdadero expediente, con las medias firmas de los mayores, al margen de cada página, igual que en las notarías.

Comienza así:

LA COMISIÓN DE SARGENTOS MAYORES EN FUNCIONES DE TRIBUNAL Caso No. 50. RELACIÓN DE CARGOS Y ESPECIFICACIONES: El compañero No. 12524, ROSENDO ISERQUINTERO, Sargento mayor distintivo rojo, jefe del orden y la disciplina de la cantera de piedra de este reclusorio, ha dado cuenta de ciertas irregularidades ocurridas en el día de hoy entre el personal de su mando; hecho del que resultan acusados los compañeros No. 13007, ENRIQUE GARCÍA y 15462 LICO PÉREZ, en ocasión de encontrarse realizando actos de inmoralidad en el lugar que ocupan los inodoros que para el servicio se han instalado en el lugar precitado.

Reunido el TRIBUNAL DE RECLUSOS, integrado por los sargentos mayores distintivo rojo. Nos. 12408, OSCAR MANES, 14109, RAFAEL RICARDO GARCELL, 13005, RAFAEL GALANO NAVARRO, 15366, GREGORIO OROPESA, y 13593, WALFRIDO RAMOS ELBA, asistidos del secretario actuante, sargento de segunda, distintivo verde, No. 15425, FRANCISCO REYES TOLEDO, en el lugar destinado al efecto, sito en el primer piso del edificio Ingreso y Selección; de acuerdo con el requerimiento de la jefatura del penal y en virtud de los cargos arriba expresados, que son origen de este expediente, se procedió a practicar las investigaciones pertinentes, para el mejor esclarecimiento de los hechos y la debida depuración de responsabilidades.

Después de toda esta liturgia ceremonial, espléndidamente mecanografiada, comienza el juicio:

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO No.12524, ROSENDO ISER QUINTERO (quien por cierto fue “mayor” de nosotros una vez), Sargento mayor d. r. Jefe del orden y disciplina de la cantera de piedra: Dice que en la mañana del día del hecho, su compañero No. 12435, Sergio Rodríguez Reyes, (a) *El Chamaco*, le llamó la atención expresándole que en ocasión de encontrarse haciendo uso de uno de los inodoros instalados en el lugar donde realizan sus labores, sorprendió a los compañeros Nos. 13007, ENRIQUE GARCÍA, y 15462, LICO PÉREZ, masturbando el primero al último, cosas estas que a pesar de las minuciosas investigaciones realizadas no ha podido comprobarse.

Enseguida vienen declaraciones en las que se ve cómo se forma “el número ocho”:

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO No. 14993, ROGELIO BOCALANDRO JIMÉNEZ, (a) *La Bocalandro*: Que aproximadamente a las ocho de la mañana del día en que ocurrió el hecho que se investiga, su compañero No. 13802, BELARMINO DÍAZ SANTOS, (a) *Postalita*, a manera de confidencia le comunicó que hacía un momento su igual No. 14235, SERGIO RODRÍGUEZ REYES, había sorprendido en el excusado de la cantera de piedras, al No. 13007, ENRIQUE GARCÍA, masturbando al No. 15462, LICO PÉREZ, caso del que se apresuró a dar cuenta a su jefe inmediato, el mayor de dicha cantera.

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO No. 14235, SERGIO RODRÍGUEZ REYES, (a) *El Chamaco*: Expresa que pudo ver cuando Enrique y Lico iban juntos para el inodoro, habiéndole podido sorprender más tarde en ocasión que el primero le hacía actos de inmoralidad al segundo, motivos por el que muy asustado el Enrique, le rogó se hiciera el disimulado a fin de evitarle el castigo que en consecuencia le impondrían.

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO No. 13802, BELARMINO DÍAZ SANTOS, (a) *Postalita*. Dice que al dirigirse al retrete a exonerar el vientre, se encontró con el de su clase No. 14235, SERGIO RODRÍGUEZ REYES, quien confidencialmente le dijo: “Ahora mismo acabo de sorprender en uno de los sectores del inodoro a Enrique proporcionándole goce sexual a Lico y me ha

rogado no lo divulgue, para evitar el castigo que en consecuencia le podía sobrevenir”.

Los acusados se defienden y comienza a descubrirse la intriga.

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO No. 15462, LICO PÉREZ, acusado en este caso: Niega rotundamente haber intentado siquiera realizar ningún acto indigno de su sexo con su compañero No. 13007, ENRIQUE GARCÍA. Que efectivamente —expone— acostumbra ir al servicio por las mañanas a sus necesidades, cosa esta que nunca ha llevado a efecto en compañía de nadie. Que es cierto que en días pasados el de su clase No. 15174, JOSÉ CAMILO, le llamó la atención de que había oído cuando iban en la fila para sus labores, que el Sergio le decía a Bocalandro que tenía preparada una combinación para enmarañarme y que una vez cuando me castigarían, propalando luego, como lo hizo con los demás confinados, la calumniosa especie en la que de una manera tan sucia divulgaba en la población penal.

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO No. 13007, ENRIQUE GARCÍA, acusado en este caso: Que es incierto haya ejercido actos de onanismo con su compañero No. 15462, LICO PÉREZ, y que considera como una calumnia todo cuanto se le imputa, estimando que el motivo de esta acusación solo se deba a que desde hace mucho tiempo la amistad de ambos no es cordial.

Los testigos favorecen a los acusados:

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO No. 10690, JOSÉ PÉREZ, (a) *Cheo*, suministrador de papeles

sanitarios en el lugar susodicho: Que de acuerdo con el cargo que desempeña en el lugar de referencia, puede observar cualquier movimiento que pueda realizarse en el local en cuestión; que vio al compañero LICO en el servicio a primera hora de la mañana del día del hecho y que solo estuvo el tiempo suficiente para realizar el acto fisiológico y que estima la acusación que se le hace a los de su clase, ENRIQUE GARCÍA y LICO PÉREZ, como falsa versión, amañada y calumniosa, con que los acusadores de referencia pretenden perjudicar a los precitados compañeros.

DECLARACION DEL COMPAÑERO No.15594, ALEJANDRO RUIZ LÓPEZ, sargento de tercera distintivo rojo, que presta servicios como auxiliar del sargento mayor jefe de la cantera de piedra: Que tuvo oportunidad de ver cuando por la mañana, el de su clase No. 15642, LICO PÉREZ, se dirigió al inodoro, de donde salió enseguida, sin que durante su permanencia en el referido lugar hubiera podido observar ningún movimiento fuera del orden, no obstante tener montada una celosa vigilancia sobre el sitio antes mencionado.

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO No. 15174, JOSÉ CAMILO: Que en la mañana del día de los hechos, en ocasión de dirigirse en fila al lugar donde realizan sus labores, pudo oír cuando el de su clase No. 14235, SERGIO RODRÍGUEZ REYES, le decía a su también compañero No. 14994, ROGELIO BOCALANDRO JIMÉNEZ, que estaba tramando una combinación para menoscabar

con ella la moral de los confinados a que se contrae la acusación origen de este expediente.

Después de agotada la prueba testifical, la Comisión de Mayores elevó su informe al capitán Castells, de la siguiente manera:

LA COMISIÓN DE SARGENTOS MAYORES, constituida en Tribunal, previo concienzudo análisis de las declaraciones, así como del resultado de la inspección ocular a efecto en el lugar donde se presumen consumados los hechos y convencido de cuanto lo primero y lo segundo desvirtúan los fundamentos de lo imputado, estima irresponsables a los acusados compañeros No. 13007, ENRIQUE GARCÍA, y 15462, LICO PÉREZ, de las faltas que se les atribuyen, puesto que ha quedado comprobado de manera fehaciente, tanto la ajena intención de cometer el uno ni el otro semejante desvío, como la imposibilidad que para ello oponen la topografía del lugar y la celosa vigilancia de los mandantes de la cuadrilla a que pertenecen. Asimismo, ha quedado más que comprobado, durante todo el curso de la investigación, que efectivamente, como en algunas de las declaraciones que anteceden consta, los compañeros 13802, BELARMINO DÍAZ SANTOS, 14993, ROGELIO BOCALANDRO JIMÉNEZ, y 14235, SERGIO RODRÍGUEZ REYES, mancomunadamente, venían tramando la falsa acusación que han hecho a sus iguales Nos. 13007, ENRIQUE GARCÍA, y 15462, LICO PÉREZ, animados por el espíritu de maldad con que comúnmente se inspiran todos los actos de aquellos, y que han

dado origen, más de una vez, a investigaciones de la índole de la que nos ocupa.

Es todo lo que tiene el honor de exponer a usted en relación con los hechos y responsabilidades respectivas que esa superioridad ordenó investigar y no teniendo más que significarle, acordó elevarle el presente expediente con el informe de rigor, para su conocimiento y a los fines que tenga a bien disponer:

En el Presidio Modelo, a doce de junio de mil novecientos treinta y dos. (fdo.) Oscar Manes, No. 12408; (fdo.) Rafael Galano Navarro, No. 13005; (fdo.) Walfrido Ramos Elba, No. 13593; (fdo.) Rafael Ricardo Garcell, No. 14109; (fdo.) Gregorio Oropesa, No. 15366; (fdo.) Francisco Reyes Toledo, No. 15425, Secretario.

Y ahora viene la sentencia, dictada por Castells:

SENTENCIA: A los reclusos Nos. 13007, ENRIQUE GARCÍA, y 15462, LICO PÉREZ, se les absuelve de los cargos que se les imputan en este caso, destinándoseles a continuar prestando servicios en la cuadrilla a la que pertenecen.

En cuanto a los reclusos Nos. 13802, BELARMINO DÍAZ SANTOS, 14235, SERGIO RODRÍGUEZ REYES, y 14993, ROGELIO BOCALANDRO JIMÉNEZ, se les imponen SESENTA días a cada uno, realizando trabajos penosos en la Cuadrilla de Corrección. Durante el tiempo que dure este castigo, les quedará prohibido recibir visitas y sostener correspondencia con el exterior. Junio 12 de 1932. (fdo.) Pedro A. Castells,

M. M. Capitán de infantería, Jefe del Presidio Modelo.

Lo que sucedió después

La sentencia esta vez, no obstante haber quedado probado “el número ocho” y tratarse de un caso de sodomía, no parece excesiva. Hay casos, como se ha visto, en que por mucho menos todos los castigos del penal se los acumulaban a un hombre.

Sin embargo, lo que sucedió después no deja de tener *cierto interés...* Por lo pronto, se puede decir que también lo tuvo *lo que sucedió antes...* Porque la realidad es que cuando la sentencia fue firmada, el 12 de junio, ya tenía *dos días* de muerto uno de los condenados!... El juicio comenzó el día 9, según el expediente, pero la Comisión no elevó su informe a Castells hasta el 12, y en esa misma fecha fue dictada la sentencia... ¡Pero Belarmino Díaz Santos, el No. 13802, (a) *Postalita*, fue muerto en La LLana por el cabo Quintero, que entonces era solo soldado, el día 10!...

Eso fue lo que sucedió *antes de la sentencia*, que lo que sucedió después tampoco deja de ser interesante.

¡El día 20 de junio, ocho días después de la sentencia, Sergio Rodríguez Reyes, 14 235, (a) *El Chamaco*, autor del enredo, que hasta hacía solo una semana estaba trabajando en las canteras de mármol, murió de “mal de Bright”!...

¡Mas esto, después de todo, es lo de menos, porque en el Presidio Modelo el “mal de Bright” producía efectos tan fulminantes como la angina de pecho o la apoplejía!...

Lo demás es que son muchísimos los que dicen en Presidio que *El Chamaco* murió en La LLana asesinado a tiros por el cabo Quintero, y que le gritaba: “¡Mejor dame un tiro por la cabeza!...”.

Y el que me dijo esto fue el preso que cuando citaba algo, como si fuera una sentencia inapelable, decía: “¡Eso es un tiro por la boca!”...

Y así fue como se administró justicia en el Presidio Modelo, con derroche de mecanografía leguleya y pródiga distribución de balazos!...

ÍNDICE

- Pablo, reportero del periódico *Ahora* / 9
- La isla de los 500 asesinatos / 39
- Aclaraciones de Pablo de la Torriente Brau
motivadas por la carta que en defensa
de Castells publicó en *Ahora*
el Dr. Bermúdez / 194
- El magnetismo personal de Rubén / 197
- Muerte de Gabriel Barceló / 200
- Presidio Modelo otra vez / 204
- Causas verdaderas del incidente
de Aponte-Urbina / 208
- Conchita Estraviz: miss Cuba / 212
- Frente a yanquis y traidores / 215
- La reivindicación de Pedro Cohucelo / 228
- Dos reinas que bostezan / 232
- Médicos e intelectuales alarmados ante
el estado de los oberos detenidos / 235
- Frente a yanquis y traidores / 256
- Los marinos peruanos son simpáticos,
pero no hablan / 267
- Margarita Sarfatti, brazo derecho del *Duce*,
contesta por el método Ollendorff / 270

Frente a yanquis y traidores / 274

El 3 de mayo, 30 de septiembre
del Instituto de La Habana / 283

Pepín, el terrible / 293

El Guadalquivir es un río muy húmedo,
le dijeron los sevillanos a Chacón y Calvo / 298

El libro de Leví / 301

Al salir de la huelga de hambre Pura Estrada
narra a *Ahora* cómo fue presa / 303

Castells no ayudó a Machado / 307

Interview recíproca con el doctor Mañach / 309

El soldado desconocido de la fotografía
de González Rubiera / 313

Por votación unánime de 2 000 estudiantes
la Universidad se pone en frente del gobierno / 322

En una prolongada y tumultuosa asamblea,
los estudiantes siguen su depuración
del profesorado / 343

Un *check* de mil pesos que vale cinco mil... / 362

Un violento altercado se produjo ayer
en la asamblea estudiantil / 367

Estoy en la Universidad como el capitán de un
buque; seré el último en abandonarla / 382

Entre aplausos fue absuelto por la asamblea
universitaria el profesor Ángel A. Aballí / 385

Durante cuatro horas la asamblea universitaria
no pudo llegar a un acuerdo / 396

- Después de más de cuatro horas de gran escándalo, los estudiantes acordaron expulsar a García Montes / 410
- La asamblea estudiantil se pronunció contra la concentración abecedaria / 425
- La asamblea estudiantil decretó ayer numerosas expulsiones de profesores / 436
- En una asamblea casi solemne los estudiantes acordaron expulsar al doctor Bustamante / 446
- Es posible que don Carlos de la Torre sea el próximo presidente de la República / 459
- La asamblea universitaria ratificó la comisión de renovación estudiantil / 463
- Medio millón de pesos exige el Hospital Universitario / 467
- La Habana, ciudad de los kilos / 471
- La razón no tiene razón en cuestiones de sentimiento / 484
- La liga “Fuera los machadistas” depurará las oficinas públicas / 490
- Mientras se habla de hacer una “reorganización” hay 1 400 000 niños analfabetos / 494
- Ramiro Valdés Daussá dice que no le propongan más ametralladoras / 498
- “La filantropía debe organizarse bajo el apoyo social” / 500
- ¿Es o no de la Universidad la casa de Orestes Ferrara? / 506

“Crear hombres, no autómatas,
es la función primordial de la docencia”.
Dr. Juan B. Kouri / 509

La justicia de Presidio / 517